
MAR RODRÍGUEZ
El caos que traes

El Caos Que Traes

Mar Rodríguez



Derechos de autor © 2025 Mar Rodríguez

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares reales es pura coincidencia.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
Unas Palabras de mar
Libros de este autor

¿Te gustan las historias lésbicas? Únete a mi boletín y recibe una dosis mensual de ficción lésbica. Además de novedades de mis publicaciones y acceso adelantado a primeros capítulos.

→*marrodriguez.info/boletin*

CAPÍTULO 1

Me mortifica el pequeño bochorno que siempre me supone beber una cerveza en público, aunque estemos en un bar del pueblo y todo el mundo vea que paso la noche con la misma jarra. Si acaso, la cambio medio llena por otra un poco más fría, como si fuese una hipócrita que en la consulta pregona restricciones, mientras en la vida privada se da a los excesos con fervor.

Nada más lejos de la verdad, vivo ausente de excesos en lo público y en lo privado. De ahí la mortificación.

—¿Gareth se nos une hoy? —escucho a Anne preguntar.

—No, va a enseñar la casa de los James.

—¿A gente de fuera? —Amelia es la primera en hacer la pregunta que se les ocurre a todos en cuanto hay una compraventa de viviendas en Cedar Glade.

¿Terminará en manos de alguien que no es del pueblo? ¿Alguien que vendrá una vez al año y no aportará nada a la comunidad? ¿Seguiremos perdiendo habitantes y ganando turistas?

—No, a David, el hijo menor de los Martin.

—Este verano ya se casa con Fiona; me encargaron la tarta.

Amelia, mi mejor amiga, tiene la única pastelería del pueblo. Más que suficiente, creo yo. Sus creaciones son tan deliciosas que es de esas cosas que sabes que estás obteniendo lo mejor, a pesar de estar en un pueblo de 1,107 habitantes rodeado de bosques y nieve.

En Cedar Glade nunca pasa nada, pero bien puedes ver la nada pasar con la mejor tarta y el mejor café en la mano.

—A ver cuándo te toca hacer la tarta de la boda más esperada de Cedar Glade… —dice Joan y no sé por qué sigue molestándome su veneno.

Después de conocernos toda una vida, debería estar inmunizada contra su mezquindad. Pero no, Joan sigue provocándome enojos como si todavía fuésemos adolescentes atormentadas buscando salidas a emociones que apenas comprendíamos.

Es lo que tiene vivir en un pueblo pequeño: terminas vinculada a personas que en sitios con mayor libertad y espacio no tendrías que ver más en tu vida.

—Y vuelve otra vez con lo mismo. ¿No te cansas? Lily y Gareth se casarán cuando ellos decidan. Es su vida —interviene Amelia. Siento ganas de abrazarla, pero me limito a darle un ligero apretón en el brazo.

—Nadie está obligando a nadie, Amelia, por Dios, cálmate. Solo digo que nos encantaría ver la boda de Lily. Estoy segura de que será espectacular.

—Lily está aquí —alzo la mano en un falso alarde de llamar la atención—. Y como ya he dicho antes, por ahora no hay planes de boda. Estamos bien como estamos.

Es la verdad. Nunca he sentido la necesidad de casarme y Gareth lo acepta. Sé que preferiría pasar por todo el trámite de la ceremonia y hacer esa boda espectacular que imagina Joan, pero acepta lo que deseo, al menos por ahora.

—Yo con 28 ya tenía a Emma —Joan no puede dejar de añadir.

—¿En serio, Joan? —Amelia siempre ha tenido menos tolerancia para las tonterías de Joan.

—¿Has sabido algo más de Mike? —pregunta con aparente amabilidad Anne, la tímida y apocada Anne.

Joan se remueve en su asiento, da un sorbo a su cerveza y mueve los hombros en un gesto que busca transmitir indiferencia. Si tan solo no supiéramos la historia de Mike —padre de Emma, esposo modelo hasta que dejó de serlo, hasta que un día desapareció de la mano de una turista con más amabilidad que Joan. Ni todas las órdenes dadas por un juez sobre la obligatoriedad de Mike de proveer para su hija han logrado que Cedar Glade vuelva a saber de él.

Joan no es de dejarse abatir por experiencias traumáticas. Volvió al tren del amor, esta vez con la seguridad extra de que el atontamiento que el alcohol impone a diario en su esposo lo mantendrá cerca de casa.

—¿Y Jane, que no llega? Cerramos hace más de media hora —pregunto, deseando salir de esta batallita mezquina en la que hemos

terminado.

—Chicas, ¿otra ronda? ¿Algo para comer? —interrumpe Nora.

Nora estudió con nosotras en el instituto de Cedar Glade. Junto a sus padres y un hermano lleva el bar en el que estamos. Era un poco extraña. Su grupo no era el mío, pero siempre he admirado su independencia. Mientras otras chicas buscaban constantemente nuestra aprobación, Nora y sus amigas nos ignoraban; casi diría que nos despreciaban.

En la actualidad tengo con Nora la misma relación que tengo con casi todo Cedar Glade. Soy la médico de familia de sus padres. Soy su médico. Soy la única médico de la única clínica de Cedar Glade. Antes lo fue mi padre, y si me guío por la presión de este diminuto y congelado rincón canadiense, tengo que darme prisa en procrear mi sustituto porque Cedar Glade no puede quedarse sin servicio médico, sería su peor derrota.

Porque Cedar Glade es perfecto. Pequeño, pero lo tiene todo: precioso, rodeado de lagos y árboles tan grandes que parecen gigantes enviados a dominar la tierra. Tiene escuela, almacén de productos (que no es un Costco, ¿pero quién necesita un Costco?), tiene bar (de hecho, tiene dos, pero al bar de los Bell solo va quien necesita alcohol), iglesia, gimnasio, hostal y un caudal intenso de chismes, como corresponde a cualquier pueblo pequeño que se respete.

—Yo estoy bien, Nora, gracias. ¿Cómo sigue Arthur?

Su padre necesita un seguimiento más cercano por la clínica, nada grave. Solo las enfermedades crónicas que acechan a nuestras comunidades.

Veo a Nora abrir la boca para responder, pero incluso en la distancia, el ánimo excitado de Jane, que se acerca sorteando mesas, ha ganado la atención de todas. Vemos cómo ríe y abre los ojos, cómo mueve una mano en el aire, un gesto que no es un saludo. Casi es una forma de liberar impaciencia.

Jane es la enfermera de la clínica y puedo decir sin lugar a dudas, que sin ella no podría hacer ni la mitad de lo que hago cada día. Es dos años mayor que Amelia, Joan, Anne y yo, pero es tan parte del grupo como cualquiera de nosotras.

—No van a creer quién está en el pueblo otra vez —Jane pasa de saludar. Esta vez el cotilleo promete.

—¿Quién? —la apremia Joan.

—Estuvo en la clínica casi a la hora de cerrar, por eso llegué tarde. Quería saber sobre el caso de su madre —a Jane las palabras parece que van a ahogarla en cualquier momento.

—¿Pero de quién hablas? —Amelia es ahora quien se impacienta con la necesidad de Jane de alargar su momento de gloria.

—Fue un poco desagradable, por supuesto. Le dije que tenía que esperar a hablar contigo, Lily.

Supongo que es mi turno de preguntar sobre quién está hablando.

—¡Ja! Siempre igual. Haciendo amigos por donde va, ¿mmm? —comenta Nora. Y porque es Nora, y por cómo lo ha dicho, *y por lo que ha dicho*, en mi interior siento crecer la zozobra.

—¿Sabías que estaba aquí?

—Yo sigo atendiendo clientes. La noche está muy liada.

El bar está igual que siempre y su hermano es más que capaz de seguir atendiéndolo él solo, pero Nora ha hecho un corte de conversación con la delicadeza de un oso tocándote el rostro.

—¿Pero dirás al fin de quién hablas? —Joan suena molesta.

—¡De Victoria!

Hacía unos minutos que esperaba la respuesta. La respuesta, de igual forma, me sentó como la ausencia de un escalón al dar el último paso.

Sobresalto.

—¿Qué Victoria?

¿De verdad no recuerdas, Joan?

—Victoria, la hija de la señora Elena. Vicky Mendoza.

Por unos segundos nadie dice nada. Supongo que cada una lidiando con los recuerdos que el nombre de Vicky Mendoza trae entre nosotras.

—¿Pero Elena no estaba mejor? —Anne nos salva a todas del bochorno del pasado.

—Sí, está mucho mejor —me limito a decir.

No puedo decir más por ética profesional, pero también por razones personales. Elena es como familia.

—¿Y qué hace aquí ahora? Si no se preocupó en venir a ver a su madre cuando la necesitó y fue el pueblo quien cuidó de ella, en especial tú y tu madre, Lily, no sé qué hace aquí ahora —Joan mueve la cabeza en gesto de incomprensión—. Esa chica siempre tan problemática.

Hace apenas minutos que sabemos que Vicky Mendoza está de regreso en el pueblo y ya alguien está juzgando. Alguien está diciendo que Vicky Mendoza es problemática. Otra cosa que hay que saber del precioso Cedar Glade: aquí las cosas cambian, sí, pero con la lentitud de la piedra abatida por el río.

—Ella era difícil, pero también tuvo una vida difícil, ¿no?

Anne, tan llena de buenas intenciones y tan incapaz de defenderlas. Supongo que es mejor que yo, que aún no salgo del desasosiego de saber que Vicky Mendoza está otra vez en el pueblo.

—¿Por qué vida difícil? Muchas personas crecen sin padre y no por ello son unos psicópatas desagradables.

La intensidad que Amelia pone en sus palabras me incomoda. Esta falta de generosidad es tan incongruente con la imagen que tengo de ella, con la mujer que considero mi amiga, que preferiría nunca haberla presenciado.

—Supongo que para ella fue complicado crecer siendo la diferente en una comunidad como la nuestra —para mi sorpresa, Anne insiste.

La incomodidad se adueña sin disimulo del ambiente. ¿En qué estará pensando cada una? ¿En la Vicky latina en una comunidad de mayoría anglosajona? ¿En la Vicky que todas sospechaban lesbiana en un pueblo donde esas cosas no se hablaban? ¿En la Vicky bocazas entre chicas criadas para sonreír y obedecer? ¿Alguien, además de mí, estará pensando en la Vicky visceralmente atractiva que se ganó la envidia de las chicas y el acoso de chicos y hombres por igual?

—Ahí no puedo darte la razón, Anne, querida. Cedar Glade es un pueblo muy acogedor. A Elena y su hija siempre se les trató muy bien.

Lo peor, quizás, es que no hay un solo hecho que refute las palabras de Jane. Nada puede demostrar que Cedar Glade no fue sino acogedor para los Mendoza, para Victoria. Ella, estoy segura, tenía una opinión muy diferente.

—¿Tu madre no te dijo que venía? ¿Elena no dijo nada? —Amelia se interesa.

—No, al menos que yo sepa.

—Con todo lo que esa familia tiene que agradecer a la tuya y Victoria fue siempre tan desagradable contigo.

Querida Joan, qué selectiva es tu memoria. ¿Lo desagradable que fuimos nosotras con ella no cuenta?

—¿Vendrá a quedarse? Na, qué va —Amelia sola se responde.

—¿Cuánto hace que no venía? —Jane pregunta.

Supongo que esta me toca responderla a mí.

—Desde que se fue, ¿casi 11 años? Elena era la que la visitaba en Toronto.

—Hacer que su pobre madre haga ese viaje solo porque ella se cree mejor que el resto para visitar Cedar Glade.

Joan, cualquiera del resto es mejor que tú. Tampoco hay que ser Vicky Mendoza.

—¿Y se sabe a qué se dedica?

—Algo relacionado con la construcción, creo.

—Así acaban las abusadoras como ella, sirviendo mesas o en la obra. Seguro que ya no restriega en cara lo guapa que era como hacía antes.

—Amelia, ¿estás bien? —no reconozco a mi amiga.

Me mira, sonríe como quien acaba de hacer una travesura y presiona mi brazo con su mano.

—Sí, lo siento, el efecto Vicky Mendoza, ya sabes.

Sí, ya sé. Vaya si lo sé. Cuando se trata de Victoria, Vicky Mendoza, la paciencia tiene una forma especial de acabarse, las emociones de dispararse, el equilibrio sale por la puerta como espantado por lo que deja detrás.

—Pero es verdad, si está trabajando en la construcción debe estar hecha polvo. Esa chica no iba a terminar bien de ningún modo —continúa Joan.

Hoy mi dosis de tolerancia con Joan ha llegado a su fin.

—Joan, ¿cómo...?

—Cuidado, ahí viene —escucho a Amelia decir entre dientes.

—¿Eh?

—¡Que está entrando!

Cuando percibo el tono de pánico de Amelia, no tengo dudas sobre quién está entrando en el bar. Solo que no voy a mirar, todavía no. Mirar a Vicky Mendoza siempre llevó preparación. Cierta acumulación de coraje, algo de seguridad fingida. Si Victoria detectaba la menor señal de debilidad, estabas perdida.

Pero han pasado 11 años. A pesar de que los comentarios de Joan solo nacen de malas intenciones, llevan algo de realidad. A saber cómo la vida ha tratado a una mujer que iba buscando problemas como otros buscan sonrisas. ¿Qué quedará de la Vicky que todas conocimos?

Giro la cabeza hacia la entrada, intentando hacerlo pasar por un gesto casual. Supongo que así estamos todas. Supongo que así está todo el bar. Muy casual.

No la veo en la entrada, pero no tengo dudas de dónde la encontraré, por qué Victoria está aquí. Deslizo la mirada hacia la barra.

Tiene el pelo más corto. Es en lo primero que me fijo porque solo logro verla de espaldas mientras le da un abrazo a Nora, su única amiga durante los años de instituto. Chocan las manos, se golpean la espalda. Es una cosa tan de chico y a la vez tan de ellas.

El pelo apenas le llega al final de la oreja y sigue siendo del negro absoluto que recuerdo. Nora dice algo, le alborota los mechones perfectos, ríe y le zarandea los hombros. Desde donde estoy veo la mano de Vicky tirar a un lado el pelo desorganizado y, aun en la distancia, puedo decir que esa mano, ese cacho de antebrazo que me es permitido ver, pertenece a un cuerpo de músculos endurecidos. Es lo que tiene trabajar en la construcción, supongo.

Un vistazo mínimo a la piel de Victoria me lleva de vuelta al instituto, a mi bien escondido pensamiento de que la piel de Vicky era perfecta, que sería muy difícil que la naturaleza volviera a lograr

la combinación exacta de tinte y textura que esa chica exhibía sin la más mínima consciencia. Recordaba a la miel de trébol, a madera en la que el barniz es un insulto.

Mi viaje al pasado queda truncado porque en ese momento veo a Nora decir algo a Vicky sin la expresión risueña de momentos atrás. Señala hacia nuestra mesa. Entonces, Victoria-Vicky Mendoza se da la vuelta, y todas comprendemos, estoy segura, que ni el tiempo, ni la construcción, ni la mala actitud han dañado en lo más mínimo a la chica capaz de sacarnos a todas de quicio.

Que Vicky sigue siendo la mujer más guapa en la habitación. Que la camisa amplia de franela marrón con detalles en verde, los vaqueros negros ajustados, las botas de piel y su estilo andrógino solo logran exaltar aquello que, en realidad, desesperaba de Vicky Mendoza: atraía sin proponérselo, atraía de un modo primario y brutal que no comprendías. Solo con mirarla sentías que estabas pecando porque los impulsos hacia ella nunca eran neutrales. O la odiabas o la querías follar.

¿Qué estoy pensando? Este es un ejemplo claro del efecto de esa mujer. Yo no soy así, no pienso en los demás en esos términos. Es la hija de Elena, por Dios. Su madre es familia. No por sangre, pero familia afectiva que es más importante. Ella podría serlo, pero, en fin... es ella.

Veo cómo se muerde el labio inferior, de ese sí muy consciente de su poder desde siempre. Nos sonríe de medio lado, con la misma actitud sarcástica que todas recordamos. Alza la mano y mueve los dedos con lentitud, da media vuelta y se marcha.

Todo es una gran burla, lo sabemos. Vicky Mendoza sigue siendo la misma. Más definida en sus formas, la belleza que prometía ya es, la dureza que mostraba seguramente se mantenga. Y, a mi pesar, no puedo sino pensar en las palabras de Joan: problemática.

Vicky es problema. Ya lo fue para mí en el pasado y solo con verla ahora pienso en lo fácil que podría volver a serlo si ella así se lo propusiera. Por suerte, su paso por Cedar Glade será rápido. Todas sabemos que odia el sitio.

—Bueno, está normalita, tampoco es para tirar cohetes —comenta Joan.

Nadie contesta, porque nadie siente ganas de defender a Victoria, aunque sea ante frases tan absurdas que nos hacen quedar a todas un poco en ridículo.

Vicky Mendoza no ha sido normalita un solo día de su vida.

CAPÍTULO 2

Si voy rápido a la cafetería y regreso, quizás no note que el desayuno no lo hice yo. Quizás.

Arrgg, mi madre es desesperante. Vive con hábitos del pasado que no tienen ningún sentido en el presente. Ahorra cada céntimo como si le fuera la vida en ello.

¿Desayuno fuera? Vaya desperdicio. De comer y cenar ya ni hablemos. La gente prudente lleva su comida en un *tupper*. La ropa debe durar media vida, los tintes se dan en el lavabo de casa. No se tira nada, nada. Diógenes fue un gran tipo.

No sé cómo decirle ya que no tiene necesidad, que se olvide del dinero, que eso no volverá a ser una preocupación en su vida, pero no hay manera, el problema lo tengo yo. ¡Yo, problema!

No vale la pena discutir por un desayuno. Lanzo una rodaja de pan en la tostadora con la misma rabia que hago todo en este lugar. Es traspasar el cartel que anuncia Cedar Glade y me convierto en otra persona. Una que no me gusta, pero que no parezco capaz de poder contener.

El recuerdo de la noche anterior vuelve a mí y eso al menos me saca una sonrisa. Nada cambia en este pueblo. Ahí siguen las mismas chicas del instituto, mirándome con la actitud prejuiciosa de siempre. Solo que yo salí, yo me salvé de Cedar Glade. Ellas están aquí, atascadas en un pueblo de fin de mundo donde la nieve lo cubre todo. Seguramente, esclavas de un marido y una casa, hastiadas de su existencia.

Incluso Lily Robinson permanece en Cedar Glade. Sigue… bien, lo acepto, sigue siendo preciosa, como cuando era la chica mimada del instituto. ¿Qué digo? Siempre ha sido la chica mimada de todo el pueblo. Lily esto, Lily lo otro, mira cómo lo hace Lily, ¿por qué no puedes ser más como Lily?

La detestaba, *la detesto*.

Hasta que descubrí algo que nadie más sabía sobre Lily Robinson, algo que desbarataba su perfección a ojos ajenos y disminuía sus defectos ante mí. Después, Lily me mostró su verdadero rostro y resultó que sí, estaba llena de defectos, entre ellos, a la vanguardia, cobardía y traición.

¿Una gran chica, Lily Robinson? Hmm, con el tiempo conocí varias de esas grandes chicas. Solo diré que presentan sus ventajas.

—¿Qué haces, mija?

—El desayuno, mamá —me doy la vuelta y abrazo brevemente a mi madre—. ¿Tostada con aguacate o quieres huevos?

—¿Aguacate? La ciudad te está echando a perder, mi niña. Mejor huevo. Lily dice que el huevo en el desayuno me viene bien, por la proteína.

El enemigo yo lo tengo en casa; mi madre es la admiradora más ferviente de la hija de los Robinson.

Ni la mención de Lily logra distraerme de la tristeza profunda que me provoca cada vez que, desprevenida, me asalta la visión de mi madre sin su pelo de toda la vida.

Ahora, en lugar de las hebras largas, negras y robustas que exhibió siempre, tiene un pelo frágil e incipiente que parece estar pidiendo permiso para existir.

¿Cómo pudo no decirme nada? Los ojos se me humedecen, pero giro la cara para que mi madre no me vea.

—Vicky, cariño, ya te dije que estoy bien, es solo pelo. Estoy bien, cariño. ¿Hablaste con Lily?

No es solo pelo, es lo que representa, y ambas lo sabemos. No está bien.

—¿Cómo puedes decir que está bien, mamá? ¡Que me enteré de todo meses después! ¡Soy tu hija, tu hija! Todo el mundo en este pueblo de fin de mundo estaba al tanto, menos tu propia hija.

—Victoria, baja la voz —el espíritu de la mujer que tuvo que criar a solas a una adolescente rebelde se hace ver—. Ya te expliqué por qué lo hice. Este no es tu lugar. Tienes tu vida fuera de aquí. Yo no iba a ser la causa de que frenaras tu vida y volvieras a un sitio que detestas.

—Pues aquí estoy, y no me voy hasta que esté convencida de que estás bien.

—¿Hablaste con Lily? Ella te lo puede confirmar.

—No estaba en la clínica cuando fui; estaba de fiesta en el bar.

—Victoria Mendoza, no empieces. ¿Cuándo vas a crecer?

—¿De qué hablas?

Me alejo de mi madre y comienzo a sacar la sartén para hacer los huevos. Me mortifica hasta el infinito su defensa de Lily, su cariño hacia ella. En una época en la que era una adolescente menos segura de lo que todos creían, llegué a sentir celos del afecto que mi madre profesaba a una chica que no era su hija. Ya no, claro, ya soy muy madura.

—Sabes muy bien que hablo de Lily. Mucho cuidado cómo tratas a Lily.

—¿Le he hecho algo yo a esa chica? ¡Pero si ni la recuerdo! Sé que es la hija de los Robinson y que fuimos al mismo instituto, pero poco más.

El movimiento indiferente del hombro fue una exageración, pero esta soy yo en Cedar Glade, señoras y señores.

—Hija mía, a ver si quien está para ir de urgencia al médico eres tú. No recordar a quien conoces desde niña parece grave —siento que asoma sobre mi hombro—. ¿Qué haces?

—Los huevos.

—¿No era un revuelto?

—Sí.

—¿Y por qué los fríes?

—¿Para después darles vueltas?

—Hija mía, hija mía, por Dios. ¿Sigues comiendo todo fuera, verdad?

—Sí —sonrío, me inclino y le doy un beso en la mejilla.

Mi madre mueve la cabeza, desesperada.

—Quita, anda, que están al llegar las chicas.

—¿Las chicas?

—Eso es lo que te quería comentar. No te preocupes por ir… escucha, ahí están.

El timbre interrumpe lo que sea que mi madre iba a decir. Termina de quitarme la sartén de la mano, la tira a un lado y va hacia la puerta. ¿Quién visita antes de las nueve de la mañana? Qué locura de lugar. Y yo en camiseta y pantalón corto, la ropa con la que dormí.

—¿Cómo estás hoy, Elena, querida? —escucho desde la cocina, y aunque hace más de diez años que esa voz no llegaba a mis oídos, es imposible que no reconozca en ella a Sarah, la madre de Lily, la viuda del Dr. Peter Robinson. La jefa de mi madre durante todo el tiempo que estuvo sirviendo en su casa.

—Bien, bien, entra, Sarah. Hoy estoy un poco atrasada porque mi hija no sabe ni hacer un huevo.

¿Incluso enferma tiene mi madre que darse prisa por esta? En dos zancadas me planto en el salón.

—¿Qué, Sarah? ¿Los suelos no pueden aguantar un día sin su brillo?

—¡Victoria!

—Nada de Victoria, mamá. ¿No me habías dicho que ya no trabajabas? ¿Cuántas veces tengo que decirte que no necesitas trabajar?

—Vicky, qué bueno verte, querida. Tan beligerante y guapa como el primer día.

Sarah se acerca, me da un abrazo y un beso. Como siempre, desde que tengo memoria, me hace sentir impotente. No recuerdo una sola vez en mi vida en la que Sarah haya hecho caso a nada de lo que hago. Todo lo toma como la ocurrencia de una niña que ya crecerá.

Pero ya crecí, y por lo que veo, a ojos de mi madre y Sarah, sigo siendo una adolescente rebelde sin mucha idea de nada.

Qué enervante. Todo lo que he logrado en mi vida y yo soy la que no tiene idea de nada. Las que saben son dos señoras que llevan toda la vida en Winter Hell.

—Aparqué en la calle; esa cosa de ahí fuera no dejó espacio para nada más —Lily aparece por la puerta y por las formas, sé que para ella es un acto familiar, cotidiano.

—Lily —pronuncio su nombre con calma, con intención—, si rozas a mi chica mimada, tendrás que pagar.

Cruzo los brazos, alzo la ceja, me niego a desviar la mirada de los ojos verdes oscuros de Lily Robinson. Tengo mi recompensa. La veo tragar, veo el escarlata cubrir poco a poco sus mejillas. Ay, Lily, cómo persisten algunas cosillas, ¿mmm?

—Victoria, compórtate —¿pero mi madre qué edad cree que tengo?—. Ve a traer café a Lily y a Sarah. Yo haré los huevos para poder desayunar todas.

—No te preocupes, Elena —la perfecta Lily le da un abrazo cálido a mi madre—. Cuidé de la chica de Vicky; está en perfectas condiciones, aunque dudo que mi pobre compacto pueda sobrevivir a un encuentro con ella.

Me río, porque la otra parte de Lily ya está asomando. La chica perfecta que veían los mayores siempre tuvo mucho veneno cuando se trató de responder a mí. Y tiene razón: un compacto no tiene la más mínima oportunidad contra mi RAM 1500 Limited. La pequeña Lily Robinson no tiene nada que hacer cuando se trata de Vicky Mendoza.

¿Por qué pienso en mí en tercera persona? Ay, Cedar Glade, qué mal me sientas.

—Yo hago el café, Elena, ¿tú haces los huevos? Estas chicas de ahora no saben ni manejarse en la cocina —Sarah le pasa el brazo a mi madre por los hombros. Las veo alejarse.

Lily me hace una mueca simpática que supongo busca cierta complicidad contra las mayores, pero ya puede seguir haciendo morritos con esos labios de un rosado tan delicado que parecen pintados a mano en otra época. Yo me limito a achicar los ojos y regalarle una mirada amenazante. ¿Amenaza, qué amenaza? No tengo idea. Doy media vuelta y me voy para la cocina.

Solo con entrar, el olor a bacon me hace salivar, pero me recupero enseguida. Aguacate, aguacate.

—Mamá, ¿bacon? ¿En serio? ¿Tu doctora no te dijo que era malo para casi todo?

—¿No era tu preferido para el desayuno? Lo estamos haciendo por ti —se adelanta a responder Sarah.

—Mi doctora, que es la mejor del mundo, quiere dominar menos mi vida que mi hija, que llegó ayer.

—Ohh, ¿bacon? Qué rico, ¿qué celebramos?

—Lily.

El tono de advertencia de Sarah me proporciona el consuelo de que no soy la única que todavía recibe los regaños de su madre.

—Sí, claro. Que Vicky está en casa —dice Lily y sonríe, una sonrisa angelical que tal vez logre engañar a estas dos que siempre han estado atontadas por ella, pero no a mí.

Lily sabe que esta no es mi casa hace mucho; seguro supone que detesto que le llamen mi casa. Mi casa, mi hogar, lo construí lejos de aquí.

—Venga, a desayunar todas —ordena mi madre, seguro presintiendo que el encuentro no va por el camino de la placidez.

Plácida nunca ha sido la relación entre Lily Robinson y yo. Creo que desde la primera vez que nos vimos, nos detestamos, para desmayo de mi madre, que contaba con que fuese agradable con la hija de sus empleadores los días que estaba obligada a llevarme con ella a la casa de los Robinson.

¿Sabía mi madre cuánto me molestaba la obligatoriedad de la amabilidad solo porque nosotros éramos los pobres y ellos, los ricos? ¿Porque teníamos que agradecer el tener una fuente de ingresos?

En el instituto, nuestra animadversión explotó y ninguna se preocupó en ocultar cuánto detestaba a la otra. Nos hicimos daño a base de bien.

—Dra. Robinson, ayer pasé por su consulta, pero no estaba.

Nunca pude pasar mucho tiempo sin intentar molestar a Lily. Culpable.

—Es lo que tienen los horarios laborales, Vicky, tienen fin.

—¿Sí? He escuchado eso de horarios de entrada y salida, pero creía que era una utopía.

Sarah pone delante de mí un plato con un revuelto amarillo y esponjoso, con bacon crujiente, con dos tostadas marrones. Para mi vergüenza, el estómago emite sonidos delatores. Me niego a mirar alrededor. Tomo un tenedor y ataco la comida como si me precediera

un periodo de hambruna. Los aguacates y la quinoa no llenan mucho.

—Come, hija mía, que estás en los huesos —siento la mano de mi madre en la cabeza.

A mi pesar, me siento enternecida y, oh, horror, por un segundo la sensación de sí estar en casa se me acomoda dentro.

Remuevo la cabeza para quitarme el embrujo de mi madre. Todas las madres son un poco brujas.

—No estoy delgada, pregunta a la doctora en la estancia. ¿Doctora, qué tal me ve? ¿Estoy muy delgada?

Tantos años y aún el efecto que tengo sobre Lily Robinson sigue siendo el mismo. ¿Cómo todo un pueblo puede pensar que esta chica es heterosexual? ¿Nadie puede ver cómo recorre mi cuerpo como con miedo?

Porque Lily quizás me odie un pelín, sí, pero Lily también se moja solo con verme. Por eso me odia más.

La chica adorada de Cedar Glade, la médico confiable a la que todos acuden, se libera la garganta de una molestia imaginaria antes de responder.

—No parece muy delgada, parece muy en forma.

—¿Muy en forma, eh?

Rehuye la mirada y se niega a contestar. Lo dejo pasar, sospecho que ya tendré oportunidad de jugar un poco más con el tesoro local.

—¿Cómo está Gareth, Lily? Hace días que no lo veo —pregunta mi madre.

—Bien, en estos días ha tenido mucho trabajo. Siempre te manda saludos.

—Es un encanto de chico. A ver cuándo se pasa por aquí y le hago la tarta que le gusta.

—¿Quién es Gareth, que se va a llevar tartas que a mí no me brindan?

—Si te portaras mejor, hija.

—¡Acabo de llegar! ¡No he tenido tiempo de portarme mal! ¿Y quién es Gareth?

—El novio de Lily.

La novia de Gareth parece que tiene un interés intenso por el análisis del contenido de su taza de café.

—Vaya, vaya, ¿quién ha logrado conquistar a la chica perfecta de Cedar Glade?

—Fueron juntos al instituto, Vicky. Era un año mayor. ¿No recuerdas? Gareth Evans —me aclara Sarah.

¿Gareth Evans? En serio, ¿Gareth Evans?

—¿Estás prometida con Gareth Evans? —No me importa que se note la incredulidad que me asalta. Detesto a Lily Robinson, pero la detesto, en parte, porque la creía con más sustancia.

Gareth Evans era un pecho palomo insulso y descerebrado, cuyo único mérito —lanzar con fuerza una pelota— hacía que las chicas suspiraran por él.

—No estoy prometida con nadie —qué interesante el mal humor con el que responde Lily.

—Victoria, no me has dado tiempo a decir que me voy al gimnasio con Sarah, por eso está aquí. ¿Tú qué vas a hacer? —interrumpe mi madre.

—¿Gimnasio tú? ¿Gimnasio en Cedar Glade? ¡Ja! ¿Y vas con Sarah?

La cabeza me va a explotar.

—Que sepas, señorita, que Cedar Glade tiene de todo, no echamos en falta nada de esas horribles ciudades. Patrick en el gimnasio ofrece clases de yoga, pilates y hasta zumba —defiende Sarah los grandes avances de Cedar Glade.

—¿Hasta zumba? —me burlo sin disimulo.

Mi madre y Sarah se miran y parecen estar coordinadas en el gesto de girar los ojos.

—El gimnasio ayuda a tu madre a ganar fuerzas después de un proceso muy debilitante, la ayuda a sentirse mejor, a animarse, a salir a menudo de casa —la dureza del tono de Lily creo que sorprende a todos. Yo no puedo evitar sentir un poco de vergüenza.

Endurezco el gesto y cuando estoy a punto de lanzarme a la yugular de esta rubia de postal, escucho a Sarah intervenir.

—Hija mía, todo eso está muy bien, pero nosotras también vamos a endurecer la colita. A nuestros años todo se cae.

Si fuese alguien más generosa, me sentiría agradecida por el intento de Sarah de aligerar el ambiente. Pero soy yo y solo me pregunto qué hace toda esta gente entre mi madre y yo, con planes en los que estoy de más.

Acabo de llegar, claro que sobro, soy un estorbo; ellas tienen su vida perfectamente armada sin mí.

¿Un estorbo? Bien, que sigan con su vida. Yo haré justo lo que vine a hacer.

—Dra. Robinson, ¿cuándo puedo ir a su consulta? Necesito hacerle unas preguntas.

—Que yo sepa, Vicky, no eres residente de este pueblo, no eres mi paciente.

—¿Haciéndonos la difícil? Es solo una cita. Médica, eso sí.

—Lily, cariño, solo necesito que le digas a mi hija que estoy bien para que ella se vaya tranquila.

Lily mira a mi madre, le sonríe con un cariño que ni yo puedo negar que es honesto.

—Estás bien, Elena, ya sabes lo que dijo el oncólogo sobre los resultados de las pruebas. Vicky puede irse tranquila.

—Vicky no va a ningún sitio hasta que no hable contigo en consulta, a solas.

Lily suspira y yo sé que me salí, una vez más, con la mía.

—Como quieras, Vicky. Ve mañana antes de cerrar, a eso de las cinco. Yo me voy, chicas, que tengo que pasar antes por casa del señor Moore.

—¿Cómo sigue? —se interesa Sarah.

—Igual, no es bueno el pronóstico.

—A los 94 años hay pocos buenos pronósticos, hija.

—Madre.

—Es la verdad.

—Un beso. Que se diviertan en el gimnasio, chicas. Nada de estar suspirando por Patrick.

—Querrás decir, él suspirando por nosotras —mi madre, en una versión que no conozco, una versión relajada y risueña, mueve la cabeza en gesto coqueto.

—Que es gay, ¿cuántas veces se los he dicho? —se echa a reír Lily.

—Carter no tiene oportunidad contra nosotras, al final verás.

—Claro, madre, funciona así.

Lily comienza a dar los primeros pasos para marcharse, todavía con la sonrisa en los labios. Aunque yo sigo atontada por lo que acabo de ver —un Cedar Glade donde Sarah y mi madre van al gimnasio, un gimnasio donde practican yoga, y un gay supuestamente buenorro tiene a todas suspirando por él—, me levanto y la alcanzo.

—La acompaño, doctora.

Veo que hace un amago por responder, pero al final sigue andando, supongo que convencida de que, como siempre, al final haré lo que deseo.

—Tenemos cita, Lily Robinson, te veo mañana. Ponte guapa —le digo en la puerta de salida.

La gran chica pierde todas sus máscaras y vuelve a ser la que siempre fue conmigo, la misma que yo fui con ella: un ser lleno de furia, siempre con las barreras alzadas, las espadas sacadas, la disposición de herir.

—Para dos días que vas a estar aquí, no tienes que ser tan imbécil, Vicky.

—¿Te gustan imbéciles y creídas, Lily?

—Me gusta mi novio.

—Qué bonito sería un mundo en el que solo te gustara tu novio. Lástima que no existe, Lily.

Me pierdo en su mirada llena de rencor, me place, la siento como un trofeo. Da media vuelta y se va sin mirar atrás. Yo me quedo con la sonrisa en los labios y en la sangre un leve borboteo, como la primera respuesta a un conjuro de despertar.

CAPÍTULO 3

Hoy he trabajado como una obsesa, como si fuese mi última oportunidad de terminar todos los asuntos pendientes. La pobre Jane, arrastrada conmigo a esta vorágine, tiene el rostro demacrado y creo que en cualquier momento me va a pedir parar.

No puedo parar porque si paro, comienzo a pensar que en nada puede aparecer por la puerta ese incordio de mujer y, entonces, ya no podré hacer otra cosa que pensar en eso, que estresarme por eso. Y ni tengo tiempo, ni Vicky Mendoza se lo merece.

Por imbécil, por insoportable, por engreída.

¿Cómo, siendo hija de Elena, salió así? Pienso en las palabras de Anne, en cómo Vicky, a pesar de estar en Cedar Glade desde pequeña, nunca dejó de ser la diferente, la extraña. La idea no es suficiente para canalizar amabilidad hacia una mujer que nunca ha tenido ni el más mínimo gesto amable conmigo.

El único gesto que delató que yo no le era tan detestable como aparentaba no fue amable, pero no me desagradó, *oh, por Dios*, no me desagradó en lo más mínimo. Aquel hecho me tuvo enfebrecida durante meses, obsesionada y atormentada entre la culpa y el placer.

¿Por qué pienso en esto ahora?

—Lily, querida, ¿todo bien?

—Sí, señora Taylor, solo pensando en el mejor tratamiento para su problema.

—Mándame algo, Lily, porque vivo en un constante sufrir. Llevo tres días sin poder evacuar. He visto por Internet que pueden pasar cosas horribles.

Las maravillas de ser la única médico de una comunidad: lo mismo te llaman para un parto de urgencia que te pasas el día atendiendo almorranas y flatulencias varias.

—No se preocupe, va a ir donde Margaret en la farmacia y le va a pedir esto. Pero tenga en cuenta, señora Taylor, que hacer actividad

física y comer alimentos ricos en fibra le va a ayudar mucho más a largo plazo. Mire, aquí tengo un folleto con toda la información. Léalo con calma en casa y, por favor, haga caso.

—Por supuesto que sí, Lily, querida, siempre te hago caso, igual que se lo hacía a tu padre. Ay, tu padre, cómo se le extraña. Qué hombre tan especial. No me entiendas mal, Lily, querida, que tú también eres muy especial, pero…

Mi mente en consulta es como la de un atleta de alto rendimiento, está preparada para desconectar a la menor señal de divagación de un paciente. Después de tantas horas entre estas cuatro paredes blancas, o desconecto de escuchar variaciones de lo mismo, o termino como muchos colegas: totalmente quemada y con rencor hacia la profesión.

Cuando escucho a alguien tocar en la puerta, vuelvo a prestar atención plena a mi alrededor. ¿Jane ya se habrá rendido?

—Esa vez tu padre me recomendó unas pastillas que me dieron mucho resultado, eran blancas y pequeñitas. ¿Cómo se llaman, Lily? No recuerdo.

—Tendría que revisar su his…

—¿Doctora, no es hora de mi cita?

Abrió la puerta sin esperar mi respuesta. Ella nunca espera permiso para hacer nada. Supongo que es normal que el corazón se me acelere un poco. Todos los días pacientes poco pacientes tocan la puerta de consulta, pero al menos tienen la consideración de esperar.

Lo que sí no sucede todos los días es el encuentro con un rostro como este. ¿Quién le hará las cejas a Vicky Mendoza? Claro que, para exhibir esas cejas, lo primero es tenerlas por genética. La genética no fue mezquina con Victoria, eso seguro.

Muy pocos pueden agradecer esos pómulos altos, esa boca que parece que está siempre un pelín abierta, enseñando todo lo que no puedes tener. Otro problema con Vicky: parece un anuncio de todo lo que no puedes tener.

No debo pensar en estas cosas, no debo, menos ahora.

Escucho a la señora Taylor que se mueve con un quejido. La señora Taylor, cuando sale de mi vista, se mueve sin quejidos y con

total gracilidad, pero a los 78 años todos tenemos permitida cierta *performance* ante nuestros médicos.

—Ah, pero si es la niña de la señora Elena. ¿Cómo estás, querida? ¿Cómo sigue tu madre? Hemos estado muy atentos a ella.

—Está mejor, señora Taylor. Vengo precisamente a preguntar unas dudas sobre el tratamiento a la Dra. Robinson. Mi madre me está esperando. ¿Cree que puedo hablar con la Dra. Robinson?

—Por supuesto, por supuesto. Yo ya me iba, solo vine porque estoy teniendo problemas de vientre, desde hace…

—Muchas gracias, señora Taylor, es muy amable. Por aquí, la acompaño, por aquí.

—Oh, muy amable, querida, muy amable. Hasta pronto, Lily, querida.

Veo a la señora Taylor partir apoyada en el brazo de Victoria y pienso que nunca en mi vida he conocido a una embaucadora semejante. Cuando Vicky quiere, es irresistible, pero eso ya lo sabía.

—¿Me agradecerás, no? —Vicky no demora en volver a aparecer por la puerta.

—¿Agradecerte por ahuyentar a mis pacientes?

—Por Dios, la señora Taylor ya era un coñazo cuando éramos niñas; ahora solo puede ser peor.

La pobre mujer es un poco densa, pero también muy preocupada por los demás, amable y generosa. Con Cedar Glade y su gente, Vicky siempre tiene una visión selectiva: percibe todos los defectos, ignora las virtudes.

Vuelvo a escuchar un toque de puerta, ahora en la lateral, y esta vez no puede ser otra que Jane.

—Adelante.

—¿Todo bien, Lily? —me pregunta Jane con expresión inquieta.

—Jane estaba muy preocupada por mi falta de cita oficial. Le dije que no era necesaria, que hay confianza, ¿no es así, Lily?

Ignoro el tono descarado de Victoria y sonrío a Jane, intentando transmitir una seguridad que estoy lejos de sentir.

—Todo bien, Jane, solo voy a poner al día a Vicky sobre el estado actual de Elena. Si no queda nadie más, marcha, yo cierro.

—¿Segura?

—Oh, por favor, Jane. ¿Qué le voy a hacer? ¿Secuestrarla? ¿Obligarla a darme la gran cantidad de dinero que hay en esta clínica de fin de mundo? ¿O tu cabeza calenturienta está imaginando otra cosa? ¿Eh, Jane?

La sonrisa cruel que exhibe Vicky no presagia nada bueno. Me lanzo a intervenir antes de que esta escena siga por peor camino.

—Sí, no te preocupes. Yo le dije a Vicky que se pasara por aquí. Nos vemos mañana. Disfruta de la noche.

Jane marcha con los ojos cargados de dudas, porque estamos ante Vicky Mendoza y, para Vicky, siempre hay dudas, recelos, suspicacia.

¿Lo que decía sobre la visión de Victoria sobre Cedar Glade? A Cedar Glade le sucede lo mismo con Vicky. Se empeña en ver siempre lo negativo.

—Sigue siendo muy simpática, Jane.

—Jane no tiene que ser simpática, tiene que ser una buena enfermera, y lo es. Es la enfermera que atiende a tu madre.

—¿Esta es la baza que vas a jugar ahora? ¿Cualquier cosa que diga me recordarás cuánto Cedar Glade ha hecho por mi madre?

No esperaba esta Victoria seria y despojada de sarcasmo. Me siento más cómoda con la otra, la que siempre parece estar jugando conmigo. Para la Victoria sin artificios, no tengo ningún personaje creado.

—No es eso lo que quiero decir, Vicky, lo sabes.

¿Quizás tiene un poco de razón? ¿Quizás, sin proponérmelo, sí le he echado en cara el papel de Cedar Glade en la recuperación de Elena?

—Si sientes que te he hecho algún reproche, disculpa. No es mi intención ni mi lugar. Nadie ha hecho por Elena menos de lo que Elena ha hecho durante años por todos en el pueblo. Es como se hacen las cosas por aquí. No hay nada extraordinario en su caso.

—¿Los años te han aflojado, Lily? —suelta una sonrisa mordaz.

—¿Perdona?

—La Lily Robinson que conocía me habría dicho que me recordaría lo que le diera la gana y que, si no me gustaba lo que oía, me hubiera ocupado mejor de mi madre.

—¿Pero tú has escuchado hablar de madurar? —siento mi temperamento hincharse como una serpiente que detecta el peligro.

—Alguna cosa. Que haces todos los días lo mismo, que empiezas a pensar en cambiar los suelos más que en tus sueños —Victoria me mira a los ojos. Los suyos están cargados de un desinterés que no logra engañarme—. Y que se folla menos y mal, eso también lo he escuchado. ¿Tú has madurado, Lily?

—¿Tú te escuchas? Asocias todo al sexo. ¡El sexo no lo es todo en la vida!

La carcajada de Victoria es para mis nervios como uñas rasgando una pizarra. La veo doblarse de la risa, excesiva y teatral, mientras en mi interior la furia se va acumulando sonido a sonido.

—Sí que has madurado, Lily, sí que has madurado —dice y se seca una supuesta lágrima de los ojos—. ¿Qué tal el bueno de Gareth? ¿Muy maduro también, eh?

Dejo que la furia que poco a poco ha surgido en mí me tome toda, se haga conmigo como en un asalto. Recuerdo la última vez que la sentí. No es casualidad que fue ante esta misma mujer. Es lo nuestro, supongo.

—Somos muy maduros, Vicky. Aburridos. Gente que está en el día a día. Gente en la que se puede confiar. Amigos a los que se llama cuando el coche te deja tirado. Hijos que ayudan a sus padres cuando atraviesan un cáncer. Somos ese tipo de gente.

Después de tantos años, pensé que me sentiría mal, que al volver a caer en las crueldades que Vicky y yo nos dispensamos en el pasado con tanta dedicación, el arrepentimiento sería el resultado más inmediato.

Pero al ver el parpadeo rápido de Vicky, el único signo de que dolió, la euforia me recorre y vuelvo a recordar lo adictiva e insana que era mi relación con Victoria. Las emociones siempre en los extremos, las caídas bruscas, los dramas a todo color. Viva, con ella siempre me sentí muy viva.

Veo a Vicky tomar una gran bocanada de aire. Preparo el cuerpo para lo que sea que venga.

—Qué alegría, Lily, qué alegría. Por un segundo pensé que de verdad habías cambiado. Que al final te habías convertido en lo que

este pueblo siempre ha pensado de ti, ¿te imaginas? Tú, una dulce chica. Pero sigues siendo el mismo tipo de perra reprimida, ¿mmm?

—Una perra reprimida a la que siempre te has querido follar. ¿Por venganza o por pura fantasía? Ya sabes, por eso de la chica pobre coladita por la hija de... ¿los "patrones" se dice de donde vienes?

Ay, Vicky, qué buena soy a tu lado haciendo daño. Tu mejor alumna.

Un teléfono suena y es como si me despertase de un sueño, recordando que soñé cosas terribles que todavía me oprimen el pecho. ¿Por qué volví a caer en las trampas de Vicky?

La veo sacar el móvil, al ver la pantalla, su expresión cambia a una menos atormentada.

—Madre.

Elena. Qué vergüenza. Si Elena tiene una mínima idea de lo que somos su hija y yo cuando estamos a solas, moriría de embarazo.

—Todavía estoy en la consulta. Sí, me estoy portando bien.

Lo dice, me mira y sonríe como si compartiéramos un secreto tonto y gracioso, no esta cosa oscura e insana que los años, visto está, no han borrado.

—En un momento regreso. Un beso.

Cuelga y mueve el teléfono en el aire.

—Te manda saludos.

—A lo que viniste, Vicky, tu madre está en remisión completa. Así se lo confirmó el oncólogo en la última cita. Tiene que hacerse pruebas de forma rutinaria, pero se irán espaciando a lo largo del tiempo. Cada día está un poco mejor, con más fuerza, con mejor ánimo. Ahora mismo tu presencia no es necesaria, Elena está bien.

—¿Cómo sé que lo que buscas no es deshacerte de mí, Lily?

—Porque esto va de tu madre, Vicky, no sobre tú y yo.

El resto no lo digo porque ella lo sabe: mi respeto por Elena, mi cariño por una mujer que desde pequeña veo como parte de mi familia.

—¿Puede volver? ¿La enfermedad puede volver?

Vicky no sabe que acaba de comenzar una etapa de su vida que no terminará hasta que su madre ya no esté con ella: el miedo, con cada revisión, a que lo más temido esté de vuelta.

—El riesgo de recaída siempre existe, pero no es una preocupación ahora mismo. Pueden llegar, puede que nunca lleguen. Es momento de celebrar el éxito del tratamiento. De ayudar a Elena a que siga ganando confianza.

—¿Qué crees que le hace falta? Ella no me lo va a decir.

Le hace falta su hija, a poder ser menos confrontacional, pero en ese jardín yo no me voy a meter.

—Nada, está bien, de verdad. Tu madre es una mujer muy fuerte.

—Mi madre está enferma, no tiene que ser fuerte. Tiene que quejarse y dejarse cuidar, como todo el mundo.

—En eso estamos de acuerdo. Suerte haciéndolo entender a Elena.

—Ya entenderá. Cuando esté en Toronto conmigo verá cómo mejor puede ser su vida si tan solo se deja cuidar.

—¿En Toronto, Elena? ¿Se va por unos días?

—¿Días? Mi madre debe venir a vivir por ahora conmigo y después ya veremos si a una casa cerca de mí. Un sitio donde pueda asegurarme de que se cuida apropiadamente.

—¿Estás de broma, no? ¿Elena sabe de tus planes?

Dudo tanto que Elena tenga la más mínima idea de los planes de Vicky.

—Todavía. Y mucho cuidado con abrir esa boca de niña bien, Lily. Secreto profesional.

—No tendré que abrir la boca de niña bien porque, en cuanto abras tu boca de guarra inyectada, tu madre te pondrá en tu lugar. Voy sacando las palomitas.

Yo lo sé, ella lo sabe. No le alcanzará Cedar Glade para escapar corriendo a la furia de Elena.

Vicky hace un mohín caprichoso e infantil que no puede resultar más sexy.

—¿Inyectada, Lily? Lo de guarra te lo admito. Yo puedo ser muy guarra, ¿pero inyectada? Haz memoria, Lily. Tú probaste esta boca antes de que el ácido hialurónico se pusiese de moda.

Siento el rubor cubriendo mi rostro y el recuerdo del único beso que compartí con Vicky vuelve a mí con la fuerza que los años nunca

han podido borrar. El momento más intenso de mi vida, un beso a escondidas en las duchas del instituto.

Después de tanto odiar a Vicky Mendoza, resulta que, cuando la tuve a solas en las duchas, solo la pude besar. Y Vicky me respondió, vaya si respondió. Todo desapareció y un deseo que nunca he vuelto a sentir, un deseo que anulaba todo y solo sabía de buscar aquello que necesitaba más que nada en el mundo, me hizo explorar la boca de Vicky como si fuese un terreno maravilloso sin fin.

Pero tenía fin, solo que no lo pusimos nosotras, llegó a los pocos minutos y se llamaba Joan.

—Sí que recuerdas, Lily. Vaya que recuerdas —la voz de Vicky es lenta, perezosa—. Pero tengo una duda: ¿lo recuerdas con placer o con vergüenza?

Las dos cosas, Vicky, pero nunca lo admitiré ante ti.

—Nada me da más vergüenza en la vida. Aunque tuve suerte, a saber lo que puede pasar al rozarme con el foso infecto de tu boca.

Mentir al lado de Victoria siempre fue como un deporte, una competición en la que poníamos a prueba quién lo hacía más rápido y mejor.

—Se notó el miedo. Tuve los labios inflamados durante horas, y eso que en mí es difícil de notar. Por inyectados y eso.

—¿Algo más? Tengo que cerrar la clínica.

—¿Recuerdas lo que estuvo a punto de suceder? ¿Dónde estaba mi mano cuando nos interrumpieron?

Maldita, Victoria. A mi pesar, la respiración pierde su curso natural y entre mis piernas ya no puedo ignorar el cosquilleo que me debilita, que me recuerda que todo lo que soy ante esta mujer es pura fachada.

El silencio en la consulta es absoluto. Victoria me mira sin esperar una respuesta, solo me mantiene atada con sus preguntas.

El recuerdo de dónde estuvo a punto de llegar su mano hace que cierre más las piernas en busca de más presión. ¿Vicky lo habrá notado? Con el escritorio de por medio, espero que no, por favor, espero que no.

—¿Te gustaría terminar lo que comenzamos, Lily?

Su voz es casi un susurro, algo que nace de una zona húmeda y profunda. Esa voz podría convencerte de casi cualquier cosa si la dejas. Vicky Mendoza es problema, no puedo olvidarlo.

Me pongo en pie con una fuerza excesiva que sorprende a ambas y, por unos segundos, parecemos incapaces de saber qué decir.

—Vete, por favor, tengo que cerrar.

—¿Estás sola?

Titubeo.

—Ay, esa cabecita, Lily Robinson. Solo quiero ayudarte a cerrar.

La versión adulta de Victoria es aún más agotadora que su adolescente. Ahora combina accesos de crueldad con momentos de madurez.

—No es necesario, gracias, solo me enlentecerías. Estoy adaptada a hacerlo yo sola.

—De acuerdo, entonces te espero hasta que salgas.

—No es necesario, por favor.

—No es negociable, doctora. Ya está oscureciendo. No va a salir sola por ahí.

—¿Te das cuenta de que lo hago siempre?

—Los hombres, que ya no son lo que eran.

—El siglo XXI le llaman, Vicky.

Echo a andar hacia fuera de la consulta, todavía con la carne en temblor.

La buena de Jane dejó gran parte del trabajo adelantado y solo me queda por cerrar las ventanas y la puerta del frente. Vuelvo a dar media vuelta y regreso a por mi bolso. Vicky está apoyada en el marco de la puerta, mirándome con expresión divertida.

—¿Qué?

—Nada —se encoge de hombros.

Es desesperante, ¿qué se traerá entre manos? Mejor no saber. Mientras menos sepa de Victoria, más segura estaré.

—¿Me dejas pasar?

—¿Qué te lo impide?

No respondo, me limito a mirarla con expresión hastiada. Vicky suelta una risa corta y disfrutona, hace un saludo militar y se aleja del marco marchando. ¿Qué edad mental tiene esta mujer? Giro los

ojos porque, ¿qué más? Me apresuro a tomar el bolso y acercarme otra vez a la puerta. Por suerte, Vicky sale antes que yo y apagar la luz no se convierte en otra batallita infantil.

—¿Todo bien cerrado? —me pregunta cuando termino de activar la alarma de la clínica y salgo al exterior.

—Sí, eso creo.

La primavera se acerca. Aunque a Cedar Glade tarda en llegar, el frío ya es más clemente, como si hubiera dejado de intentar matarte en una bocanada de aire y solo quisiera recordarte que aún tienes que cerrar cada acceso al mundo exterior.

—¿Ese coche de juguete es el tuyo? —señala hacia el parking, donde solo hay aparcados dos coches, mi confiable compacto y la camioneta grotesca de Vicky.

—Y esa monstruosidad es tuya. ¿Sabes lo peligrosos que resultan en los accidentes? Son mortales.

—Hey, hey, no está en mis planes atropellar a nadie. Ni siquiera a ti.

—No pondría la mano en el fuego.

—Mis intenciones no son buenas, pero no son matarte. Yo solo quiero echarte a perder un poco, Lily Robinson.

Lo dijo de forma ligera, como cosas que se dicen sin pensar. Yo lo siento como una amenaza a la que es mejor prestar atención.

—Adiós, Vicky. Saludos a Elena. En estos días paso a verla.

Entro al coche con prisa. Cada minuto al lado de Vicky Mendoza es un riesgo de terminar abofeteándola o besándola.

Dios, ¿cuánto lleva en Cedar Glade? ¿Dos días, tres días? Y yo así. Es como si el tiempo no hubiese pasado.

Marcho y por el espejo del coche veo a Vicky haciéndose pequeña con la distancia, sola en medio del aparcamiento vacío. Una imagen imposible me asalta: yo dando media vuelta, las dos compartiendo un coche, entrando en una casa como una pareja normal después de un día de trabajo.

Muevo la cabeza, espanto la absurdez. Ya yo tengo con quien compartir una casa, solo que todavía no es momento de hacerlo permanente.

CAPÍTULO 4

Al fin encuentro un sitio para aparcar cerca de Cedar Glade Anglican Church. Los domingos, este somnoliento pueblo no tiene otra cosa que hacer que lanzarse en masa a la iglesia a escuchar al reverendo Henry repetir la misma letanía que viene soltando desde hace 30 años.

Cuando se lo cuento a mis amigos en Toronto, creen que exagero, que son escenas más propias de Estados Unidos, pero ya quisiera. De pequeña, odiaba ser arrastrada por mi madre a las casi dos horas de tranquilidad obligatoria, pero ¡sorpresa!, hoy estoy aquí por voluntad propia y contra los deseos de mi madre.

Con el coche ya aparcado, me inclino para buscar los zapatos de aguja que me quité para conducir y, de paso, limitar las horas de tortura obligatoria. Siento la mirada de mi madre juzgándome al lado. Me giro y le sonrío, llena de buen humor.

—Estás todavía a tiempo de regresar, Vicky, no seas malcriada.

—¿Malcriada por querer acompañar a mi madre a la iglesia?

—Lo haces para molestar, Victoria. Nos conocemos desde el primer día.

No lo hago por molestar, solo estoy aburrida.

—Y yo que pensé que te ibas a alegrar.

—¿Alegrar? ¿Pero tú te has visto, Victoria? Señor, señor, esta chica no para de darme disgustos —mi madre mira al cielo en un gesto dramático muy apropiado para la ocasión.

—¿Qué dices? ¡Si voy impecable!

Y así es. Llevo un juego de chaqueta y pantalón negro que, si me queda mejor, causo infartos. También unos taconazos (por favor, que estén esas aceras limpias de nieve), y lo mejor de todo, el verdadero toque de distinción que tiene a mi madre furiosa: un sombrero aparatoso más propio del Derby de Kentucky que de un servicio religioso un domingo en un anodino pueblo canadiense. Hasta tiene

un pajarito en medio de lo que supongo sea un nido de plumas suaves y distribuidas en plan "aquí te tiro, aquí te quedas".

En mi opinión, es indispensable; por nada sacrificaría esta parte del disfraz. Porque, para mí, lo que llevo hoy no es más que un disfraz y lo que haré será interpretar un personaje con el que divertirme. Hoy soy la señorita Mendoza, toda elegancia y altivez, eso sin abandonar el debido cuidado a su madre. Buaa, lo tengo bordao.

—Te juro, Victoria, que si me haces pasar la más mínima vergüenza, con todo y el tamaño que tienes, te vas a acordar de tu madre.

—Ay, ay, ay, qué cosas tienes, con lo bien que me porto —inclinándome, le doy un beso juguetón en la mejilla y salgo del coche.

Qué cosas se le ocurren a mi madre. Si solo me disfrazo para mí. Voy a estar tranquilita en el banco.

Espero a que ella llegue a mi lado y le ofrezco el brazo en un gesto que es todo gallardía. Mi madre cabecea, todavía muy poco convencida de mis buenas intenciones, pero ya se lo demostraré.

Nos unimos a la fila de buenos devotos que va entrando a la iglesia, las miradas alrededor nos siguen como si estuviéramos imantadas. Estiro la espalda, subo la cabeza como intentando aspirar a algo superior. Soy toda elegancia y saber estar.

—¿Pero qué haces? —susurra mi madre.

—¿Qué hice ahora?

—Camina normal.

—Pero si estoy caminando normal.

—Mira, mira, hazme el favor y siéntate. Sarah está ahí —señala a la tercera fila donde, efectivamente, Sarah tiene medio banco libre a su derecha, mientras a su izquierda está su modelo de hija, la dulce chica que atiende a desvalidos y, a solas conmigo, dice que la quiero follar. ¡Ja! Qué más quisiera ella.

Pero el banco todavía me guarda una sorpresa: el adonis de impecable belleza y expresión atontada que agarra a Lily de la mano como queriendo mandar el mensaje de que la pieza de caza más valiosa de Cedar Glade es suya.

Gareth Evans tiene algunos kilos de más, pero sigue siendo guapo para quien le vayan los rubios deportistas simplones. Y los hombres, claro, tienen que irte los hombres.

Llego a la altura de Sarah, inclino la cabeza de forma desapasionada, como haría cualquier dama de bien con asuntos pendientes con la susodicha en cuestión.

—Vicky —saluda Sarah sin inmutarse.

Miro al resto del banco y extiendo el saludo, impasible. Gareth me mira boquiabierto, Lily tiene una expresión molesta, pero es evidente que está luchando contra una sonrisa.

—Déjame pasar, Vicky. Disculpa, Sarah, ya ves, a Victoria hoy le ha dado por disfrazarse.

Me echo a un lado y dejo a mi madre pasar, con cuidado de no perder la expresión imperturbable. Forma parte también innegociable de mi personaje de domingo.

—Pues ya quisiera yo lucir la mitad de bien, aunque sea disfrazada —dice Sarah y detecto claramente admiración en su voz.

—Sarah, por Dios, no alientes las locuras de Vicky. Tú también tienes unas cosas.

Es evidente que mi madre se encuentra en plena escalada de recuperación porque ya está regañando a todo el que se ponga a tiro. Cuando me voy a sentar, sin querer, mi mirada se cruza con la de Lily, que ya sonríe sin poder ocultarlo. Giro la cabeza, utilizo el sombrero como defensa y, a tiempo, logro esconder el inevitable estiramiento de mis labios.

—Ay, cuidado, Victoria, me vas a sacar un ojo con esa cosa.

—Qué poco saben de elegancia en este pueblo.

—Ssshhh —alguien parece ordenar silencio desde atrás.

Mandarme a callar a mí. Ya verá.

—Vickyyy —susurra mi madre, y yo, que conozco sus significados de madre, sé que es una amenaza.

Recuerdo mi propósito de portarme bien, por mi madre, porque aunque para mí el servicio de los domingos sea solo el recordatorio de un pasado lleno de insatisfacción, para ella es un espacio de paz y conexión con la comunidad. Yo no tengo que compartir las creencias de mi madre para hacerla sentir acompañada.

El servicio transcurre exactamente como recuerdo, aunque ahora el reverendo Henry parece estar a punto de caer dormido después de cada palabra. ¿Qué edad puede tener? Siempre lo recuerdo mayor y ahora está en una categoría que bien puede considerarse cercana a la inmortalidad. La vida pía, que alarga los años. Yo puedo ir disfrutando mi presente, tendré una vida muy cortita según pronostica mi nivel de devoción.

—¿Vamos a lo de Amelia? —pregunta Sarah cuando nos dirigimos a la salida de la iglesia, después de que concluye el servicio.

—Otro día, Sarah. Vicky tiene que ir a cambiarse. No lo dirá nunca, pero esos zapatos tienen que estar matándola.

¿Matándome? Naa, solo son como cuchillas abriendo la carne sin descanso. Invento infernal.

—Yo estoy perfectamente —me niego a ceder.

—¿Ves? Vamos, mujer, no podemos romper la tradición. Además, a Vicky seguro le gustará conocer el sitio de Amelia.

La famosa pastelería. Pues sí que tengo ganas de darle una ojeada a lo que hace esa chica que, en realidad, no recuerdo demasiado bien.

—¿Vicky? ¿Vicky Mendoza? —escucho preguntar detrás de mí.

Me giro y, a pesar de los años, una ola de rechazo me inunda.

—¿Sí?

—Soy yo, Joan Schmidt.

—¿Joan? —pregunto, como esforzando la memoria.

Claro que la recuerdo, pero molestar a Joan estuvo siempre entre mis pasatiempos favoritos. La mezquindad de Joan la he visto pocas veces superada en mi vida. Un ser pequeño, frustrado, incapaz de hacer nada que no sea motivado por sus mutiladas emociones. Un alma fea; Joan tenía un alma fea.

—Estudiamos juntas.

—Ah, sí, esa Joan.

—Tú estás igualita.

—Tú estás muy cambiada. ¿Te ha sucedido alguna desgracia?

Veo la mandíbula de Joan endurecerse, sus ojos ganar en frialdad sin perder la sonrisa.

—Joan, ¿cómo está la niña? Hace días que no la veo.

Como una autómata, Joan vuelve a adoptar una actitud más cálida antes de responder a Sarah.

—Muy bien, Sarah, creciendo tan rápido.

—Disfrútala ahora. En nada se hacen mayores y quieren decirte ellas a ti qué poner en el plato.

Todos ríen, pero a mis oídos suena como un sonido forzado que intenta tapar que estoy aquí.

—Nosotras nos vamos, que luego es muy difícil encontrar sitio en lo de Amelia —se despide Sarah y todas emiten algún tipo de saludo final.

¿Yo? Yo me quedo un poco detrás, aparentando estar ajustándome el sombrero. Me giro y conjuro una sonrisa calmada para Joan.

—Ahora sí te recuerdo bien. Lamento mucho algunas cosas que te dije en el pasado —suspiro, me pongo una mano en el pecho—. Las cosas que fui capaz de decir. Como que nunca lograrías salir de este pueblo, que terminarías amargada y conformándote con el primer hombre que te pusiese un anillo en el dedo. ¿Puedes creer lo mal que me porté? Lo siento mucho.

Creo que, en cualquier momento, Joan me va a saltar al cuello y me arrancará un pedazo.

—Yo también dije cosas muy feas, como eso de llamarte "sucia bollera". Lo siento mucho.

Juro que casi veo salir espuma por su boca.

—Oh, no, por favor. No hay ofensa donde hay verdad. Soy bollera y, aunque huelo genial, me gusta jugar sucio —hago morritos que provocan una mueca de asco en Joan. Qué maravilla.

—¿Vicky? —escucho la voz de Lily a mi espalda—. Tu madre te está esperando.

Todavía me tomo el tiempo de hacer un guiño a Joan, pero enseguida me doy media vuelta y alcanzo a Lily. Me mira con cara de sospecha. Así lleva mirándome media vida.

—¿Qué le dijiste a Joan? —murmura.

—La verdad, que se veía jodida y frustrada —sigo andando y Lily me sigue.

—Tú siempre tan amable.

—Mejor que hipócrita. Nadie nunca la ha soportado.

—Nadie nunca te ha soportado a ti.

—Al menos voy de frente. A Joan la desprecian por lo que tanto se esfuerza en ocultar.

—Ja, un problema abierto, eso eres.

—Al menos no voy de beata.

—¿Yo, beata?

—Beata.

—Putón.

—Elena, ya tengo a Vicky. Estaba saludando a los vecinos —la Lily encantadora es la que le habla a mi madre.

¿Lo peor? Que si ahora mismo le digo a mi madre que Lily me ha llamado putón, mi madre me acusaría de mentirosa, me exigiría que me disculpara y su decepción no conocería límites. Y así toda mi vida. Porque Vicky Mendoza tiene todos los defectos y a Lily Robinson se le presumen todas las virtudes.

—¿Vicky saludando? Vamos, anda, que se nos hace tarde —mi madre me toma del brazo—. Sarah ya está esperando por ti en el coche con Gareth, Lily. Nos vemos ahora.

Apuro el paso hacia mi propio coche. Muero por cambiarme las espadas que llevo en los pies.

—¿Por qué, después de tanto tiempo, sigues dedicando atención a gente como Joan Schmidt, mija? ¿Cuándo vas a aprender que no vale la pena, que esa gente no vale la pena?

Miro a mi madre, intento hablar, creo que hasta llego a mover los labios, pero no sale nada.

—¿Qué, crees que soy tan tonta que no me doy cuenta de la clase de persona que es esa chica? Claro que lo sé, Vicky, pero lo único que he querido toda mi vida es que no te metas en problemas por gente que no lo merece.

¿Y ahora me lo dice?

—¿Y entonces también sabes lo de Lily Robinson?

—¿Qué sucede con Lily? —pregunta con desconfianza.

—Que es la peor de todas.

Mi madre mueve la cabeza, la decepción —inconfundible— cubriéndole el rostro. Se separa de mí y abre la puerta del coche.

Entra sin decirme nada.

¿Por qué es tan ciega con esa mujer? Me quito el sombrero antes de sentarme frente al timón. Inclinándome, me despojo de los zapatos y los tiro a la parte de atrás. Me calzo las zapatillas que traje previendo una emergencia con los tacones, aunque para nada imaginé un café con los Robinson.

—Algún día te darás cuenta de que la Lily que tú imaginas no tiene nada que ver con la Lily que es. Yo esperaba que te dieses cuenta antes, pero, en fin, es lo que hay.

Es mi turno de mover la cabeza con aire decepcionado. Mi madre nunca aceptará quién es la verdadera Lily, porque la muy maldita solo es vil para mí. Debería sentirme halagada; Lily solo exhibe su peor versión cuando estoy cerca. Pero no me siento halagada, me siento lista para hacerle perder su carita de mosquita muerta.

—¿Es aquí? —pregunto cuando llego al sitio que, por las descripciones de mi madre, creo que es la cafetería de Amelia.

—Sí, ¿a que es bonita?

—Supongo —digo sin demasiado entusiasmo.

Pero sí que lo es. Con grandes ventanales, paredes de madera y un letrero pintado a mano que cuelga sobre la entrada, la cafetería tiene ese aire acogedor que parece invitarte a entrar sin importar la hora.

Las grandes ventanas dejan entrever un interior cálido, dominado por mesas y sillas de madera que parecen hechas a medida para este rincón del pueblo. Todo en tonos tierra, desde el barniz de las mesas hasta las estanterías llenas de tazas de cerámica blanca perfectamente alineadas. Las luces cálidas cuelgan del techo con sencillez, iluminando el mostrador de madera que exhibe una variedad de pasteles y bollos que casi puedes oler desde aquí. Supongo que tiene su encanto, pero algo en mí se resiste a admitirlo.

—Vamos, Vicky, Sarah ya nos está esperando.

A través de uno de los ventanales se puede ver a Gareth. Está solo en una mesa revisando su móvil, pero ni rastro de Lily y Sarah. Si mi madre dice que está, es que está, así que salgo del coche,

aguantando un suspiro de alivio cuando las zapatillas tocan el asfalto.

Al abrir la puerta de la pastelería de Amelia, un suave tintineo de una campanilla anuncia nuestra llegada. El aroma del café recién molido me envuelve al instante, mezclado con un toque dulce de canela y vainilla. El contraste entre el frío del exterior y el calor acogedor del lugar está haciendo difícil no rendirme al aire relajado del ambiente.

Siempre he tenido una gran debilidad por los sitios cálidos en nuestros inviernos inclementes y esta pastelería está siendo todo un nuevo descubrimiento para mí en Cedar Glade.

Hay una pequeña fila de tres clientes esperando ser atendidos por una chica que estoy bastante segura de que no debe tener más de veinte años. Amelia no es, o la Amelia que recuerdo se ha hecho operaciones a destajo y dominado la dieta como una pro. No era una chica fit, precisamente.

—¿Qué te pido? —pregunto a mi madre.

—Vicky, Elena —llama Gareth y señala la mesa con la mano.

Mi madre le agradece con esa sonrisa que las señoras de mediana edad dan a los chicos guapetes que ellas desearían fueran sus yernos. En mi madre, esa sonrisa siempre tendrá un aire de añoranza eterna.

—Espera a que estemos todos para pedir, Vicky —ordena.

Mi control de impulsos funciona regulín. Cuando quiero algo, lo quiero ya. Ahora mismo ese pastel de arándanos tiene mi nombre escrito por todos lados.

—Okay, voy haciendo la cola.

—Voy a la parte de atrás. Sarah y Lily seguro están con Amelia.

—Sí, sí, mamá, ve a saludar, no te preocupes.

La boca se me empieza a aguar. A lo mejor hasta debo aprovechar y pedir más de una tarta. ¿O un scone?

—Hola, ¿podrías prepararme un mocha? Con leche de soja —pido a la chica que no es Amelia porque para empezar sonríe como si yo le resultara muy simpática.

—Buenos días, claro. ¿Quieres crema batida encima?

¿Por qué no? Si ya calmé mi conciencia con la leche de soja.

—Sí, por favor. Y un poco de canela.

—Perfecto. ¿Algo más para acompañar?

—Un trozo de la tarta de arándanos y un scone de pasas. ¿Podrías calentarlo un poco?

—Por supuesto. Entonces, un mocha con crema y canela, la tarta de arándanos y un scone calentito. ¿Lo tomas aquí o para llevar?

—Aquí mismo, gracias.

Qué simpáticas las nuevas generaciones de Cedar Glade. Lástima que a mí no me tocó ni una.

—Perfecto, en un momento lo tienes —dice y se acerca a la máquina del café—. ¿Eres Vicky Mendoza, verdad? —pregunta girando un poco la cabeza para atrás.

—¿Te conozco?

La veo sonreír y negar con la cabeza.

—No, pero todo el mundo sabe que estás en el pueblo. Es lo único nuevo que ha pasado desde que un coyote se comió el gato de la señora Mildred. Y eso fue hace dos meses.

—¿Siguen siendo divertidas las cosas por aquí, no?

—No te imaginas —gira los ojos delante de mí mientras, en una bandeja, va colocando el pedido.

—¿Y qué se dice? Cosas maravillosas, supongo.

Vuelve a mirarme y en su sonrisa hay un desborde de picardía.

—Que robabas los cigarros del profesor Williams.

—Hábito desagradable. Mentira.

—Que todavía hay graffitis tuyos por todo el pueblo.

—Eso es muy molesto. También mentira.

—Y que intentaste tener algo con Lily Robinson.

No puedo evitar perder el aire juguetón, que una sombra me cruce el rostro. La chica no me lo dice, pero ese no es el comentario completo.

—¿Y qué tú crees de ese comentario? —pregunto a la chica.

La veo enrojecer, mirar hacia abajo e, inmediatamente, como en un impulso, volver a mirarme a los ojos.

—Que a ti no te costaría mucho tener algo con quien quisieras.

—Clara, ¿otra vez perdida en conversaciones? Esta chica vive con la cabeza en las nubes.

Miro hacia la voz que siento acercarse desde un costado. Una mujer con un delantal gris igual al que tiene Clara mira con exasperación divertida a la chica. Es rolliza, con un andar confiado que hace que el piso de madera de la cafetería cruja ligeramente bajo sus pasos. Su rostro, enmarcado por rizos rebeldes, luce unos hoyuelos profundos cuando sonríe y sus ojos verdes brillan con calidez cuando mira a cualquiera excepto a mí. Porque esta es Amelia, la mejor amiga de Lily, y a mí siempre me miró con un poco de desprecio.

Es guapa a su manera, con una presencia que no pasa desapercibida gracias a esa seguridad natural que parece impregnar cada uno de sus movimientos.

—Esta chica es una empleada de oro que se ha ganado una gran propina —digo, mirando a Clara y haciéndole un guiño—. Deberías apreciarla más.

—Vicky, bienvenida. Gracias por decirme cómo llevar mi negocio.

Sí, esta es la Amelia. Ya voy recordando mejor. Muy leal a Lily, siempre con una palabra de apoyo para todos, una hija de puta más cuando se trataba de mí.

Alzo las manos parodiando un gesto de defensa.

—Nunca me atrevería a decirte cómo llevar un negocio de alimentación, Amelia. Ahí eres la experta.

Joder a Amelia siempre fue muy fácil. Tenía un punto débil y era muy… visible. Ahora se me queda mirando fijamente unos segundos. Después, echa la cabeza hacia atrás y deja escapar una carcajada.

—¿Sigues haciendo chistes malos sobre el físico? —se gira hacia mi madre, que junto a Sarah y Lily forman un semicírculo alrededor de Amelia—. Tienes una niña grande, Elena.

Mi madre vuelve a su socorrido suspiro de sufrimiento.

—Así es, hija, así es. Dios quiso dármela inmadura, impulsiva y demasiado bonita; de ahí todos los problemas que siempre me ha dado esta niña.

¿De qué problemas habla? Que hace años me fui de este pueblo y lo único que hago cuando la veo es llenarla de regalos y llevarla de un sitio a otro.

Por el rabillo del ojo veo a Gareth acercarse. El que faltaba. Me doy por vencida. Tomo mi bandeja y las miro una vez más.

—Pidan lo que deseen, invito.

Lo primero que siento de Gareth es su manotazo en la espalda, como si fuésemos socios de empinarnos una cerveza cualquier tarde.

—Invito yo, Vicky, no te preocupes por eso.

El tono, el tono. Intento relajar la presión de la mordida, porque en cualquier momento me puedo saltar una muela. Este hombre me pone de los nervios.

—Gareth, creo que Vicky puede invitarnos sin problemas —dice Sarah y, al final, deja escapar un poco de burla.

—Si solo lo hago por ayudar, Sarah. Vicky seguro tuvo que dejar de trabajar para venir aquí estos días. Debe ir justa. —Me mira y veo que está formulando una idea que ya estoy temiendo escuchar—. Por cierto, tengo varios trabajos sueltos en casas de clientes que, si quieres, te puedo pasar. Cosas sencillas: arreglos de tuberías, pintar un poco, un váter que hay que sustituir. Si quieres, te lo voy pasando mientras estás aquí.

Por supuesto que un Gareth Evans no esperaría de mí más que hiciese pequeños trabajillos para sobrevivir. ¿Por qué esperar más de la problemática hija de inmigrante?

—Oh, Gareth, por Dios. Vicky no necesita que le des trabajo. Ya tiene su negocio, si quiere puede comprar medio pueblo. Dejemos de hacer el ridículo —la exasperación de Sarah me saca una sonrisa.

Tomo el scone y le doy una mordida mientras disfruto de la expresión perpleja de todos alrededor.

—Muchas gracias, Gareth, cariño. Toda oportunidad de trabajo debe agradecerse, ¿no es así, Vicky?

Mi madre siempre arruinándome una oportunidad de diversión. Pero tiene razón. Desde pequeña me transmitió que una de las mejores cosas que alguien puede hacer por ti es darte la oportunidad de ganarte la vida a través del trabajo.

—Sí, gracias. Haría los trabajos porque me gusta estar ocupada, pero voy a trabajar en la casa de mi madre. Hay muchísimo que hacer.

—¿¡En casa!? No, no, Vicky. En casa no hay nada que hacer. Tienes que regresar a tus responsabilidades en la ciudad.

—Bueno, bueno, ya lo vamos viendo. El café está casi frío. Voy para la mesa, pidan lo que quieran.

Me voy antes de que mi madre pueda seguir su diatriba sin fin sobre los defectos de su hija. Cualquiera que escuche a mi madre podría pensar que su amor por mí es escaso. Solo significaría que no conoce el lenguaje de sus afectos.

Elena me ama profundamente, tanto que su vida entera estuvo dedicada a criarme. En la actualidad, mi madre se afana en tamizar el orgullo que siente por lo que he logrado. Aun ahora, en sus palabras a Gareth, detecto su esfuerzo en ocultar cuánto le complace que su hija en realidad tenga mejor posición económica que todos los que en ese momento la rodeaban. Porque mostrarse complacida sería faltar a la modestia, llamar a la mala suerte y ser malagradecida con quienes la ayudaron.

Sobre todo —y esto es algo que mi madre nunca admitiría—, sería salirse de su rol en la comunidad. Dejaría de ser Elena, la inmigrante que necesitó ayuda y trabajo, que tanto se esforzó para sacar adelante a su hija. ¿Quién sería ahora?

¡Wow! Qué buena está la tarta. Sí que sabe lo suyo Amelia.

Atrapada por mi glotonería, no me doy cuenta de que Lily se acerca hasta que ya la tengo en la silla de al lado, haciendo espacio para sentarse.

—¿Y a qué te dedicas, drogas o prostitución? ¿O ambas? —murmura mientras se sienta, sin perder en ningún momento la sonrisa del rostro.

—¿Tanto me extrañas, Lily? Sí que tiene que ser aburrida tu vida.

Por un momento la sonrisa se le convierte en mueca, pero vuelve a tomar el control y la mantiene firme en los labios rosas.

—Pero si insistes: puta. Y eso lo cambia todo, ¿no, Lily? Ahora puedes tenerme. Imagínate, tendría que hacer todo lo que me pidas. Todo, Lily.

Algunas cosas son muy difíciles de ocultar, como la fuerza excesiva con la que tomó la taza, el subir acelerado del pecho, el fuego en la mirada.

—Antes muerta que pillarme a saber qué contigo.

—La gente como tú no se pilla nada, ni siquiera orgasmos.

Mi madre y Sarah se acercan, imponiendo una paz que ninguna de las dos quiere.

Lily se levanta, supongo que para ofrecerles ayuda, y en una torpeza vuelca su taza de café ardiendo sobre la mesa.

—Uy, perdona. Fue sin querer.

El líquido enseguida me llega a la pierna. *Qué hija de puta.*

No fue una torpeza, ambas lo sabemos. Ella solo está quitando óxido a sus herramientas.

Porque Lily Robinson y yo volvimos al comienzo: a la guerra, a las espadas sacadas y al desprecio a flor de piel.

Ya Lily no aparenta buscar una cordialidad adulta. Eso le da igual. Ahora quiere humillarme, tal como yo quiero humillarla a ella. Como cuando en el instituto se burlaba de mi ropa y a cambio, yo le dejaba sin la de ella durante la ducha después del juego.

Porque esto es lo nuestro y no quiero analizar por qué. No quiero adentrarme en las razones de por qué necesito acercarme a Lily Robinson y hacerlo de esta forma enrevesada, torcida. Me basta con sentir el café quemándome la pierna mientras me aguanto la sonrisa de satisfacción que amenaza con curvarme los labios.

CAPÍTULO 5

Cuando escucho los toques en la puerta de al lado, no tengo tiempo de decir a Jane que entre cuando ya la veo asomar.

—Disculpa, Lily. Lo siento, señor Collins. Lily, te necesito un momento.

Después de tanto tiempo trabajando juntas, con una sola mirada sé que Jane me necesita para algo importante. Me levanto con rapidez, pero evitando ser brusca y alarmar al bueno del señor Collins.

—En un momento regreso —le aseguro, aunque, en dependencia de lo que me espera al otro lado, lo volveré a ver hoy o tendrá que regresar otro día.

Paso la puerta que separa la consulta de medicina de la de enfermería y entonces ya no tengo que preguntar por la causa de la interrupción de Jane. Elena me mira con los ojos húmedos y asustados.

—Elena, ¿qué te sucede? —mi voz no delata la zozobra que empieza a llenarme.

Han sido tantos los meses que hemos pasado temiendo lo peor por Elena, que el más mínimo contratiempo terminaba siendo magnificado.

—Nada grave, Lily, va a estar bien.

—¿Pero qué te pasó?

La miro, busco una señal que justifique su presencia en la enfermería.

—Doc-to-ra —escucho llamar en una especie de canto desde la camilla rodeada por una cortina.

¿Cómo no se me ocurrió antes? Vicky.

—Es Vicky, tuvo un accidente con una sierra. Tiene un corte en la palma de la mano izquierda. No se deja ver por mí —me informa Jane.

—Había mucha sangre, Lily —aunque Elena intenta ocultar la angustia, está ahí.

Respiro, me tomo unos segundos para acomodarme a la idea de que quien necesita mi ayuda no es Elena, sino su hija.

—Está bien, vamos a ver qué tenemos —digo y muevo las manos en un gesto de calma que no sé si es más por ellas o por mí—. Por favor, salgan, cuando haya visto a Vicky, les actualizo —me giro hacia Jane—. Será lo mejor.

No doy más explicaciones, no digo que prefiero que cualquier encuentro entre Vicky y yo sea a solas. No expreso mi temor a encontrar una Vicky malherida y vulnerable que me haga romper como una fruta mentirosa, guardada por un caparazón y, en el centro, llena de suavidad.

No la veo desde el domingo y todavía me escuece la vergüenza de cómo fui a buscarla, cómo la provoqué. "Puta", dijo, y la imagen de pagar por el cuerpo de Vicky, de hacer de mi deseo por ella una simple transacción, se sintió como un alivio. Era mentira, por supuesto que sabía que era mentira. Vicky es demasiado indomable como para poner su cuerpo al servicio del mejor postor.

El domingo volvió a ser como en la adolescencia. Si Vicky me dejaba en paz, yo buscaba la forma de volver a incendiarla. Hay algo salvaje y tiránico en tener la atención de Vicky Mendoza. Cuando la tienes, siempre quieres más, aunque sufras, aunque sea una mierda.

Elena y Jane ya han salido. En la pequeña habitación blanca solo escucho el sonido de mis pasos cuando me acerco a por un par de guantes. Al ponerlos, soy consciente del rápido latir de mi corazón.

Hace muchos años que dejé de autoengañarme sobre mi reacción a Vicky. Fue lo más saludable que hice y lo que mejor me permitió enfrentarla. Yo la aborrezco, yo la deseo.

Consciente de las debilidades de mi cuerpo al acercarme a ella, me pertrecho de ofensas y agravios, aparento desprecios, controlo el deambular de mis ojos.

Porque si Vicky descubre hasta dónde se extiende su poder sobre mí, las humillaciones no tendrían fin.

Me acerco a la camilla, corro la cortina. Vicky me mira desde abajo, sentada, encorvada y presionando sobre la mano en la que

un vendaje que una vez fue blanco, ahora es de un rojo casi negro. En la delantera de la sudadera azul oscuro pueden distinguirse las zonas donde la sangre dejó su rastro.

Su expresión es una mezcla de incomodidad y dolor, con los labios apretados y la frente cubierta de un tenue brillo de sudor. Su cabello despeinado cae en rebeldía sobre su rostro, pero sus ojos, esos que para mí solo parecen tener dos matices —burla o rencor—, lucen ahora apagados, como agotados.

—Déjame echarle un vistazo —digo, incluso más suave de lo que pretendía, mientras señalo su mano.

No dice nada, pero lentamente baja la presión sobre el vendaje empapado. La sangre seca ha teñido incluso su muñeca, las manchas marrón oscuro formando un paisaje en su piel. Mis ojos no pueden evitar detenerse por un instante en los temblores sutiles de sus dedos.

Alargo las manos para sostener las suyas, su piel está fría, o tal vez sea mi tacto el que parece demasiado cálido en comparación.

—Al fin me tienes entre tus manos, Lily —dice, pero las palabras carecen del veneno habitual.

La ignoro, haciendo un esfuerzo por actuar como haría con cualquier otro paciente. Recuerdo que, para empezar, Jane nunca debió salir de la estancia, pero así soy yo con Vicky, un sinsentido tras otro. Al contacto, noto cómo respira hondo, un soplo que lleva consigo un amago de dolor.

—Esto puede doler un poco, Victoria —le advierto al empujar suavemente el vendaje para empezar a retirarlo.

El vendaje se ha adherido a la herida, mezclándose con sangre seca y tejido magullado. Al tirar con cuidado, una nueva línea de sangre fresca brota desde la palma, deslizándose hasta su muñeca con perezosa insistencia.

Mis manos trabajan instintivamente, pero mi mente sigue fija en la escena: la contracción de sus mandíbulas a medida que reprime algún sonido de dolor, el leve encogimiento de su brazo como si quisiera retirarse pero sabe que no puede.

—¿Qué sucedió?

No responde enseguida y, cuando lo hace, parece arrastrar las palabras.

—Gareth. Se enteró de tu obsesión conmigo. Me atacó con una espada.

—Bien, ya era hora de que alguien te pusiera en tu lugar. Ahora dime, ¿qué sucedió?

Continúo hablando en voz baja, como si un decibelio más pudiera alejar a Vicky como un animal silvestre.

—La maldita sierra circular.

—La sierra —repito en voz baja, casi como si hablara conmigo misma, mientras inspecciono la profundidad del corte.

Es profundo, quizás lo suficiente como para necesitar sutura interna, pero los dedos parecen moverse bien. Por dentro, siento alivio: la movilidad no está comprometida.

—Por suerte, no alcanzaste ningún tendón. Parece más fea de lo que realmente es, pero va a necesitar curaciones y puntos —le explico mientras dejo el vendaje a un lado, ya empapado y desechable.

Mi tono vuelve a ser profesional, técnico, porque es lo único que puedo hacer para mantenerme firme frente a ella.

Alcanzo el material estéril y comienzo a limpiar con cuidado la herida. El contacto con la solución salina provoca que se retuerza ligeramente y mi otra mano reacciona sola, sujetándola con más firmeza.

—¿Estás disfrutando con verme sufrir, Lily?

—¿Eso es lo que crees?

—Creo que cada vez que te escucho, parece que me estás regañando.

—Cada vez que me hablas, me inundas de motivos para el regaño.

Termino de limpiar la herida y la desinfecto mientras trato de mantenerme apegada a las formas que tendría con cualquier otro paciente. Todo es una actuación. Con ningún otro paciente sentiría estas ganas de abrazar y consolar y, al mismo tiempo, de apretar y provocar dolor. Con ella soy buena y terrible. Lo mejor y lo peor.

Al terminar de limpiar la herida, evalúo por última vez la profundidad del corte. Es extensa, justo en el centro de la palma, y sospecho que seguirá derramando sangre si no actúo pronto.

Hago un gesto rápido hacia la bandeja metálica donde Jane, siempre tan eficaz, dejó preparada la anestesia local. El pequeño vial transparente parece brillar bajo la luz blanca del consultorio.

—Voy a aplicar anestesia —digo, más para advertirle que para pedir permiso.

Elijo una aguja fina, casi inofensiva a la vista, pero sé por experiencia que es traicionera. La verdad es que esta parte puede doler tanto como la propia herida y trato de ser lo más diligente posible. Con movimientos precisos, deslizo la aguja bajo la piel, justo donde la carne magullada da paso a piel intacta. La siento estremecerse casi imperceptiblemente bajo mis dedos mientras el líquido se infiltra en su tejido.

—¿Ya estás feliz? —susurra con su tono de burla eterna, mientras fija la vista en cualquier parte menos en su mano.

—Nada me hace más feliz que cuidarte, Vicky —respondo, mis palabras, empapadas de sarcasmo.

Espero un momento, lo suficiente para observarla sin romper la fachada de profesionalismo. Su respiración ha cambiado: ya no es un jadeo pesado de contención, sino algo más pausado.

—Voy a comenzar con los puntos —susurro.

Ella asiente, casi de mala gana.

Preparo la aguja quirúrgica, hilvanada con un hilo fino y oscuro, que brillará bajo la luz artificial cuando empiece a trabajar. Me inclino ligeramente hacia ella para ver mejor. Con la primera perforación, el filo impecable atraviesa la piel con un leve chasquido húmedo, casi imperceptible, pero sé que el cuerpo lo siente, incluso bajo la anestesia.

El movimiento es metódico, mecánico, pero las emociones en mi pecho no lo son. El hilo va cerrando el desgarrón en su carne, recomponiendo partes de ella. Yo solo puedo pensar en las partes de Vicky Mendoza que no me son dadas a recomponer, que no puedo ni alcanzar.

—¿Duele? —pregunto sin mirarla, rompiendo el silencio de los últimos minutos, mientras anudo el tercer punto.

—¿Quieres que duela?

—Un poco —admito y la franqueza de la admisión me deja atropellada.

—Ahora es molesto. Antes sí dolía. Lamento decepcionarte una vez más, Lily.

—Tranquila, estoy acostumbrada.

Continúo con los puntos restantes en el mismo sistema repetitivo, mecánico, hasta que la herida deja de parecer una demolición y empieza a lucir como algo que, eventualmente, sanará sin dejar más que una cicatriz.

¿Tendrá otras cicatrices Vicky? Si las tiene, ¿dónde?

Limpio de nuevo la herida recién cerrada, paso un suave ungüento antibiótico sobre las suturas y luego alcanzo el vendaje estéril más grande que tengo a mano.

Con cuidado, envuelvo su palma entera, asegurándome de que la presión sea suficiente para contener cualquier leve sangrado residual sin comprometer el flujo sanguíneo.

—Esto no se terminará de curar del todo a menos que lo cuides —le digo, rompiendo el último fragmento de silencio que nos separó.

Empiezo a enumerarle las instrucciones como una automatización:

1. Mantén la mano elevada siempre que sea posible.
2. Cambia el vendaje cada día con una gasa limpia.
3. Evita que la herida entre en contacto con agua o suciedad.
4. No cargues nada pesado ni tenses la palma durante las próximas dos semanas.

—¡Hey! Espera, espera. ¿Y sexo? ¿Puedo tener sexo? —pregunta. Creo que es la primera duda seria que me plantea desde que la estoy atendiendo.

Yo estoy totalmente desconcertada.

—¿Esa es tu duda?

—¿Cuál otra debería tener?

—Si vas a ignorar una de las instrucciones, no vengas a quitarme tiempo después —respondo con dureza, desoyendo la pregunta.

No sé si estoy molesta conmigo, por mi reacción a una pregunta que con cualquier otro paciente respondería con normalidad, o con Vicky, por… ¿con quién va a tener sexo en estos días? ¿Se va o piensa salir a encontrarse con alguien? ¿Vicky tiene novia?

Mi madre seguro sabe. Ella parece conocer todo sobre Vicky, solo que nunca considera oportuno compartirlo. Como el domingo, cuando todos conocimos que, en realidad, Vicky no está ganándose la vida colocando vigas y ventanas, sino mandándolas a colocar. Se dedica al desarrollo inmobiliario y le va de lujo. Bien por todos, así se mantiene lejos de Cedar Glade y nos deja la vida en paz.

Paz, como si paz no fuese lo que sobra en mi vida. Tengo tanta paz que bien podría estar muerta.

Termino, ajustando el último vendaje con más fuerza de la estrictamente necesaria. Me giro a un lado y comienzo a recoger en la bandeja todo lo que he utilizado, pero un movimiento de Vicky en la camilla, seguido del contacto de su mano en mi brazo, me deja paralizada.

—¿Qué haces?

Su mano rodea el brazo con una fuerza que no es excesiva, pero que demanda ser atendida. Deseo removerme, alejarme de su contacto; deseo hacerle ver lo inapropiado del gesto. Sobre todo, deseo abofetear a Vicky con todas mis fuerzas. Este pensamiento me provoca tanto deleite que me mantengo inamovible como una estatua.

—Eres la doctora que me está atendiendo. Es tu deber responder mis dudas —dice en una voz baja y suave, su versión más peligrosa —. Entiendo que no lo sepas, Lily, porque no te dio tiempo a conocerlo, pero para las lesbianas las manos son muy importantes.

Las traiciones de mi cuerpo no tienen fin. Lo siento temblar, a la expectativa de sus próximas palabras.

—Con las manos acercamos el rostro que vamos a besar, acariciamos la boca que devoraremos… ¿pero eso lo hace todo el mundo, verdad, Lily?

No asiento. No hay nada a lo que asentir. Ella no lo espera.

—Pero hay más, porque con las manos abrimos las blusas, desabrochamos los sujetadores. Eso, si queremos ser románticas, porque hay veces que una tiene tantas ganas, Lily, hay veces que una está tan caliente, que no se quita nada. Solo se buscan recovecos. Las manos sacan un seno por encima y lo estrujan, lo retuercen, Lily. ¿Te imaginas los sonidos? La lengua húmeda, los jadeos. La saliva chorreando.

Me lo imagino, me lo imagino. Imaginarlo duele dentro de mí. Hacía tanto que no sentía estas ganas tan febriles.

—Pero ahora viene mi problema, Lily —casi me tengo que inclinar para escuchar su susurro—. La otra mano también está ocupada. Abriendo la cremallera, quizás subiendo una falda, tirando con torpeza, porque recuerda, esa mano tiene unas ganas terribles de follar, de meterse hasta los nudillos con toda la fuerza de la que es capaz. ¿Escuchas el sonido, Lily? ¿El chapoteo al entrar y salir?

Mi rencor por Victoria es tan puro, me llena tanto, que mi segundo deseo más potente es tomar un bisturí y, con un solo movimiento, traspasar la mano que me mantiene paralizada. Pero ese rencor nace de lo que sus palabras despiertan en mí, de su poder: si ella quisiera, esa mano con la que tanto fabula podría colarse entre mis piernas ahora mismo. No hallaría resistencia, me encontraría goteando.

Siento que la presión en mi brazo disminuye y la mano de Vicky se desliza hacia abajo. ¿Qué va a hacer? ¿Terminará con esto de una vez? Pero no, Victoria no está para complacer, su arte es torturarme. Por eso toma mis dedos entre su mano intacta y los empieza a recorrer con calma, uno a uno.

Quiero escapar. Quiero quedarme aquí para siempre.

—Pero antes de llegar a ese punto hay que traspasar la braga empapada, porque está empapada, Lily, ¿verdad? —no esperes vergüenza, Vicky, no me queda—. Y para una lesbiana, una braga empapada es como el anillo para Gollum, nos esclaviza. La mano tiene que detenerse, tiene que frotar, apretar, lucirse con la velocidad. Después tiene que abrirse paso. Oh, Lily, no hay como abrirse paso por un lado, de pie, en un callejón perdido o en el baño de un chiringuito de mala muerte, rápido porque no aguantas más y

en cualquier momento puede entrar alguien. Por eso necesito mis dos manos, Lily, porque es la mejor sensación del mundo.

La rabia y el deseo me humedecen los ojos. Parpadeo.

—Así que dime —su tono se endurece, su mano se detiene entre la mía—, ¿puedo tener sexo? ¿Cuándo cojones podré utilizar las dos manos?

—Por mí, como si te amputan las manos. Tu vida sexual me importa una mierda.

—Si tan solo fuese cierto, Lily, si tan solo fuese cierto. Dime, ¿tienes bragas de recambio? Porque yo sé que estás empapada, Lily.

Sigo en silencio, negarlo solo me haría sentir más impotente.

—Me encantó escucharte gemir. ¿Te diste cuenta de que gemiste?

No, pero puede ser. La escalera de humillaciones que me construye Vicky nunca deja de ascender. Ya basta.

—Es biología, Vicky, nada especial. Como ver porno, como leer erótica. Me excito porque estoy programada para ello. Es más, te lo agradezco. Cuando termine aquí, iré con la persona que he elegido, con la persona que quiero en mi vida, y follaremos como locos gracias a ti.

Agarro su mano y la aprieto con todas mis fuerzas. Ojalá se fracture. Después, la atenderé con sumo cuidado y empezará todo de nuevo.

Me giro, la miro, escupo mis siguientes palabras.

—Porque tú eres de las que calientan, Vicky, pero no de las que una se lleva a casa. No se comparte la vida con Vicky Mendoza.

CAPÍTULO 6

Al final, pintar una pared con una sola mano es más difícil de lo que se piensa. Es posible, delante tengo la prueba, pero se demora el doble y se hacen muchas trampas. El pago lo siento en forma de punzadas ardientes en mi mano izquierda, donde la herida no deja de dolerme.

Bien, me gusta ese dolor, me mantiene centrada en el ahora. Evita que vuelva sobre lo que no vale la pena, sobre quien no vale la pena.

«No se comparte la vida con Vicky Mendoza».

El dolor me avisa de que debo relajar los músculos de la mano. Hay pocas cosas más útiles que el dolor. Me recuerda quién soy, quién es ella y por qué la desprecio tanto. Las Lilys Robinson de este mundo, los Cedar Glade de este planeta, todos iguales: cuando rascas un poco, sale su verdadera naturaleza.

Todavía recuerdo cuando llegué a Toronto por primera vez, el sentimiento de libertad, de pertenencia, de ser una más en el mar de rostros anónimos que recorrían las calles. Una más, solo quería ser una más.

—Vicky, por favor, para ya, vas a terminar haciéndote daño.

—No estoy usando esa mano, mamá, y ya terminé.

Me acerco, la rodeo con el brazo sin huellas de Lily Robinson y le doy un beso en la sien. El amor por mi madre es como meditar, como hacer deporte. Me calma, me centra.

—Sarah y Lily están al llegar. Así Lily ve cómo vas.

—Yo voy a lo de Nora —me separo y comienzo a andar hacia la puerta.

No quiero saber de Lily. Ya visité el pasado, ya recordé por qué salí de aquí en cuanto pude. Hora de preparar de nuevo mi partida, esta vez, si puede ser, con mi madre y así eliminar para siempre cualquier vínculo que me una a Cedar Glade.

—¿Pero no vienen Nina y Daniel?

—Sí, les enviaré la ubicación. Te avisaré cuando vengamos para aquí.

Me apresuro a subir las escaleras que llevan a mi habitación. Necesito una ducha antes de salir. No quiero que mi madre me retenga por más tiempo y, al final, me vea obligada a interactuar con Lily.

Nina y Daniel no merecen encontrar a la Vicky tormentosa y enrabietada, a pesar de que la conocen de sobra. Daniel no tanto, es verdad, pero Nina, Nina me conoció cuando solo era eso. A ella debo gran parte de lo que soy hoy.

Nos conocimos cuando Nina fue a supervisar uno de los proyectos que tenía en marcha en la zona norte de la ciudad.

No podía creer que aquella mujer tan despampanante estuviese en medio de grúas, cemento, vigas y caos, diciéndonos cómo soldar correctamente una estructura. Tiempo después me confesó que lo que le hizo fijarse en mí fue la expresión atontada y la aparente fragilidad de mi cuerpo. Engaño mucho.

Nina se ríe y me llama romántica cuando le digo que ella es un magnífico ejemplar de las hembras de nuestra especie, que debiera procrear solo para mantener su linaje de rasgos suaves, de piernas largas, de ojos negros y ovalados, de boca tan amplia que parece que, de un solo bocado, te puede desaparecer. Cuando ves a Nina, piensas en reinas y emperatrices, en mujeres creadas para adorar. Yo adoro a Nina, ella me adora a mí, lo hacemos de una forma muy diferente que al principio.

Al comienzo fuimos amantes y nos entregamos a ello con devoción. Mi inmadurez por poco destruyó todo, pero Nina tiene sabiduría por ambas. Entendió que había cosas que tenía que experimentar. La Vicky acabada de salir de Cedar Glade sentía que debía besar todos los cuerpos, beber todas las copas, bailar en todas las pistas.

Nina y yo dejamos de ser amantes, nos convertimos en las mejores socias y amigas que pueden existir.

Después llegó Daniel, magullado por la vida de tantas formas y, aun así, tan lleno de alegría. Nina supo ver en él lo mismo que vio en mí: lo que todavía no éramos, lo que podíamos ser.

Daniel lleva las ventas, yo gestiono los proyectos y Nina actúa como directora general. Juntos somos imparables.

Cuando estoy terminando de ponerme el pantalón, escucho el timbre de la casa. No me libraré de saludar a estas dos. Me apresuro a calzarme mis Paraboot y compruebo cómo luzco en el espejo. Al lado de Nina y Dan siempre tengo que prestar algo de atención a mi aspecto porque el de ellos siempre roza la perfección. Es molesto.

Supongo que este jersey de lana oversize que deja ver parte de mi hombro izquierdo no se gane la desaprobación de Nina, al menos llevo un colgante que ella misma me regaló.

¿Estoy evitando bajar? A mí Lily no va a condicionarme nada.

Salgo de la habitación y desciendo las escaleras con rapidez, esperando el llamado de mi madre en cualquier momento.

—Vicky —mi madre no decepciona.

Porque a los vecinos se les saluda, con palabras, nada de movimientos de cabeza. Así toda la vida.

Me acerco al salón, pero evito pasar más allá del marco de la puerta de entrada. Miro a Sarah, solo a Sarah. La mirada de su hija la siento como una interferencia que debo ignorar.

—Hola, chicas. Lamento no poder quedarme, tengo un compromiso.

Solo por lo cordial que he sonado, todas sabemos que estoy siendo una hipócrita.

—No te preocupes, Vicky, querida. ¿Qué tal la mano? Me comentó Elena que te hiciste una herida terrible.

—No fue para tanto —escucho el resoplido burlón de Lily, pero paso de reaccionar—. Ya está mejor.

—Lily, ¿no vas a ver cómo tiene la mano? —pregunta Sarah.

Su niña perfecta se encoge de hombros y, con un gesto indiferente que estoy segura de que ni mi madre ni Sarah esperan, responde:

—Como ella quiera.

Voy a tomar este momento como lo que es, una pequeña victoria. Lily dejando ver un cachito de sí delante de dos mujeres que la consideran poco menos que perfecta.

—No te preocupes, Sarah, estoy segura de que Lily agradece no seguir haciendo de doctora fuera de consulta. Yo estoy bien.

—Los médicos de pueblo lo son las 24 horas. Ella lo sabía antes de meterse a ello, vio a su padre no hacer otra cosa. Consciente estaba.

—Mamá —dice Lily y en su tono hay una advertencia.

No me interesa conocer los problemas sin resolver de la familia Robinson. Por mí, como si no supiera más de ellos en mi vida.

—Bueno, yo marcho. Disfruten la noche.

—No deberías todavía conducir, Vicky.

Las palabras me detienen un segundo. No me mira, sus ojos están revisando el móvil, la actitud rezuma desdén. Su impertinencia amenaza con romper la pose de equilibrio que he logrado proyectar.

Si yo hiciese lo que está haciendo Lily ahora, el regaño de mi madre se escucharía en todo Cedar Glade.

—Gracias, Doc, tendré cuidado.

¿Cree Lily que los papeles se cambiaron? ¿Que ahora va a ir provocándome por las esquinas? Que lo intente, yo seguiré pasando de ella.

«No eres de las que una se lleva a casa.»

Insulsa, Lily es una insulsa. Me voy, no espero una provocación más.

—Vicky, mucho cuidado con la mano, por favor —escucho a mi madre gritar justo cuando estoy cerrando la puerta.

No respondo, porque a mi pesar, otra vez la rabia que asocio a Lily Robinson me recorre las venas. Es una mezcla de furor e indignación que hace que cierre con demasiada fuerza la puerta del coche, que me olvide de que en mi mano hay una herida tierna. Su recuerdo vuelve a mí cuando el dolor me humedece los ojos.

Aguanto las ganas de gritar y arranco el coche. Como en la adolescencia, voy a encontrarme con la única persona en este pueblo que parecía tomar mis bestias por la cabeza y darles algo de paz. Nora fue mi única amiga durante el instituto, un muro de contención entre yo y las demás chicas del instituto cuando yo deseaba algún muro.

Creí que se iría conmigo lejos de Cedar Glade, pero resulta que a Nora sí le gusta Cedar Glade. Y después la rara soy yo.

Encuentro un espacio para aparcar a una calle del bar de la familia de Nora. Es viernes, e incluso en este pueblo la gente sale al bar a liberar un poco la presión de la semana.

El Cedar Barrel es una vieja edificación de ladrillo que antes fueron marrones, pero ahora exhibe un gris remendado en algunas esquinas. Desde afuera, es como cualquier pub: sitios ariscos para el ajeno, entrañables para el asiduo. Por dentro, más de lo mismo.

Me acerco a la puerta y la campana de metal colgante —sucia y desgastada— me saluda con un leve tintineo antes siquiera de tocarla. Es pequeña, apenas un detalle en el marco de madera que parece haber resistido inviernos canadienses y alguna que otra borrachera violenta, pero es inconfundible. Da igual lo que le pase al cartel, al techo o al interior. Esa campana siempre está ahí, chillando como testigo de quien entra.

Abro la puerta y, de inmediato, el calor interior me recibe con la rudeza de un viejo conocido. Dentro del Cedar Barrel todo es más saturado: el calor humano, los aromas de cerveza y madera envejecida, el murmullo constante de risas y conversaciones cruzadas. Es como si el lugar, dentro de su desorden, tuviese alma propia.

La barra, robusta y de madera vieja, domina el espacio al fondo, coronada por un techo de paneles rojos que todavía brillan bajo la luz cálida de las lámparas colgantes. Reconozco el desorden, el cartel algo torcido que anuncia "Especial del día" y que nunca cambia, y los taburetes, menos tambaleantes que en mi adolescencia, pero igual de incómodos.

En una de las mesas veo a Jane y a Anne. Tengo pocas dudas de que, dentro de poco, Lily y otras de sus amigas se les unirán.

Cuando mis ojos finalmente se posan en la figura detrás de la barra, me tranquiliza encontrar a Nora. Está atendiendo con esa seguridad un tanto indiferente que siempre la ha definido. Mi amiga, me cuesta admitirlo, parece estar donde pertenece. Si alguna vez hubo duda de que se quedaría en Cedar Glade, ahora parece que se ha extinguido por completo.

—Me dijeron que aquí se encontraban las chicas más guapas de este pueblo —bromeo con Nora al acercarme a la barra.

No me mira. Sigue tirando una cerveza cuando me responde.

—Cuentan que la chica más guapa que ha tenido Cedar Glade se pasaba los días aquí, pero daba pérdidas. Desaparecía la cerveza como por arte de magia.

—Claro, porque la hija del dueño no tenía nada que ver.

—Tú no te quejabas —ahora sí me mira.

—Ja, no, yo me la bebía; estaba muy buena.

—Esta está mejor. Prueba.

—No sé si debo, estoy tomando analgésicos por esta tontería que me hice en la mano.

—¿Al fin le vas a hacer caso a Lily Robinson? Nunca creí ver este día.

Achico los ojos, muevo la boca con aire desdeñoso. Su comentario no merece ni una respuesta.

—Dame la cerveza que la pruebo.

Me fijo en los surtidores.

—¿Cedar Barrel?

Nora asiente y termina de poner delante de mí un vaso de cerveza amarilla pálida.

—¿Un pretzel? Recientes.

—Oh, sí, porfa.

La boca se me encharca ante la perspectiva de volver a probar un pretzel en Cedar Barrel.

Doy un sorbo a la cerveza.

—Joder, Nora. ¡Qué buena está!

—¿La cerveza o quien acaba de llegar? —pregunta sin apenas mover los labios, evitando que nadie más la pueda escuchar.

Me giro y, como esperaba, Lily está entrando al bar, quitándose el abrigo y hablando con alguien sentado en una de las primeras mesas. Al momento, veo aparecer a Gareth.

No me apetece ver más. Vuelvo mi atención a Nora y a una cerveza que, aun siendo rubia, me da más placer que disgusto.

—¿Qué edad tienes, Nora?

—Siempre coincidimos en que era malvada, pero guapa. Bueno, tú decías que era malvada, yo coincidía por lealtad.

—Así se hace —alzo mi cerveza.

—Pero en estos tiempos tengo que abandonarte. Solo puedo coincidir en que es guapa. Es la médico de toda la familia. No puedo arriesgarme a que se entere de que le llamo malvada.

—Traidora.

—Al menos hago una buena cerveza.

—Espera, ¿la haces tú?

Por fin veo a Nora sonreír de verdad.

—Sí.

Me levanto del taburete, apoyándome sobre la barra, doy un salto y golpeo a Nora en el hombro.

—Es genial, Nora. ¿Dónde la comercializas? ¿Dónde puedo encargarla? A muchos amigos les encantará, estoy segura.

—Hey, calma, calma, por ahora solo la vendo aquí. La hago porque me gusta.

Una vez más, vuelvo a darme contra la pared que es la falta de ambición de Nora. Nunca lo comprendí, nunca lo comprenderé. Mientras yo vivía impulsada por lo que quería, Nora vivía contenida por lo que tenía.

—Alerta buenorra.

—¿Eh?

—Alerta buenorrrraaa —sisea Nora y pasa de mirar la entrada a mover vasos en la barra sin mucho sentido.

La frase me saca una sonrisa. Era nuestro código, nada discreto, para indicar que una chica guapa se acercaba.

Me giro y miro hacia la entrada del bar. La sonrisa se me convierte en carcajada, algo en el pecho se me aligera. Al fin siento que tengo refuerzos, que en Cedar Glade ya no somos solo Nora y yo, que al menos por dos días tengo un par de jugadores más en el equipo.

Porque Nina y Daniel han llegado, relucientes, pareciendo tan fuera de lugar en Cedar Barrel que siento la fuerza de las miradas de todos en el bar como una prensadora. Me acerco a ellos, impulsada por la alegría de verlos.

Me echo a los brazos abiertos de Nina. Siento que el espacio para respirar se hace más amplio. La blusa negra que lleva me hace cosquillas en la nariz y las perlas que cuelgan de su cuello me recuerdan que debí ser más específica en mis explicaciones sobre este pueblo. No es un sitio para lucir perlas, por ejemplo.

Nina me toma el rostro, me da un beso en la mejilla, me mira con ojos negros brillantes en los que el maquillaje solo añadió una capa más de oscuridad y lujo.

—¿Cómo estás?

—Mejor ahora.

—¿Me dejas abrazarla? —Daniel reclama su cacho de mí.

Nina gira los ojos, pero me deja ir. Los brazos musculosos de Daniel son diferentes, no son los de un ex amante, pero también traen calma, también hacen hogar.

—A ver esa mano —ordena Nina.

—Da tiempo a sentarnos —le tomo su mano para evitar que insista en ver la mía—. Vamos, quiero presentarles a Nora.

Doy media vuelta para dirigirme a la barra y, en ese momento, mi mirada se cruza con Lily. Sus ojos se deslizan por un segundo hacia las manos que Nina y yo tenemos unidas, después parece volver a prestar atención a lo que dice Amelia, sentada delante de ella, mientras busca acurrucarse bajo el brazo de Gareth.

Siento que un nudo se forma en mi estómago y, por un instante, experimento alivio al imaginar que le estoy dando patadas a Gareth en el suelo. El efecto Cedar Glade, jodiendo con mi cabeza a lo grande.

Aumento la presión sobre la mano de Nina, mi conexión a un mundo más sano, un mundo al que pertenezco.

—¡Nora! —llamo a mi amiga, que está atendiendo clientes en la otra esquina de la barra.

No se gira, pero alza la mano indicando que pronto estará con nosotros.

—No me habías dicho que es un pueblo tan bonito.

—¿Bonito? Qué sé yo, es Cedar Glade, Nina.

—Las casas parecen de cuento, rodeado de montañas y bosques. ¿Tiene río, lago?

—Es Canadá, Nina, hay más lagos que vacas.

—Bueno, bueno, esto te lo tenías muy bien guardado.

—¿De qué hablas?

—¿Viene turismo por aquí? —pregunta Daniel.

—Nononono, eso sí que no, en este pueblo de fin de mundo no vamos a invertir, eso sí que no.

—Solo estamos hablando, Vivi, como hacemos siempre —Nina utiliza su particular forma de nombrarme y, como seguro espera, mis ánimos se hacen menos defensivos.

Sé a lo que se refiere, pero cuando se trata de Cedar Glade, mi reacción siempre será desde las entrañas.

—¿Ya me puedes enseñar la mano? —pregunta Nora y, a su vez, estira su mano como una mesa en la que realizará un examen.

—Mi mano está bien, pesada.

—No seas niña, Vicky, enséñame la mano.

Muestro mi disgusto girando los ojos, pero estiro el brazo y pongo mi mano sobre la de ella. Nina la toma con delicadeza, presionando ligeramente con la punta de sus dedos para ver mejor.

—Vivi, no creo que esta rojez sea una buena señal. Tienes que ir a que le vuelvan a echar una ojeada.

—Es normal, hace muy pocos días de los puntos.

—¿Y la inflamación también? Tienes que ir y así nos quedamos tranquilas —pasa su pulgar con pereza por el interior de mi muñeca —. Las chicas no pueden perder tu mano izquierda, Vivi, sería demasiada pérdida.

En sus ojos hay un brillo que es una mezcla de burla, un poco de deseo, trozos de recuerdos que ambas atesoramos.

—Oh, por favor, dejen los bolleríos que me ponen de los nervios.

—La envidia, Daniel, la envidia —volver a este pique tan familiar con Daniel es vida.

—¿Envidia? Si mojo más que tú, fresca. Pero en serio, ¿hay médico aquí? ¿Dónde te dieron los puntos? Tienes que verte esto. O mejor, venirte con nosotros. ¿Ya convenciste a Elena? La necesitamos en Toronto ya.

—¿Elena en Toronto? ¡Ja! Suerte con eso —Nora está apoyada en la barra, inclinada hacia delante y una burla risueña viste su rostro.

—¿Nora, la amiga, supongo? —pregunta Nina y mira a Nora con un interés que conozco muy bien, tantas veces lo he visto repetirse a lo largo de los años.

Y yo no sé por qué, siento de pronto una tristeza terrible.

—¿Nina, la otra amiga? —responde Nora y ya solo parece tener capacidad para mirar a Nina.

No se lo reprocho, Nina suele tener ese efecto.

—Daniel, otro amigo, gay y más guapo —reímos con las payasadas de Daniel.

Nora mueve una mano indicando el bar.

—El resto del pueblo, enemigo.

—Y no olvidemos a la archienemiga. ¿Todavía vive aquí? ¿Cómo se llamaba? —Daniel pregunta, y yo quiero taparle la boca a la fuerza.

Nora me mira, la picardía escurriendo su mirada.

—Pero, Vicky, ¿no has dicho quién te atendió la mano, quién te dio los puntos? Vicky, no se puede ser mezquina, hay que reconocer el trabajo ajeno —Nora mira a Nina y Daniel—. Lily Robinson es la médico del pueblo.

Daniel suelta una carcajada y hasta a Nina se le curvan los labios en una sonrisa sardónica. Ella me mira buscando todo lo que yo no voy a decir. Ante Nina siempre me siento un poco desnuda. Con Nina, me entrego resignada al derrumbe de los secretos.

—¿Y qué tal ha sido el reencuentro?

—Como podía esperarse —digo y me pongo en pie.

No quiero que Nina siga destapando velos, hurgando en rincones. Las miserias de Lily y mías quiero que sigan siendo un territorio solo nuestro.

—Voy al servicio, ahora vengo —me alejo, necesito un poco de agua fría en la cara.

A pesar del tiempo que no lo visitaba, no tengo que pensar cómo llegar a los servicios de Cedar Barrel, mis pies se encaminan por el estrecho pasillo como si fuese ayer que pasaba medio día entre las paredes de este bar. El servicio ha tenido reparaciones. El suelo ya no es beige, sino blanco hueso y los dos pequeños lavabos sí parecen ser los mismos, pero con nuevos grifos. Las luces también

emiten una iluminación más de este siglo.
Estoy casi segura de que algún problema obligó a la familia de Nora a hacer la reforma. No son de los que espontáneamente les da por cambiar, el bar está como prueba irrefutable.
Al entrar, uno de los dos cubículos está ocupado. Accedo al otro y, para mi alivio, casi al momento escucho que tiran de la cadena al lado. Mejor, no sé cómo hacen los hombres para orinar unos al lado de otros, a mí los ruidos ajenos me desconcentran.
Quien está a mi lado sale y después de pasar por el lavabo, termina marchando.
—Buenas noches, doc. ¿Cómo está Sarah? —escucho que pregunta en lo que supongo debe ser la puerta de salida o el pasillo.
—Hola, Hazel. Muy bien, gracias por preguntar. Disfruta de la noche —la voz de Lily me llega lejana y a la vez demasiado cerca.
Me apresuro a volver a abrocharme los pantalones y salir, me puedo aguantar hasta llegar a casa. Lo que no podré aguantar es quedarme a solas con los pantalones bajos con este personaje cerca.
Al salir del cubículo, comprendo que es demasiado tarde. En ese momento, Lily está entrando por la puerta del servicio y si su sonrisa pendenciera sirve de indicio, viene buscando problemas.
No los va a encontrar, no los va a encontrar. «No se comparte la vida con Vicky Mendoza».
—¿Qué, tienes una nueva médico, Vicky? ¿Viéndote la manita por si está malita?
Lily hace un gesto brusco y me toma de la mano herida. Contengo la mueca de dolor.
—¿Y qué medicina te da, Vicky? ¿Coñomusil? —enseña los dientes en una imitación de sonrisa sin gracia.
Miro hacia afuera, en cualquier momento puede entrar alguien.
—¿Tú has bebido? —Lily tiene toda la pinta de haberse pasado con el alcohol.
—¿A ti qué te importa? A ver esa mano —vuelve a tirar de mi mano, que ya tiene en la suya. La mira con exagerada concentración.
—Pues sí que tienes una buena montada —hace una mueca de disgusto—. Pero como tienes quien te atienda, no tendrás

problemas, supongo.
No me da tiempo a reaccionar porque escucho a alguien en la puerta.
—¿Ya puedo pasar? —susurra con estridencia Gareth.
Miro la figura ridícula de Gareth, semi escondida detrás de la pared. Miro a Lily, que me sonríe con malicia.
—Gracias —murmura—. Nos lo estamos pasando genial.
Entonces la imagen de Gareth follándose a Lily en uno de los cubículos que acabo de dejar me asalta. El dolor añade una capa de furia más contra Lily Robinson. Mi único consuelo es ver lo bajo que puede caer por intentar molestarme.

Salgo sin importarme que, al salir, impacto contra ella. El golpe tiene la fuerza suficiente para arrancarle un quejido. Bien, que duela. Se merece todos los dolores, se merece todas las humillaciones.
Se terminó mi intento de jugar a adulta, de ofrecer indiferencia ante sus provocaciones. Si Lily Robinson quiere jugar, jugaremos.

CAPÍTULO 7

Supongo que ya no tengo otro sitio al que dar brillo en esta casa o ropa que poner en su lugar. Puedo ir al gimnasio, puedo ir a lo de Amelia o puedo hacer lo correcto, lo que haría con cualquier otra persona de este pueblo y contactar a Vicky para atenderle la mano.

Pero solo pensar en ver a Vicky me llena de angustia e induce a la vergüenza. ¿Por qué soy tan errática a su lado, por qué? No me reconozco. La Lily que soy cuando Vicky está cerca es alguien impulsiva y vengativa que no puede ser más opuesta a la Lily que los demás conocen, a la Lily que creo que soy.

¿Hasta dónde soy capaz de llegar solo por hacerle daño? Porque quiero hacerle daño. Hay veces que mi deseo de dañar a Vicky es tan fuerte que se convierte en placer: el placer de querer dañar.

Victoria se merece todo el destrozo que yo pueda infligir. Por haberme hecho la vida imposible, por seguir intentando atormentarme.

Anoche en el bar, con esa mujer tan bella… no, no, no puedo pensar así. Con quién está o deje estar Vicky me da igual. Si me dejo arrastrar, volveré a hacer estupideces, como tener sexo en el baño del bar del pueblo con mi novio de media vida, más preocupada por no tener un orgasmo pensando en la que acababa de salir por la puerta que en disfrutar de aquella situación absurda en la que yo misma me metí.

Hipocresía en pleno esplendor: llevo años regalándome orgasmos al recuerdo de Vicky Mendoza. Un solo encuentro en una ducha que no pudo terminar peor fue suficiente para marcar mi vida sexual entera. Pero anoche mi preocupación principal fue no pensar en Vicky, una especie de venganza de la que solo yo conocía. Patético.

Siento crecer la ansiedad dentro de mí, saco el móvil que tengo en el bolsillo del pantalón deportivo y marco el número de Elena. Como siempre, la buena de Elena no deja pasar tres timbres sin responder.

—Hola, Lily, ¿cómo estás?

—Yo bien, Elena. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes hoy?
—Bien, cariño, estoy bien. ¿Ayer te divertiste con las chicas?
—Sí, sobre eso quería hablarte. Vi a Vicky en el bar y le observé más de cerca la mano. Creo que es mejor que se le haga una buena cura. ¿Puedes decirle que se pase por el consultorio? No tengo su número, por eso te llamo a ti.
No tener el número de Vicky solo ofrece ventajas; evita la tentación de contactarla, me obliga a hablar con Elena y ella obligará a Vicky a cuidarse. Elena seguramente también acompañará a Vicky a consulta.
—Lo sabía, sabía que la mano no le iba bien. ¿Sabes que se puso a pintar las paredes ese mismo día? Esa hija mía me va a matar a disgustos.
—No, no sabía, pero no me asombra —se me escapa una sonrisa, porque en efecto, no me asombra lo más mínimo que Vicky haya intentado hacer justo lo que le dijeron que no debía.
Es lo suyo: escaparse de clases, besar chicas, no chicos, tratarnos a todas las demás como si el solo hecho de mirarnos ya fuese hacernos un favor.
—No te preocupes, que aunque tenga que arrastrarla, ella estará allí. ¿Cuándo la llevo?
—¿Hoy? Si puede, que pase dentro de una hora. Estaré por el consultorio.
—Perfecto. Gracias, Lily. Ayy, si esta hija mía aprendiera un poco de ti.
La vergüenza me carcome una vez más. A Elena le rompería el corazón ver lo que soy con su hija.
—No es nada, Elena, es mi trabajo.
Después de colgar, me apresuro a ponerme un vaquero y un jersey y salgo para el consultorio. Jane no trabaja hoy, me toca asumir parte de sus funciones. Tengo que preparar el instrumental y, si me queda tiempo, adelantar papeleo, cualquier cosa que me distraiga del continuo pensar en Vicky Mendoza.
Hace un día magnífico, de los que resultan en medicina para el alma en un sitio donde el sol no se da por sentado. Las montañas que rodean Cedar Glade siguen cubiertas de nieve, pero ya se insinúan

brotes de verde en los árboles que, como cualquier vecino más, puedes encontrar desparramados por el pueblo y sus alrededores.
Se nota el aumento de los turistas, con sus mochilas y palos listos para realizar los senderos que cruzan la montaña. Es un pueblo precioso y, en días así, siento una profunda satisfacción de vivir donde me crié, donde mi padre antes que yo eligió vivir y ejercer. La mayor parte del tiempo me siento orgullosa de ser uno de los pilares sobre los que se sustenta Cedar Glade. Sin mí el pueblo seguiría, por supuesto, pero la cotidianidad sería menos conveniente.
Otros días, las alternativas no exploradas me atormentan, me sofocan los límites sociales, la responsabilidad que asumí con la comunidad la siento demasiado pesada.
Abro la puerta del consultorio y las luces automáticas se encienden. No quiero abrir las cortinas para evitar nuevos pacientes. Nunca parece suficiente la atención que proporciono, siempre se necesita más.
Voy hasta la enfermería, territorio de Jane que al final termina siendo un poco de ambas.
Recopilo el material que voy a necesitar para remediar los descuidos de Vicky con su cuerpo. Con su salud, me enmiendo. El cuerpo, Vicky parece mantenerlo en perfecto estado. *No, no, por ahí no.*
Reúno guantes, gaza, solución antiséptica, tijeras y pinzas estériles. Tomo el antibiótico tópico, vendaje, cinta, anestésico y jeringa.
Cuando estoy terminando de colocar el material cerca de la camilla de curas, escucho el timbre de la entrada. Siento que una garra se cierra en el comienzo de mi estómago, pero recuerdo que Elena viene con Vicky. Todo irá bien.
Tomo aire, salgo al pasillo y giro hacia la entrada. De inmediato veo a Vicky a través del cristal de la puerta, lo veo todo.

No está Elena, no está mi única oportunidad de equilibrio. Detrás de Vicky, con la mano puesta en su espalda, como evitando que escape, se encuentra la mujer de la noche anterior. Lleva un pantalón de corte alto, una camisa blanca que parece estar creada con todas las medidas precisas y un abrigo de corte clásico color marfil.
Esta es la segunda vez que la veo. Nunca he cruzado una palabra

con ella y ya puedo decir que me hace sentir insegura y que la detesto. Detesto la familiaridad con la que su cuerpo queda cerca del de Victoria, la facilidad con la que se tocan, la intimidad que desprende la interacción entre ellas.

—Buenos días, adelante, por favor —no sé cómo sonará a oídos ajenos este intento de naturalidad.

A Vicky le da igual. Ella pasa por mi lado mascullando un hola y sin apenas mirarme a la cara.

—Disculpe a Vicky, en ocasiones es como una niña —sonríe y es el tipo de mujer cuya sonrisa te hace sentir afortunada—. Nina Shirazi. ¿Dra. Lily Robinson, tengo entendido?

Me ofrece la mano y hay tanta gracia, tanta elegancia en el gesto, que mi rechazo por ella cede un cacho.

—Solo Lily. Y no te preocupes por Vicky, la conozco lo suficiente, desde que sí era una niña, de hecho.

—¿Sí? —creo que a la mujer se le escapa una expresión de cariño—. ¿Ya prometía carácter?

—Nunca ha engañado; ya mostraba abiertamente lo que vendría.

La mujer ríe y Vicky, a su lado, parece hundirse en un halo oscuro.

—Esa es Vicky, cero artimañas, leal hasta el absurdo y preciosa, porque seguro que hasta de pequeña ya era preciosa, ¿cierto?

La mujer —Nina, Nina dijo que se llamaba— me mira con algo de desafío en la mirada. ¿Será solo idea mía? Quizás sea un comentario inocuo, pero no parece el tipo de persona que hace comentarios sin tener un ejército de intenciones detrás.

—Supongo, no me fijo mucho en esas cosas.

Cuando no se tienen intenciones detrás de los comentarios, solo reacciones que salen de las entrañas, se hace lo que yo hice: decir frases poco creíbles con las que por poco me atraganto. Cuando escucho el bufido incrédulo de Vicky, el calor me escuece el rostro.

—¿Vamos a enfermería? No está Jane, seré yo quien haga la cura —me apresuro en cambiar el foco de la conversación.

No espero por una respuesta, me adelanto hacia la enfermería. Sé que Vicky sabe dónde está. Hasta ahora no ha hablado y eso me

genera más aprehensión que la cascada de burlas a la que tantas veces nos entregamos.

—Esperaré aquí fuera —escucho que Nina dice en el momento en el que abro la puerta de la enfermería.

—Puedes entrar, no hay problema —le aseguro.

Nina está lejos de proveerme el equilibrio que me da Elena, pero es algo, es una barrera que al menos impedirá que Vicky y yo terminemos clavándonos pinzas y bisturís como otros se dan la mano.

—No soy una gran fan de la sangre —se disculpa con un gesto de la boca y por unos segundos me veo arrastrada a la perfección de esos labios pintados de rojo.

Hace mucho que también abandoné la ilusión de que mi atracción por Vicky era un caso aislado, una anomalía en mi anodina atracción por los hombres. Mientras estuve en Cedar Glade con Vicky alrededor, fue muy fácil mantener el relato.

Después, durante el pregrado y la universidad, la realidad me hizo un llamado a tierra en formas curvas, en pieles suaves. Yo no solo deseaba besar a Vicky, también deseaba besar a otras mujeres, también moría por apretarme contra ellas, por probar lo que guardaban sus piernas. Mi obsesión por Vicky es una anomalía; mi atracción por las mujeres es muy normal.

—Como quieras. Vicky… —señalo el interior de la enfermería.

Vuelve a pasar por mi lado sin decir palabra, con el ceño fruncido y su aire de tormenta. Detesto lo que Vicky provoca en mi cuerpo, este impulso de ir a ella y alisar todas las arrugas, ahuyentar todas las tormentas. Lo detesto porque en cualquier momento abrirá su boca de pétalos y espuma y provocará mis ganas de ahogarla en la tormenta, de ahorcarla en una arruga.

Dejo la puerta abierta, una barrera mayor que la última vez que estuvimos aquí y tantas líneas cruzamos. No puede volver a pasar. No puede.

—Siéntate aquí. Y quítate el blazer, que se puede manchar —digo con forzada suavidad porque el silencio de Vicky ya se está agarrando a mis nervios.

Como estos días, en los que mientras más me ignoraba, más desquiciada parecía volverme. Adicción, la atención de Vicky genera adicción.

Veo cómo se arremanga el blazer de ante y el jersey que lleva debajo, subiéndoselos hasta los codos. Me aguanto el suspiro de frustración.

—A ver la mano.

Estira el brazo y lo coloca sobre mi mano abierta. El gesto, esperado, normal en esta situación, me resulta maravilloso. Soy patética.

Con cuidado, quito la venda que cubre la herida. Al menos parece limpia. El problema es lo que oculta.

—Esto está fatal, Vicky. ¿Hiciste algo de lo que te dije?

Su respuesta es una mirada de hastío. Respiro, respiro profundo.

Limpio la herida con una solución antiséptica, el líquido ámbar tiñendo la piel a medida que lo aplico con una gasa estéril. Vicky aprieta los dientes, pero no hace más que desviar su mirada hacia el techo, ignorando el escozor.

Por un momento, me planteo la opción de no usar anestésico, de ver a Vicky retorcerse un poco más de dolor. No sería gran cosa, en muchos sitios no utilizan anestesia para este tipo de procedimiento.

Pero en mi caso, esa no sería la razón y, hasta ahora —con algo de esfuerzo, es cierto— he logrado mantener intacta la ética de mi profesión cuando se trata de Vicky.

Preparo la jeringa con lidocaína.

—Va a doler —le aviso, pero ella no responde y yo tampoco lo espero.

Inyectar el anestésico es un proceso lento y cuidadoso, cada pinchazo una apuesta para aliviar el dolor y mi propia tensión. La siento muy cerca, como si lo delicado del momento nos uniera por un instante.

Miro su rostro esperando alguna señal de alivio.

—¿Mejor?

Asiente, hosca. Una vez segura de que la anestesia ha hecho efecto, vuelvo a trabajar. Limpio los bordes con mayor precisión, paso el ungüento antibiótico sobre las suturas y noto cómo su

respiración se estabiliza. Mis dedos se mueven de memoria, aplicando el vendaje limpio con cuidado.

—Esto no se va a curar si sigues ignorándome. Necesitas cuidar la herida —le digo finalmente—. Cambia el vendaje todos los días. Mantén la mano elevada siempre que puedas y evita que se moje. No hagas fuerza con la mano y toma los antiinflamatorios que te dejé.

Se pone de pie, parece lista para marchar sin tan siquiera ofrecerme un simple gracias. ¿Quién cojones se cree que es?

—Un gracias no te va a matar, Victoria —digo en voz baja y lo siento como una derrota. Estuve tan cerca de no perder mis papeles con Vicky en esta ocasión.

Me mira, el hastío de minutos atrás se ha ido, arrasado por la furia. Un cosquilleo me recorre la espalda.

—¿Por qué llamaste a mi madre? —Vicky no grita, pero tampoco habla en voz baja. Supongo que le da igual si Nina la escucha o no.

—Porque no tengo tu número.

—¿Preocupando a mi madre enferma por una tontería así? ¿No te da vergüenza?

—¿Tú te escuchas? ¿Tú me vas a decir a mí cómo está tu madre? ¿Tú me vas a hablar a mí de vergüenza? Vicky, yo estuve aquí para su enfermedad, tú estás para… ja, ¿para qué? ¿Qué haces aquí?

—Que mi madre no me haya avisado de su enfermedad es culpa tuya, de tu madre y de este pueblo de buenistas hipócritas.

El impulso que casi la hace temblar provoca que se acerque más a mí. Siento el calor que desprende su cuerpo.

—Todo es culpa ajena, Vicky, ¿cierto?

Su gesto sigue ganando dureza, sus ojos brillan desbordados de furor. Se acerca más, ¿qué hace? Vértigo, siento vértigo. Inclina el torso, introduce la mano derecha bajo la bata blanca.

—¡¿Qué haces?!

Con un movimiento brusco, siento su mano en mi trasero. La fuerza del gesto me lleva más cerca de ella, le rozo el pecho. Apenas tengo tiempo de registrar que tengo a Victoria otra vez a centímetros de mí, cuando mueve mi móvil delante de mi nariz.

—Desbloquéalo.

—Sí, claaro. Dame el móvil —espero que mi voz no traicione la decepción que siento porque Vicky Mendoza no buscaba tocarme el culo, solo robarme el móvil.

—Desbloquéalo para añadir mi número. Quiero que me avises si le sucede cualquier cosa a mi madre.

La duda me bloquea durante unos segundos. Quiero negarme a cualquier cosa que me pida Vicky, pero en este caso es algo que implica a Elena y puede ser importante. Una voz pequeñita dentro de mí, que se mantiene escondida tras una arruga del cerebro, me susurra que no me mienta, que al menos a mí misma puedo admitir que también quiero tener el número de Vicky porque sí, porque es ella y yo siempre voy a querer algún tipo de conexión insana con esta mujer.

Acerco el dedo al lector de huellas y desbloqueo el móvil. Vicky escribe algo y siento que otro móvil suena desde dentro de su blazer. Me devuelve el teléfono en medio de esta distancia mínima que ha ido quedando entre las dos, ¿por qué seguimos así?

—¿Lo pasaste bien anoche, Lily?

Ambas sabemos qué está preguntando. No voy a sentir vergüenza, no voy a sentir vergüenza. Es mi turno de ejercer el derecho de silencio.

—¿El bueno de Gareth estuvo a la altura? —pregunta con suavidad.

Se muerde la comisura del labio y yo creo que Vicky tiene terribles intenciones tras ese gesto. No es casual, no puede no saber que una vez lleva la atención hacia su boca, su contrincante no ve otra cosa, no desea otra cosa.

—¿Te corriste, Lily? —murmura con voz ahumada.

La tengo demasiado cerca para aguantar estas palabras sin que hagan mella. Siento los estragos dentro de mí, el calor que derriba barreras con la mayor eficacia.

—¿Pensaste en mí?

Tengo que moverme, salir de este estatismo que me tiene sintiendo que alcanzar la piel de Vicky es algo tan sencillo como extender los dedos.

—Debo confesar algo —su voz pierde intensidad, se hace más juguetona—. Yo sí he pensado en ti, todavía pienso en ti. Ese momento en las duchas ha dado mucho de sí.

Lo dice como quien confiesa una trastada, un hecho sin importancia. Para mí, que Vicky también haya revivido nuestro momento en las duchas es todo. Es como si nunca hubiéramos perdido nuestra conexión.

—¿Pero sabes qué es lo que más imagino? ¿Lo que de verdad me lleva a correrme, Lily?

Oh, Dios, dime, dime.

—Abre los ojos, Lily. Mírame.

No quiero saber cuán deshecha estaré a sus ojos, cuán despojada de defensas.

—El después, Lily. Imaginar lo que te haría después. Son infinitas las posibilidades.

Lo sé, lo sé.

—Qué bien te sienta estar excitada, Lily. Pareces lista para darlo todo —su voz desciende en un susurro áspero—. Ahora voy a hacer algo, algo muy sencillo, tú detenme si no quieres que siga.

Siento pánico, pánico a que siga, pánico a que cualquier cosa le impida continuar.

—Solo quiero… —Vicky susurra y se inclina hacia delante, su mejilla roza la mía, electrificándome toda— comprobar si estás tan caliente como imagino, Lily.

Con su mano intacta recorre la cintura del pantalón, tira de él con lentitud y, sin apartar su mejilla de la mía, cuela la mano entre mis piernas. No sé si podré sostenerme en pie, nada me había preparado para este tirar de mis entrañas.

Siento la mano de Vicky ir más allá, atravesar la barrera de la braga y en un movimiento del que culpo a cualquiera menos a mí, me abro un poco más de piernas. Vicky sonríe en mi mejilla, estoy segura de ello.

La mano es delicada y rápida a la vez, precisa sin renunciar al tanteo. La mano enciende todo, entrega nada. Solo unos dedos que se deslizan, comprueban lo que vinieron a comprobar: que Vicky Mendoza hace conmigo lo que le viene en gana.

—Tanto tiempo negándolo, Lily —murmura en mi oído y ya puedo intuir el resurgimiento de la crueldad—. Y aquí estás, abierta de piernas y goteando. Qué puta hipócrita eres, Lily, qué puta hipócrita.

No me duelen sus palabras, me duele que lo diga en mi momento más vulnerable, con las piernas todavía temblando por el recuerdo de su mano. Alzo el brazo, la abofeteo con toda la fuerza de la que soy capaz. Por un momento me asusta haberle hecho mucho daño; después, lo deseo con una intensidad feroz.

Vicky ríe, eufórica. Estira el brazo, rodea mi nuca y de un tirón brusco, me acerca a ella. Me besa. Vicky Mendoza me besa como si quisiera tatuarme la boca. Escucho su respiración desbaratada. O es la mía, ya no sé. Sí sé que se me escapan dos gruesas lágrimas, las siento correr por mi rostro. Estoy dejando que me bese Vicky Mendoza, al fin vuelvo a besar a Vicky Mendoza.

El contacto se rompe con la misma brusquedad con la que empezó. Del todo a la nada. No hay nada más vacía que la que queda después de que me besa Vicky.

Por primera vez desde que regresó, veo desconcierto en su mirada. ¿No esperaba que el encuentro fuese tan lejos? Fue hasta donde ella lo llevó, ni más ni menos.

—Me voy, ya te divertiste bastante por hoy, Lily.

Se aleja, dejándome frustrada, resentida, un estado que ella tiene una facilidad especial de lograr. Escucho que murmura en el pasillo con Nina, pero no logro identificar lo que dicen.

Me remuevo del estupor en el que he caído. Salgo al pasillo, tengo que cerrar todo después de que salgan, tengo que asegurarme de que están fuera para poder derrumbarme en paz.

Pero todavía Vicky me guarda un trozo del pastel de tortura que parece haberme preparado hoy.

En mitad del pasillo, como si fuese una habitación de hotel cualquiera, está besando a Nina. Sus labios hace menos de cinco minutos estaban en los míos y ahora besan a esta mujer. Mi saliva se estará mezclando con la de Nina, mi olor con su olor.

Vicky es una cualquiera, barata, hija de puta.

Y todo eso da igual porque a mí el deseo vuelve a consumirme. Nina debe haber notado mi presencia porque se separa de Vicky. Me

mira y ofrece una sonrisa de disculpa.

—Los preliminares estuvieron muy bien —dice y con el dedo pulgar parece intentar arreglar su labial.

Debería darme vergüenza que Nina haya escuchado lo que sucedió entre Vicky y yo, pero nada más lejos de la realidad. La Lily que soy con Vicky las mira, se deja arrastrar por un ambiente cargado de ganas en el que las tres nos sentimos conectadas por el deseo y una mujer. ¿Qué va a pasar ahora? No va a pasar nada porque Vicky tira a Nina de la mano, entrelazan los dedos.

—Vamos.

No tengo dudas de qué harán cuando lleguen a donde sea que vayan. Ahora sí mis emociones son coherentes, normales: cuánto te detesto, Vicky, cuánto.

CAPÍTULO 8

Me asquea el olor del cigarro, pero me encanta la imagen de Nina fumando en la ventana de esta cabaña de alquiler. Lleva sobre sus hombros el abrigo marfil y, debajo, solo su magnífico cuerpo desnudo. Nina es perfecta, acabamos de tener un gran sexo y, aun así, yo no dejo de pensar en lo que sucedió con Lily Robinson.

La tuve donde quise, demostrándole una vez más que toda su vida es una fachada, que ella es una figura de papel cartón, vacía. Una mentira con patas, eso es Lily.

La chica perfecta de Cedar Glade, en la misma clínica que atiende pacientes, se abre de piernas a Vicky Mendoza, húmeda hasta el desborde y dispuesta a todo. Porque yo sé, vaya si lo sé, que en ese momento Lily estaba dispuesta a todo. ¿No se acordaría de su querido Gareth ni un momento? Si tuviese algo de vergüenza, Lily debería ahogarse en ella. Pero vergüenza no es lo suyo, nunca lo ha sido, aunque soy yo la única que parece notarlo.

—¿Crees que lo hacemos por miedo? —Nina gira un poco la cabeza y me mira.

—¿Eh?

Extiende las manos hacia la cama, hacia mí.

—Esto, volver a esto.

—Creí que lo hacíamos porque nos gustaba.

—Eso está por descontado, Vivi, siempre me vas a gustar, pero también sabemos que somos amigas, no pareja.

—Amiga, amiga… amiga suena a tan poco cuando me refiero a ti. Como que somos otra cosa, nos merecemos otro nombre.

—Por favor, no otra etiqueta más. Somos Vivi y Nina, ambas sabemos lo que sentimos y lo que significamos para la otra.

—¿Miedo?

Nina hace una mueca mínima.

—Ayer estuve con Nora.

No respondo enseguida. No tengo una gran emoción que procesar, de hecho, tengo un problema muy diferente: no sé qué se supone que debo sentir. Estoy adaptada a ver a Nina con otras mujeres, muy adaptada. Pero no son Nora, mi única amiga en Cedar Glade.

—¿Bien por ti?

—Me gustó. Me gustó mucho Nora. Hacía tiempo que alguien no me interesaba tanto.

Ahora sí presto más atención a lo que Nina quiere decirme, estas no son palabras que haya escuchado antes.

—Y hoy sucedió lo tuyo con esa chica. Y aquí estamos.

Ya voy uniendo los puntos detrás del razonamiento de Nina, pero no voy a ceder, va a necesitar más que dos o tres frases dichas al azar para hacerme considerar una teoría tan sin pies ni cabeza.

—Aquí estamos. Y el miedo. Ok.

—¿Qué fue lo que realmente sucedió entre tú y la doctora? Solo recuerdo que me dijiste que estudiaron juntas y te lo puso un poco difícil. Aquí me he enterado de que tu madre trabajó para sus padres, eso no lo sabía.

—Pues más o menos lo sabes todo.

Nina pone cara de perplejidad. Es todo burla.

—¿Intentas colarme una? Tú sabes más que intentar engañarme. Dime que no quieres contarme, no pasa nada, pero engañarme es muy feo, Vivi.

Engañarla es muy difícil, más allá de feo.

—¿Por qué preguntas? ¿Nora te dijo algo?

—No, no dijo nada, pero sí he escuchado frases sueltas, a Nora y por el pueblo. Gente que hace referencia a "lo que pasó" entre tú y Lily Robinson.

Maldito Cedar Glade, maldito. Era una cría y, aun así, no lo dejaron pasar.

—Fue hace mucho tiempo, realmente no tiene importancia ya.

Nina se aleja de la ventana, se acerca a la cama y deja caer el abrigo al suelo antes de volver a colarse entre las sábanas. Se acurruca en mi pecho y yo la rodeo con mis brazos. La mano me

arde, me late dolorosamente, pero abrazar a Nina siempre vale la pena.

—Odio a Lily porque es una mentirosa y una hipócrita. En el instituto estábamos todo el tiempo discutiendo, pero un día, después de un partido, se nos hizo tarde y terminamos las dos solas en las duchas. Yo sabía que a mí me iban las chicas, siempre lo he tenido claro, Lily también lo sabía, no sé cómo, el radar o lo que sea, pero ella lo sabía y era algo que utilizaba para molestarme todo el tiempo. ¿Vas viendo lo hipócrita que es?

—A esa edad el miedo nos hace un poco hipócritas. No todos tuvimos la suerte de tener una Elena a nuestro lado.

La culpabilidad me pellizca el ánimo y abrazo con más fuerza a Nina. Mi bella Nina, nacida entre fundamentalistas religiosos en una zona del planeta donde una mujer vale menos que una cabra.

—Calma, Lily se supera. El día de las duchas yo estaba súper molesta con ella por el partido y empezamos a discutir. Lily me empujó por los hombros y yo le hice lo mismo a ella, me acerqué pensando que volvería a empujar, pero no, ¿sabes qué hizo? ¡Me besó! Me besó y yo lo admito, admito que hasta ese momento nada se había sentido tan bien en mi vida, fue la sensación más maravillosa. Nos empezamos a besar y creo que las dos estábamos como colocadas porque seguíamos ahí, en las duchas, envueltas en las toallas. Cualquiera podía entrar y vernos. Y fue lo que pasó.

—No me hagas esperar, sigue.

—¿Estás disfrutando con mis traumas?

—Es que los cuentas muy bien.

—Gracias, supongo. En fin, que entró alguien y nos pilló, entró la peor persona de todo Cedar Glade, Joan Schmidt. ¿Y sabes qué hizo la buena de Lily, la chica modelo? Me empujó como si fuese un reptil desagradable y comenzó a decir que ella no quería, que fui yo la que la obligó. Por supuesto, todos le creyeron a ella, nadie me creyó a mí. Y, hasta el día de hoy, yo soy la que intentó sobrepasarse con Lily Robinson, la que la acosó. Nadie dice la palabra "violar" porque nadie es capaz de imaginar que entre dos mujeres pueda ocurrir algo así. Ese es el nivel de este pueblo.

—Lo siento tanto, Vicky.

—No pasa nada. Como te dije, es cosa del pasado.

—Vivi, soy yo, entre nosotras no nos mentimos. Te sigue jodiendo, claro que te sigue jodiendo.

—Me jode que Lily Robinson haya conseguido mantener su fachada de chica buena siendo la víbora hipócrita que es. Ya escuchaste las que se gasta la buena chica.

—No parecía muy hetero, eso seguro.

—Lily Robinson no ha sido hetero un solo día de su vida, pero eso es lo de menos. Lo realmente molesto es la fachada, cómo gana quien miente mejor.

—¿Y Elena? ¿Elena tampoco te creyó? —Nina pregunta con cuidado.

Sí y no. Mi madre, en esta historia, es otra fuente de frustración.

—Se armó un gran escándalo en la escuela y mandaron a buscar a los padres. Yo le conté lo que de verdad había pasado a mi madre. Ella habló con el Dr. Robinson, el padre de Lily, que ya murió. Se reunieron con el director y, al final, decidieron no expulsarme, diciendo que todo había sido un malentendido. No sé qué hablaron mi madre y el Dr. Robinson, nunca me lo dijo. Pero da igual que al final no hayan puesto sanción, para este pueblo yo ya era la bollera que había atacado a la hija de los Robinson.

—¿Y Lily qué hizo? ¿Nunca intentó explicarse, disculparse, algo?

—¿Lily? ¡Ja! Sí, claro, Lily intentó venderme la historia de que, al final, ella sí dijo la verdad. No sé nada más porque no la dejé continuar, le escupí en la cara. Fue el peak de nuestra relación.

Nina se inclina, roza mis labios con los suyos, me besa y se vuelve a separar unos centímetros.

—¿Y cuándo te diste cuenta de que ella te gustaba en serio?

—¡¿Qué, qué dices?!

Nina se separa de mi pecho, me mira como buscando lo que me niego a darle.

—¿No lo admites o de verdad todavía no te has dado cuenta?

—¿Pero se te ha ido la cabeza? Cada parte de mí desprecia a Lily, me produce rechazo.

—Llevas muchos años despreciando a esa chica. Regresas y lo primero que haces es ir a tocarle el coño. Disculpa si creo que las

señales son un poco confusas.

—¿De dónde sacas todo eso? Yo no he ido a hacer nada. Lily fue a casa de mi madre, se pasa por allí casi todos los días. Se le cae la baba cuando me ve, ¿no lo notas? Solo le demuestro lo falsa y floja de bragas que es.

Nina suelta una carcajada y me da un golpe en forma de amonestación en el hombro.

—¿Tú te escuchas? Pareces un hombre cuando hablas así de una mujer. Si fuese un tío comprometido quien no resiste dos miradas de una chica buenorra, nadie le llamaría flojo.

—¿Nadie? Yo sí. Flojo y putón. Si estás en una relación monógama donde ambos aceptaron las reglas del juego, es para cumplirlas. Si crees que no puedes, pues intentas renegociar. ¿Que la negociación no va a ninguna parte? Pues te separas si crees que no es lo tuyo, pero no le jodes la autoestima y haces sufrir a la otra persona porque tú no eres capaz de aguantarte un calentón.

—Se me olvidaba, Vicky y sus particulares credos de lealtad.

La culpabilidad vuelve a asaltarme. Con Nina yo no tenía muy claro nada, con Nina hice daño por ser una chiquilla tonta que no tenía en cuenta el dolor ajeno.

—Me costó aprender. Y gracias por llamarme buenorra —le doy un beso juguetón en la frente.

—Solo reflejo lo evidente.

—Así que Nora...

—Hmm, no estuvo mal.

—¿"No estuvo mal, volveré a repetir" o "no estuvo mal, si te vuelvo a encontrar tal vez me lo pienso"?

—¿No es lo mismo?

—Sabes que no. Lo primero implica que harás un esfuerzo para volver a verla; lo segundo, que lo dejas en manos del azar.

—Pues fue un "no estuvo mal, debería hacer un esfuerzo", pero no me da la gana, así que lo dejo en manos del azar.

Abro la boca, estoy a punto de lanzarme a una diatriba sobre la importancia de atreverse, de dejar los temores marchar, pero me aguanto a tiempo. Estoy yo para dar consejos a Nina. Ella tiene sus razones para ir con cuidado por el mundo.

—Nora es una gran chica —sí añado.

Es verdad, Nora sigue siendo la persona más madura que conozco. Siempre ha parecido mayor que sus años, más sabia, más centrada. Incluso haciendo travesuras de adolescentes y jóvenes, Nora lo hacía de forma calculada, como si el acto fuese consecuencia de su plan para esos años.

Lo que yo llamo falta de ambición de Nora, mi madre lo interpreta como signo de que sabe lo que quiere y no necesita recorrer medio mundo ni "meterse en problemas" para tenerlo. Lo de meterse en problemas es una frase de mi madre, dicha con un tono lleno de intención, por supuesto.

—No la quiero para matrimonio, Vivi —se burló Nina.

—Lo que quiero decir, y entiende que estoy en una posición muy incómoda aquí, las dos me importan mucho, es que Nora no es como nosotras, o al menos no lo era. Nora no iba por ahí llena de defensas. Sé amable con ella.

Nina me mira y en sus ojos hay un desborde de ternura.

—Tú y tu corazoncito, ¿eh?

—¿De qué hablas? Según Lily Robinson, soy poco menos que una psicópata.

—¿De nuevo pensando en Lily Robinson? Es que haces muy difícil creer que no te gusta aunque sea un pelín.

—Antes me arranco el corazón. ¿Vamos a comer algo? Después podemos caminar un poco por el pueblo antes de que se haga de noche. ¿Llamamos a Daniel? Supongo que seguirá en casa de mi madre.

—Hay formas más elegantes de cambiar de tema, pero lo acepto, vamos.

Cuando al fin llegamos a la cafetería de Amelia, ya Daniel está ahí, conversando muy sonriente con mi excompañera de estudio. Traidor.

—Hola, Clara, ¿cómo estás? —saludo a la simpática chica que ya estoy acostumbrada a ver cada vez que vengo a por un café. Solo un café y ella siempre logra que me vaya con algo más.

—¡Hola, Vicky! Muy bien, gracias. Tenemos unas tartaletas de mantequilla acabadas de hacer que están deliciosas, por si te

apetece probar.

—Clara, yo creo que tu jefa te dio como principal misión quitarme la figura.

Como siempre que hago una broma o alguna referencia a mi cuerpo con Clara, la chica se sonroja y no sabe para dónde mirar. Ayyy, estas jovenzuelas de hoy en día, les falta mucho desparpajo.

—No, es solo que están muy buenas.

—Venga, ponme dos. Y un café latte —en Cedar Glade, mi autocontrol es el de un animalito salvaje.

—La vida sana y eso, ya para otro día —Nina no puede dejar pasar mi desliz alimenticio.

—No seas pesada, pide tú también una tartaleta y así me siento mejor.

—¿Yo comer esa piscina de azúcar? Ni loca.

—Tú misma. ¿Un café?

—Sí.

—Y un café solo, Clara, por favor.

—Enseguida lo tienes —me dice Clara mientras pone dos tartaletas en un pequeño contenedor de plástico—. ¿Cómo te sigue la mano?

Es algo que tiendo a olvidar: en Cedar Glade, todos conocen tus problemas y meten sus narices en ellos. Algunos le llaman amabilidad, bla, bla, bla.

—Mejor.

—¿Mejor? Pero si tuvieron que volver a hacerte una cura en la clínica, que por poco pierdes la mano.

—Amelia —me giro hacia donde escucho su voz—. Ya veo que sigues tan mal informada de todo. Mi mano está en perfecto estado, solo fui a que hicieran algunos… ajustes.

Se ríe a carcajadas.

—¿Ajustes, Vicky? Okay, como tú digas. Soy Amelia, por cierto, estudié con Victoria y Nora —dice y estira un brazo para saludar a Nina.

—Ah, otra miembro honoraria de esa época. Soy Nina, amiga de Vicky.

—¿Miembro honoraria? No sé. Aguanté muchas tonterías de Vicky, eso seguro.

—¿Hablas en serio, Amelia? ¿Quieres que te recuerde cómo me llamabas?

Bollera marrón, tortilla sin gracia, narcobollo. Supongo que era creativa. Veo que un rastro de vergüenza le pasea el rostro.

—No fuimos amables entre nosotras, Vicky, lo acepto.

—Este pueblo es como una terapia gigante —interviene Nina y se lo agradezco. No sé cómo reaccionar ante la admisión de Amelia.

—Los cafés —Clara proporciona la distracción final.

—A esta invitamos nosotras —me dice Amelia y yo no puedo sentirme más sorprendida—. Elena y Sarah me han enseñado a hacer la mitad de las cosas que ven aquí, así que…

Se encoge de hombros, el gracias se me queda atragantado en la garganta.

—Oh, muy amable. ¡Debí pedir más! —bromea Nina.

Amelia se marcha, quitando importancia al gesto con un movimiento de manos.

—Y deja de dar esas propinas desorbitadas a Clara, la estás malacostumbrando —me advierte mientras se aleja.

Miro a Clara. La chica me observa con expresión contrita y yo no puedo menos que sonreír.

—Bueno, bueno, si al final Cedar Glade sí va a ser un pueblo maravilloso.

—Maravilloso para morirse del asco.

—Al fin llegaron —se queja Daniel cuando nos sentamos a la mesa.

—Estuvimos distraídas.

—A ver la mano, Vicky.

—Está bien, ya me curaron.

—¿La doctora guapa te cuidó bien?

—Hoy me han cuidado muy bien, no me puedo quejar.

Nina gira los ojos en aparente desesperación.

—Nooo, ¿otra vez? Qué vicio, qué vicio.

Nos reímos. Daniel conoce nuestra historia, conoce cómo funcionamos.

—Como no llegaban, a mí me dio tiempo a tomarme un café y comerme un pedazo de tarta. Está de muerte. Amelia es muy simpática, Vicky.

—¿Hoy es el día de decirme cuán simpáticos son todos en Cedar Glade? ¿La mala soy yo?

—La gente crece, Vivi.

—Los hijos de puta lo siguen siendo también de viejos, Nina.

—Solo te pido que intentes ver lo que te rodea sin los cristales del pasado. Juzgar desde el ayer es muy mala idea.

—Da igual, cuando logre sacar a mi madre de aquí no tendré que lidiar con este pueblo nunca más.

—Sobre eso… —Daniel interviene.

—¿Qué?

Sé que mi voz sonó más dura de lo que merece Dan, pero toda conversación sobre este pueblo me pone de los nervios.

—Vicky, no sé si Elena va a aceptar irse a Toronto. ¿Tú has pensado bien esa idea?

—¿Por qué lo dices?

—Porque le mencioné que sería genial tenerla con nosotros allá. Me dijo que ni loca vivía en la ciudad, que para visitar bien, pero que nunca se le ocurriría vivir en un sitio rodeado de concreto y coches por todas partes.

—¿Pero por qué te metes en esos temas entre mi madre y yo?

—Yo no me estoy metiendo en nada, Vicky, fue un comentario de pasada. No dije nada de tus planes.

—Cuando hable con ella, entenderá todas las ventajas. ¿Qué va a hacer mi madre sola aquí?

—Es que es eso, Vicky, ella no está sola. Tu madre tiene una vida social súper activa aquí, se siente bien, se siente… ¿feliz?

—¿Pero qué dices?

Dirijo la mirada hacia Nina esperando apoyo, pero solo encuentro más vacilación.

—No sé si sacar a tu madre de su entorno es la mejor idea —me confiesa Nina.

—Para empezar, mi madre es extranjera, este no es su entorno por definición, algo que nos dejaron claro desde siempre.

—Eso no es justo, Vicky. Elena se siente muy bien aquí y, no sé si todo el mundo, pero mucha gente la quiere y está atenta a ella. Empezando por Sarah que, por cierto, también es encantadora.

—¿Pero serás vendido? Te dejamos un par de horas solo y ya juegas para el otro equipo.

—¿No decías que te ignoraba? Para ignorarte conoce muchas anécdotas de tu vida aquí.

—¿Quién, Sarah?

—Sí, Sarah. Por la mañana me estuvo contando historias. Lo que nos hemos reído, por Dios. Qué poco has cambiado, Vivi, y a la vez en qué ser humano tan maravilloso te has convertido.

Se me humedecen los ojos, no puedo evitarlo. Estos dos tienen salidas sensibleras que me dejan el interior blandito. Ugg, qué horror.

—Fuera de Cedar Glade, eso sí. Aquí eres una insoportable —concluye Daniel y le agradezco que me haya endurecido los pozos que había creado. Capullo.

—Solo prométeme que estarás abierta a todas las opciones con Elena, que pensarás, de verdad, en qué es lo que hace feliz a tu madre. No lo que tú crees que la hará feliz.

Ya tengo una respuesta irascible en la punta de la lengua, pero me contengo. Ni Nina ni Daniel hacen nada que no esté en mi mejor interés. Nunca. Yo creo actuar bajo el mismo mantra. Se trata de mi madre, no es momento de dejar de escuchar a mis amigos.

—Está bien, pesados. Prometido.

—Y ya que estamos, piénsate lo de invertir en Cedar Glade. Me parece una excelente localización para levantar cabañas de alquiler o ese hotel al que le estamos dando vueltas hace tanto —se apresura a añadir Nina.

Ja, por encima de mi cadáver.

—No, no, eso sí que no. Cedar Glade no verá un solo dólar mío.

Rebajaré a la mitad las propinas de Clara. Decidido.

CAPÍTULO 9

No debo estar aquí, sé que no debo estar aquí, pero explicarle a mi madre por qué no la llevaría esta mañana a casa de Elena me supone mostrar una entereza que no tengo.

Me estoy mintiendo, claro que me estoy mintiendo. Podría haberle dicho a mi madre que surgió una emergencia, no sería la primera vez, pero entonces no tendría la oportunidad de ver a Vicky.

Vicky y su mano en mí, Vicky susurrándome al oído, Vicky que es toda promesa y negación. Obsesionada, estoy obsesionada. *Tengo que parar*.

—Lily, te has pasado.

Mi madre hace notar que, sin darme cuenta, pasé la casa de Elena. Así he estado estos 3 días, desconectada de las conversaciones, olvidando qué fui a buscar, revisando historiales clínicos una y otra vez para saber qué se suponía que debía tratar.

—Sí, perdona, un despiste.

—¿Estás bien? Te noto… no sé, rara.

—¿Rara? Fue solo un despiste, madre, estaba pensando en el trabajo. En fin, ya estamos aquí.

Aparco en la calle. Desde que Vicky está de vuelta en Cedar Glade, su camioneta no deja espacio para nadie más. ¿Cuándo se irá y volverá el equilibrio? Tiene que ser pronto, no puede seguir jodiéndonos la vida.

Me acerco a la puerta de Elena con la aprensión de quien sabe que se acerca al caos, con el miedo y el anhelo del devoto que acepta arder en la pira.

—Lily, cariño, ¿cómo estás? —Elena me da un beso en la mejilla, presiona mi hombro en un gesto cariñoso.

—Bien, bien. ¿Y tú, cómo te sientes hoy?

—Estoy bien, menos preocupada por Vicky, parece que la mano la tiene mejor.

La mención de Vicky me provoca un sobresalto, como si hubiese cometido un delito y temiera ser descubierta. No fue un delito, pero sí una transgresión.

—¿Está aquí? Aprovecho y le doy un vistazo —pregunto cuando ya estamos dentro.

—Estaba aquí, pero no sé dónde habrá ido esta chica ahora. Ayer llegó tardísimo, se acaba de levantar. ¿Café?

—Sí, yo me sirvo, no te preocupes —responde mi madre—. ¿Tú quieres, Lily?

—No, ya tomé.

En realidad, no creo que sea capaz de tomar nada ahora.

—Los jóvenes, Sarah, que ya no quieren un café normal. Ni Tim Hortons le parece suficiente. Yo no sé pronunciar la mitad de lo que vende Amelia. Vicky cree que no me doy cuenta de que va todos los días a buscar café allí.

Sí, Amelia me lo comentó. Ahora resulta que Vicky no le cae tan mal, que quizás no es la psicópata que imaginaba. Si Amelia supiera, si tan solo supiera.

—Tiene a la pobre Clara alelada. Dicen que da penilla ver a la chica cómo se queda atontada mirando a Vicky —mi madre se ríe como si hubiera hecho una travesura.

A mí se me desploma algo dentro. ¿Qué pensará de la debilidad sin fin de su hija ante Vicky?

—Siempre igual, si hubiese salido menos bonita, tendría menos problemas —dictamina una vez más Elena.

—Elena, no seas exagerada, por favor. Vicky no te da ningún problema, son solo ideas que tú te haces. Ya quisieran muchos tener una hija como Vicky.

Para los demás sería una sorpresa escuchar a mi madre hablar así, pero no para mí. Desde siempre mi madre ha defendido a Vicky. Creo que se siente atraída por lo que percibe como rebeldía, eso que yo llamo inmadurez y falta de control.

—¿Crees que andará cerca? Ya casi tengo que irme.

Realmente tengo que estar en la clínica en muy poco tiempo.

—¡Vicky! —Elena llama alzando la voz.

Nadie responde y el único sonido que se escucha es el de las noticias en la tele, una especie de banda sonora en la vida de Elena.

—¡Vicky! —vuelve a llamar, esta vez acercándose al pie de la escalera.

Se escuchan pasos, una puerta se abre.

—¿Demanda mi presencia, estimada madre?

—¿Estás segura de que muchos quieren tener una hija así? —Elena pregunta a mi madre con las cejas alzadas.

—Baja para que Lily te mire la mano —le dice a Vicky.

—Oh, la honorable doctora está entre nosotras, qué placer. Por favor, dígale que suba a mi habitación, será un orgullo recibirla.

—Mira, mira, muchachita, baja ahora mismo o Lily se va, no tiene tiempo para tus cosas.

Tomo a Elena del brazo. No quiero que siga. Tengo la oportunidad de ver a Vicky a solas y la voy a aprovechar. *Puta hipócrita*, me dijo, *puta hipócrita,* y ahora mismo esas palabras me queman como brasas. Huyo de ellas porque las siento demasiado reales.

—No pasa nada, Elena, es más rápido si tan solo voy a ver.

Elena me regala una sonrisa de agradecimiento. Como si yo fuese muy buena, como si yo fuese muy pura. Ay, Elena, cuántos disgustos ignorados acumulo para ti.

Subo la escalera. Me niego a mirar a Vicky. No necesito hacerlo para saber que me espera con una sonrisa que es toda burla.

Conozco cuál es su habitación, conozco esta casa como la mía. Cuando llego a la puerta, ahí está, con su boca torcida, sus ojos cargados de desdén, un pantalón corto de pijama que deja ver piernas que envidio y deseo.

—Adelante —invita con una floritura, una nueva burla.

—No, gracias, solo vengo a ver cómo sigue tu mano.

Arma un gesto incrédulo con un alzar de cejas.

—Me gustaría enseñarte algo, entra, por favor —insiste y se echa a un lado para darme espacio.

Mi titubeo es solo un teatrillo. Accedo a su habitación, hace muchos años que no estoy dentro. Veo que sigue igual y me es difícil conciliar a la Vicky actual, una moderna urbanita con un pie en la

clase alta, con la chica que vivió en esta modesta habitación atestada de trofeos deportivos, libros, pósters de videojuegos y una cama individual que no vende promesas de comodidad.

Parecen dos personas diferentes. Sin embargo, conmigo, Vicky se muestra sin cambios. Implacable.

Escucho que cierra la puerta a mis espaldas. La dejo hacer. No me importa que debajo, a pocos metros de nosotras, estén mi madre y Elena. Mientras me flagelo por la locura, tiemblo ante la posibilidad de que Vicky me toque, de que los labios de Vicky vuelvan a besar los míos. No debo estar aquí, lo sé, lo sé.

Gareth. Gareth no se lo merece. ¿Por qué pienso en Gareth ahora? Hago tan buen trabajo olvidándome de Gareth cuando estoy cerca de Vicky.

—Lily, ¿es necesario hacerme inventar una excusa para que entres a mi habitación? Una excusa que es solo para ti.

Su voz, como en la clínica, vuelve a un registro suave, grave. Yo, como un animal, comienzo a sentir que la temperatura de mi cuerpo se eleva.

—Es muy feo hacer que los demás inventen excusas para tú no tener cargo de conciencia, Lily.

Enrojezco. ¿Ni esto pudo dejarlo pasar? No, claro que no, Vicky nunca dejará pasar una oportunidad de herirme.

Me fijo en la única foto personal que tiene Vicky en la habitación. Está en un marco pequeño y descansa sobre el escritorio. Aparece una mujer que estoy segura es Elena de joven y otra mujer mayor. En el medio, Vicky. No es Cedar Glade, no parece ser Canadá. En la imagen, Vicky no debe tener más de 2 o 3 años. No es la primera vez que veo la foto, pero sí es la primera vez que me pregunto por ella. ¿Dónde están? ¿Quién es la mujer mayor? ¿Tiene alguna relación con ella?

—¿Qué querías enseñarme, Vicky? No tengo tiempo. —Las preguntas sobre fotos y las historias que las rodean no me corresponden a mí, no es el tipo de vínculo que tengo con Vicky.

—¿Antes no va la revisión de la mano, doc? La salud, lo primero.

Miro a Vicky y su mano extendida. Como parte del electrocardiograma emocional al que me somete, ahora su expresión

es amigable, casi diría amable. Yo, como siempre, pienso en qué plan oculto tendrá.

Me centro en mi excusa para estar aquí: comprobar cómo va la herida de Vicky. Al fin veo mejoría. No hay enrojecimiento más allá de los límites de la herida, tampoco signos de inflamación y los tejidos están bien unidos.

—Está mejor. En dos días te podemos quitar las suturas. Pasa por la clínica.

—Qué buena noticia. ¿No me das un beso para celebrarlo? —dice como si nada, como si propusiera comprar una pizza un sábado por la noche.

—¿Qué, estás loca?

—Es solo un beso de celebración, doc, seguro que ambas lo disfrutamos.

—Sí, estaré encantada de relamer las babas de tu amiguita.

—¿Quién, Nina? Pero si hace dos días que se fue. No tienes que estar celosa, es solo una amiga.

Ha regresado la burla a su voz y, con ella, mi rabia. Lo prefiero así. ¿Por qué Vicky no me obliga a besarla? ¿Por qué hace del beso algo tan insustancial? Quiero que sea como en la clínica, cuando besarla fue la única opción posible.

—Tengo que irme, Vicky, ¿qué querías mostrarme? —insisto.

Debí partir para la clínica hace varios minutos, pero nunca he sido buena para negarme a la posibilidad de un encuentro con Vicky.

Alza el dedo índice indicando que espere, rebusca en el cajón del escritorio y saca una especie de libro. Un álbum de fotos, es un álbum de fotos.

—¿Y?

—¿Recuerdas que mi madre iba a algún que otro partido? A los que podía.

Sí, a muy pocos. Elena siempre estaba trabajando. Las demás chicas tenían a su familia en las gradas, pero Vicky solo tenía a mis padres. Un desabrido sustituto, supongo.

—Resulta que siempre estaba tirando fotos con una cámara antigua que tenía, no sé si recuerdas, una que se colgaba al cuello.

Asiento porque sí tengo esa imagen de Elena con su cámara en mi cabeza.

—Pues nada, que este álbum está lleno de fotos de esa época. Fotos de los partidos también.

—¿Puedo ver alguna?

No me va a dar tiempo verlas todas.

—Sí, por supuesto. No era un embuste que tenía algo que mostrarte.

Le lanzo una mirada escéptica, pero enseguida me pongo a mirar las fotos. La primera muestra a Nora y Vicky celebrando un punto de partido. La única del equipo con la que Victoria mostraba algo de efusividad, con el resto se limitaba a un choque de manos cuando estaba de buen humor, a un movimiento de cabeza la mayor parte del tiempo.

El equipo no fue mejor con Vicky. En ocasiones, parecía que un partido de hockey era un partido de todas contra Vicky Mendoza.

En la siguiente imagen solo aparece ella como figura principal, de fondo, el pequeño estadio del instituto. No sé de fotografía, pero creo que es una gran foto. Se nota la sensación de movimiento, se percibe la ferocidad con la que Vicky se entregaba a cualquier movimiento. Se entregaba, no; se entrega. La tibieza no es una cualidad que conozca Victoria. Para ella es todo o nada. Intensidad máxima, rencores eternos. Es agotador.

—¿Sabes qué? Estoy indecisa y eso es algo que no me gusta nada.

Sigue lejos de mí, sin acortar la distancia entre nuestros cuerpos. Yo, de forma absurda, también veo su obstinada lejanía como un agravio.

—Soy médico, Vicky, no psicóloga.

—Estoy segura de que tu madre me diría que los médicos de comunidades pequeñas son un poco de todo.

Sigo ojeando el álbum, me encojo de hombros aparentando indiferencia, pero tiene razón. Somos un poco de todo.

—¿Seguro que no me quieres ayudar? Mi indecisión es contigo, Lily.

El corazón me rebota. Se lanza en una carrerilla asustada.

—Verás, mi gran duda es… —Ahora sí siento que se acerca, que su cuerpo se detiene a pocos centímetros de mí. Mantengo la vista fija en el álbum con obstinación, aunque en realidad no estoy viendo ya nada.

Mi cuerpo en hipervigilia la desea y la teme. La llama y se defiende. Siento su cabeza en mi hombro, su boca está cerca de mi oído, pero sin tocarlo.

—¿Te follo o no te follo?

Imbécil.

Alzo el brazo, quiero marcarle la cara otra vez, pero no puedo. Desde atrás, Vicky me ha inmovilizado, sujetándome los brazos con los suyos. A pesar de no ser mucho más alta que yo, es mucho más fuerte. Cada centímetro de su cuerpo recuerda al hierro, al árbol recio. Maldita construcción.

—Porque sería como quitarnos una espina, ¿cierto? Cerrar una cuenta pendiente. Piénsalo, Lily, una vez y ya nos quitamos esa historia inconclusa del camino.

¿Sería tan fácil? ¿Si estoy con Vicky, si cedo a todo, se irá el ansia, este arrastrarme a ella? Quizás sea así, tal vez la solución más irracional sea la más efectiva. Quizás después de estar con Vicky se vaya el hechizo, me dé cuenta de que no es para tanto. De que Vicky Mendoza no es para tanto.

—Pero después me digo: es Lily Robinson, Vicky, por Dios, ¿puedes caer más bajo? Sí, bueno, supongo. Está Joan.

—¿Joan? Idiota. —Se me escapa.

Vicky suelta una carcajada. Me remuevo, intento zafarme de su agarre.

—Eso escoció, ¿mmm?

—Suéltame.

—Si te sirve de consuelo, Joan está en una categoría particular de hijeputismo, un sitio donde están los amargados.

—Que me sueltes, Vicky.

—¿Prometes portarte bien y no empezar a soltar bofetadas? No arruines lo que tanto te gusta, mujer.

—Suél-ta-me.

—Ok, ok, ok.

Poco a poco va cediendo su agarre sobre mí. Doy la vuelta, dispuesta a marcharme. Ya hoy tuve mi ración de drama de Vicky Mendoza. Termino como siempre: furiosa, frustrada, empapada.

—Te voy a mandar un mensaje. Una dirección, una fecha y una hora.

—¿Estás loca?

—Irás —dice como si fuera un hecho pasado que ya presenció.

Es una chula engreída sin nada de sustancia. Soltando altanerías a ver qué cuela. No voy a caer, tengo que resistir. Una cosa son estos juegos en los que aún puedo sentir que la culpa es de Vicky, que Vicky me llevó a ellos, y otra traspasar todas las barreras voluntariamente.

—En tus sueños —digo y me voy.

El único problema, pienso mientras intento despedirme de Elena y mi madre aparentando la mayor normalidad, es que yo sí he soñado con Vicky. Y qué cosas he soñado, qué cosas.

CAPÍTULO 10

Vuelvo a mirar el teléfono, compruebo el mensaje que le envié.

Sábado, 9 p. m. Cabaña de los Tremblay.

¿De verdad Lily no va a aparecer? Ya hace más de 40 minutos de la hora.

Estaba tan segura de que vendría. Sentí que se había rendido, que no importaba lo que dijera, ella diría que sí a la posibilidad de estar conmigo.

La historia siempre es igual con las reprimidas como ella: cuando ven la más mínima posibilidad de explorar la otra parte de sí, mandan a volar cualquier precaución. *Aunque yo no sea de las que una se lleva a casa*. Maldita farsante.

No sé si estoy cometiendo un error, no sé si es un autoengaño creer que tengo un control tan absoluto de la situación. "*¿Y cuándo te diste cuenta de que ella te gustaba en serio?*"

Nina, sembrando ideas raras en mi cabeza. Físicamente Lily me gusta, como a cualquiera que le atraigan las mujeres. Es muy guapa, siempre lo ha sido, por mucho que me cueste admitirlo.

De ahí a que me guste en el sentido pareja va tanta distancia que, en realidad, las dos cosas no tienen ninguna relación entre sí. En el típico test de la isla desierta en la que solo quedáramos Lily y yo, terminaría casada con una palmera. De amante Lily, claro, que tonta tampoco soy.

Cincuenta y tres minutos, ya no vendrá, y si lo hace, debería cerrarle la puerta en la cara, por princesa. ¿No podía enviar un mensaje? Pero ¿por qué Lily iba a ahorrarme una oportunidad de desprecio? Como cuando éramos pequeñas y, en un cumpleaños de Joan, me dieron una dirección falsa. Me presenté en la cafetería donde supuestamente se celebraba el cumpleaños, estuve más de una hora esperando, hasta que el personal me preguntó y entonces

me aclararon que no tenían planificada ninguna actividad ese día. Me tocó tragar la humillación y decir a mi madre que sí había disfrutado del cumpleaños. El regalo lo tiré en una papelera por el camino.

La buena de Lily Robinson seguro que todavía tiene fotos de recuerdo de ese día. Maldita jauría. Después se proyectan como modelo de todo cuando en realidad no son ejemplo de nada.

Lily es la peor porque nunca va de frente, siempre intenta justificar sus mezquindades. Cuando sucedió lo del cumpleaños de Joan, me intentó colar que ella no estaba enterada de lo que me iban a hacer, que asumió que yo sabía cuál era el sitio real de la celebración. ¿Se cree que soy tan tonta? Lily se merece seguir en Cedar Glade, tener a gente como Joan de amiga, a un Gareth de novio y no probar una mujer en su vida. Que tenga sed siempre.

¿Por qué asumo que Lily nunca ha estado con una mujer? Qué inocente. Como buena hipócrita, en su época de universidad se pondría ciega a coños, después regresó a casa y borrón y cuenta nueva, como si no hubiera pasado.

Más de una hora, ya no vendrá. Maldita. Okay, Lily, entendido.

Supongo que es mejor de todas formas. Mi vida sin Lily Robinson siempre fue una mejor vida. Me quedaré a dormir aquí, tengo la cabaña alquilada por dos días y mi madre está advertida de que no pasaré la noche en casa. No es que pensaba pasar la noche con Lily, eso sí que no, pero sí, desde el comienzo, tengo planificado aprovechar y hacer una ruta en la mañana. La cabaña es preciosa, está ubicada en una zona alejada del pueblo y de todo, en realidad, y el clima es perfecto para perderse un poco por el bosque.

Escucho mi teléfono timbrar. Es curioso cómo, cuando estoy en Toronto, mi madre no tiene idea de qué hago con mi vida y eso no le genera ninguna preocupación, pero es llegar a Cedar Glade y tiene que saber dónde estoy en todo momento. Madres.

Tomo el móvil de la mesilla donde lo había dejado. Veo quién llama y siento deseos de tirar el móvil contra la pared. ¿Qué quiere Lily Robinson? Su oportunidad pasó.

—¿Qué? —ladro.

—¿Sabes algo de arreglar coches? —me responde con no mejor humor.

—¿De qué hablas?

—El coche se me rompió en la carretera. Estoy parada a un lado y por aquí no pasa nadie.

—¿A mí qué me cuentas? Llama a la grúa o a tu novio.

—La grúa no viene hasta dentro de dos o tres horas, si tengo suerte —hace silencio, en el que presiento continuidad—. Y estoy en Old Cedar Path.

La euforia me recorre. Ahora entiendo por qué me llama a mí. Lily Robinson sí decidió venir.

Old Cedar Path es la estrecha carretera que da a esta parte del bosque. A menos que vengas a hacer una ruta o a hospedarte en una de las pocas cabañas que hay desparramadas en el monte, pocas justificaciones puedes ofrecer para estar a estas horas por aquí. Ay, Lily, ¿al final sí que tenía razón?

—Ese es el problema con tener un coche de juguete.

—¿Me vas a ayudar o no? —Lily me corta, furiosa.

Pongo los ojos en blanco, sonrío, estoy a punto de decir que sí, juro que estoy a punto de decir que sí, pero entonces recuerdo: las veces que Lily me llamó bollera pervertida, las veces que ella y sus amigas se rieron de mi ropa de segunda mano, las veces que mi madre tuvo que cuidarla a ella y a mí dejarme con la llave colgando del cuello.

Pienso que nunca fui víctima, siempre pagué con la misma moneda.

¿Que Gareth o su madre se enteran de que está tirada en Old Cedar Path?

—Jódete, Lily. Jó-de-te —digo y cuelgo.

Tiro el móvil contra la pared de troncos marrones. Me siento bien. Me siento la puta ama.

Y así es por un minuto. Después me levanto, recojo el móvil del suelo; no le pasó nada gracias a la carcasa diseñada para quienes trabajamos en construcción. Me pongo la chaqueta que había dejado colgada al entrar, me calzo las botas y salgo rápido hacia la parte de atrás de la cabaña donde dejé aparcada la camioneta.

Afuera la única luz es la que proviene de la cabaña. La temperatura no es muy baja, pero tampoco debe superar los cero grados. Quizás esté en menos uno. ¿Tendrá Lily todo lo necesario para esperar en la carretera sin problemas? No creo que brille por sus habilidades prácticas. Mierda, mi madre me mata si le pasa algo. Quienes crecemos por estas zonas sabemos que la naturaleza merece respeto, que la naturaleza no te tendrá compasión ni se pondrá en tu lugar. La naturaleza te lo da todo y, a cambio, pide que estés a la altura.

¿Qué hago filosofando sobre la naturaleza? ¡Que Lily Robinson ahora puede estar espantando un oso!

Pongo la camioneta en marcha y me incorporo a la carretera. Voy a baja velocidad, no quiero correr el riesgo de pasar por el lado de Lily sin verla. Es muy poco probable; en medio de tanta oscuridad, la más mínima luz destaca. Al menos para mí puedo reconocer que extrañaba esto, la absoluta calma del bosque. En Toronto, el sonido de las sirenas parece un añadido permanente a la vida de la ciudad.

Al comienzo de llegar a Toronto interpreté lo que me provocaba como un chute de energía, de creatividad. Ahora sé que hay un poco de todo. La Vicky que llegó y vio ruidos y posibilidades por todas partes se llenó de energía, pero también de ansiedad y estrés. Trabajo, trabajamos los tres, hasta el agotamiento, para nunca depender de nadie financieramente. Para protegernos a nosotros y a los nuestros. Pero tiene un coste. En ocasiones siento que hasta el sexo y las fiestas se han convertido en tareas que tengo que hacer, obligaciones como parte de mi programación diaria.

¡Ahí está! Ya la veo. No sabía que no estaba respirando con normalidad hasta que la visión de Lily dentro de su coche me hace soltar una gran bocanada de aire.

El alivio tiene una vida muy corta. De inmediato me siento otra vez furiosa con ella. Por comprar un coche ridículo para moverse en esta zona, por quedarse varada en medio de la carretera, por hacerme venir a rescatarla. Ahora resulta que soy la salvadora de Lily Robinson. Hay que joderse.

Al menos tiene las luces de emergencia dadas y los conos reflectantes colocados. También parece que lleva con ella una

linterna con la que está alumbrando parte de la carretera.

Percibo el momento en el que nota que me acerco, entonces enciendo las luces del interior de la camioneta. Tampoco quiero asustar de más a Lily en medio de esta carretera oscura.

Veo que inclina la cabeza sobre el timón, vuelve a elevarla y, con los dedos, tira parte de su pelo a un lado. Está agobiada. Bien.

Aparco, me bajo de la camioneta y me acerco a donde está Lily con un movimiento que indica lo reivindicada que me siento en estos momentos. Su coche es de risa, me tiene que pedir ayuda y, encima, iba a lo que iba. Adiós furia, bienvenida chulería.

Le toco en la ventanilla, estilo poli. El que ella no las haya bajado ni haya salido del coche al verme indica su gusto por el drama. No cambia.

Me mira, veo sus ojos ganar tamaño, llenarse de temor, mira detrás de mí. Sé que algo no va bien. Mierda, ¿me tocará morir en Cedar Glade por culpa de Lily Robinson? El destino no puede ser tan macabro.

Lily toca la ventanilla, señala hacia atrás.

—¡El oso, Vicky, el oso! —grita a todo pulmón.

Siento que algo muy pesado desciende en mi interior, quiero girarme, aparentar tranquilidad, aplicar todo lo que nos enseñaron hasta el hartazgo en la escuela. ¿Qué es lo que decía sobre la naturaleza? Vaya tontería.

—¡Abre! —susurro con desespero a Lily.

Es patético, pero más lo será si un oso me deja la cara destrozada.

—¡Abre! —repito e, inútilmente, intento forzar la apertura de la puerta.

Escucho su risa. Lily Robinson se está doblando de la risa. Miro hacia atrás. Hasta donde la luz permite ver, no hay más que árboles. Golpeo con los dos puños el techo del coche. Pienso en marcharme y dejarla tirada, pero también sé que no lo haré.

Ella baja la ventanilla, se seca las lágrimas de risa. Pienso que la risa de Lily es maravillosa, pienso que la noche me tiene muy trastornada.

—Qué valiente, Vicky, qué valiente.

—¿A que te dejo tirada?

—Créeme, habrá valido la pena. Con la chulería que vas por ahí y le tienes miedo a un oso.

¿Pero esta chica está bien? ¿Quién no le tiene miedo a un oso?

—¿Quién no le tiene miedo a un oso?

—Actuaste como una novata de la ciudad. Te estás aflojando, Vicky.

—Esta chica de la ciudad es la que te puede salvar el trasero, tú verás.

—¿Sabes de coches?

—No mucho, pero tengo un coche de verdad que puede tirar del tuyo.

—¿Remolcarme? ¿Es eso legal? —pregunta con dudas.

Me encojo de hombros, haciéndole ver que es su decisión. A mí me importa cero.

—Si alguien pregunta, puedes decir que me llamaste porque sabías que mi camioneta podía remolcarte, e inventarte que te quedaste tirada en cualquier otro sitio.

Vuelve a apoyar la frente en el timón, el pelo dorado, casi bronce bajo la escasa luz, la rodea como una cortina.

—Es tu decisión, Lily, pero decídete ya. En cualquier momento puede pasar alguien o, peor, hacer la visita el oso del que hablabas. Además de que tengo frío, joder.

Asiente sin mirarme, con la vista al frente.

—Está bien, hagámoslo —esta vez sí dirige la mirada hacia mí—. ¿Qué necesitas que haga?

—Estarte quietita y dejar que te lo hagan todo, como siempre.

—Deja de ser imbécil al menos por un rato, Vicky. Las suturas están acabadas de quitar. Por cierto, no te vi cuando visitaste a Jane.

—¿Decepcionada?

—¿Tus frases siempre han sido tan malas? Eres una caricatura.

—Mis frases siempre han sido muy malas y mi boca muy buena, Lily. Lástima que nunca lo vas a saber —doy un toque en la puerta —. Voy a por la camioneta.

Me alejo, con los sentidos alerta, intentando captar cualquier movimiento alrededor. La broma del oso me ha dejado mal cuerpo. Por suerte, siempre cargo en la camioneta con muchos trastos, entre ellos una barra de remolque, hábito de cuando me tocaba hasta tirar escombros.

Acelero un poco más el paso. La noche es demasiado oscura como para no sentirme en desventaja. Entro en la Ram, cierro de golpe la puerta y, de inmediato, me siento más segura.

Me toca girar para ponerme en la misma dirección que el coche de Lily, manteniendo las luces encendidas para que pueda verme. Ella está afuera ahora, sujetando la linterna en mi dirección.

El giro en la carretera estrecha, con una camioneta como esta, es difícil, pero en peores me he visto. Mi mayor temor, que otro coche aparezca mientras estoy cambiando de sentido, no se materializa y, en pocos minutos, estoy frente al compacto azul de Lily.

Retrocedo lo suficiente hasta quedar bien cerca de su coche. Bajo de la camioneta y abro la parte trasera para sacar la barra rígida de remolque y ajustar una cadena. Lily observa desde un costado como evaluando si realmente sé lo que estoy haciendo. Genial, Lily Robinson analizándome como si este minuto de mi existencia necesitara más estrés.

—Déjame ayudar, no seas cabezota —dice y me presiona un brazo.

—¿Podrías alumbrar aquí? —grito por encima del hombro mientras me agacho para manejar la barra. Siento la luz moverse con rapidez para centrarse justo donde lo había pedido.

—¿Siempre llevas de todo ahí atrás? —pregunta, con un toque de incredulidad en la voz.

—Autosuficiencia le llaman, Lily. No necesito que nadie me haga nada.

—Ya me están jodiendo bastante tus insinuaciones de que yo necesito que los demás hagan mis cosas.

—No haberme llamado para salvarte.

Ella emite una especie de bufido, lo suficiente como para que me quede claro que no le hace gracia.

—Solo vas a remolcar un coche, no a salvarme la vida.

Termino de ajustar la barra y ordeno los últimos detalles con las cadenas. Mantengo la linterna que ella sujetaba en lo alto para inspeccionar el enganche con cuidado antes de doblarme un poco, sacudiendo la suciedad de mis manos contra el frío aire de la noche.

—Ya esto está. ¿A dónde te llevo?

—A mi casa, está a dos calles de la clínica, en Angel Lake Rd, el número 20.

—De acuerdo. Por cierto, ¿qué hacías por esta zona? —pregunto y saco a pasear toda la chulería que su broma con el oso drenó.

La hostilidad de Lily me llega como un vaho.

—Imbécil.

La carcajada me sale limpia y con ganas.

—Relájate, mujer —le digo con una sonrisa descarada antes de volver a la camioneta. Su cara es todo lo que necesito para animarme.

Arranco el motor nuevamente con un rugido decidido y empiezo a avanzar despacio, asegurándome de que la barra no presente ningún problema. El coche de juguete de Lily sigue detrás, obediente, mientras lo arrastro hacia su casa. Pero no puedo evitar mirarla por el retrovisor. Va a tener que seguir ahí unos kilómetros. Si esta no es mi pequeña victoria de la noche, no sé cuál será entonces.

Poco a poco, la oscuridad, el silencio y la conciencia del peligro de la situación hacen que se esfume la euforia y mis sentidos se vuelcan, alertas, en la carretera. Los kilómetros a recorrer no son muchos y en 20 minutos estamos viendo las primeras casas del pueblo. A esta hora Cedar Glade duerme, una suerte para Lily, que se podrá ahorrar explicaciones a un pueblo que no dudará en saciar su apetito de chisme bajo el manto de la preocupación vecinal.

Estamos en la que se supone que es su calle. Miro por el retrovisor y veo que Lily me hace un gesto de asentimiento. Aparco con cuidado y me bajo de la camioneta al mismo tiempo que lo hace ella. Nos acercamos sin prisa; tal parece que la noche impone su propio ritmo.

—¿Te lo dejo aquí o quieres que lleve el coche a otro sitio?

—No, aquí está bien. Ya mañana vendrán a por él.

No digo nada más, voy hacia la barra que une los dos coches, me agacho y comienzo a desenganchar todo. Me cuesta ver, pero en muy poco tiempo Lily tiene la linterna apuntando hacia donde la necesito. Cuando termino, tengo las manos tan frías que me cuesta cerrar los dedos. Guardo la barra y las cadenas en la cama de la camioneta. Estoy lista para dejar a Lily Robinson detrás, tomar una bebida caliente y tirarme a ver algo bajo una manta con la calefacción a tope. Vaya cambio de planes. Los 28 son los nuevos 60.

—¿Entras? A tomar o comer algo, no sé… Es lo mínimo que puedo hacer después de tu ayuda —dice Lily y señala la casa de madera pintada de gris que tenemos enfrente.

—No lo hice por ti, lo hice por mi madre. No me perdonaría que te dejara tirada —meto las manos en los bolsillos del abrigo, pensando que no me vendría mal un té o incluso un vaso de leche caliente.

—Ya sé que tú no harías nada por mí, Vicky —responde, irritada —. ¿Entras o no?

Me giro a la derecha, observo a Lily, me pregunto cuántos en Cedar Glade tienen oportunidad de ver esta versión de ella. La irritada, la dura, la afilada. La voz de Lily parece creada para la amabilidad; es una voz de niña pija que crees incapaz de gritar o de herir. Yo sé más.

—¿Cuánto tiempo llevabas tirada en la carretera antes de llamarme?

—¿De qué hablas?

—Solo dime.

—No sé, diez minutos.

—¿Por qué estabas tan segura de que todavía seguiría en la cabaña?

Veo cómo baja la cabeza.

—No lo sabía.

—¿Por qué fuiste tan tarde?

—¿Qué importa nada de eso ahora?

—Responde.

—No tengo que responder nada.

—No ibas a ir, ¿cierto?

—Mira, el destino al final me ayudó a entrar en razón. —¿Qué te hizo cambiar de idea? ¿Por qué fuiste finalmente?

El silencio se extiende hasta el punto de que creo que ya no voy a escuchar una respuesta, pero entonces Lily suelta un pequeño resoplido y habla.

—Joan, para variar. Dijo algo que no pude sacarme de la cabeza. Dijo que ella siempre ha hecho lo correcto. Lo correcto —Lily vuelve a callar—. Joan es la persona más infeliz que conozco.

—Si entro a tu casa, no va a ser para tomar nada. ¿Todavía quieres que vaya? —le pregunto, y más que una pregunta, se escucha como una amenaza.

El silencio vuelve entre nosotras. Esta vez es una presencia incómoda que parece estar rozándonos en los costados.

—Una única vez —afirma.

—Una única vez —confirmo.

No me mira. Comienza a andar y yo la sigo a un metro de distancia. Caminamos sin prisa, como si anheláramos y temiéramos a partes iguales lo que va a suceder a continuación.

Al llegar a la puerta, abre y se echa a un lado para darme paso. Me da tiempo a percibir un olor a vainilla, cálido y otoñal, antes de cerrar la puerta de un empujón, tomar a Lily por las caderas y comenzar a besarla como Lily se merece que yo la bese, con rabia. Porque Lily Robinson no se merece mis cuidados, solo el desmadre de unas ganas antiguas que no encontraron alivio.

Por eso no pierdo tiempo en mimar su boca, chupo sus labios y sé que se van a inflamar. Con mi lengua busco la suya y nos enganchamos, los dos músculos duros rozándose como queriendo hacerse un daño que nunca va a llegar.

Es insoportable y maravilloso que Lily sea capaz de hacerme sentir esto que ahora siento. Un deseo como represa abriendo sus compuertas y que ya es imposible de parar.

No sabía que las ganas contenidas durante tantos años podían ser tan poderosas.

Me alejo con brusquedad, no le miro a la cara, pero escucho cómo le cuesta respirar.

Abro su abrigo, debajo lleva un jersey de lana de cuello alto que todavía no es momento de quitar. Me vuelvo a acercar, pero Lily me encuentra a mitad de movimiento, pidiéndome sin palabras que continúe, que ella quiere más. Se frota sobre mí, Lily se frota sobre mí y yo la empujo con la cadera contra la pared. No sé si le habré hecho daño —no me importa—, pero no creo, porque ella me rodea con una pierna y sigue buscando más fricción.

—Sí, sí, sí —Lily jadea.

Me trago el sonido cuando vuelvo a por su boca, cuando me como esos labios que se sienten exactamente como recuerdo. Ella me sorprende agarrándome la cabeza con sus dos manos, atrapándome la lengua y chupando como si quisiera desprenderla. Después, Lily va a por mis labios y besa y lame, recorriéndolos con minuciosidad, como si tuviera un mapa que seguir.

El mapa se rompe y ella pierde el sentido. La lengua se vuelve errática, solo lame desesperada, hambrienta. La saliva me humedece el mentón, las mejillas. El hambre de Lily me doblega a través del deseo. La lengua me cosquillea. Quiero comerla toda.

—Quiero comerte toda —el susurro es feroz.

El gemido de Lily rompe la noche como una explosión. Me muerde la oreja, creo que va a hacer sangre, pero el dolor lo siento como punzadas de placer entre mis piernas. Siento sus manos torpes en mi cinturón, intentando desabrocharlo. Lo deja medio abierto y después va hacia su propio pantalón.

Miro hacia abajo y veo a Lily lidiando con su cremallera, como si fuese el obstáculo más importante de su vida en ese momento.

—¿Habitación? —me pregunta entre bocanadas de aire.

—¿Al final sí soy de las que te llevas a casa, Lily? —le pregunto y no puedo evitar la sonrisa que lleva todas las malas intenciones del mundo.

—A escondidas —me recuerda ella.

—Que me ruegues que te lo coma a escondidas también me vale, Lily —digo y meto la mano entre sus piernas, presiono, froto un poco. Lily echa la cabeza hacia atrás, se muerde el labio. Qué bella es, cojones, qué bella es.

Saco la mano. Se queja. Bien.

—¿La habitación?

Enfurruñada, echa a andar por el pasillo. Sin mirar, estira el brazo y, por instinto, le tomo la mano entre la mía. Caminamos así, con urgencia y torpes. Cuando pasamos por el salón —creo que es el salón—, tiro de ella que se deja llevar.

Se pega a mí; le echo el pelo a un lado, bajo el cuello del jersey y la beso, succiono hasta donde comienzan a nacer las hebras suaves y amarillas. Se mueve contra mí. Escucho un timbre.

Apenas me da tiempo a percibir cuando Lily se separa y me mira con ojos desquiciados.

—¿Quién es? —susurra.

—Qué sé yo —me encojo de hombros, haciéndole ver que su pregunta es un absurdo. Es su casa, por Dios.

Ahora escucho la vibración de un móvil y, por un segundo, creo que es el mío, pero veo a Lily sacar su teléfono del bolsillo del abrigo que todavía lleva encima. Yo me he sentido borracha de ella y todavía no he llegado ni a quitarle el abrigo.

—Gareth —dice y creo que lo que percibo ahora en ella es miedo.

—¿Sí? —Lily responde el teléfono—. Sí, estoy aquí. Ahora te abro.

Me mira y veo surgir la disculpa en su mirada, pero no dejo que llegue a su boca. Esto es sexo de revancha, de cuentas pendientes. No una historia bonita, que no se equivoque.

—Shhh —la callo, me acerco, le subo la cremallera y le abotono el pantalón—. Tranquila, que no vea nada raro. Me llamaste porque sabías que mi camioneta te podía remolcar.

Me empuja. Veo en su mirada que se siente herida. Te entiendo, Lily, escuece un poco cuando te tratan como una cualquiera, ¿cierto?

Se va a abrir la puerta, aunque veo que se detiene en un espejo que hay en el pasillo. Las humillaciones de los pequeños actos que hay que realizar para ocultar una infidelidad. Acciones que no te permiten ignorar que lo que estás haciendo está mal, aunque por un momento se sintió muy bien. Lily se merece todos esos pequeños actos que le recuerden que ella no es mejor que el resto.

Escucho que abre la puerta y yo aprovecho para sentarme en el sofá gris claro que hay en el centro del salón. Miro alrededor. No me esperaba un ambiente tan moderno viniendo de Lily. Predominan los

grises, los negros, el metal. Yo hubiese predicho que lo de ella era la madera, los marrones, el verde, los cuadros de paisaje y no esta cosa inclasificable que tengo enfrente.

Escucho pasos que se acercan por el pasillo.

—¿Segura que estás bien?

—Sí, de verdad, fue todo muy rápido. ¿No es así, Vicky? —dice Lily, entrando en el salón—. Le contaba a Gareth que te llamé para que me remolcaras desde Lake Rd.

Ahí está mi Lily, la que sabe mentir de la mejor manera. Lake Rd es muy buena opción: cerca de donde quedó tirada, pero con más posibilidades para justificar su presencia allí.

—Gracias, Vicky. Te debo una —Gareth mueve la cabeza como si fuésemos colegas.

Por primera vez pienso en serio en él, un tercero atrapado sin saberlo entre la revancha de una mujer y las historias por terminar de otra. Por un momento que dura segundos me siento culpable. Después miro a Lily. Está bajo el brazo de Gareth y, aun así, sé que está pensando en lo que pasó, en lo que podría estar pasando.

Gareth podría ser el mejor tipo del mundo. En un universo paralelo yo podría quererlo como un hermano. Nada de eso impediría lo que va a pasar. Porque Lily Robinson y yo terminaremos follando. Lo sabe ella, lo sabemos ambas. Nuestros preliminares comenzaron hace más de una década y aún no hemos concluido.

CAPÍTULO 11

Toco el timbre sintiendo que la aprensión en mi interior se agiganta. No es miedo, es la expectativa ante lo importante. Desde ayer no pienso en otra cosa, sé que no volverá la calma a mi vida hasta que lo haga.

Nunca podré vivir en paz si mi cuerpo no siente a Victoria a plenitud. *Una vez, una vez.*

Abren la puerta y es ella, por supuesto que es ella. Lleva unos joggers grises y una camiseta blanca que parece compuesta para pensar en lo que hay debajo.

Victoria me mira despojada de sarcasmo, cargada de intensidad. Victoria me mira como si me estuviera esperando.

—¿Está Elena? —pregunto.

—Sabes que está en la iglesia, Lily.

Claro que lo sé, por eso estoy aquí. Ella lo sabe también. Tenemos menos de dos horas, pero es algo. Tiene que ser suficiente.

Ella me deja pasar, cierra la puerta y pasa por mi lado sin pronunciar una palabra. Yo la sigo porque esto no es el inicio de nada, es una continuidad. Solo estoy continuando lo que empezó hace tantos años y ayer volvió a ser interrumpido. Una interrupción más y gritaré hasta quedarme sin voz.

Subo la escalera tras ella. Miro el trasero de Vicky, me permito hacerlo sin culpas vanas. Es duro, estrecho, empinado. Pienso en presionarlo, en restregarme contra él. Siento que vuelve a latir el pulso entre mis piernas.

La puerta de su habitación está abierta, pero por poco tiempo. Cuando entramos, Vicky la cierra, se gira y me mira al fin.

—¿Dónde lo habíamos dejado? —pregunta.

Se me escapa una sonrisa que busca complicidad y, por un segundo mágico, la encuentro en un destello fugaz en sus ojos. Dura

poco, el deseo es lo que tiene, solo sabe de urgencias y de buscar satisfacción.

Vicky y yo vamos la una hacia la otra, nos encontramos y no perdemos tiempo, comenzamos a besarnos con la fuerza del que sabe que el fin está cerca. Menos de dos horas, una única vez. Es una restricción y es una liberación. Dos horas para hacer lo que quiera, después será como si nunca hubiese pasado.

La idea, un autoengaño tosco, me rompe las amarras. Rodeo el trasero de Vicky con mis manos, aprieto las nalgas, la atraigo a mí. Ella se aleja, pero antes de que el temor a que se detenga comience a nacer, toma mi abrigo por las solapas y comienza a quitármelo. Elevo los brazos hacia atrás, la dejo deslizarme el abrigo que cae al suelo. No se detiene, tira de mi jersey hacia arriba y yo, obediente, alzo esta vez los brazos sobre mi cabeza.

Estoy en sujetador delante de Vicky y solo pienso en estar sin él. Me mira, sé que lo que ve le gusta. Su deseo quema, me enciende. Tengo tantas ganas que parece que me voy a ahogar.

—Gracias por venir en falda. Me encantan las mujeres con falda.

¿Sabrá que lo hice a propósito? ¿Que todo hoy es fruto de una planificación consciente? Hoy no tengo excusas donde esconderme. El juego nuevo de ropa interior negra, con sus transparencias; la falda, fácil de alzar, fácil de quitar; todo elegido para estar con Vicky. No tengo vergüenza, ella me la ha quitado toda.

—Por ahora no la vamos a retirar ¿qué te parece? ¿Dejamos la falda un rato más? —me pregunta en voz baja, espesa.

No respondo, ¿qué voy a decir? ¿Admitir que puede hacer conmigo lo que quiera?

Vicky me da la vuelta, ahora no la puedo ver, pero sí siento sus manos en mi espalda desnuda, siento su boca que se acerca a mi cuello. Ohhh, su lengua recorre mi nuca. No puedo evitar intentar acercarme a ella. Me muerde bajo la oreja y yo gimo, me permito gemir. Menos de dos horas en las que no ocultar lo que me hace sentir.

Sus manos se deslizan hacia el cierre del sujetador, lo abren, veo cómo la delicada pieza también cae a mis pies.

Pero no puedo ver más porque Vicky toma mis senos entre sus manos, los estruja, me presiona contra ella y desde atrás busca mi boca. Mi lengua le responde y, en realidad, quiero lamerla toda. Quiero cubrir a Vicky con mi saliva, quiero dejarle mi marca en su cuerpo.

Me pellizca los pezones y se me escapa un grito. Deseo sentir este dolor para siempre. Me giro, Vicky suelta mi pecho, pero hoy aparento ser osada, así que tomo sus manos y las coloco sobre mis senos. Vicky vuelve a pellizcar y yo me acerco a su cuello, chupo y muerdo donde el cuello se une a los hombros. Muerdo con rabia y con deseo. Por provocar lo que provoca en mí, por ser ella, por tenerme aquí, incapaz de decir que no.

—No sabía que eras de las que le gusta marcar, Lily —susurra en mi oído.

¿Marcarla? Hasta ayer la idea me hubiese parecido atroz, una barbarie. Hoy quiero que lleve mi huella para siempre. Si esta es la única vez, que al menos por unos días algo de mí siga en su cuerpo.

Intento quitarle la camiseta, pero Vicky me lo impide, sujeta mis brazos a los costados. Se inclina un poco, miro hacia abajo y veo que un dedo está subiendo la falda de lana. Me tiemblan las piernas, la anticipación es tortura y es delirio.

Siento su dedo entre mis piernas, sobre la braga. Se me escapa otro gemido, cierro los ojos, intento tomar más aire.

—Abre los ojos.

La obedezco, no puedo sino obedecer. Vicky me mira con dureza y sé que, a continuación, voy a pagar el precio por este momento. Vicky Mendoza no me dejará ir sin rasguños.

Su dedo hace un movimiento semicircular sobre la braga y mi cuerpo es un campo minado activado al descuido por un ser inconsciente. Quiero más, quiero que lo vuelva a hacer, me muevo buscando más roce con su mano.

—¿Te gusta? —pregunta y su voz sale ronca y lejana.

Sabe que sí, pero no pregunta porque tiene dudas, pregunta porque quiere mi admisión.

—Sí.

Vuelve a mover su dedo entre mis piernas y yo no aguanto más. Con mi mano, atrapo sus dedos sobre la braga y los restriego sin el más mínimo pudor. Nunca me he sentido tan maravillosamente libre.

Ella se suelta de mi agarre y me deja jadeando y necesitada. Cuando la miro, tengo la seguridad de que a Vicky le está costando mantener el control.

—Ven —me dice y me toma de la mano.

Creo que vamos hacia la cama, pero estoy equivocada. Victoria me coloca frente al espejo que hay en una pared de la habitación. Me veo toda, nos veo.

—Quiero que te mires —dice—. Estás magnífica, Lily.

Tengo las mejillas sonrojadas, el pelo desordenado, los ojos me brillan como si estuviese drogada. ¿Magnífica? Es una forma de verlo.

Vicky vuelve a colar su mano entre mis piernas y no puedo evitar cerrar los ojos.

—No dejes de observarte —me ordena.

Obedezco, no quiero otra cosa que obedecer a Victoria. Su movimiento entre mis piernas se hace más acelerado y siento cómo se construye la escalada de placer en mi interior.

—¿Cuántas veces te has corrido pensando en mí?

¿Qué preguntas, Vicky? Es incontable.

—No sé —logro responder y la frase es un lamento.

—¿Muchas veces?

—Sí.

Qué más me da admitirlo ahora. Ahora soy capaz de admitirlo todo.

Se detiene. ¿Por qué se detiene? Me toma por la cintura, me hace andar hasta la cama. Me empuja y quedo sentada con los pies apoyados sobre el suelo. Intento acercarme a su boca, pero ella presiona mi pecho hasta que estoy recostada contra el colchón, mis piernas fuera.

—¿Recuerdas qué te dije que quería hacer?

Sí, recuerdo, claro que recuerdo. *Por favor, por favor.*

—Respóndeme.

—Sí.

—¿Quieres que lo haga?

Hoy no me descargará de ninguna responsabilidad. Está bien, es sólo por una vez.

—Sí.

Vicky mete sus manos bajo la falda, recorre mis muslos y se acerca a la braga. Tira de ella. Me alzo, sintiendo cómo la humedad ha llegado hasta mis nalgas. Me deja sólo con la falda y sé que terminará también mojada. Me mira, sonríe y es una promesa que me hace mover las caderas buscándola.

Presiona en mi estómago, obligándome a volver a apoyarme en la cama. Tomo aire, el pecho me sube y me baja como compensando un gran esfuerzo. Siento que la falda deja de rozarme las piernas, siento la cabeza de Vicky colándose en el interior de mis muslos. Al fin la sentiré donde más la necesito.

El primer roce de la lengua sobre mis labios hinchados me hace saltar. Bajo la falda, ella presiona mis muslos para impedir el movimiento. Vuelvo a sentir la lengua, esta vez cerca del clítoris y ahhhh, hace círculos, dibuja círculos alrededor del clítoris. Subo, aunque parezca imposible, sigo subiendo en esta escalera de placer y, cuando parece que al fin llegaré a la meta, ella para y me recorre. Vicky recorre todo mi canal con su lengua y es una tortura que sólo me hace desear más. Vuelve a recorrerme, esta vez ejerciendo más presión y, cuando repite el movimiento una vez más, su lengua busca colarse entre mis pliegues y *oh, por favor, por favor*, que lo vuelva a hacer.

Pero no, ella no complace mi súplica sin palabras. Vicky envía su lengua hacia mi clítoris inflamado y yo impulso la cadera hacia ella, buscándola. No me detiene, al fin puedo restregarme contra su boca. Estoy tan mojada que desplazarme es una delicia. No sé cómo Vicky aguantará mis movimientos, pero no me importa, llevo mucho esperando por esto, quiero sentirla toda, quiero que ella me devore. Llevo mi mano hacia su cabeza, siento a través de la tela de la falda sus cabellos deslizándose. Presiono, me muevo. Mis movimientos ya no tienen control, pero Vicky logra aumentar la fuerza de sus acometidas entre mis piernas. Grito, no puedo sino gritar porque reventaré de placer. Cuando siento el orgasmo venir, no puedo

pararlo, dejo que me atrape toda, me elevo con él, me elevo como nunca me había elevado. Soy consciente de mi gemir cuando siento la mano de Vicky tapándome la boca. No me importa, no me importa nada más que no sea entregarme a esta sensación de euforia satisfecha de mi cuerpo, esta laxitud lujuriosa.

Todavía mis defensas no se han activado, tengo tiempo para otro pensamiento: así se siente estar bien follada.

Desmadejada, miro al techo, pero siento la cabeza de Vicky que sale entre mis piernas. Quiero protestar y me elevo con ayuda de los codos, pero entonces la veo. La boca y las mejillas le brillan de humedad, los mechones de su pelo están apelmazados. Es la imagen más erótica de mi vida, pienso, quiero hacerle lo mismo a ella, pienso a continuación.

Me impulso hacia delante, busco su boca, pero Vicky pone la mano en mi pecho, deteniéndome. Nos miramos, ella me mira con una expresión severa.

—Se terminó el tiempo, Lily. Vete de aquí.

Se pone de pie, se pasa la mano por la cara y después se la seca en el chándal. Yo me siento perdida, inconclusa. Me siento inconclusa.

Veo que se dobla y recoge algo del suelo.

—Me la quedo de recuerdo —dice con mi braga apretada en su puño.

Si cree que es un castigo, no sabe nada. La idea de Vicky tocando mi braga cuando yo no estoy cerca me genera euforia.

—Date prisa, Lily. Toca comer con mamá y el novio. ¿Es lo que haces los domingos? No olvides sonreír y parecer angelical —va hacia la puerta, se gira justo antes de salir—. Y recuerda, Lily, recuerda cómo hoy rogaste que te follara.

No me siento humillada. Mi aborrecimiento por ella me lo impide, lo que sí no impide es este deseo de hacerle pagar sus palabras con heridas y besos.

—Gracias por el trabajo, Vicky. Las de tu tipo siempre han sido muy buenas para el trabajo físico —le digo.

Mis palabras salen débiles, son una impostura. La realidad es que haría tantas cosas para lograr que Vicky me permitiera acercar mi

boca entre sus piernas. Una única vez, no puedo olvidar que fue por una única vez.

CAPÍTULO 12

Voy hacia la cafetera como en un trance. Bostezo una vez más, abro tanto la boca que supongo que se pueden ver las tripas sedientas de cafeína. Hoy necesito tanto un café que ni hago el esfuerzo por ir a lo de Amelia. Toca tomar el brebaje simple de mi madre.

La escucho acercarse. Los pasos de mi madre son inconfundibles. Siempre contundentes, siempre con un propósito.

—¿Te hago unos huevos, mija?

—No, estoy bien. Luego como algo.

No estoy bien, estoy cansada. Llevo varias noches durmiendo mal, con el cuerpo encendido y la imaginación en llamas. Maldita Lily Robinson.

—¿Has hablado con Nina?

La miro, en mi rostro una pregunta.

—¿Nina? ¿Por qué preguntas por Nina?

—Por si te ha hablado del trabajo. ¿Tú sabes que puedes decirme si has perdido el trabajo, verdad?

Me río, me río para no abrazar a mi madre y decirle que sé de dónde viene su miedo. Toda una vida pendiente de un empleo. Para mi madre, su trabajo venía antes que yo porque era precisamente lo que le permitía darme la vida que deseaba para mí.

—Mamá, Nina no puede despedirme de nada. Somos socias, no soy su empleada.

—Vicky, tienes que volver a trabajar, no puedes seguir perdiendo el tiempo aquí.

—Estar contigo es el opuesto a perder el tiempo. Además, nunca me había tomado unas vacaciones. No pasa por estar unas semanas menos conectada al trabajo. Sigo supervisando proyectos desde aquí.

—Ese invento del teletrabajo. Eso no es trabajar ni es nada.

Ahora sí me acerco, le doy un beso y sonrío. Mi madre tiene unas opiniones muy concretas sobre quienes no se presentan todos los días a primera hora en su puesto de trabajo.

—¿Y por qué no te vienes conmigo un tiempo a Toronto? —aprovecho y pregunto—. Así yo trabajo con la tranquilidad de saber que estás bien cuidada.

Hago la pregunta para que suene casual, algo que me pasó por la cabeza en este momento. Por dentro, estoy alerta a cada una de sus reacciones.

—¿Tú me ves mal cuidada? ¿Y quién te dijo que yo necesito que alguien me cuide?

Me mira como si tuviese las ideas más absurdas. Su hija, un caso sin remedio. Esto no pinta bien.

—Acabas de salir de un proceso terrible. Claro que necesitas que alguien te cuide, como lo necesitaría cualquiera.

No debí haber dicho eso, fue un error. Mi madre nunca admitirá necesitar ayuda, nunca se pondrá ella primero antes de lo que percibe como mi bienestar.

—Estoy bien, estoy cansada de decirte que estoy bien. Lily también te lo dijo. Termina con esta culpa absurda que sientes y vuelve a tu vida.

La mención de Lily trae consigo el resentimiento porque, de cierta manera, también la culpo de que mi madre no quiera venirse conmigo. Lily siempre ha sido la diana perfecta de todos mis rencores.

Tres días, hace tres días que no la veo y también la culpo de mis ganas de encontrarla, de mi incapacidad de bloquear las imágenes de nuestro encuentro. Lily arruinada por el deseo fue un espectáculo. Por eso la puse frente al espejo, una debilidad, para que ella viera lo mismo que estaba viendo yo. Cuán magnífica estaba bajo los efectos de la excitación.

—No me siento culpable —mentira—. ¿Qué tiene de malo que quiera tener a mi madre cerca?

—Yo siempre estoy cerca de ti de la forma que importa. Sabes que siempre puedes contar conmigo, que esta siempre será tu casa.

Dejo escapar un sonido frustrado. Es como si habláramos otro idioma, viviéramos otra realidad.

—Esta nunca ha sido mi casa.

Veo cómo la tristeza se instala en su rostro y me contagia.

—Siento mucho no haber sido capaz de darte un hogar, mija.

Las lágrimas me alcanzan desprevenida, siento que mis ojos se humedecen y no lo puedo detener.

—Mamá, no digas eso, no digas eso, por favor. No me refería a ti, tú eres mi hogar, siempre lo serás. No tiene nada que ver con una casa o un lugar.

La envuelvo en mis brazos, le beso la sien. El amor por mi madre no es libre, es un amor cargado con el deber de protección, con la misión de resarcir. Hay tanto que mi madre mereció en su vida y tan poco lo que recibió.

Escucho el timbre de la puerta. Me separo de mi madre, la interrogo con la mirada, no es día de que venga Sarah. Ella se seca los ojos, estira la mano y también seca mis mejillas.

—Debe ser Sarah. Para lo del festival.

—¿Qué festival?

—El de primavera, Vicky. ¿No recuerdas? Ya te hablé de él, pero como no me escuchas.

—Que sí te escucho.

Mi madre hace una mueca incrédula y me deja para ir a abrir la puerta a Sarah. Yo intento hacer un mejor trabajo secándome la humedad del rostro.

—Buenos días, Vicky. ¿Cómo estás? —saluda Sarah al acercarse a la cocina.

Hoy presto más atención a Sarah, al tono que emplea, a cómo me mira. Estoy segura de que Lily prefiere desaparecer de la tierra antes de que su madre, o cualquiera, sepa lo que sucedió entre nosotras, pero es imposible no sentirse un poco hipervigilante.

—Muy bien, Sarah. Encantada de verte una vez más en esta casa.

Le pongo una pizca de retintín a la frase por eso de no perder la costumbre y la fama. Vicky Mendoza es borde, sobre todo con los Robinson.

Sarah también es de no perder las costumbres: pasa por mi lado, me sacude el pelo, sonríe como si hubiese dicho algún chiste bienintencionado. Es imposible molestar a esta mujer.

—¿Lily tampoco pudo traerte hoy? —pregunta mi madre y la mención de Lily dispara al instante mi atención.

—Esta semana apenas la he visto. Mucho trabajo, ya sabes.

—Esa muchacha nos va a dar un disgusto un día de estos. Tanto estrés termina saliendo. ¿Podrá estar con nosotras en el festival?

Para mi madre, ella y su hija sí no deben parar nunca de trabajar. Lily Robinson no, Lily Robinson se va a enfermar por el estrés que le provoca tanto trabajo. En fin…

—Ya le he dicho que tiene que estar, aunque sea un rato —Sarah se gira hacia mí—. ¡Vicky! Tú vas a ayudarnos, ¿no es así, querida?

—¡¿Yo?! No, no. Yo no sé nada de festivales.

—No hay que saber nada, solo echarnos una mano con lo que te pidamos. ¿No dejarás a tu madre hacer fuerza innecesariamente?

—¿Chantaje emocional, Sarah?

—Por supuesto, querida. A nuestra edad es la principal arma.

—¿Edad? Pero si no tienen ni 60 años.

—Exacto. Ahora chantajeamos, después directamente apelaremos a la lástima.

En ocasiones tengo que esforzarme para que Sarah no me caiga bien. Al contrario de su difunto esposo, un soso desabrido como su hija, Sarah tiene algo de chispa dentro.

—Pues ni con chantaje ni con lástima. No me van a liar.

—Vicky, prepárate que al menos hoy nos vas a ayudar. Tenemos que comprar muchas cosas para hacer los dulces. En tu camioneta nos cabe todo perfectamente.

A mi madre las delicadezas de la manipulación humana le parecen una majadería. A su hija se le manda, punto.

—¿Pero cuándo es ese festival?

—Pasado mañana, pero si no empezamos a hacer las cosas hoy, no nos dará tiempo. Venga, date prisa.

Reconozco una batalla perdida cuando la tengo delante. Salgo de la cocina con actitud de indignada para mantener el orgullo. Ya en mi habitación, me visto para ser el animal de carga de estas dos

señoras para las que, al parecer, yo soy una especie de juguete que pueden usar cada vez que les viene en gana. No sé si reír o sentirme ofendida.

—Ya estoy lista. Eso sí, primero pasamos por la cafetería.

Necesito mucho café para soportar lo que me viene encima.

—Uy, no sé si Amelia nos dejará entrar. Somos competencia —dice Sarah encantada de la vida. Mira a mi madre con una risa cómplice entre sus labios mientras se encoge de hombros.

Estas dos, estas dos…

—¿Competencia? —pregunto. No tengo idea de qué hablan.

—Por el festival, nosotras también vendemos dulces —mi madre me responde, brillando de picardía.

Es una imagen a la que estoy tan poco adaptada: mi madre relajada, feliz, haciendo chistes. No es la mujer con la que crecí. La mujer que me crió no tenía tiempo para lo intrascendente; cada uno de sus actos estaba motivado por una necesidad.

—Amelia ha sido una gran alumna, pero, en fin… nunca dejaremos de ser sus maestras —concluye, toda engreimiento, Sarah.

Giro los ojos para hacerles ver lo absurdo que me parece todo, aunque no puedo negar lo feliz que me hace ver a mi madre así.

Salimos de casa con una llovizna débil humedeciéndolo todo. Detesto el inicio de la primavera, una estación indecisa. Soy, a mi pesar, fruto de Cedar Glade. Prefiero la contundencia del invierno.

—Tenemos que pasar antes por casa de Betty —dice mi madre, junto a Sarah en los asientos de atrás de la camioneta.

—Un momento. ¿Quién es Betty? Y lo más importante, ¿qué otra cosa se supone que debo hacer hoy? ¿Hay más sorpresas guardadas?

—Betty, Vicky. La de la librería —mi madre responde como si fuese lo más extraño del mundo que yo no sepa quién es una tal Betty.

—¿Pero todavía vive? ¿Qué edad tiene?

—Por supuesto que vive, qué cosas dices. Está estupenda para tener 82 años. Nos dio su famosa receta de pastel de azúcar. ¡Ni a Amelia se la ha dicho! Claro, a cambio tenemos que darle la mitad

de las ganancias de las ventas del pastel todos los años —mi madre no parece especialmente complacida con el negocio.

Entonces me doy cuenta de algo: estoy teniendo una conversación de pueblo. Estoy hablando cosas sin importancia, sin tener segundas intenciones, sin estar presionada por el tiempo. Un hablar por hablar. Creo que este es el momento en el que estoy oficialmente de vuelta en Cedar Glade. La idea, contra todo lo esperado, tiene en mí el efecto de una broma.

—Chicas, vamos a organizarnos porque yo ya no sé cuántas cosas hay que hacer —me giro desde el asiento del conductor y las miro—. Primero a por el café, después a por Betty, de ahí a…

—Antes recogemos a Betty, Vicky, por si quiere un café —interviene mi madre.

Suspiro. Hoy necesitaré mucha paciencia.

—Entonces Betty, cafetería, tienda de víveres y... ¿después qué? ¿De ahí a dónde las llevo?

—A mi casa. Haremos todo en casa que hay más espacio —me informa Sarah.

La idea de ir a casa de Sarah me provoca un rechazo instantáneo, pero hoy no es un día para mí y mis viejos rencores; hoy es un día para mi madre.

—Vamos entonces —digo y pongo cara de exasperación por eso de mantenerme en el papel de Vicky Mendoza—. ¿Betty sigue viviendo donde siempre, cerca de la veterinaria?

—Ahí mismo —confirma mi madre.

Pongo el coche en marcha y en poco más de 10 minutos estamos frente a la casa de Betty. Todo continúa tan igual a como lo recuerdo, que por unos instantes mi mente mira lo que me rodea desde el pasado.

—Betty, ya estamos aquí, venimos con Vicky —escucho a Sarah hablar muy alto—. Sí, sí, esa camioneta. No tiene nada de raro, Betty, por Dios. Date prisa.

Miro por el espejo y veo que estaba hablando por teléfono. Muevo la vista hacia el porche de la casa de Betty y observo una suerte de réplica de la reina Isabel saludar con movimientos comedidos de la mano.

Lo había olvidado: la señora Betty es una reliquia retro, vive atrapada en el pasado y de ahí se niega a salir.

—Ve a ayudarla, Vicky —ordena mi madre.

—¿Qué le pasa?

—Pues que es mayor y es educado ayudarla.

—¿No era que estaba estupenda?

—No te hagas la graciosa. Ve y ayuda a la señora Betty.

Se me escapa otro suspiro frustrado, pero salgo del coche y me acerco al porche.

—Buenos días, Betty, ¿cómo está hoy?

—Estoy bien, querida. ¿Eres la niña de Elena, verdad? ¡Qué grande estás y qué guapa! —su voz es como un susurro tembloroso.

Sonrío, al final Betty será un encanto. Le ofrezco mi brazo y ella se apoya en él con delicadeza. Betty, con su traje de chaqueta y falda, su sombrero y su sonrisa beatífica, parece un juguete, algo que podrías coleccionar.

—¿Y tienes novio, querida? ¿Estás casada?

Betty es una chismosa que, encima, está muy poco enterada de nada.

—No, sin novio a la vista.

—Es que tu generación espera mucho. Ahora la gente quiere vivir más la vida. Y hacen bien. Yo me casé con 18 años y, en aquella época…

El día será largo, muy largo. El tiempo se desliza entre tazas de café, anécdotas de tiempos pasados y pasillos de supermercado. Cuando finalmente guardamos la última bolsa de compras en la camioneta, el reloj ya marca el mediodía.

—¿Almorzamos algo en Cedar Barrel? —propone Sarah.

—Por mí, perfecto —mi madre responde enseguida.

Yo no protesto, al menos así tendré oportunidad de ver a Nora y quejarme a plenitud de cómo estas mujeres me han usado durante toda la mañana.

—Yo no puedo, me dejé la cartera en casa —Betty dice con gran pesar.

Nunca se dirá que, delante de mí, una dama se queda sin comer por falta de medios.

—Yo encantada de invitarte, Betty.

Escucho que a alguien se le escapa una carcajada que intenta disimular tosiendo. Miro hacia donde están Sarah y mi madre y es evidente que las dos se están aguantando la risa. Aquí me estoy perdiendo algo, pero no tengo idea de qué es.

—Vamos, Betty, querida —Sarah se adelanta, toma a Betty del brazo y la ayuda a subir a su asiento.

—Caíste —mi madre me susurra, desbordando pillería.

—¿Eh?

—Te dejaste embaucar por Betty, siempre hace lo mismo, dice que no lleva la cartera.

—¿De verdad?

—Ay, hija, tendrás mucho recorrido con las jóvenes, pero estás muy verde con las mayores —dice y mueve la cabeza con burla.

¿Será posible? Timada por una señora de 82 años. Cuando llegamos a Cedar Barrel, todavía estoy compartiendo miradas cómplices con Sarah y mi madre. La de ellas cargada de guasa, la mía de incredulidad.

—Y ahora se pide lo más caro —me murmura Sarah al entrar en el bar y yo presiono los labios para evitar regalarle una sonrisa. Cada vez me cuesta más recordar que esta mujer me cae fatal.

Betty y mi madre van delante de nosotras, buscando una mesa vacía. A esta hora, el local está lleno de quienes solo quieren un bocado rápido para continuar con su día.

—Mira, Sarah, ahí está Lily —mi madre gira la cabeza hacia nosotras y, con el brazo, señala una mesa al fondo.

No puedo evitar el impulso que me lleva a mirar hacia donde apunta mi madre, tampoco parece que puedo parar los signos de alerta que surgen en mi cuerpo, como si fuese un animal que olfatea algo significativo.

Lily nos ha visto, Lily saluda con un movimiento de la mano, sonríe con lo que yo sé que es inseguridad y después dice algo a quien le acompaña en la mesa. Gareth.

Y yo, que espero sentir satisfacción al recordarle con mi presencia lo que fue capaz de hacer, yo solo logro experimentar ira. Por ella, por su novio cornudo, porque sus vidas sigan tan igual.

No se comparte la vida con Vicky Mendoza.

—Voy un momento a saludar a Nora. Vayan sentándose —digo a nadie en particular y me encamino hacia la barra.

Veo a Nora moverse con la precisión de quien lleva repitiendo los mismos movimientos muchos años. Me subo a uno de los taburetes y la veo cobrar, anotar pedidos, tirar una cerveza. Se acerca a donde estoy, estira el brazo y nos agarramos fugazmente los dedos.

—¿Te pongo algo? —sigue sacando jarras sin mirarme.

Entre Nora y yo siempre ha sobrado la cortesía superficial. Nos encontramos y es como si yo viniera de la habitación de al lado. Si alguna cosa buena me ha dado este tiempo en Cedar Glade, es volver a restablecer mi vínculo con ella.

—Nah, voy a comer algo con mi madre y Sarah. Y con Betty, también está Betty.

Levanta la vista de lo que está haciendo.

—Ja, ¿hablas en serio? ¿Tú con Sarah y Betty?

—Ajá, yo y mi hundimiento total en Cedar Glade.

—Vicky Mendoza, ¿quién lo iba a decir? —se burla—. ¿Ya Betty te hizo pagar algo?

—Pagué la novatada, la invité a almorzar.

—¿Qué tal todo, Lily? —Nora mira hacia un punto detrás de mí.

Me niego a girar la cabeza, mantengo la vista al frente, pongo cara de aburrida. Soy un fraude.

—Todo estaba muy bueno, como de costumbre, Nora. ¿Me preparas la cuenta? Voy un momento al servicio —la voz de Lily suena como siempre, amable, cálida. Hoy detesto más que nunca esa voz porque, en lugar de rechazo, me provoca escalofríos.

Espero un segundo, dos, miro hacia atrás, busco a mi madre con la mirada. Ya está en una mesa junto a Sarah y Betty. Gareth, de pie, habla con ellas.

—Vengo ahora —informo a Nora. Ella asiente sin desviar la atención de lo que está haciendo.

Sigo los pasos de Lily. No sé qué busco yendo tras ella. Una única vez, fue una única vez. Quizás solo quiera echarle en cara su cinismo, hacerle imposible ignorar lo que sí pasó. Abro la puerta del

servicio. De inmediato comprendo que Lily me está esperando, que ella no necesitaba venir al baño.

—¿Ahora eres amiga de mi madre? —pregunta, pendenciera.

Quiero contestar con una frase hiriente, deseo humillarla, pero miro su boca, me permito sentir lo que está sucediendo en mi cuerpo. Sé que me adelanto a besarla, pero creo que ella también. No estoy segura, solo sé que nos besamos como si buscáramos desgastarnos contra la pared de este baño de bar. Respiramos a tropiezos, presionamos la una contra la otra. Yo necesito más. A tomar por culo la única vez.

Me separo de ella, su mirada parece venir de muy lejos.

—¿Esta noche? —es lo único que digo, pero es suficiente.

Ella asiente, cierra los ojos y apoya la cabeza contra la pared. ¿Qué estará pensando? No me importa, lo que sienta Lily me tiene que dar igual. Habrá segunda vez porque me da la gana, porque puedo. Total, no hay mucho más que hacer en este pueblo.

Me voy sin decirle nada más. Ya en el pasillo, saco de inmediato el móvil y me pongo a ver si hay disponibilidad para esta noche en la cabaña de los Tremblay.

CAPÍTULO 13

Le alcanzo la última caja con muffins. Vicky, subida a la cama de su camioneta, la coloca junto a las otras cajas de dulces, enseres de cocina, sillas, servilletas y otros trastos que mi madre y Elena han decidido llevar hoy al festival.

Otros años, las cosas a transportar eran menos, pero en esta ocasión la presencia de Vicky parece haber despertado la exuberancia de todas. Lo admito a desgana, pero es evidente que la participación de Victoria en los preparativos del festival ha llenado de energía a mi madre y Elena. Incluso Betty parece estar encantada con ella, convertida en su billetero particular.

Yo soy la única que parece incapaz de mirarle a los ojos, de disfrutar su presencia —qué mentira tan gorda.

Evito su mirada para impedir que todos lean en mi rostro las verdades que oculto. Me resguardo de los ojos de Vicky para obstaculizar que vea en ellos, claro como pisadas en la nieve fresca, lo que provoca en mi cuerpo su sola cercanía.

Estoy hundida hasta el cuello en un problema y la única solución —que Vicky termine de marchar de Cedar Glade— la espero con esperanza e igual dosis de pesimismo.

Porque pensar que resistiré, que me negaré a estar con ella una vez más, es una quimera. Una vez, dijimos, y esa vez solo inflamó mi deseo de muchas veces. Una vez se ha convertido en dos y ya solo pienso en cómo hacer realidad la tercera ocasión.

La última noche que estuvimos juntas fue… *oh, Dios*, no puedo pensar en eso ahora.

—¿Estás bien? —Vicky me pregunta, brusca.

Me atrevo a mirar hacia arriba y ya solo puedo revivir recuerdos de nuestro segundo encuentro, de mi boca entre sus piernas, de mi lengua esforzándose en mimar su clítoris. ¿Notaría cuán desesperada estaba por probarla? Hay algo tan poderoso en provocar un

orgasmo, como si por unos segundos la magia fuese real y tú la crearas.

—Sí —contesto igual de hosca—. Voy a ver si les falta mucho a estas dos.

Vuelvo a entrar en casa de mi madre. En el pasillo, me miro en el espejo. Parezco en llamas, las mejillas ardiendo, la expresión arisca. No soy yo y, al mismo tiempo, por primera vez soy a plenitud.

Como una gotera imprevista en medio de una tormenta, la imagen de Gareth se cuela en mis pensamientos. Trato de apartarla. No puedo pensar en él. Duele, y duele aún más porque la crueldad del acto no es suficiente para detenerme.

—Lily, ¿estás bien? —Elena me ve parada en medio del pasillo.

—Bien, bien. Solo me despisté un segundo pensando en un caso.

—Ayy, esa cabecita. No puedes trabajar todo el tiempo, Lily.

—Fue solo un momento, prometo que hoy solo estaré centrada en el festival.

—Es igual que su padre, no discutas con ella que no va a cambiar —mi madre se acerca a nosotras.

Todos dicen que soy igual que mi padre. Yo callo. Mi padre fue un hombre que nunca permitió que yo le conociera. Entre nosotros solo se habló de medicina, de pacientes. Para mí, como para el resto del pueblo, fue el Dr. Robinson.

—¿Vicky ya acomodó todo? —mi madre parece que al fin terminó de arreglarse.

—Sí, espera por ustedes. Yo las sigo en mi coche. ¿Paso a buscar a Betty?

—No, qué va. Ahora solo quiere saber de Vicky. Nosotras la recogemos.

Al parecer, la Vicky que está de regreso en Cedar Glade no hace más que encandilar a todas las mujeres que le rodean. Amelia ahora opina que tiene carácter, pero una buena materia prima, y Clara —la pobre Clara— pasa el día esperando verla entrar por la puerta a comprar su café. Todas llegan tarde y mal.

Vicky no es el alma incomprendida que todas imaginan. Vicky es una cabrona que sabe muy bien cuándo te está jodiendo. También carece de dobleces, tiene una voluntad como pocas veces he visto y

una seguridad que lo impregna todo. A su lado te sientes más fuerte, como si parte de lo que es lo compartiera contigo.

¿Por qué pienso en ella de esta manera? Tengo que seguir viéndola como la cuenta pendiente que es, nada más.

Salimos de casa, nos separamos delante de la camioneta de Vicky. Ella está dentro, haciendo como si yo no existiera. Las veo alejarse y pienso en el largo día que me espera de evitación, de aparentar indiferencia. Suelto un suspiro que contiene el agotamiento que preveo.

Voy hacia mi coche, al fin arreglado, y me dirijo al festival. Al llegar, me recibe el movimiento y la energía de estos días, cuando decenas de *stands* están siendo organizados para ofrecer a Cedar Glade una ruptura de su rutina.

Vicky y las demás no han llegado y aprovecho para acercarme al puesto de Amelia, la competencia por un día.

—¿Qué haces aquí? ¿Espiar? —me dice en cuanto me ve.

Todos los años interpretamos un papel, una parodia de dos equipos contrarios que hace mucha ilusión a Elena y a mi madre. Para nosotras, la satisfacción viene de verlas a ellas alegres como chiquillas.

—Sí, se nos ha olvidado la receta de *pecan pie*.

—¿No es que tienen a Betty, el oráculo pastelero?

Me sale la carcajada porque, aunque este día para Amelia y para mí es una caricatura, en el fondo ella sí está resentida con Betty por no dejarle sus recetas familiares. Betty se defiende diciendo que las recetas de su familia no están para hacerle ganar dinero a nadie.

A nadie que no sea ella, todos entendemos, porque bien que se lleva la mitad de las ventas de hoy y lo único que aporta es su presencia. Amelia, según mi madre —y ahí tengo que coincidir con ella— no supo comprender la verdadera naturaleza de Betty: una avara encantadora, pero avara al fin y al cabo.

—Betty ahora solo tiene cabeza para inventar nuevas formas de camelar a Victoria.

—¿Victoria, hmm?

—¿Qué pasa, ya no se llama así? —mis defensas saltan como minas invisibles.

—Todas le llamamos Vicky, pero tú siempre le llamas Victoria, sobre todo cuando estás en bronca con ella, pero no lo quieres admitir.

¿Soy tan transparente? ¿Para Amelia o para todos? No estoy molesta con Vicky, estoy resentida. La culpo de todos mis males ahora mismo. Ella sola encarna el cúmulo de mis problemas.

—¿Cuándo no estoy a malas con ella? Es una insoportable.

Lo es, lo es, pero también es otras tantas cosas.

—No está tan mal.

—Amelia, este nuevo rol de defensora de esa engreída no te sienta bien —digo medio en broma, algo en serio.

—¿Sabes? En una época yo creí que te gustaba. ¿Qué locura, verdad? —Amelia se ríe de forma exagerada.

La sensación de alarma me embarga toda.

—¿Qué? ¿De dónde sacas esas locuras? —mi voz sale demasiado alta, demasiado intensa.

—Nada, cosas absurdas que se le ocurren a una —Amelia sigue con la sonrisa en los labios, pero sus ojos parecen explorar mi rostro —. Mira, ahí llegan.

La veo mirar detrás de mí, me giro y, en efecto, mi madre y Elena están descendiendo de la camioneta.

—Mejor voy a ayudarlas.

—Traidora —Amelia vuelve a nuestro juego inocuo, pero la normalidad no es capaz de eliminar la incertidumbre que se me acomodó dentro.

Nos despedimos con un abrazo, voy hacia mi grupo.

—Lily, ven, ayuda a Vicky a bajar todo —mi madre me dice en cuanto estoy cerca.

Asiento, busco a Victoria con la mirada. Está del otro lado, hablando con Elena, Betty y Margot, la artista del pueblo.

La señora Margot lleva décadas pintando los mismos pinos y montañas heladas. Festival tras festival, vemos un Cedar Glade inamovible a través de sus cuadros. Si no es porque la he visto pintar, creería que compra esos modelos guiados por números que venden en cualquier sitio.

Vicky se ve… ¿relajada? Entonces gira la cabeza, me ve y el rostro se le queda desprovisto de emoción. Su atención sobre mí dura apenas un segundo; después, vuelve la vista al grupo.

¿Cómo puedo experimentar tanto placer con quien me desprecia? Nuestro desprecio es mutuo, me recuerdo. Los humanos, todo parece indicar, compartimentalizamos de forma espectacular.

Sigo a mi madre, que se acerca a Elena.

—¿Dejamos que Lily y Vicky bajen todo y después organizamos nosotras?

—Lily, ¿cómo estás? —me pregunta la señora Margot.

—Muy bien, Margot. ¿Y usted, cómo sigue?

—Bien, ¿para qué decir otra cosa, querida? Ya sabes cómo voy con la artritis. Las pastillas no…

—¿Empezamos? —Vicky no la deja continuar, se adelanta unos pasos y, de un movimiento que me recuerda a una gata, elegante y altiva, se sube a la camioneta.

Yo me acerco, mirando sus manos en movimiento, evitando sus ojos. No sé qué es peor. Sus manos traen el recuerdo de tantas transgresiones.

Me alcanza una caja sin hablarme, con las tormentas que guarda para mí reflejadas en el rostro. Así estamos durante unos minutos, hasta que el sonido del timbre de un teléfono la hace parar. Se busca en el bolsillo de la chaqueta, saca su móvil, sonríe la sonrisa que nunca es para mí. Vuelve a rebuscar en los bolsillos, saca unos auriculares y se los coloca.

—Buenos días, ¿y eso tú llamándome tan temprano? —pregunta a quien, al otro lado de la línea, sí parece merecer su buen humor. La Vicky apacible es para mí una utopía. Lo más que consigo es que siga alcanzándome cajas con la indiferencia de un robot.

—Sí, en el festival, de mula de carga.

Se ríe. Odio que ría con las palabras de otro. Odio la Vicky feliz porque es alguien que no conozco.

—Vicky, presta atención a lo que haces, hija —Elena alza la voz desde el stand.

—Sí, mi madre —dice al teléfono, después, mira hacia donde está Elena—. Es Nina, que te manda saludos, que disfrutes del día.

Nina

Nina

Nina

Ríe para Nina, es feliz con Nina, Nina la llama a primera hora. Cuando me alcanza la siguiente caja, no lo pienso, actúo presa de un impulso: dejo que la caja resbale por mis manos. El impulso, no lo niego, se llama celos.

Cuando el estruendo llama la atención de todos, Vicky mira la caja, perpleja.

—Vicky, ¿qué te dije? —protesta Elena.

Victoria me mira, curva los labios en una sonrisa que tal vez solo yo sepa ver.

—¡Disculpa, disculpa! —mueve la mano hacia donde está Elena.

—Nina, te llamo después —habla al teléfono—. Y decídete a venir, alguien te espera con muchas ganas.

Ríe como la imbécil engreída que es.

—¿Manos de mantequilla, Lily? —habla sin apenas mover los labios—. No es así como las recuerdo.

El calor me carcome las mejillas, me llega a las orejas.

—¿Terminamos de descargar ya o aquí te quedas bajando todo tú sola? —le digo, cortante.

Me mira, me hierve la sangre. Se está divirtiendo.

No la soporto, es que no la soporto.

—Buenos días, ¿necesitan ayuda? —preguntan alegremente desde atrás y sin mirar sé que se trata de Clara.

¿En serio?

—Clara, ¿no tienes que estar ayudando a Amelia? Ya sabes, quien te paga —me giro a tiempo de ver la mirada de desconcierto de Clara. La entiendo, no es esto lo que se espera de la buena y dulce Dra. Robinson.

—Eh…

—Muchas gracias, Clara, pero estamos bien. Lily y yo formamos un buen equipo —me giro, estoy ya mareada de tanto dar la vuelta, y la expresión afable de Vicky me revuelve las entrañas. Vicky está siendo buena con todas menos conmigo.

¿Cómo no va a estar la pobre Clara atontada? Esta maldita mujer parece una postal. Hoy al sol le dio por aparecer, como si tuviese un acuerdo secreto para iluminar a Vicky en la mañana. Ella lleva un gorro de lana azul que le mantiene el pelo a los lados de la cara, le brillan los ojos grandes y marrones como hojas de otoño, la boca impúdica sonríe a Clara casi con cariño.

A punto de sentir celos de la buena de Clara, me agarro a la última frase de Vicky: un buen equipo. Pienso en la Vicky que he tenido en dos ocasiones. A esa Vicky el pelo le caía por todos lados, revuelto, la oscuridad del que se esconde le prestaba sus sombras, los ojos eran carbones excitados. La sonrisa de esa Vicky prometía un gozo atormentado. ¿Un buen equipo? Somos un equipo limitado cuya única misión es borrar las ganas del pasado.

—Luego paso a por café, pero no se puede enterar mi madre —añade.

—De acuerdo —el entusiasmo de Clara es excesivo, pero allá ella —. Lily, ¿tú también quieres un café?

Clara suena precavida, como temiendo que la Lily que vio hace segundos vuelva a aparecer. El sentimiento de culpa me alcanza.

—Si Vicky invita —me atrevo a involucrar a Victoria.

Espero una respuesta desabrida, pero en su lugar hace un gesto de incredulidad que acompaña con un movimiento de manos.

—¿Qué pasa con las mujeres de este pueblo que me quieren arruinar?

—Vicky es la nueva *sugar wallet* de Betty —digo en tono conspiracional a Clara.

La risotada de la chica termina por provocarme una sensación de ligereza que nunca siento al lado de Vicky.

—Esa soy yo, proveedora de octogenarias.

La miro y por un momento parece que no tenemos historia, que podemos ser dos mujeres que hacen bromas intrascendentes una mañana cualquiera. Después me sobreviene la incomodidad por la conexión pasajera. No somos nosotras, Vicky y yo no compartimos la intimidad que requiere una broma bienintencionada.

Alejo mis ojos de ella, meto las manos en los bolsillos del abrigo, dejo escapar una bocanada de aire que no sabía que estaba

reteniendo.

—¿Seguimos? Nuestras madres están al venir a hacerlo ellas.

Escucho que choca las manos.

—Sí, vamos. Clara, hasta dentro de un rato.

Clara se va y nosotras volvemos a descargar lo poco que queda. Cuando terminamos, mi madre y Elena ya van muy avanzadas en la organización del stand. Los dulces lucen espectaculares, pero el estómago se me revuelve un poco al verlos. Los nervios de la mañana, supongo.

—Yo no he desayunado, por si a alguien le interesa —Vicky proyecta su versión encantadora. Embaucadora.

—Desayunen, pero no aquí. Luce muy feo que quien vende se esté comiendo sus propios productos —Elena nos dice mientras toma dos bolsas de papel—. A ver, un croissant y tartaletas para cada una.

—Ahora hago el café —se ofrece mi madre.

—No, Sarah, no te preocupes. Ahora no me apetece café —Vicky la detiene, toda amabilidad.

—¿No irás al puesto de Amelia, no? —Elena pregunta con las manos en la cintura, una postura que desde niña aprendí que no pronosticaba nada bueno.

—Noo, qué va. Voy a donde está Nora, Lily me va a acompañar. ¿No creerás que la Dra. Robinson sea capaz de probar hoy mercancía de la competencia, no, mamá?

Elena nos mira con sospecha, mi madre mueve la cabeza, divertida. ¿Y yo? Yo estoy a la expectativa de lo próximo que hará Vicky.

—Está bien —claudica Elena—. Llévale algo también a Nora.

Toma una caja pequeña de cartón y la va llenando de dulces.

—¿Nora merece más que nosotras? —se queja en un arrebato infantil Vicky.

—A quejarse menos y regresen rápido, que la gente seguro que viene a comprar solo por ver a Vicky —mi madre nos apresura, empujándonos suavemente con sus manos.

—¿Y por mí no? —ahora es mi turno de quejarme.

—Yo soy más guapa —Victoria se gira y suelta, despreocupada.

—Mentira —me opongo.

Sí es más guapa, Victoria siempre me ha parecido más guapa que cualquier mujer, yo incluida. Mi opinión, por supuesto, no puede ser más subjetiva. Hablo desde el sur de mi cuerpo.

—Hija, ya tú estás muy vista. Vicky es la novedad —mi madre, aliada de la engreída.

—Cariño, quienes te vienen a ver a ti es a contarte males y esos casi nunca pueden comer dulces —Elena, ¡mi Elena! se une al equipo contrario.

—¿Ahora resulta que soy una carga? —aparento estar indignada, aunque en mi interior burbujea la alegría por este momento de bromas sin filo.

—No, mi vida, no digas eso. Tú eres una bendición —Elena me abraza, me da un beso en la frente. Yo me dejo mimar.

Con Elena, la expresión física del afecto siempre fue más fácil. Con mi madre, al contrario, parece existir una barrera que limita nuestras interacciones a abrazos contenidos, a roces de mejillas educados. No es algo que me moleste, el afecto tiene muchas formas de manifestarse. Mi madre me quiere con la misma fiereza que Elena quiere a Vicky.

—¿Saldremos en algún momento? —Vicky parece impaciente.

—¿Celosa?

Victoria saca un croissant, le pega una mordida con desparpajo.

—Si quieres hablamos de celos, Lily —mueve las cejas arriba y abajo.

En mi interior se cuecen nervios.

—Que no coman aquí —mi madre vuelve a empujarnos—. Ush, ush, fuera.

Salimos del stand, comenzamos a caminar en dirección al puesto de Cedar Barrel.

—¿Cómo hacemos para ir a por el café? —murmura Vicky.

No sé a qué juega incluyéndome así en su día, pero no la voy a detener, estoy demasiado contenta como para detener esto.

—Vamos por detrás, Amelia nos lo alcanzará.

Damos una vuelta absurda en esta misión de encubierto innecesaria. Al llegar a la parte de atrás del stand de Amelia, toco en

la puerta de madera. Nos abre Clara, a la chica se le ilumina el rostro cuando nos ve.

—¿Café? —pregunta.

—¿Qué hacen ahí? —escucho a Amelia acercarse.

—Necesitamos un café pijo y caro —Vicky se apoya en el marco de la puerta.

—No es caro, el precio refleja su valor. Para muestra, ustedes, que están aquí, arriesgándose a la furia de esas dos señoras.

—¿Qué tal tu pastel de azúcar, Amelia? —si algo sabe Vicky es cómo picar.

Amelia gira los ojos, se apoya en el otro marco de la puerta, frente a Vicky.

—¿Tienen ahí del que hizo Betty este año? —señala la caja de dulces que nos dio Elena.

—Es de Nora, Amelia, no lo puedes comer —le digo a mi amiga, que año por año intenta adivinar la receta de Betty a través de su pastel.

—O sí, a cambio de café —Vicky abre la caja y la pone frente a Amelia.

Mi amiga, con menos escrúpulos que yo, no pierde tiempo y saca de la caja el pedazo del pastel de azúcar.

—Pues dos cafés serán. Clara, atiende a nuestras clientas, por favor —Amelia muerde el pastel, cierra los ojos y suspira.

—Mujer avara, egoísta —todos los años se permite proferir insultos contra Betty durante su ritual de degustación del pastel.

—Ameelia —la amonesto como parte de nuestro teatrillo de fiestas.

—¿Qué? Hace mucho bien soltar el lastre emocional. Mira, aprovecha que está Vicky. Dile un par de insultos.

—¡Amelia! —¿se ha vuelto loca mi amiga?

—Ah, ¿que tienes ganas de insultarme, Lily? Venga, dime algo —Victoria me mira desafiante, frunciendo los labios con altanería.

Por unos segundos me quedo alelada mirando su boca. La boca de Vicky es cosa terrible, un arma de seducción y derribo.

—Venga, Lily, yo sí sé que tú puedes. Muéstrale a Amelia.

Si tú lo pides, Vicky, por ganas no serán.

—EgocéntricaNarcisistaImbécilArroganteIdiotaPedanteEngreídaPrepotenteAltaneraInsufribleManipuladoraDéspotaEgólatraCaprichosa —suelto una gran bocanada de aire, intento relajar los puños que tenía apretados a mis costados.

La carcajada de Vicky es lo primero que escucho. Después, miro alrededor. Amelia me observa con la boca abierta. Clara, con los dos cafés en la mano, está congelada a mitad de camino, los ojos exageradamente abiertos.

—Sí que te has quedado a gusto —dice Amelia al fin.

—¿Café? —se atreve a intervenir Clara.

Vicky se adelanta, me alcanza un café y después se hace con el de ella. Todavía tiene la sonrisa burlona en los labios.

—Qué buena chica tu amiga, ¿no, Amelia?

Amelia nos recorre con la mirada. Yo me siento como si hubiese descubierto un secreto.

—Vamos, Dra. Robinson, que mi madre o la tuya están al llamarnos.

Vicky echa a andar sin esperar por mí.

—¿Nos vemos luego? —le pregunto a Amelia.

—Sí, sí —me toma la mano, presionando ligeramente los dedos. Yo rehuyo de sus ojos.

Cuando me giro para localizar a Vicky, la veo detenida a unos metros de nosotras, mirándonos por encima de la taza de café. Me acerco a ella y nos ponemos a andar una al lado de la otra. Caminar junto a Victoria sin estar profiriéndonos insultos es tan raro que no sé muy bien cómo actuar.

—Si nos escapamos un rato, ¿se darán cuenta? —habla murmurando con la boca pegada a la taza de café.

—¿Eh? ¿Escaparnos a qué?

—¿Qué tú crees? —me mira de medio lado—. Los insultos me ponen.

Sé que vuelvo a enrojecer, mi cuerpo reacciona de inmediato y un cosquilleo traidor empieza a surgirme dentro. Pienso, de verdad pienso, cómo podríamos escaparnos ahora. Si esto ya no es muestra de que estoy perdida, no sé qué otro escalón debo descender.

—Luego, en la noche —no intento aparentar ni una mínima resistencia.

A partir de aquí, el día se convierte en una especie de juego preliminar que me inflama y me deja sensible y hambrienta. Por eso, cuando en la tarde Gareth me propone pasarse por casa, le digo que estoy muy cansada. Por eso, cuando cerramos el stand, me voy corriendo a duchar. Por eso, cuando creo que Cedar Glade descansa, envío un mensaje a Victoria: Voy.

Me recibe con el pelo todavía húmedo del baño, con una camiseta de mangas largas que apenas cubre la braga negra, con los ojos oscurecidos por el deseo que guarda para mí. Me toma por la nuca, me acerca a su boca. Al fin la vuelvo a besar.

Cada vez el tiempo se desconfigura más bajo su influencia. Volver a verla después de 11 años me pareció muy pronto. Ahora, esperar unas horas para estar con ella lo siento como excesivo.

Se separa de mí, me comienza a desvestir con el interés que se le dispensa a un maniquí. Los cambios de intensidad de Vicky son desquiciantes. Yo me dejo hacer, viendo caer una a una las piezas de ropa a mi alrededor. Cuando termina, una braga es la única tela que queda sobre mi cuerpo.

—Ven, pero advierto, hoy estoy muy bollo —tira de mi mano. Sé que quiere que vayamos a la habitación.

—¿Muy bollo?

—Ya te darás cuenta.

La sigo, entre curiosa y precavida. En la habitación vuelve a tomarme de la mano, me lleva frente a la cama. Cuando se inclina con las manos en las esquinas de mi braga, dispuesta a quitarla, la detengo.

—No es justo, tú todavía estás vestida —me atrevo a reclamar que se desnude. Estar junto al cuerpo desnudo de Vicky es una cura de humildad para cualquiera, pero a mí me hace temblar de anticipación: lo que le haré, lo que me hará.

Se separa, toma los bordes de la camiseta y tira de ella hacia arriba, exhibiendo cada centímetro de la piel aceitunada como si fuese un reto. La miro inmóvil, temiendo que cualquier movimiento pueda poner fin al espectáculo.

Es la segunda vez que está desnuda cerca de mí, pero es la primera vez que se toma tiempo para exhibirse. Victoria se muestra con arrogancia ganada, sabe que es magnífica y quien la mira la envidia o la desea.

Veo que se lleva las manos a la braga. Voy pendiente de cada uno de sus movimientos como el hambriento al que le enseñan un bocado. Lleva la prenda hacia las rodillas, la deja caer. Mis ojos se van hacia su pubis, hacia el pelo cuidadosamente recortado hasta formar una ligera capa, a sus labios apretados que parecen estar llamando a lamer. Trago el exceso de agua en mi boca. No sé cómo, en un breve momento de mi adolescencia, pude creer que en realidad no me gustaban las mujeres.

—Tu turno, Lily.

Me toma unos segundos comprender que ella también está esperando a que yo me deshaga de mi braga. Lo hago rápido, sin su seguridad, pero cuando miro a Victoria, lo que veo en sus ojos es suficiente para hacer que mi deseo resuene como una orquesta.

Se gira, toma una de las almohadas y la coloca en medio de la cama, pegada al borde.

—Aquí, Lily —dice y da dos palmaditas sobre la almohada.

—¿Que me siente ahí?

—Ajá.

La miro con sospecha, pero me siento sobre la almohada. Ella se acerca, pone la mano en mi pecho y me hace tumbar sobre el colchón. Me siento expuesta. Estoy expuesta, pero la sospecha de lo que va a suceder a continuación me humedece toda.

Vicky alza mi pierna derecha y la pasa por encima de su pierna izquierda. Su otra pierna cruza mi cadera y se apoya en la cama. Me palpita la entrepierna, ya me da igual si ella nota el estado en el que me tiene.

—¿No era un mito eso de la tijera? Nadie lo hace en realidad —hablo con dificultad, las palabras salen como prensadas.

—Gente que no sabe follar —se acerca. Nuestros labios se encuentran, nuestros clítoris se rozan—. Yo sé más.

El primer contacto es como una inyección de placer inmaculado que comienza entre las piernas, pero llega a cada terminación

nerviosa de mi cuerpo. Vicky vuelve a rozar, haciendo movimientos cíclicos con su cadera. Yo me uno. Después estaré dolorida y sensible, pero mil veces pasaré por ello si eso significa sentir este goce tantas veces más. Porque Vicky y yo sincronizamos nuestros movimientos, aumentando la fricción con ferocidad. Nos dejamos ir, nos corremos juntas y siento que ella y yo, a su pesar, por unos segundos, somos una sola entidad que experimenta una misma sensación.

Se deja caer sobre mí. Me olvido de quiénes somos, de cómo nos comportamos la una con la otra y la abrazo, beso su boca, después la mejilla, la sien. Mis besos deberían asustarme; delatan ternura, hacen sospechar de devoción. En cualquier momento Vicky puede usar esos besos como un arma letal en mi contra.

Venzo el miedo, me atrevo a más.

—No te acuestes con ella, no volveré a estar contigo si lo haces.

La siento removerse sobre mí, intentando levantarse. Le acaricio la cabeza, le impido mirarme.

—¿De qué hablas? —murmura con la voz distorsionada por mi hombro en su boca.

—Nina.

Levanta el torso con brusquedad.

—Me acuesto con quien me da la gana, Lily. No te equivoques —masculla.

—Yo no estaré con él mientras estés aquí.

¿Dónde se fue mi vergüenza? ¿Cómo soy capaz de proponer estos tratos infames?

Se pone en pie, me habla dándome la espalda.

—Se hace tarde, creo que ya deberías ir yéndote.

No dijo que no. Victoria no dijo que no, y es suficiente para proporcionarme una alegría perversa. Puedo engañarme pensando que somos algo, que al menos hasta que marche, ella y yo tenemos un vínculo creado a voluntad.

Yo, que al comienzo solo quería que Vicky hiciese sin yo tener que decidir nada, ahora quiero que reconozca que entre nosotras hay algo. Somos amantes, pienso. Somos amantes. La idea me deja conmovida y eufórica.

CAPÍTULO 14

Estoy agotada, siempre hay alguien en el stand, no importa la hora del día. Por suerte, dentro de pocas horas termina el festival y podré descansar de este continuo aparentar amabilidad. No sé de dónde Sarah y mi madre sacan fuerzas para parecer que cada vez tienen más energía.

Y Betty, por Dios, Betty es una octogenaria con batería de larga duración. Sin falta cuenta cada uno de los trozos de tarta que se venden, como para recordar que con ella no hay trampa posible.

Después estamos yo y la princesa de Cedar Glade, reconvertidas en mano de obra gratuita para estas señoras. Lily hoy ha aparecido intermitentemente, según ella, por emergencias relacionadas con el trabajo.

También se ha pasado Gareth, el guapo inútil. Ni una caja ayudó a levantar. Se ofreció con la boca pequeña y marchó tan pronto como pudo. No lo juzgo con equilibrio y me da igual. Gareth debiera darme pena, o al menos provocar mi vergüenza, pero la realidad es que lo veo y me hierve la sangre. Pensar en él con Lily, en Lily besándolo, en ella abriéndose de piernas para él… arcadas, me provoca arcadas.

Maldita Lily Robinson, metiéndome ideas raras en la cabeza.

«Yo no estaré con él mientras estés aquí».

¿Qué me importa? Que esté con quien le dé la gana, como si tiene un harén montado en Cedar Glade. A mí, con no hablarme de eso, me viene bien.

—Vicky, ponle media docena de muffins de arándanos a Jane, por favor —me pide Sarah.

Alzo la cabeza y veo a Jane saludándome con un movimiento de manos. Es algo a lo que he tenido que adaptarme en este tiempo en Cedar Glade, que las arpías de mi adolescencia se hayan convertido en adultos que, más o menos, intentan ser cordiales. Excepto Joan, desagradable Joan.

Tomo una caja y la lleno de muffins, me acerco al mostrador y se la alcanzo a Jane.

—Me dicen que la mano la tienes muy bien, Vicky. Me alegro.

—Sí, sin problemas —extiendo la mano y la abro y la cierro.

—Cuando te vi la herida, temí que te hubieses hecho un daño mayor, que los tendones estuviesen comprometidos, pero me alegro de que no fue así.

Me cuesta adaptarme a estas conversaciones superficiales. Siempre escucho con sospecha, como si estuviera esperando las palabras hirientes que deberían venir a continuación. Pero no llegan, al menos no cerca de Sarah y mi madre, y entonces me siento desorientada. Porque en Cedar Glade yo solo sé devolver, atacar, estar a la defensiva, pero no sé ser amable.

—Estoy perfecta —muestro la mano porque no sé qué más hacer.

—Lily hizo un gran trabajo con las suturas —Jane mira con la misma actitud que yo miro los cimientos de un nuevo edificio.

La mención de Lily me saca una sonrisa e inmediatamente me pone alerta. ¿Qué mierda es eso de sonrisa? Que es Lily Robinson, Lily no me saca sonrisas cálidas, a lo más que puede llegar la mención de su nombre es a provocarme furia.

—Chica guapa, ¿me pones una porción de pastel de azúcar? —preguntan por detrás.

Ahora sí la alegría que me nace es congruente, aceptable, porque cuando Nina aparece, cualquier día se vuelve mejor.

—¿Pero por qué no me dijiste que venían? —pregunto al girarme y ver a Daniel y Nina de pie frente a un costado del stand.

—Mis niños, qué bueno que están aquí —mi madre se adelanta a repartir besos y abrazos a mis dos amigos. Desde siempre los aceptó como parte de la familia.

Yo recuerdo que estaba hablando con Jane y la dejé plantada, me vuelvo para despedirme, pero ya ella está marchando y me dice adiós con la mano.

—No te preocupes, atiende a tus amigos —alza la voz en la distancia.

Yo a lo más que acierto es a un movimiento de cabeza. No me darán un premio a la afabilidad.

—¿Pero no nos saludas, bicho malo? —Daniel bromea.

—Espera que me lo pienso —digo, pero ya estoy saliendo del stand.

A la primera que envuelvo en un abrazo es a Nina.

—Los he extrañado —lo digo con aire casual, pero espero que sepan cuánta verdad hay en esa frase.

—Qué vas a extrañar, si ya sabemos que te lo estás pasando en grande —Daniel no espera a que me separe de Nina, se acerca por detrás y me da un beso en la mejilla.

—¿En grande? Sí, claro —no es posible que Nina o Daniel sepan de mis encuentros con Lily, pero no puedo evitar que en mi voz se cuele la desconfianza.

—¿Todo bien? —Nina me toma de los hombros, me aleja a un brazo de distancia y comienza a rebuscar en mi rostro con la mirada.

Me remuevo de su agarre, le doy la espalda.

—Sí, estoy bien, deseando regresar. ¿Qué quieren comer? Invita la casa.

—Ya le dije que regresara a Toronto, pero sigue empeñada en estar aquí. A ver si la convencen —mi madre recluta aliados para su batalla en contra de mi estancia en el pueblo.

—Solo lo hace porque está preocupada por ti, Elena. Ya regresará cuando ella sienta que es el momento correcto —Daniel le dice con suavidad.

—Tiene que trabajar, no puede seguir aquí —mi madre no es de las que se deja convencer por un chico guapo con buenos modales, por muy encantador que sea.

—Está trabajando, Elena, de verdad, todo está bien. Disfruta de Vicky —Nina habla y, como siempre, los demás nos doblegamos a sus palabras sin darnos cuenta de ello.

Mi madre mueve la cabeza, un último intento de mostrar su inconformidad, pero después sonríe y regresa delante del mostrador.

—¿Tarta de azúcar? Está riquísima. A ver si así engordan un poco. Qué obsesión con parecer esqueletos tiene todo el mundo hoy —mi madre y sus formas bruscas de afecto.

—¿Cuántos trozos van a querer, queridos? —Betty no dejará pasar ni una sola porción sin contar.

—A esta invito yo, Betty —intervengo para evitar un conflicto financiero con mi madre, ya saturada de las artes de Betty.

—Para llevar, mamá. Voy a enseñarles la feria.

Salimos cargados de dulces que, por muy buenos que están, Nina no va a probar, pero yo sí sé quién se los va a zampar en un segundo.

—Miren a la derecha, miren a la izquierda y ya han visto la feria —digo, parada en medio de las dos filas de puestos que ocupan la distancia de una calle. Aunque, en este aparcamiento a las afueras de Cedar Glade, no puedo tener mucha precisión.

—¿No nos das una visita personalizada, Vicky? —se queja Daniel.

—Sí, claro. Ven, que te llevo a un puesto que me gusta mucho.

Echo a andar hasta que llego al stand de Cedar Barrel. No veo a Nora. Es su hermano quien está detrás del grifo, tirando cervezas. Siento la mano de Nina tomándome del brazo.

—Vivi, me habría gustado que me hubieras avisado.

Para alguien ajeno a Nina, su rostro solo reflejaría ahora un leve atisbo de molestia. Yo, que conozco a Nina en la mayoría de sus formas, sé que se siente insegura.

—Si quieres, nos vamos —mi frase no es un ofrecimiento, es un desafío.

Creo que no he sabido comprender el impacto de Nora en Nina. Tampoco he previsto este vislumbre de celos, este impulso de proteger lo que es mío. Lo que siento tiene mucho de egoísmo. No es fácil compartir a alguien como Nina.

Aunque ella y yo somos amantes ocasionales, decir adiós a esos momentos no sería lo más importante. Lo realmente doloroso sería perder el absolutismo de nuestra amistad. Hasta este momento, yo soy la mujer más importante en su vida. Ella no lo sabe, seguramente ni lo sospecha, pero si no torpedea esta oportunidad, otra mujer se está encaminando a ocupar mi lugar.

En la periferia de mi mirada, veo a Nora entrar en el stand por detrás.

—Sorpresa.

Su rostro se transforma y la Nora solemne y calmada que todos conocemos da paso a una mujer que no puede contener la sonrisa.

—Chicas de ciudad invadiendo Cedar Glade, ¿debo preocuparme? —Nora cruza los brazos sobre su pecho.

—Nora, la amiga de Vicky, ¿cierto? —Nina bromea a su manera, con voz glacial, con actitud de diva.

—Auch —Nora se toca el pecho como si una flecha la acabara de atravesar.

—Venga, dejemos de hacer el tonto y vayamos a lo importante, las cervezas. ¿No se han comido los dulces todavía, no?

—No, los dejamos para el postre. Ahora cervecita y *pretzel* —Daniel nos adelanta y se acerca a la barra improvisada del stand.

—Si traen dulces de Elena, tienen que pagar en especie la cerveza —dice Nora y estira un brazo sobre la barra cuando estamos cerca.

Nina hace un gesto indiferente y le alcanza la bolsa con sus dulces.

—Allá tú.

—Gracias —Nora habla con un trozo de pastel ya en la boca—. Bienvenidos. ¿Y a qué debemos el honor de otra visita?

—Vicky nos extraña mucho —Nina me usa de excusa sin el más mínimo sonrojo.

—Pobre, tan pequeña y tan desprovista de afectos. ¿Hasta cuándo se quedan a dar cariño a Vicky?

—Solo hasta mañana —Daniel interviene, aunque creo que él y yo sabemos que no formamos parte de esta conversación.

—¿Entonces los veré esta noche? ¿En el bar? Dentro de un rato ya puedo ir para allá.

Hay un momento de silencio en el que todos esperamos que Nina hable porque, en realidad, la invitación es para ella.

Percibo el momento exacto en el que la precaución, ese sinónimo del miedo, gana la batalla dentro de Nina.

—Depende de Vicky —me mira, toma mis dedos con un derroche de sensualidad—. ¿Qué quieres hacer esta noche?

¿Qué haces, Nina? Por favor, ¿qué haces? No eches a perder esto.

—Tu amiga del alma se acerca, Vicky —la voz de Nora está despojada de jugueteo, endurecida por la situación.

Cuando me giro, ya Lily Robinson está cerca de nosotros, su habitual actitud apacible sustituida por un aire de vendaval. Avanza con las manos en los bolsillos de su abrigo de lana. Los pasos parecen querer hundir el suelo donde se apoyan, sus ojos verde alga ahora están oscurecidos, como metal bruñido.

—Hola a todos —dice al llegar a nosotros, recorriendo el grupo con una mirada en la que cualquiera puede detectar algo de desafío.

¿Qué hace aquí? Evito observar a Nina, no necesito que perciba en mí lo incómoda que me hace sentir esta escena.

—Lily, ¿una cerveza? —Nora se adelanta.

—Doctora, ¿cómo está? —Nina interrumpe, una amabilidad ficticia permeando sus palabras—. Muchas gracias por cuidar tan bien a Vivi. Sería una verdadera lástima que perdiera el poder de su mano.

Bien podía haber sacado una espada y convocado un duelo. Nina y Lily se miran, la tensión entre ellas haciéndonos sentir incómodas a todas. Estoy tan pendiente de la respuesta de Lily que, cuando voltea la cabeza y se dirige a mí, me provoca un sobresalto.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Mi primer impulso es decir que no, pero no quiero continuar con esta escena delante de mis amigos. No sé qué querrá Lily, pero sí sé que la mujer que ahora tengo delante me recuerda a la adolescente desatada capaz de decirme delante de cualquiera las peores vilezas.

Me levanto, avanzo unos pasos hasta alejarme del grupo.

—Dime.

—Aquí no —ella responde y sigue andando.

Mi paciencia, nunca excesiva, se va encogiendo como fruta deshidratada. Nuevamente pienso en no seguirle el juego, en regresar con mis amigos y dejarla sola con sus dramas, pero yo nunca he sido buena en evitar los problemas con Lily Robinson.

—¿Qué coño pasa, Lily? —mascullo cuando llego a su lado.

Se ha detenido detrás de la fila de puestos que ya comienzan a encender las luces ante la inminencia del anochecer. Me espera, cruzada de brazos, prometiendo todos los problemas que desee tener. Esta Lily es solo mía, pienso, nadie más tiene la oportunidad de verla así. Siento deseos de ofenderla con besos, delante de

todos. Tengo ganas de levantarla en brazos y llevarla a una habitación. Yo he visto demasiadas películas.

—¿Por fin te veo esta noche o no? —pregunta, como si esta fuese la continuación de una conversación previa.

Quizás lo es. «No te acuestes con ella, no volveré a estar contigo si lo haces.» No creo en su amenaza, ella volverá a mí cuando yo quiera. ¿O no? ¿Cuál será la última gota para Lily Robinson?

Entonces recuerdo: «Yo no estaré con él mientras estés aquí».

—¿A qué hora? —digo y siento como si estuviera firmando un pacto, como si ella y yo ahora acabáramos de reconocer esta cosa innombrable entre nosotras.

Me mira a los ojos y no necesito de habilidades paranormales para saber que Lily Robinson me quiere abrazar.

—¿A las 10?

No espero por una respuesta, me marcho y la dejo ahí, con su victoria. Porque Lily ha ganado, pero yo no me siento vencida. No exactamente. Lo que ella no sabe, lo que a mí me cuesta aceptar, es que después de muchos años no me apetecía tener sexo con Nina. Que experimenté la horrible sensación de que esa parte de mi relación con Nina había acabado. El fin de un periodo.

Sí, tengo unas ganas terribles de estar con Lily, pero no puedo olvidar que mis encuentros con ella no son el comienzo de nada, son solo una pequeña parada para recompensar a mi yo del pasado.

Cuando llego a mi grupo de amigos y me preguntan, llenos de sospecha, para qué Lily quería hablar conmigo, me limito a decir una mentira creíble. Solo quería echarme en cara que haya ofendido a su novio.

CAPÍTULO 15

Despierto asustada, demoro unos segundos en recordar que estoy en la cabaña de los Tremblay. Siento su cuerpo pegado al mío, escucho el leve ronquido que algunos llamarán respiración fuerte, pero es ronquido.

Me parece el sonido más maravilloso, toda ella me parece maravillosa, un síntoma evidente de mi caída por el pozo en el que se mezclan deseo y afectos.

Muevo la cabeza con cuidado para poder verla y no hacerla despertar. No debo estar aquí, mirando desde un costado su piel perfecta, sus labios atormentados por los míos, el pelo negro que le cubre parte de la cara y llama a ser despejado.

Salir del trabajo directo a estar con ella fue un error. Lo sé y no puede importarme menos. Encontrarme con Vicky vale cada riesgo, cada posibilidad de escarnio.

Esta vez puede ser la última vez, pienso. En cualquier momento Vicky decidirá que se va y yo me quedaré aquí, atestada de recuerdos de cosas que no puedo tener.

No sé en qué momento pasé de desear que se fuera para alejar la tentación, a pensar en su partida como una cuenta regresiva hacia la infelicidad.

Le toco el pelo, intento despejar los mechones gruesos y oscuros. Ella se remueve, alza una mano y se rasca la nariz. Abre los ojos con pereza, mira alrededor, después me mira a mí.

Los dedos me cosquillean deseando tocarla. Vicky dormida, Vicky acabada de despertar, es alguien con las defensas bajas que deseas mimar. Yo voy un paso más allá: cuando la veo así, algo en mí pugna por salir y envolverla, tomarla toda, confiarle que, por seguir teniéndola en mi vida, soy capaz de hacer lo que sea.

Pero es Vicky, mis confesiones solo encontrarían burla, se convertirían en una granada para activar a su voluntad.

—¿Qué pasa? —su voz áspera tiene el efecto de una suave pluma moviéndose en mis oídos—. ¿Qué hora es?

Que estemos así, desnudas una al lado de la otra, con las cabezas giradas, observándonos, ya lo considero una victoria.

—Poco más de las siete.

—Mmm —mira al techo, se restriega los ojos como un animalito salvaje y encantador—. Tengo hambre.

Como comentario romántico no clasifica, pero con eso puedo trabajar. De pronto, dar de cenar a Vicky se ha convertido en una necesidad.

—¿Hay algo en la nevera? Yo también tengo hambre.

—Manzanas, jamón de pavo, no sé si quedará algo de queso. Toma lo que quieras.

—¿Pan?

—Sí, debe haber.

—¿Te apetece un sándwich? Me voy a hacer uno para mí, me da igual hacer para ti.

A Vicky no le puedo decir que me apetece hacerle algo de cena, aunque sea un triste sándwich. Cualquier gesto que implique que disfruto con ella más que tener sexo, la espantaría. Llegar a Vicky es como dar un rodeo absurdo para acercarme a la casa del vecino de al lado.

—Como quieras —mueve los hombros, indiferente.

Yo juego con sus mismas reglas. Me aguanto los brotes de ilusión que quieren germinar en el rostro y salgo de la cama. Pienso en vestirme, pero desecho la idea. La Lily que soy al lado de Vicky no tiene miedo de exhibirse porque disfruta sentirse deseada. Al llegar a la puerta, me giro y Vicky, que nunca ha padecido de pudor, no oculta las ganas con las que recorre mi cuerpo.

—Confieso que me sorprendió ver que tenías un tatuaje.

—¿Ahora fue que lo notaste?

Mi tatuaje es uno de los resultados de la época de universidad, un título y un tatuaje. Es una línea negra y fina que recorre toda la columna vertebral. No significa nada especial.

—Nah, desde que me hiciste correr con la boca por primera vez. Por eso verlo me pone cachonda —se muerde el labio, le destellan

los ojos, a mí me recorre una ola de placer.

Vicky acaba de llenar de significado mi anodino tatuaje.

Ahora mismo siento una total sintonía con mi cuerpo, como si fuese más materia que espíritu. Soy, sobre todo, un cuerpo excitado al ver a Vicky.

—¿Qué tal lo hice? —me atrevo a preguntar.

—¿Que qué tal me comiste el coño? —suelta una carcajada breve que deja restos en sus labios—. Lily Robinson, ¿charla guarra?

—Dime, solo quiero saber.

—No estuvo mal —hace una mueca de perdonavidas.

Idiota.

—Para no estar mal, chillaste como una desquiciada.

—Soy muy vocal, ¿qué le voy a hacer?

—¿Cómo puedo mejorar?

—¿Me estás pidiendo apuntes? —no se lo cree.

—¿Por qué no? ¿O es que no eres buena maestra?

—No sé qué tal enseño, Lily, pero sí cómo ejecuto. Soy espectacular —hace una pausa, alza las cejas—. Lo sabes.

Lo sé, Vicky, vaya si lo sé.

—No recuerdo muy bien —miento, me apoyo en el marco de la puerta, la madera transmitiendo un poco de frío a mi espalda—. Ven aquí —ordeno.

Se le queda una sonrisa fantasma en la boca. Me mira y creo que se siente desconcertada. ¿Hará lo que pido? ¿Por una vez yo demandaré y ella obedecerá? *Venga, Vicky, hazlo.*

Como si se subordinara a mi ruego tácito, Victoria se levanta. Mis ojos, con voluntad privada, ajena a mí, se deleitan en sus senos endurecidos, en su abdomen que se tensa con cada movimiento, una superficie lisa y sedosa que invita al tacto. Mis ojos, bribones, bajan un poco más. La lengua me tintinea, deseosa de explorar lo que guardan sus piernas.

Yo presiono los muslos, buscando un sucedáneo inútil a lo que realmente quiero.

—Ya estoy aquí —dice frente a mí—. ¿Ahora qué?

Es mi turno de sonreír con malicia. Me abro de piernas contra el marco de la puerta, estiro el brazo y coloco la mano en la cabeza de

Vicky, hundiendo los dedos en su pelo. Empujo hacia abajo, no hay forma de que no sepa lo que deseo.

Fascinada, veo cómo su respiración se enturbia, la mirada parece perdida. ¿Lo hará? *Por favor, Vicky, por favor.*

Creo que tenemos una conexión telepática porque Victoria me complace agarrándome de las caderas, poniéndose de rodillas y metiendo la cabeza entre mis piernas como quien se tira al mar, rápida y sin protocolos vanos.

Me devora, no hay otro término para lo que hace Vicky entre mis piernas. Carente de delicadeza, ella lame, chupa, muerde; con cada acción exigiéndome que me deje ir. Presiono más contra el marco de la puerta porque temo que en cualquier momento mis fuerzas cedan. Vuelvo a empujar su cabeza, sintiendo la presión de su boca contra mí. Le tiene que estar costando respirar, pienso, y la idea solo me hace aumentar los movimientos de las caderas. Las rodillas de Vicky, sobre la madera desnuda de la cabaña, tienen que estar adoloridas, me digo, pero las dificultades y dolores de Victoria solo me hacen pedirle más. Empujo otra vez su cabeza, me muevo teniendo como única brújula el deseo, persiguiéndolo como una presa. Cuando el orgasmo llega, una detonación magnífica que me embarga toda, contraigo las piernas, aplastando a Vicky dentro de mí. Su lengua ya no intenta círculos arrebatados, ahora presiona, extendiendo mi orgasmo unos segundos más.

Entonces experimento un momento de absoluta lucidez: yo estoy enamorada de ella. Llevo media vida enamorada de Vicky Mendoza.

El miedo me paraliza, arrebatándome las fuerzas. Me dejo resbalar por el marco de la puerta, abajo, los muslos de Vicky me esperan. Ella se tira hacia atrás, acostándose en el suelo frío. Yo quedo sobre ella e, inclinándome, escondo la cabeza en su pecho. No quiero mirarla, no todavía. Vicky no puede ver en mis ojos lo que debe ser escondido.

Por un segundo, me arrepiento profundamente de todo lo sucedido en estas semanas. Si nunca hubiera estado con Vicky, seguiría con mi vida aburrida y satisfactoria. No sabría que era posible experimentar esta conexión total con alguien, aunque ese alguien dice que te detesta.

Mi vida anterior era una partitura estéril, silenciosa y quieta. Esa vida ya no volverá porque, aunque yo no pueda tener a Vicky, mi existencia no será la misma. Ella convirtió en sonido los símbolos silenciosos y ahora, aunque intente volver atrás, el eco seguirá vibrando en mí.

El arrepentimiento dura nada. Si me dan a elegir, volvería a elegir mis encuentros con Victoria. Nunca me he sentido más completa, nunca en toda mi vida mis emociones se elevaron tanto.

Vicky vale mi ruina, ella, la detestada.

Se me humedecen los ojos, pero sé que no puedo llorar, no es algo que nos permitamos entre nosotras. Siento sus manos en mis costados y quedo inmóvil, a la espera de lo que hará a continuación.

—¿Qué sucede?

¿Que qué sucede? Suceden muchas cosas, Vicky, ninguna que te pueda decir, no es lo nuestro.

—Nada, solo me estoy recuperando. ¿Te molesta? —hablo sin levantar la cabeza de su pecho.

—¿Te dejé agotadita, eh? —se burla, pero sin su dureza habitual.

—Somos dos las que estamos tiradas en el suelo. ¿Qué tal las rodillas?

—Como tienen que estar, con medalla.

Me sobreviene una sonrisa. Es una frase tan cutre y tan de Vicky.

—No seas hortera… Dime, ¿cómo está todo por aquí? —pregunto al mismo tiempo que paso un dedo perezoso entre sus pliegues. Está empapada, justo lo que esperaba encontrar.

—Según reportan, hay riesgo de inundaciones. —Visto está que a Vicky comer coño le mejora el humor.

—¿Cuán rápido te puedes correr? Esos sándwiches no se van a hacer solos —digo y sigo moviendo el dedo como al descuido.

Esto es parte de la trampa de estar con Vicky: con ella puedo ser la Lily que pregunta cuán rápido se puede correr. No hay expectativas que cumplir, moldes que llenar. Ella espera lo peor de mí, yo lo peor de ella. Al final resulta que nos damos toda.

—Podemos medir el tiempo. A lo mejor hago récord.

No me muevo de donde estoy, no la miro, solo sigo con el movimiento lánguido entre sus piernas.

—No hace falta, no todo es una competencia —llego al clítoris, comienzo a trazar círculos con el dorso del dedo índice.

—Entre tú y yo todo es una competencia —detecto cuando intenta mover las caderas, pero mi peso sobre ella lo impide.

—Entre tú y yo todo es una pelea, no una competencia —acelero el movimiento del dedo, aunque, si alguien nos ve desde fuera, no podría adivinar lo que está sucediendo.

Escucho que su respiración empieza a profundizarse.

—Da igual si es una pelea o una competencia, Lily —ahora Vicky parece estar haciendo un esfuerzo por hablar—. Tú vas perdiendo.

La verdad es como entrar en un túnel de decepción. Suceda lo que suceda, yo perderé. Vicky se irá, yo me quedaré aquí con recuerdos de lo que no es mío para disfrutar. Imprimo más velocidad a mi dedo. Siento cuando Vicky se pone rígida, soltando el aire pesadamente por la boca. Sus manos son dos garras en mi espalda. La muerdo entre los pechos, sin limitar la fuerza, pero mis dientes resbalan por la piel lisa. Apoyo por unos segundos la frente contra ella, después la miro.

—Ahora, a por los sándwiches —digo como si no hubiese pasado nada, como si solo estuviese tachando tareas en una lista.

Ella todavía mira al techo, intentando recuperar el ritmo normal de la respiración. Apoyo las manos en el suelo, me elevo, llego a su boca y le doy un beso sin importancia, como los que cualquier pareja comparte cada día. Ella frunce las cejas, me observa con sospecha. Vuelvo a rozar sus labios, le cubro una mejilla con la mano y le regalo una sonrisa burlona antes de ponerme de pie.

Lo mío con Vicky tiene un fin previsto, mientras me voy a dar los caprichos que ella me permita. Ya puede bombardearme con miradas amenazantes, con comentarios hirientes. Si le quiero dar un beso tonto, lo haré.

Esta vez sí me pongo una camiseta y la ropa interior, sintiendo todo el tiempo sobre mí su mirada. La camiseta es suya y me queda un poco corta, pero para mí es otro acto de osadía, de hacer lo que me da la gana.

Antes de ir a hacer los sándwiches, paso por el baño. Qué buenos compañeros son el sexo y la piel, estoy radiante. ¿Por eso

Vicky tiene un cutis tan perfecto? ¿Por todo el sexo que tiene cuando está en la ciudad? Qué ideas tan absurdas, hasta los más elementales conocimientos de medicina se me olvidan cuando estoy a su lado.

Salgo del baño y encuentro a Vicky esperando, apoyada en la pared del frente.

—¿Me extrañabas? —juego a ser yo la engreída.

Vicky pone los ojos en blanco y pasa por mi lado, apartándome con un movimiento de la mano en mi hombro. Me dirijo a la cocina, abro la nevera. Está prácticamente desierta, dos bandejas, una de lonchas de pavo y otra de queso, son lo único que parece haber entre las frías rejillas. Ver el embutido de pavo me revuelve el estómago. Siempre que el estrés me desborda, lo paga el estómago.

Pongo en la encimera nuestras escasas reservas e inicio otra nueva búsqueda, esta vez del pan. Lo encuentro en uno de los armarios superiores. Rebusco en el resto de armarios, pero no encuentro ninguna sandwichera. La sartén tendrá que servir.

Escucho el timbre de un teléfono y reconozco mi tono. Demoro unos segundos en recordar que lo dejé en la habitación. Como tantas veces, pienso en dejarlo pasar sin responder, pero, como en todas las ocasiones anteriores, sé que es un privilegio que no tengo.

Antes de llegar a la mesa donde está el teléfono, puedo ver quién llama: Gareth. Toda la culpa que no me he permitido sentir me alcanza de golpe. Estoy traicionando de la peor manera a alguien que me ama.

Lo que acabo de hacer, lo que Vicky y yo hemos hecho antes, es una traición terrible, pero no es lo más detestable. Mi gran traición a Gareth viene desde los afectos. Lo que yo siento por él es como una lluvia suave. Lo que yo siento con Victoria, *por Victoria*, es como un huracán que te atrapa en una isla del Caribe y nunca lo olvidarás.

—Hola —respondo, creo que mi voz no puede sonar más falsa.

—Hola, cariño, ¿qué tal estás? ¿Cómo fue el día?

—Bien, ya sabes, igual que siempre. ¿Y tú?

—Muy poco movimiento hoy, solo dos visitas a casas, ninguna venta —si Gareth ve raro que, al contrario de otras ocasiones, esta vez no me explaye a hablar sobre mi trabajo, no lo dice.

—Ya sabes que esas visitas sí pueden terminar siendo ventas. Ten paciencia.

A Gareth los altibajos de su profesión se le reflejan en el ánimo.

—¿Dónde estás? Podemos pasar por el bar, creo que Amelia y Jane están por allí.

Escucho la puerta del baño abrirse, voy hacia la entrada de la habitación y la entrecierro. A la desesperada, mi mente busca una respuesta, pero no encuentra nada mejor que la evitación.

—¿El sábado, mejor? Estoy un poco cansada.

—¿Pero dónde estás?

Me arde el estómago, la sien me palpita. No puedo evitar darle algún tipo de respuesta, pero todas las excusas ahora me parecen trampas mortales.

—En casa de Elena, pero no estaba, solo estaba la insoportable de Vicky —menciono a la única persona que sí sostendrá mi historia, creo—. Voy saliendo.

Es espeluznante la frialdad con la que miento, soy una estafa emocional.

—¿Nos vemos entonces en el bar? Solo un rato.

—Otro día, Gareth, hoy no me apetece.

—¿Qué pasa, Lily? Siempre estás cansada, ¿hace cuánto que no salimos? —Gareth se detiene, pero sé que es solo una pausa. Su frustración necesita continuidad—. ¿Hace cuánto que no tenemos sexo?

Sus palabras son un golpe que despierta en mí miedo y rechazo. Lo que antes era un presentimiento, ahora va convirtiéndose en una certidumbre cruel: estar con Gareth será más un sacrificio impulsado por el deber que un acto motivado por los deseos de mi cuerpo.

—Disculpa, entre ayudar a mi madre con el festival y el trabajo, he estado muy estresada.

—Lo sé, mi amor, lo sé. Creo que salir un rato te puede sentar bien. Venga, anímate.

Lo que Gareth no sabe es que tengo el plan ideal esperando por mí. Que pocas cosas en el mundo me harían renunciar a compartir un sándwich con Vicky. Ni el miedo a que descubra mi traición ni el dolor ante la posibilidad de herirlo merman mi egoísmo.

—Lo siento, no insistas, por favor. El fin de semana, si quieres, quedamos con ellas.

—Lo que tú digas, Lily —responde y cuelga sin esperar a que me despida.

Debería sentirme afligida. ¿La verdad? Salgo de la habitación a encontrarme con Vicky, llena de ilusión. El recuerdo de mi conversación con Gareth, un murmullo minúsculo que me es demasiado fácil ignorar.

CAPÍTULO 16

Nina me está llamando por teléfono, pero no le voy a responder. Incluso en la distancia, ella puede detectar los cambios que ocurren en mí. Y ni yo misma sé qué mierda me pasa. Tengo la constante sensación de que estoy cometiendo un gran error y sé que está relacionado con Lily.

A partir de ahí es cuando me pierdo.

Joder, joder, joder. Maldita Lily Robinson. Yo es que no sé por qué no puedo dejar de verla. Incluso hoy, que estoy menstruando, tengo planes con Lily. ¿Y por qué tengo que dejar de verla? Cada vez que planifico un encuentro con ella, tengo el presentimiento de estar haciendo mal.

Y como el adicto al alcohol ante una botella de whisky, el conocimiento del error no es suficiente para detenerme. Bebo de la botella, me siento de puta madre y después viene el arrepentimiento.

Creí que yo estaba jugando con Lily, que le iba a demostrar lo hipócrita que es. En el pico de mi delirio imaginaba que iba a hacer que se arrastrara por mí, así, en plan latin lover irresistible. Qué disparate.

Ahora resulta que acudo a Lily más preocupada por alargar el tiempo que pasamos juntas que en recordarle su hipocresía o buscar su humillación. Soy un meme.

Al final va a resultar que Nina tenía razón, para variar, y sí me gusta Lily Robinson. *Puto meme, puto meme.*

Pero la situación de ahí no va a pasar. Es normal que me guste Lily. Es preciosa en el sentido más clásico, pero vamos, que más allá de eso no puede ocurrir nada.

Mierda, otra vez la sensación de error, casi de temor. ¿No estaré yo metiéndome en algo que me queda grande? ¡Que es Lily Robinson!

—Mija, ¿todo bien?

—Sí, ¿por qué?

—Mírate, Vicky. Estás con la cafetera en una mano y en la otra el teléfono. Llevas así un buen rato. Entré y ni me has notado.

Ups.

—Disculpa, me despisté pensando en el trabajo.

—Hija mía, ¿tú te crees que yo soy tonta?

—¿De qué hablas? —pregunto, desconfiada.

—Que te parí, hija mía. A ver si me voy a creer que todas las noches que pasas fuera es porque estás recorriendo senderos hasta tarde. Que no nací ayer, hija. Y esa carita la conozco yo y no es de preocupación por el trabajo. Esos son asuntos de mujeres.

—¿Qué? —mi expresión, espero, transmite extrañeza total—. Qué locuras dices, Elena.

—¿Elena? Entonces la cosa es grave si te pone tan nerviosa. ¿Quién es?

—¿Nerviosa? ¿De qué hablas?

—Ya sabes que cuando estás tensa o no me quieres decir algo, me llamas Elena.

—Hoy estamos imaginativas, ¿eh? —es verdad que hago eso, pero no lo admitiré.

—¿Es Nina? ¿Han vuelto?

Mi madre cree que ando despistada por Nina. Qué alivio. Barajo la posibilidad de darle la razón y así calmar sus sospechas, pero tampoco quiero dar a mi madre esperanzas vanas.

Desde que habló con Nina por primera vez, mi madre vive convencida de que es la única mujer capaz de llevarme por "el buen camino". El buen camino para mi madre no es, precisamente, un trayecto animado. Consiste en trabajar, trabajar, trabajar; no hay fiestas, no hay excesos, no se mira a otras mujeres. Las vacaciones son eso que mucha gente llama jubilación, antes son un despilfarro.

—Mamá, Nina y yo solo somos amigas, ¿cuántas veces te lo tengo que decir?

—¿Entonces es verdad eso de que está con Nora? —mi madre desborda curiosidad.

—Mamá, no seas chismosa, por Dios. ¿De dónde sacas eso?

—No es ser chismosa, Vicky —sí, sí es ser chismosa. En este pueblo donde no sucede nada, el chisme es la actividad principal—. Todo el mundo lo comenta y yo me intereso porque son tus amigas.

—¿Cómo que todo el mundo lo comenta?

—El señor Jones, el vecino de Nora, vio salir muy temprano a Nina de casa de Nora.

—¿No pueden dejar de meterse en la vida ajena en este pueblo?

—Nadie se mete en la vida de Nora, Vicky. La gente solo está preocupada porque Nina es alguien de afuera. Ya sabemos que aquí las posibilidades de que Nora encuentre a alguien son más limitadas, pero nos gustaría que Nora estuviese con una buena chica del pueblo.

¿Yo estoy escuchando bien?

—¿Pero tú escuchas lo que dices, mamá?

—¿Qué tiene de malo desear que Nora encuentre alguien del pueblo a quien querer y se quede aquí? Todo el mundo quiere mucho a Nora.

—¿Y es mejor que se conforme con lo que tiene a mano a que sea feliz con quien realmente le gusta? Supuestamente, porque yo no sé si en realidad hay algo entre Nina y Nora.

—Vicky, todo te lo tomas a lo grande. Son comentarios sin importancia. Margot, por ejemplo, dijo que lo ideal sería que tú y Nora fueran pareja, así las dos se quedaban en el pueblo. Yo me reí porque sé lo absurda que es la idea, pero no me lo tomé a mal.

—¿Pero ahora resulta que aquí todo el mundo es *bollofriendly*? No me jodas.

—Hija mía, volvemos a tus exageraciones. Es un pueblo donde hay de todo, como cualquiera. Te encontrarás homófobos, racistas, malhumorados de toda la vida, pero también gente maravillosa que solo ve en ti y Nora dos chicas del pueblo. Cada cual elige qué quiere ver.

—Te recuerdo, mamá, lo que eligieron ver en este pueblo cuando yo era poco más que una chiquilla.

—Los tiempos cambian, Vicky, la gente cambia.

—La gente no cambia, mamá, la gente se vuelve más hipócrita.

—¿Tú nunca has tenido una idea equivocada sobre nada? ¿Tú nunca has errado en evaluar a alguien?

Pienso en Lily, me sobreviene el humor-Lily y me entra una pataleta como si todavía tuviese ocho años.

—Pues no, porque nunca me ha interesado juzgar la vida de nadie.

—¿Que tú no juzgas a nadie? Pero Vicky, si crees que Lily es poco menos que una villana de película y Sarah una esclavista.

—Pues eso, que nunca me he equivocado en juzgar a nadie. Desde pequeñita tengo muy buen ojo —alzo la cabeza, estiro el cuello, doy media vuelta y camino llena de altivez. Mi punto debe quedar claro.

—Deja de hacerte la graciosa, Victoria Mendoza. ¿No ibas a tomar café?

Pues sí, lo había olvidado, pero no lo admitiré.

—No, ya no. A esta hora me sienta fatal.

—Pero si son las cinco.

—Pues eso.

—¿Pasas hoy la noche fuera también por lo del senderismo?

—¿Quién se está haciendo la graciosa ahora?

—Yo soy tu madre, es mi derecho hacerme la graciosa y tu deber soportarme.

—Las madres son unas tiranas.

—Pues sí, hija, eso me gusta. Yo, la tirana —mi madre ríe, encantada con la idea de comandar una tiranía doméstica conformada por una única subyugada, su hija.

No puedo evitar que a mí también se me forme una sonrisa. Me giro hacia ella, estiro la mano y mi madre me alcanza la suya. Tiro de ella y cuando la tengo cerca, la abrazo, le doy un beso.

Siempre que tengo a mi madre entre los brazos, siento un inmenso agradecimiento por tenerla viva, alegre. La historia de mi madre está plagada de sacrificios, de hacer lo que hay que hacer y no quejarse. Verla feliz, despreocupada, genera en mí una satisfacción profunda.

—Voy a llamar a Nina ahora. A decirle todo lo que de ella se comenta en este pueblo —me separo de mi madre y voy hasta la

salida de la cocina.

—Después la chismosa soy yo.

—Es mi deber como amiga.

—Yo que tenía la ilusión de que tú y Nina me dieran nietos —suspira, mueve la cabeza abatida. Cuando quiere, mi madre es un teatro.

—Uy, adiós, el tema de los nietos no.

Mi madre quiere nietos, eso me lo ha dejado claro desde siempre. Aunque ella cree que es sutil en sus reclamos, la realidad es que resulta estridente. A mí no me molestaría tener un par de enanos correteando por casa, pero para eso tendría que tener "la adecuada". Y ahora mismo ni está ni la busco.

Voy hacia mi habitación, pero no espero a llegar para llamar a Nina. Demora en responder. Estoy a punto de colgar cuando la escucho.

—Disculpa, estaba hablando con Maeve.

Maeve es la secretaria administrativa de la cual los tres somos totalmente dependientes.

—¿Por qué no me respondiste cuando te llamé antes? —Nina sigue sin darme tiempo a decir la primera palabra.

—¿Desde cuándo tengo que responderte al instante?

—Tú eres quien me ha adaptado a ello. Te recuerdo que has llegado a responderme entre las piernas de alguien.

—Mmm, sí, a cinco centímetros de Lugar Feliz.

—Tú y tus nombres.

—Hablando de Lugar Feliz: un comentario recorre Cedar Glade —imito el tono de las narradoras orales que cuentan historias fantásticas—. ¿Quieres saber cuál es?

—No sé, pásalo por los tres filtros y ya decidirás si vale la pena que lo sepa.

—Si es verdad me lo dirás tú, si es bueno tú también y útil, pues no sé. ¿Te está siendo útil tener sexo repetidamente con Nora?

Nina deja pasar unos segundos sin decir nada.

—Usas los tres filtros mal, ¿lo sabes, no?

—Claro, los filtros es lo más importante de esta conversación.

—No hay nada importante en esta conversación. Sabes que tuve sexo con Nora, como con tantas otras mujeres. Igual que haces tú.

—¿Yo con Nora? ¿Qué dices? Nora es como familia —me retuerzo, una acción física que busca eliminar una imagen mental. ¡Estar con Nora sería como estar con una prima! Puaff, quita, quita.

—No quise decir eso, no seas dramática. Ya sé que no has estado con Nora. Ella tuvo la misma reacción cuando se lo pregunté.

Nina ríe y en su risa soy capaz de percibir la calidez que le despierta Nora.

—Has repetido producto local —le hago notar—. Tú no eres muy de repetir.

—El producto local es escaso, solo tenía dos opciones, pero una se me negó. Te recuerdo que la última vez que estuve en Cedar Glade te inventaste que estabas cansada para irte a casa de tu madre temprano —de un tono indiferente, Nina salta a uno de regaño—. Y deja de llamar a tu amiga producto, no es muy amable.

—Disculpa, no fue mi intención ofender a tu amorcito.

—Vivi —cuando mi sobrenombre sale de sus labios, va cargado de advertencia.

—Perdona, perdona. Solo quería decirte que tú y Nora son el salvavidas contra el aburrimiento en Cedar Glade. Ahora mismo todo el mundo habla de que un vecino te vio salir de su casa en la mañana. Te has convertido en la malvada que quiere quitar al pueblo una de sus hijas amadas.

—Si hubieses aplicado bien los tres filtros, te hubieses ahorrado hacerme este comentario. Para empezar, es mentira que quiera llevarme a nadie, solo me divertí mientras estuve de paso.

—¿Y Nora sabe eso? —vuelvo a la incómoda posición de ser amiga de ambas.

—Por supuesto.

—Nina, tampoco se acaba el mundo si quieres repetir o incluso intentar llevarte contigo el no-producto local.

—No inventes historias, Vivi. O mejor, dime la tuya. ¿En qué andas? No me creo la excusa que me diste la última vez que estuve ahí. Tú nunca estás cansada para algunas cosas.

Agradezco no tener a Nina enfrente porque estoy segura de que vería que estoy a punto de decir una media verdad.

—Prefiero no interferir en lo que pueda suceder entre tú y Nora. Y no sé, Nina, eso de compartir cuerpo con Nora es raro de cojones.

—Vivi, hemos participado en tríos.

—¡Pero es Nora!

—Está bien, está bien. Qué quisquillosa estás. De todas formas, te llamé antes para otra cosa. ¿Estás sola?

Desde hace unos minutos estoy en mi habitación, tirada en la cama y mirando por la ventana desde la que se puede ver en la distancia parte de las montañas cubiertas de nieve.

—Sí, ¿qué sucede?

—Necesito que me escuches sin saltarme a la yugular a la primera frase.

—Nina, el comienzo no ayuda a crear buena predisposición.

—Vicky, paciencia. Recuerda que Daniel y yo siempre queremos lo mejor para ti y para el negocio.

—Que sí, que sí. Termina de soltar lo que sea, me estás poniendo de los nervios.

—Él y yo hemos estado explorando la posibilidad de crear algo en Cedar Glade y le vemos todo el sentido del mundo.

—¿Pero están locos? No, Nina, eso sí que no.

—¿Qué te pedí? Por favor, escucha.

—Es que no hay nada que escuchar. Me decepcionan, de verdad que me siento decepcionada.

Traicionada. No añado que también me siento traicionada. ¿Cómo han podido las dos personas en las que más confío en este mundo, además de mi madre, hacer esto a mis espaldas?

—Vivi, por favor, escucha. No hemos hecho nada, no hemos decidido nada ni lo haremos nunca sin tu apoyo. Eso lo tenemos claro. Solo nos hemos fijado en sitios con potencial y tiramos algunas ideas sobre la mesa sobre cómo podría ser el proyecto. Ideas que ya traíamos de antes los tres.

Me niego a hablar. Nada de lo que diga ahora va a aliviar la decepción de saber que mis amigos hicieron algo que les pedí expresamente que no hicieran. En un tema tan importante para mí.

Es cierto que estas semanas en Cedar Glade me han ayudado a verlo desde el presente, no solo desde el pasado. Puedo reconocer algunas de sus virtudes.

Desde hacía mucho no me sentía tan relajada. Supongo que sea por estar tan cerca de la naturaleza y llevar el ritmo adormecido de este pueblo. También está Lily, pero ahora mismo no sé si colocar a Lily en la columna de los problemas o en la columna de las ventajas.

—¿Recuerdas que siempre hablamos de construir cabañas en medio del bosque que también pudiéramos usar para nosotros? Y promoverlas sobre todo al mercado LGTBI. ¿No te gustaría llenar Cedar Glade de lesbianas? Sería tu venganza perfecta —Nina intenta tirar de humor para ablandarme, pero lo tiene crudo.

—Y una estación de esquí, aunque ya eso sería a más largo plazo. Y botes, motos, escalada, todas esas cosas que te gustan y yo odio.

Es verdad, Nina huye de todo lo que sean actividades al aire libre. A ella la naturaleza que se la den detrás de un cristal.

—Y para nada tendrías que estar en Cedar Glade supervisando el proyecto. Daniel y yo nos encargaríamos. Aunque, Vicky, no te vendría mal tener una excusa para visitar a Elena más a menudo.

—¿Ahora me chantajeas con mi madre? —no puedo contener el reproche.

—¿De verdad crees que yo haría eso, Vivi? —Nina suena herida, pero no puedo permitir que me afecte.

—Sí, Nina, ambas sabemos que eres capaz de eso y mucho más. Que cuando se trata de ganar dinero eres una cabrona fría y calculadora.

No sé si al terminar la frase siento más dolor yo o Nina. Inmediatamente sé que debo disculparme, pero ella no me da tiempo, cuelga sin decir nada más. La llamo, pero no responde. Le envío un mensaje:

Soy una idiota. Disculpa.

No recibo respuesta. Mierda, mierda, mierda.

¿Por qué tuve que tomarla con Nina? Es este pueblo, siempre es igual. Todo lo que tiene que ver con Cedar Glade me vuelve errática porque no reacciono desde la razón, sino desde las emociones. Y las emociones que tengo asociadas a Cedar Glade son conflictivas en el mejor de los casos.

Escucho una notificación en el móvil y me apresuro a mirarlo suponiendo que es Nina. Estoy equivocada. Es Lily.

Tengo que atender una urgencia. No podremos vernos hoy. Lo siento mucho. ¿Nos vemos mañana?

Lo que me faltaba. Lanzo el móvil contra la cama, aguantándome el deseo de tirarlo contra las paredes. El día está terminando fatal. Contemplo la idea de ir de todas formas a la cabaña de los Tremblay, pero no creo que me haga bien. Para horror de mi yo del pasado, ahora la cabaña de los Tremblay no es un sitio al que voy yo, sino un sitio al que vamos ella y yo. Sin Lily, el lugar se siente vacío, incompleto. Mi caso es grave.

Despejada la opción de la cabaña, queda Nora. Me sentará bien estar bajo la influencia calmante de mi amiga.

Después de ducharme y vestirme, me despido de mi madre.

—¿Duermes hoy en casa?

—Síii —aunque no por deseo propio, evito decir.

Cuando estoy entrando en Cedar Barrel, una pareja sale y nos saludamos como si nos conociéramos. Es algo tan de pueblo pequeño, saludar a alguien que no conoces pero sí te resulta conocido.

En Cedar Glade todo el mundo es un conocido, todo el mundo está conectado a ti de una forma u otra. Antes esa realidad me sofocaba. Después de la enfermedad de mi madre, he sabido ver el valor de vivir rodeada de gente que te conoce y está dispuesta a echar una mano cuando hace falta.

—Vicky —escucho a mi espalda justo cuando estoy cruzando la puerta del bar.

Reconozco la voz de Gareth, pienso en aparentar que no lo oí y seguir adelante, pero su mano en mi espalda, dándome palmaditas

como si yo fuese un bro más, lo impide. Este chico debería despertar mi vergüenza, pero siempre se las arregla para convocar mis enojos.

Es increíble cómo funciona el cerebro humano. Bajo cualquier ángulo, Gareth es aquí una víctima de Lily y de mí. Hasta donde sé, es un novio decente, un ser humano con defectos no demasiado terribles. Sin embargo, para mí, y cada vez más, es un personaje odioso culpable de que yo no pueda ver más a menudo a su novia. Lo que hace la mente para hacernos sentir bien con nosotros mismos es de ciencia ficción.

Me giro, forzando una sonrisa falsa que muere antes de que nadie la pueda ver porque ahí, al lado de Gareth, casi pegada a su costado, está Lily.

Me dijo que no podía encontrarse conmigo porque tenía que atender una urgencia. Puso el trabajo como excusa y aquí está, con su novio a tomar unas cervezas.

La furia me sobreviene como un disparo, rápida y haciéndose sentir en todo el cuerpo. Me obligo a intentar otra sonrisa, un movimiento sin gracia de los labios que destila sarcasmo como una herida con pus.

—Gareth —saludo con un movimiento de cabeza—. ¿Sin emergencias que atender, doc?

Lily enrojece, abre los labios y los vuelve a cerrar sin que haya pronunciado una palabra. Me mira con una intensidad que solo sirve para enervarme más. Jodida hipócrita. A punto estuvo de colármela. Jodida hipócrita.

—Vicky, ¿le estás tomando el gusto a Cedar Glade? ¿Cuánto llevas aquí? —Gareth, con su cordialidad excesiva, me provoca unas ganas intensas de darle un puñetazo.

—Amelia y las demás nos están esperando, Gareth, ¿vamos? —Lily interviene, quizás adivinando mis deseos.

—¿Quieres sentarte con nosotros, Vicky? Te invitamos —Gareth le pasa un brazo a Lily por los hombros, la atrae hacia él.

Dentro de mí, la furia se resquebraja, pero me agarro a ella, no puedo dejarla ir porque detrás de la furia ya avizoro un dolor de otra época. Un dolor ya vivido que solo se va si lo sustituyo con rabia, con rencor, con ira.

—Gareth, Vicky seguro vino a ver a Amelia, no la comprometas.

Con pánico, descubro que siento la garganta apretada, que me escuecen los ojos, que pensar que Lily no eligió estar conmigo, sino salir con su novio, me llena de desconsuelo el alma.

Porque yo he metido la pata a lo grande: quise remediar el pasado y tan solo terminé recreándolo. Otra vez soy esa adolescente que ocultaba con desprecios el enamoramiento que sentía por la hija de los empleadores de su madre. Otra vez soy la alumna problemática que se sintió desvanecer cuando la chica más popular del instituto decidió besarla. Y una vez más, Lily elige pasar de mí, mentir y tratarme como si yo fuera algo desechable.

"...tú eres de las que calientan, Vicky, pero no de las que una se lleva a casa".

—Sí, vine a ver a Nora —digo y me alejo de ellos, sabiendo solo que necesito distanciarme de Lily.

—¿Todo bien, compi? —pregunta Nora en cuanto me ve, sentada en un taburete y con los brazos en la barra, intentando sostener un cuerpo que ahora mismo siento muy pesado.

—Sí, ¿por qué preguntas?

—No sé, estás rara. ¿Pasó algo con Lily y Gareth?

—¿Por qué dices eso?

—Hey, cálmate. Solo lo pregunto porque te vi hablando con ellos en la entrada —Nora me mira y frunce las cejas—. ¿Estás molesta?

—No estoy molesta, cambiemos de tema. ¿Qué tal Nina?

—¿Qué pasa con Nina?

—No tienes que ponerte a la defensiva.

—No me pongo a la defensiva.

—Pero si me estás mirando como si creyeras que soy una asesina en serie con un culo precioso.

—Solo una asesina en serie, lo del culo te lo has inventado tú.

—Nina opina así. Lo del culo, digo.

Veo una mirada herida pasar por el rostro de Nora.

—¿Hay algo que quieras decirme? —Nora me pregunta calmada, abierta.

—Na, no me hagas caso. Ponme una de tus cervezas. La tostada, mejor.

Demora unos segundos en moverse. Su mirada tiene en mi piel el efecto de una banda de mosquitos dispuesta a dejarme sin sangre. Después, Nora va hacia el surtidor y me sirve una jarra de cerveza.

—Pequeña, porque seguro estás conduciendo. Y tienes que esperar al menos una hora, a menos que venga Elena a por ti.

—De acuerdo, poli —alzo la jarra y tomo un sorbo que apenas da para sentir el sabor intenso de la cerveza de Nora.

—Vicky, creo que deberíamos hablar. No ahora porque estoy atendiendo la barra, pero sí después. O cuando puedas.

—¿Hablar de qué?

—¿De qué va a ser?

—Pues no sé. ¿Quieres contarme tus líos con Nina? —no le doy tiempo de responder, sigo hablando para evitar confesiones incómodas—. Yo es que prefiero no intervenir, no quiero líos. Las dos son mis amigas, entiéndeme.

—Que no es eso, pesada. Es que… no sé. ¿Debí pedirte permiso o algo? —Nora se pasa una mano por la cara, sonríe—. Esto es ridículo.

—¿Permiso? ¿De qué hablas? Sí que es ridículo.

—Permiso no, pero sí ver qué pensabas. Yo sé que tú y ella son más que amigas. Es raro, lo sé.

Alguien llama a Nora y, mientras se va a atender, viene a mí la convicción de que ya es hora de regresar a casa, a la casa que elegí. Mi madre está bien, yo al fin estoy convencida de que está bien. En cuanto a la posibilidad de que mi madre decida irse conmigo a Toronto, tengo que aceptar que no parece muy real. Es una meta en la que tendré que trabajar poco a poco. Y Lily, bueno, mantenerme alejada de esa serpiente será lo mejor. Mujeres en Toronto no faltan.

La tristeza que siento por la partida no iniciada es el mejor indicador de que tengo que irme. Nunca debí permanecer tanto tiempo en un sitio que me jode así la cabeza. Nunca debí dejar que la idea de estar lejos de Lily otra vez me hiciera sentir desolada. Yo, describiéndome como desolada. Vaya mierda quejica y flojera.

—Pues eso, que después creo que debemos hablar —Nora me dice cuando vuelve a ponerse frente a mí.

—Nora, tú y yo no somos muy de dramas. Me parece estupendo que tengas algo con Nina. No sé qué hay entre ustedes, pero si se sienten felices, a mí también me hace feliz.

—Tampoco es que haya mucho —Nora mueve un hombro, quitándole importancia al hecho, pero no logra ocultar la inseguridad que siente.

—Nina no es de permitir que ocurra mucho —digo y le doy otro sorbo a la cerveza.

—Ya me di cuenta, pero da igual. De todos modos, no iba a pasar nada.

—Ya ha pasado más de lo que crees, para Nina volver a Cedar Glade solo para verte es un gran paso. No te creas eso de que vino por mí.

Aunque después de mi comportamiento hoy, quizás sí regrese solo a decirme a la cara lo cretina que soy.

—¿Sí? —Nora mira a cualquier lado menos a mí.

—Sí.

—Bien.

Nora y yo nunca hemos sido buenas para las emociones. Entre nosotras, dos términos son suficientes para cubrir el espectro afectivo: "mierda" para todo lo negativo y "bien" para todo lo positivo. Los matices de cada emoción quedan a la interpretación de nuestras pausas cómodas.

—Voy marchando, que es hora —doy dos golpecitos rítmicos sobre la pulida barra de madera oscura—. Y ya ves que puedo conducir, apenas probé la cerveza.

Es cierto, a la jarra si acaso le falta medio dedo de cerveza. Saco la cartera y dejo un billete a su lado. Nunca pido a Nora la cuenta porque sé que terminaría impidiéndome pagar.

Me levanto del taburete y enfrento la vista del bar. Sé que Lily y Gareth estarán en la mesa habitual, pero tengo la voluntad suficiente para evitar girar la cabeza hacia allí. Pequeñas victorias.

—Vicky —escucho decir a alguien que viene de la zona de los servicios.

Me giro y veo a Amelia, con sus pisadas sólidas y una sonrisa cálida, que se acerca a mí. Amelia ha sido una de las buenas

sorpresas que me regaló este tiempo en Cedar Glade. De la chica desdeñosa que recordaba ha pasado a ser una mujer afectuosa que transpira seguridad. ¿Quizás siempre ha sido así? Quizás nuestra relación era la que estaba basada en el desdén, en el desprecio. Nuestras relaciones, todo parece indicar, a veces no tienen mucho que ver con lo que somos.

—¿Te vas ya? —pregunta.

—Sí, es hora. Mañana me paso a por un café —hago por irme, pero Amelia me detiene presionando con suavidad el brazo.

—Espera, siéntate un rato con nosotras.

Ni loca, vamos, ni loca.

—No, ya mi dosis de Cedar Glade está completa por lo que queda de día.

—Venga, no te hagas de rogar. Solo un rato, de verdad que nos gustaría mucho tenerte en nuestra mesa.

Miro hacia donde sé que están. Además de Lily, se encuentran Jane, Joan, Anne, Gareth y otro hombre al que no reconozco.

—Sí, me imagino que Joan estará encantada de verme —mi cara muestra el escepticismo que transmite mi voz.

—Con más razón, así la molestamos un rato —Amelia habla en voz baja y no me da tiempo a reaccionar cuando tengo su brazo entrelazado al mío, tirando en dirección a la mesa.

Quiero soltarme de su agarre, pero sé que crearía una escena innecesaria en medio del bar. Resignada, camino a su lado esquivando mesas y sillas, resuelta a saludar a todos y marchar. No he llegado y ya me siento agotada, como si la sola perspectiva de mantener las apariencias delante de Lily fuese una actividad drenante.

—Miren a quién logré traer —Amelia me exhibe como un triunfo.

—Vicky, qué bueno verte. Siéntate un rato con nosotros —Jane ofrece.

No hay sillas libres aparte de la de Amelia, así que me aferro a la excusa de quedarme de pie y apresurar mi despedida. Me cuesta no girar la cabeza hacia la izquierda, donde sé que está la timopareja, y el esfuerzo se traduce en un calor incómodo que me sube por la mejilla.

—Solo vine a saludar, ya estaba yéndome.

—¿Vicky Mendoza saludando? Sí que cambia el mundo —Joan, Joan, ¿por qué abrirás la boca? Solo el tono de su voz es suficiente para inflarme como un pez globo a la defensiva.

Es automático, mi cuerpo se prepara para el ataque antes incluso de que mi cerebro termine de registrar su presencia.

—Aquí tienes una silla —Amelia corta mi respuesta, poniéndome detrás una de las sillas de madera gastada del bar.

Las sillas crujen contra el suelo mientras el grupo se mueve para hacerme espacio. Me siento con la rigidez de quien se sabe fuera de lugar, consciente de cada centímetro que me separa de Joan y de Lily y de su novio, como si la proximidad física pudiera amplificar mi fastidio.

—Hola, Vicky, ¿conoces a Anson, mi esposo? Creo que llegó al pueblo cuando ya no vivías aquí —Anne sonríe, y me parece estar viendo a la chica que en el instituto nunca dejó de intentar ser amable conmigo a pesar de lo difícil que yo lo hacía.

Anne está sentada a mi izquierda y no me queda más opción que mirar en esa dirección. Anson, en una silla al lado de Gareth, alza la jarra de cerveza en forma de saludo. Muevo la cabeza, intento una sonrisa y a pesar de todos mis propósitos previos, la vista se me va dos asientos más allá. Lily me mira. Yo quiero gritarle que me deje de mirar así. No tiene derecho a hacerlo como si le importara, como si verme la llenara de luz. Arpía.

—Vicky es un pez gordo de la construcción en Toronto —Gareth le dice a Anson y no sé si es porque él está destinado a caerme mal, pero en sus palabras percibo burla.

—Para que después digan que Canadá no es un país de oportunidades. Hasta tú, Vicky, que ibas con ropa de Lily que Sarah le regalaba a Elena, has podido salir adelante. Te admiramos tanto.

—¿Qué está mal contigo, Joan? —la agresividad contenida en la voz de Lily creo que nos sobresalta a todos.

—Chicas, chicas, por favor, parece que volvemos a tener 16 años —interviene Amelia y no puede tener más razón. Siento como si otra vez estuviera rodeada de adolescentes compitiendo por ser la más imbécil.

Por una vez, no entro en la competencia. Las palabras de Joan van cargadas de veneno solo si les permito hacerme daño. Sí, fui la chica que necesitó ropa de segunda mano, y eso solo hace que me sienta más orgullosa de lo que logramos mi madre y yo. ¿La respuesta de Lily? Eso ya es otra cosa. Su reacción me provoca un calorcito tierno que debería detestar. Soy una floja.

—Ya quisiéramos tener 16, aunque sea por la piel —Jane intenta inyectar un poco de buen humor a su tono, pero la tensión se ha instalado entre nosotros. Y eso que, por primera vez, no he abierto la boca.

—A mí no me gustaría volver a esa época, todo era un drama —Amelia pone su grano de arena para construir una conversación normal.

—Que se lo digan a Vicky —Joan resopla y es lo que necesito para saltar.

—Suéltame, Joan. Cualquiera diría que estás obsesionada conmigo.

—No van por ahí mis gustos, Vicky, aunque eso nunca te ha parado.

—¿Qué quieres decir, Joan? —las mandíbulas me van a estallar en cualquier sílaba.

—Joan, te estás pasando, por favor, Vicky es nuestra invitada —Amelia intenta que guardemos las espadas.

Por una vez Joan deja caer su máscara de cordialidad falsa, se despoja de su sonrisa mecánica y me mira con todo el odio que guarda para mí.

—No digo nada que no sepamos todas. Vicky ahora es mayor y entenderá que no puede obligar a nadie a estar con ella, pero no sé por qué tenemos que hacer como que no intentó abusar de Lily.

Eres basura, Joan, pienso mientras la rabia va ganando temperatura en mis venas. A mi alrededor escucho palabras de protesta, pero soy incapaz de distinguirlas. Mis oídos perciben, pero mi cerebro se niega a procesar nada más que las palabras de Joan una y otra vez.

Me pongo en pie, dispuesta a decir a Joan las últimas palabras que ella y yo intercambiaremos en nuestra vida. Nunca más perderé

un minuto de mi existencia en manos de quien solo me despierta desprecio.

—Eres una infeliz, Joan —para mi perplejidad y supongo que la de todas, Lily se me adelanta. Su voz está vaciada de emociones, pero la dureza de su rostro me paraliza—. Tu único objetivo en la vida es hacer a los demás tan infelices como tú.

—Lily, a mí… —Joan intenta pararla.

—Cállate, llevamos décadas escuchando tus mezquindades, ahora me escuchas. Tú mejor que nadie sabes que Vicky no me obligó a nada. Tú lo viste, Joan. Lo que no sabes quizás es que quien empezó todo fui yo. ¿O sí lo sabes, estabas ahí desde el principio? Sucedió exactamente lo que yo quería que sucediera. Donde tú viste violencia, había deseo; donde viste fealdad, estaba la belleza de dos adolescentes que empezaban a conocerse a sí mismas.

—No maquilles…

—¡Que calles! Que yo te haya negado el beso que sí le di a Vicky no justifica una vida de mezquindad. Llevo más de una década pagando el haberte rechazado, pero hasta aquí, Joan. Te quiero fuera de mi vida.

El silencio se extiende por el bar, solo roto por el carraspeo incómodo de alguna garganta o el sonido de una jarra al apoyarse sobre la mesa. Nadie intenta disimular que se esfuerza por escuchar. Lily no ha alzado la voz, excepto cuando mandó a Joan a callar, pero las mesas más cercanas a la nuestra con seguridad pudieron escuchar parte de lo dicho.

Yo, de pie, congelada en el momento de marchar, veo con ojos desorbitados cómo Joan, antes tan segura de sí misma, se ha transformado en una máscara de contención dolorosa.

Sus labios, apretados hasta formar una línea casi invisible, tiemblan imperceptiblemente mientras lucha por mantener el control. Sus ojos, normalmente cargados de falsedad, ahora brillan, inundados por lágrimas que se niegan a derramarse. Puedo ver cómo su pecho sube y baja en un ritmo desigual, como si cada respiración fuera un intento por no desmoronarse frente a todos. En

sus mejillas ha florecido un rubor intenso que contrasta con la palidez del resto de su rostro.

Joan, siempre tan en su papel, tan personaje, ahora parece una bomba de relojería contenida únicamente por el frágil cristal de su orgullo herido.

Si Joan no fuese el ser frustrado y vil que es, me causaría pena. Pero no puedo olvidar que estoy ante una persona cuyo único objetivo es socavar a los demás, da igual si su comportamiento nace de su propio dolor. A la primera persona que odia Joan es a sí misma.

Salgo de la inmovilidad en la que las palabras de Lily me atraparon y me pongo en movimiento, hacia la salida. Tengo que alejarme de una escena que me llevó a un pasado que quiero olvidar.

—Vicky, espera —siento la mano de Lily en mi brazo que intenta detenerme cuando paso por el lado de su silla.

No me detengo, no puedo. Las palabras de Lily llegan demasiado tarde. Cuánto hubiese deseado escucharlas muchos años atrás. Ahora solo me generan impotencia ante la injusticia.

Subo a mi coche, conduciré unos kilómetros. Siempre me calma el movimiento constante, el control que siento al sujetar el volante.

CAPÍTULO 17

Frente a la puerta de Elena, aguardando que alguien me abra, solo siento un profundo agotamiento. No, devastada, devastada es la palabra precisa. Como si lo ocurrido hace apenas media hora hubiera sido una paliza emocional.

Cuando logré soltarme del agarre de Gareth y salir del bar, solo me dio tiempo a ver las farolas de la camioneta de Vicky en la distancia. No volví a mi grupo y sus dramas, tomé el coche y vine al sitio donde espero que Victoria haya regresado. Necesito hablar con ella. Después de todo lo que sucedió hoy, Vicky y yo nos debemos una conversación.

Escucho pasos que se acercan a la puerta, el sonido de la manilla al girarse. Ahora sí siento la tensión que se instala en mis hombros.

—¿Lily? ¿Sucede algo? —Elena me mira con un poco de alarma. No es habitual que pase por su casa sin avisar antes y mucho menos a esta hora.

No sé por qué esperé que todo fuera más fácil, que me abriría la puerta Vicky y hablaríamos a solas tranquilamente. Como si a nosotras algo se nos diera fácil.

—No, nada, solo quería hablar con Vicky. ¿Está?

—No, está en el bar, fue a ver a Nora. Pero entra, muchacha, no te quedes en la puerta.

Espero que Elena no note la incertidumbre que siento. ¿A dónde iría Vicky? Aunque no dijo nada al marchar, cualquiera podía ver la tormenta que le atizaba por dentro.

—Un momento, Elena. Se me olvidó que tengo que hacer una llamada, ahora entro.

—Te espero en el salón —Elena se marcha, dejando la puerta de entrada entornada.

Saco el móvil y marco el número de Vicky. Espero, pero sé desde el primer timbre que no contestará. Me doy por vencida, cuelgo y

entro a la casa de Elena. Ella está en el salón, sentada en la butaca orientada hacia la puerta de entrada, esperándome.

—¿Qué sucede, Lily? —Se inclina hacia delante, con un ligero fruncimiento de los ojos.

—Nada, de verdad. Solo necesito hablar con Vicky. ¿Puedes intentar llamarla? A mí no me responde.

Elena se queda mirándome un momento. Yo intento transmitirle tranquilidad con una sonrisa, pero sé que no la convenzo. Elena me conoce demasiado bien. Después de mi madre, es la persona que mejor me conoce en el mundo.

La veo estirar la mano y tomar el móvil que tiene sobre la mesa auxiliar a su lado.

—Elena, no le menciones que estoy aquí, por favor —me deshago de cualquier intento de mantener las apariencias.

No sé si es porque es Elena o si es porque el cansancio del día me deja con las defensas maltratadas, pero la realidad es que ahora mismo solo me interesa hablar con Vicky. Lo que los demás vean en mí, incluso si es la verdad, me tiene sin cuidado.

—Vicky, ¿dónde estás, hija? —Elena pregunta con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Y cuándo vienes? Es muy tarde para estar por esas carreteras a esta hora —ella pausa para escuchar la respuesta—. Está bien, te espero. No tardes, que ya sabes que me preocupo.

Cuando cuelga, Elena vuelve su mirada hacia mí. Cualquier otro día me hubiese preocupado guardarme de su escrutinio. Otro día, llena de sexo y agravios de su hija, tal vez fuese rápida en la cautela. Hoy dejo que Elena me escudriñe toda, le doy mi verdad sin palabras. ¿Sabrá entender mi lenguaje mudo?

—¿Qué sucede, Lily? La verdad —Elena hoy demanda palabras.

Me dejo caer en el sofá que hay frente a la butaca de Elena. Apoyo la cabeza en mi mano y me obligo a no esquivar la mirada de la mujer que está a mi lado desde que era una niña. Pienso en contarle todo lo que sucedió en el bar, con Joan, pero también pienso que hay una versión más corta y más real para lo que sucede.

¿Qué le diré? La pregunta es pretensión sin sustancia. Yo sé qué quiero contarle a Elena, yo sé qué necesito contarle a Elena. Como cuando siendo una adolescente acudía a ella en lugar de a mi madre porque sabía que está cómoda en el mundo de los afectos.

Ahora Elena es más que un oído empático. Ella es la madre de Victoria, me digo, y todo en mí se prepara como para dar una mala noticia.

Entonces recuerdo la vez que sí tuve que dar una mala noticia a Elena. Una mala noticia de verdad. Todo en comparación es más leve, más intrascendente. Al fin y al cabo, que alguien ame a tu hija no es un hecho terrible.

—Yo estoy enamorada de Vicky, Elena —digo y, con asombro, constato que me siento eufórica, como si estuviese contando que me gané la lotería.

Vicky, una lotería, ja. En cualquier caso, la lotería del mal querer.

—¿Otra vez, mija? —Elena me pregunta y mi euforia se esfuma, dejando en su lugar confusión.

—¿Qué quieres decir?

—Que se vuelve a repetir la historia. La primera vez terminó tan mal... ¿Crees que ahora va a terminar mejor? No sé, Lily. Temo por las dos, mija.

No entiendo nada.

—¿Qué primera vez? Nunca hemos tenido nada.

—¿Tú nunca has estado enamorada de Vicky?

Por hábito voy a responder que no, pero me callo a tiempo. No se pasa una todo el instituto intentando llamar la atención de una chica por simple capricho.

—Vicky es difícil de querer, Lily. No sé por qué esa muchacha salió así, como un animalito al que, si te acercas mucho —aunque sea para cuidar—, te intenta morder. Pero, como ese animalito, una vez confía en ti, ya no se separa y es el más leal. Entonces es muy fácil hacerle daño.

—Yo no quiero hacerle daño a Vicky, Elena.

—Yo sé que no quieres, pero siempre ha sido muy fácil que tú le hagas daño.

Voy a protestar, pero Elena me calla con un movimiento de la mano.

—No es un reproche, Lily. Sé que no lo hiciste a propósito, pero cuando sucedió lo que sucedió entre ustedes y Joan, Vicky quedó devastada. Nunca he visto a mi hija más llena de rabia en su vida. Cuando decidió irse a Toronto, me alegré inmensamente. No quiero volver a ver a mi hija así. ¿Tú me entiendes, Lily?

Creo que no. Creo que no estoy entendiendo a Elena. ¿Qué me está queriendo decir? ¿O me está pidiendo algo? ¿Me está pidiendo a su manera que me aleje de Vicky?

Voy a preguntarle, pero en ese momento escucho que abren la puerta de entrada. En los segundos que demora Vicky en llegar al salón, Elena y yo permanecemos en silencio.

—Lily, tu coche no me dejó aparcar la camioneta —dice, como si estuviéramos otra vez en la casilla de salida, como si esta noche no hubiera ocurrido.

—¿Podemos hablar un momento? —No te voy a dejar olvidarla, Vicky.

—Me voy a acostar, estoy cansada. Otro día hablamos.

—Por favor, será solo un momento —la presencia de Elena me impide decir las palabras que detendrían a Vicky, que la obligarían a escucharme, aunque sea para intercambiarnos insultos.

—Victoria, habla con Lily. De todas formas, yo tengo que ir un momento a ver cómo sigue Emma. Ayer tenía fiebre.

—Es la gripe estacional, en unos días estará bien. Pasó por consulta y...

—Lily, cariño, no es momento de dar un parte médico —Elena me mira llena de ternura y yo me siento enrojecer.

Veo a Vicky mover la cabeza como si su madre y yo fuésemos un gran castigo. Después, sale del salón y se encamina hacia la escalera. Miro a Elena, indecisa, pero ella, con un gesto, me indica que siga a Vicky.

Cuando empiezo a subir la escalera, ya Vicky está entrando en su habitación. Dejó la puerta abierta. Bien.

—¿Puedo pasar? —pregunto por decir algo, por llenar el silencio y tantear las aguas.

—Ya estás dentro, Lily.

Vicky está quitándose la chaqueta, con los ojos puestos sobre cualquier cosa menos en mí. Deseo tomarla de la mandíbula, obligarla a mirarme, pero eso solo llevaría a nuestra dinámica habitual. Ahora soy completamente consciente de cómo funcionamos Vicky y yo: me siento frustrada con ella, entonces yo hago algo que la molesta y así, al menos, tengo su atención.

No sé si Vicky hará lo mismo conmigo, sospecho que sí; nuestros patrones son demasiado semejantes.

—Lo siento mucho, Victoria.

Por todo, debí añadir. Por todo. Y debí decirlo mucho antes, también.

—¿Qué sientes exactamente? ¿Que medio pueblo piense que soy una especie de agresora sexual? ¿O que me hayas dicho que tenías que atender una urgencia y, en realidad, estabas en los preámbulos de follarte a tu novio?

A Victoria no le bastan mis frases mutiladas. Victoria quiere que me fracture entera.

—Lo mío con Gareth llegó a su final. Él aún no lo sabe, pero es así. Creo que se terminó desde el mismo momento en el que te volví a ver y recordé cómo se supone que debe sentirse.

Ahora ella sí me mira, y esta Vicky llena de sospechas me es tan familiar, que una ola de ternura me recorre. Yo amo tanto a esta mujer. Mañana quizás no la vuelva a ver, pero el recuerdo de este sentimiento, de esta emoción provocada por Vicky, dará validez a cualquier dolor. Que el pago natural por el amor sea el dolor parece un juego macabro de quien sea que diseñó el mundo.

—No tiene nada que ver contigo, no en realidad —le digo a Vicky. No quiero espantarla y además es cierto: su presencia solo me recordó que lo mío con Gareth ya estaba muerto.

—¿Y qué quieres que te diga, Lily? ¿"Lo siento" o "felicidades"? Tú lo has dicho, yo no tengo nada que ver con eso. No me interesa.

La hosquedad de Vicky no me va a impedir decir lo que vine a decir. Sus palabras debieran herirme, pero nos conocemos demasiado. Las esperaba.

—¿Puedo acercarme a ti?

—¿Para qué? —Victoria reacciona como si le tirasen agua hirviendo.

—¿Después de todo lo que hemos hecho no puedo acercarme a ti? —intento sonar ligera, como si le lanzara una broma.

No espero por una respuesta. Me acerco a Vicky rodeando la cama. Sus ojos llenos de desconfianza me siguen, pero yo solo me detengo cuando estoy a pocos centímetros de su cuerpo. Desde aquí me llega su perfume, me envuelve el calor que siempre parece producir. Donde yo soy como una nevera, constantemente fría, Victoria es como un milagro termal, siempre produciendo calor.

—¿Qué haces? —pregunta en un susurro arisco.

—¿Te puedo abrazar?

—¿Para qué?

Yo no le digo nada, me limito a alzar los brazos y colocarlos en sus caderas. Me acerco muy lentamente, el cuerpo de Vicky es todo tensión. Mi cadera se une a la suya, nuestros pechos se rozan, mi boca está en su oído.

—Nosotras solo nos comunicamos bien con el cuerpo. ¿Lo has notado?

—No se discute cuando se tiene sexo, Lily.

—Déjame pensar lo que quiera. Si quiero creer que nuestros cuerpos tienen conversaciones muy interesantes, ¿qué daño hace? —Mis brazos envuelven su espalda, pero ella sigue estirada como cuerda de violín.

—¿Qué te dice mi cuerpo ahora? —A pesar de que Vicky habla con aparente dureza, percibo el humor en su voz.

Dejo caer la cabeza en su hombro, hablo con mis labios rozando su cuello.

—Siento que hayas tenido que escuchar las maldades de Joan, siento haberte mentido sobre mi salida con Gareth, pero, sobre todo, Vicky, siento que alguien haya interrumpido nuestro primer beso. Lo que pasó a partir de ahí no te lo merecías, quizás yo tampoco.

—¿Por qué no contaste la verdad cuando importaba?

—La conté, Vicky. Nunca me has creído, pero la conté. De lo que me avergüenzo es de no haberla contado al número suficiente de personas. Se lo conté al director, se lo conté a mis padres, después

intenté hacer como que no había pasado. No era más que una cría con miedo y despechada. La chica que me atreví a besar, a partir de ese día, se esmeró en sus deprecios. Fue como si quisieras hacerme pagar el grave error de un beso.

Quizás sean mis propios deseos, pero creo que Vicky se ha relajado mínimamente entre mis brazos. Su cuerpo contra el mío es ahora más pesado, sus brazos no me rodean, pero parecen sueltos a su costado.

—Yo estaba tan loca por ti, Vicky, tan loca —Sonrío entre la fina piel de su cuello.

—¿Sí? Cuéntame más de eso —Siento las manos de Vicky en mi trasero, presionando con suavidad. No es un abrazo, pero es su forma de abrazar sin claudicaciones explícitas. A mí me vale.

—Llegué a estar muerta de celos con Nora. La odiaba.

Al fin escucho su risa.

—¿Nora? Por Dios, nooo.

—Nora no fue la única víctima de mis celos. En realidad, detestaba a cualquier chica que se acercaba a ti —Digo con entonación teatral.

—¿Lily Robinson es celosa?

—No, nunca lo he sido. Solo estoy enferma de celos cuando se trata de ti.

—Estabas, Lily, en pasado. Que no se te olvide.

Sus palabras pueden ser una advertencia, pero también una incitación. Ahora sí siento sus brazos que me cubren la espalda y yo, deshecha, quiero darme toda.

—¿Te parecí muy amigable con Nina?

—No me digas, ¿también la odiaste? No me había dado cuenta.

Le golpeo un costado, juguetona. Vicky Mendoza y yo estamos abrazadas, despreocupadas, como si nuestro pasado no fuera una cota invisible impidiendo cualquier intimidad.

—Yo sigo loca por ti, Vicky —Susurro, suelto todas mis amarras.

Siento cómo regresa la tensión a su cuerpo, alejándome sin marcar distancia. No tan rápido, Vicky, no hoy.

Aumento mi presión contra ella, busco su boca e inicio un beso lento que ella acepta. Para mí es como una tregua. Tengo la

necesidad urgente de tocar la piel de Vicky. Tiro de la blusa que lleva ajustada dentro del pantalón vaquero.

—Si llevas malas intenciones, tendrá que ser otro día. Estoy con mi periodo, casi al final, pero ahí sigue —Vicky sonríe en mi boca.

Otro día, habrá otro día. De pronto mi vida ha pasado a estar llena de emociones nuevas.

—Y Elena está al llegar, si no es que ya está aquí —recuerdo.

Vicky se separa un poco, los dedos de su mano haciendo un garfio en la cinturilla de mi pantalón.

—¿Joan, mmm?

—Sí, lo intentó hace mucho tiempo. Joan es una pena de ser humano, no hablemos de ella, por favor.

—De acuerdo.

—¿Te volveré a ver? —Necesito confirmación, necesito la seguridad de que sí existirá ese otro día.

La mano que la conectaba conmigo ya no está. Ahora Vicky me observa como si buscara respuestas. Después, sus ojos parecen perdidos en algo que no está aquí.

—¿Sabes que no hay más, verdad? Lo que había es lo que sigue habiendo. Y yo me estoy al marchar.

Bajo la cabeza, asiento, no quiero que vea la decepción que me entumece el alma.

—Por supuesto, lo entiendo. Solo estamos vengándonos del pasado, pero mientras nos lo pasamos bien, ¿no? —Mi intento por no sonar desesperada no puede ser más deslucido.

No quiero escuchar su respuesta, no quiero verle la cara por si me encuentro con una expresión que me lastime el amor y el ego. Voy hacia la puerta y, cuando estoy a medio abrir, la vuelvo a oír.

—Yo también estuve loca por ti, Lily.

Ahora sí me atrevo a mirar a Vicky. No encuentro lástima, encuentro dolor, el mismo que siento yo y que hace que se me humedezcan los ojos. Es el dolor por lo que no fue, por lo que no nos permitieron o no nos permitimos ser. Nunca lo sabremos ya.

¿Cuán diferente habría sido mi vida si Joan no hubiera interrumpido el beso? ¿Quién sería yo ahora si, en lugar de sentirme

rechazada por Vicky, la hubiera buscado y hubiera tendido puentes? Preguntas estériles. Solo conducen a seguir anclada en el pasado.

Como una mosca incómoda que se mantiene zumbando sin que la veas, el recuerdo de unas palabras de Vicky me incomoda: «Estoy con mi periodo». ¿Cuándo fue la última vez que estuve con mi periodo?

Me voy sin decir nada más. Mi cuerpo se siente entumecido, el pánico acechándolo poco a poco. Mi cerebro se niega a sacar cuentas.

Llego a mi coche sin ser consciente del trayecto. Mis manos tiemblan tanto que la llave rebota contra el clausor varias veces antes de acertar. El tintineo metálico suena estridente en el silencio que me rodea. Me desplomo en el asiento del conductor. Mi reflejo en el retrovisor devuelve una mirada de pánico que apenas reconozco como propia. Las lágrimas que no sabía que estaba conteniendo comienzan a caer, silenciosas. No quiero saber, me digo, no quiero saber.

CAPÍTULO 18

Miro una vez más los recipientes de comida para llevar que traje del restaurante que Cedar Glade considera el punto máximo de refinamiento culinario. La botella de vino blanco descansa al lado, pero estoy a punto de tomar todo y tirarlo a la basura. ¿Por qué hice esta tontería? Parece que estoy preparando una cita o algo así. Ufff.

Lily está por llegar, si quiero tirarlo tengo que darme prisa. Qué desperdicio, tirar comida perfectamente buena. Mi madre no me lo perdonaría.

Escucho la puerta de la cabaña abrirse, pero no me preocupo, le dije a Lily que dejaría la entrada abierta para cuando llegara. Me alejo de la comida con la esperanza de que no la vea. ¿Dejaré que pase hambre? Ya comerá en su casa cuando regrese. ¡¿Pero qué tonterías me preocupan ahora?!

—Hola —dice cuando me ve, su sonrisa no logra ocultar que está cansada.

Lily cansada es igual de bella que la Lily energizada. Debería preguntarle cómo está, si el día fue muy agotador, pero no es algo que hagamos entre nosotras. Lily Robinson y Vicky Mendoza tienen sexo y se lanzan ofensas.

«Yo sigo loca por ti, Vicky», recuerdo y no puedo contener una alegría atontada.

No sé qué hacer ahora. ¿La voy a besar? ¿Comienzo a desnudarla? Era nuestra rutina, pero ahora siento que ya no vale, que debo crear otros rituales. O mejor, desaparecer de Cedar Glade, lejos de Lily, que me hace pensar en rituales y en comprar comida a escondidas.

—¿Estás bien? —Lily es la que vuelve a hablar.

Pensará que soy idiota o, peor, que me tiene embobada. ¡Nunca!

—Perfectamente, ¿no lo ves? —estiro los brazos, mostrándome con chulería.

En mi mente escucho a Nina: "No seas cría, Vivi". Lily gira los ojos, un gesto que siempre repite para mí. La desespero, pero también la tengo loca. Tengo a esta mujer atrapada.

¡¿Y para qué la quiero atrapar?! Madre mía, que me complico la vida.

Yo creo que es mi yo adolescente el que hace que vuelva a Lily una y otra vez. La Vicky que todavía no había aprendido el peligro que hay en un beso sigue teniendo presencia en mí. Esa Vicky, que también estaba loquita por Lily, me está jugando malas pasadas.

—¿Qué tal tu día? —Lily pregunta y yo me quedo pasmada. ¿Me está leyendo el pensamiento? ¿Ya estamos en ese punto? No, no, no.

—Bien —me giro y voy hacia la comida, mi tabla de salvación—. Voy a cenar, tengo hambre. Seguro queda algo, por si quieres.

Soy un fraude. Fui a comprar la comida pensando en ella.

Comienzo a abrir contenedores sin fijarme apenas en lo que hago, solo una serie de movimientos destinados a aliviar mis nervios. Yo, nerviosa por Lily Robinson. Vivir para aprender.

Entonces, siento sus manos que me envuelven por la espalda, su boca que me besa con suavidad el surco de las vértebras y yo, sin tener ningún poder sobre el acto, me inclino hacia atrás. La tibieza de Lily me acuna. Encajamos tan bien, como si de forma natural perteneciéramos a los brazos de la otra. Mierda. Yo creo que ya tengo la vida complicada.

—¿Y qué tal si cenamos juntas? —pregunta y me sube la camiseta, sigue besando como si estuviera tras la misión de pintarme a besos.

—¿Cenar? —digo como una autómata porque ahora Lily llegó con sus manos a mis senos y parece muy devota de acariciarlos.

—Sí, ¿no dijiste que tenías hambre?

—Mhm.

—¿Me estás escuchando? —Claro que no, ¿cómo voy a escucharte si ahora llevas una mano entre mis piernas?

—Sí, cena.

Por encima del pantalón presiona, frota, me hace humedecer. Abro las piernas para facilitar el acto.

—¿Y entonces, quieres o no que cenemos juntas?

Abre la cremallera, su mano se abre paso bajo mi braga. Vuelvo a cerrar las piernas buscando más presión. Soy una fácil.

—Si tú quieres.

Ahora mismo me es complicado negarle nada, la mano entre mis piernas me recuerda que en esta negociación yo soy la que tiene las de perder.

—Sí, quiero, pero antes ábrete un poco más de piernas, ¿quieres? No me dejas trabajar bien.

Este abre y cierra de piernas me tiene despistada, pero obedezco. ¿No estoy obedeciendo mucho a Lily últimamente? No es momento de rebeldías, recuerdo, hay un orgasmo en juego.

—Bien, bien. ¿Qué tal se siente? —Lily aumenta las piruetas entre mis labios.

—No está mal —digo, pero la voz fracturada delata que estoy más caliente que animal en celo.

—Es que esta posición es un poco incómoda, ¿por qué no te giras?

Pienso que no debería complacer sus caprichos (¡yo aguanté como una campeona de rodillas!), pero me giro con cuidado de hacerlo por la parte que no pondrá en riesgo la continuidad de su mano entre mis piernas.

Lily tiene los labios entreabiertos, los ojos brillantes.

—Muy bien, ahora dime, ¿cómo lo quieres? ¿Rápido y duro? ¿O lento y duro?

La punzada del deseo me obliga a tomar una gran bocanada de aire.

—¿No hay suave en el menú? —hago un nuevo intento por no parecer vencida, yo, que claudiqué al primer toque.

—¿Desde cuándo eres de suave?

—No, si no lo soy, era por… ahhh, sí, sí… por saber.

Ella ha metido sus dedos como anunció, duro y lento, pero parece que le ha cogido gustillo y ya cambia la velocidad a rápido.

—Ahora calla y córrete —Lily ordena y yo nunca he estado más complacida de obedecer a nadie.

Cuando el orgasmo llega, también rápido, también duro, yo sigo en mi constante rendimiento a esta mujer. La tomo del cuello, la acerco a mis labios, la beso como si quisiera transmitirle lo que en mí hace.

Mi vida está complicadísima, eso está claro.

—Ahora, a cenar —me da dos palmaditas complacidas en la mejilla.

Tengo que protestar, tengo que mostrar mi indignación por este trato, demostrar quién sigue llevando las cartas ganadoras.

—Voy al baño —me limito a decir.

Cuando regreso, ya Lily tiene la mesa puesta y yo me olvido de que tengo una protesta pendiente.

—Nadie diría que comes tanto, toda esta cantidad de comida para una sola —¿se burla?, claro que sí, se burla.

—Para mañana la comida.

—Ya...

Me siento delante de Lily, una copa de vino ya servida a mi lado.

—¿No quieres un poco de vino?

—No, gracias, ya sabes que tengo que conducir.

—Mujer, si tanto quieres un poco de vino, tómalo —compulsivamente meto patatas fritas en mi boca—. Te puedes ir más tarde o quedarte si te pasas mucho.

¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo puedo ser tan patética? Si no entro en razón, antes del amanecer le propongo matrimonio.

—Si quieres que me quede, solo tienes que pedírmelo, Vicky.

—Yo no quiero nada, tú haz lo que quieras —muevo el hombro, aparento indiferencia mientras en mi interior solo hay júbilo.

—Ya soy una mujer soltera, puedo hacer lo que quiera.

Sus palabras borran mi tontería. Recuerdo que Lily tenía pendiente un momento muy difícil.

—¿Qué tal con Gareth?

—Como era de esperar, supongo. Toda ruptura es dolorosa, por mucho que se sepa necesaria.

—Lo siento.

Es verdad. Siento que Lily esté pasando por un momento así, aunque mi empatía no llega al punto de lamentar que ya no está con

Gareth.

Lily está libre: la idea me cala, al fin. Siento miedo.

—Gracias. Era lo correcto.

No sé qué más decir para regalar un poco de confort a Lily. Al final va a tener razón y nosotras solo sabemos comunicarnos con el cuerpo.

—¿No quieres más? —lleva un rato sin tocar su plato medio vacío.

—No, ya estoy llena.

Me levanto, recojo los platos y los llevo hasta la encimera. Echo todos los restos en un contenedor. Mañana me deshago de ellos lejos del bosque, donde no terminen siendo un atractivo para animales salvajes.

—¿Vemos una peli?

Debería molestarme este aire doméstico, este teatro de normalidad. Lily y yo no cenamos juntas; si acaso, nos zampamos un sándwich de pie, como la última vez. No recogemos los platos, no vemos pelis.

—Vale —contesto de todos modos.

Porque la realidad es que tengo la satisfacción atada, cogiéndola fuerte por las riendas con miedo a que si la dejo ir, algo venga y la estropee. No sería nuestra primera vez.

—Voy un momento a recoger algunas cosas que dejé en el coche.

—Espera, voy contigo, ya es de noche.

Aunque alrededor de la cabaña hay luces instaladas, no deja de ser un sitio en medio de la nada.

—No hace falta, es solo un segundo.

—Que voy, Lily. ¿Qué es lo que vas a buscar?

—Una mochila que me dejé —dice mientras se acerca a la puerta de salida.

—¿Una mochila con qué? —ya me ha picado la curiosidad.

La sigo fuera, la oscuridad imponente del bosque casi pegada a nuestras narices.

—Cepillo de dientes, braga, camiseta —Lily habla como si fuese lo más normal entre nosotras que ella venga preparada para pasar la

noche. No cuela.

—¡Ja! ¿Venías preparada por si acaso? ¿Qué, muchas ganas de pasar la noche conmigo? —me apoyo en la puerta abierta del coche mientras espero que Lily termine de tomar sus cosas.

Ella saca la mochila, se yergue y quedamos frente a frente, Lily atrapándome en su mirada, dispuesta a no dejarme escapar.

—Pues sí —se inclina y me roza los labios con un beso—. Y cuidado con lo que preguntas, no voy a seguir mintiendo.

Es una advertencia, Lily sabe que sus palabras para mí son una advertencia.

Cierra la puerta del coche y, cuando comenzamos a regresar al interior de la cabaña, estira una mano hacia atrás que busca la mía sin mirarme. Tengo el convencimiento absoluto de que debo negarle el gesto, lo juro, pero de pronto nuestros dedos están entrelazados y mi cabeza se hace un lío intentando recordar por qué yo debería negarme esta sensación de pertenencia.

Miro alrededor, sintiéndome observada a través del bosque. ¿Vendrá otra vez alguien a estropearnos el momento? Sigo a Lily, alejando tantas ideas nacidas del pasado.

—Elijo yo la peli —Lily me dice cuando entramos en la cabaña.

—¿No estás tú decidiendo muchas cosas hoy? —A ver si termino teniendo voz y voto.

—¿*Happiest Season* está bien?

—¿Esa cursilada? Yo no veo eso.

—¿Si tú no ves eso, cómo sabes lo que es? —Sospecha, me mira con sospecha y guasa.

—La sinopsis y el cartel, aunque con el cartel basta —no admitiré ni muerta que veo cualquier contenido lésbico, aunque alguno me provoque vergüenza ajena.

—Ven para aquí, anda —Lily se sienta en el sofá, da unos toquecitos a su lado.

Me acerco porque, claro, ¡no me voy a quedar de pie!, pero la taladro con una mirada furibunda. Que quede constancia de mi oposición a sus artimañas.

—Yo en la esquina —exijo.

—Como quiera la princesa —sigue sin tomarme en serio, pero al menos se echa a un lado y me deja la esquina.

Me tiro en el sofá con la actitud más hostil que puedo proyectar, pero Lily no se inmuta por mis maneras hoscas, ella, en realidad, parece que se divierte. Pasmada veo cómo se inclina a un lado, apoya su cabeza en mis piernas y estira su cuerpo en el sofá.

—¿Qué haces? —La protesta va incluida en mi voz.

—Me pongo cómoda para ver la peli —ahora estira el brazo y toma mi mano, obligándome a rodearle el hombro.

¿Pero qué clase de mujer es esta que usa mi cuerpo a su antojo? Ahora sí voy a protestar, decido, pero no sé qué embrujo utiliza que termino acomodando la cabeza en el sofá y mis dedos entrelazan los de Lily. Este es el fin.

—¿Hay una manta a tu lado? Tengo un poco de frío —me dice ella cuando llevamos alrededor de 15 minutos viendo a la inexpresiva de Kristen Stewart.

Como tampoco es mi objetivo que se pille una infección respiratoria, me levanto y voy hacia la cesta donde sé que están las mantas.

—¿No estarás más cómoda si te acuestas? —comenta como al descuido la embaucadora.

—¿Qué quieres decir? —Estiro el brazo para hacerle llegar la manta, que no espere que se la pondré encima.

—Puedes echarte aquí conmigo —propone y veo cómo crea espacio a su espalda en el sofá.

Ya voy conociendo las tretas de la Lily adulta. Sé que, desde el minuto uno, lo que quería era esto: que yaciéramos las dos en el sofá.

—No hay espacio para mí —madre mía lo que me cuesta negarme.

—Mejor —sonríe con la pillería dibujada en los ojos.

Tiene malas intenciones. Tiene las mejores intenciones.

—No —saco fuerzas de mi recién descubierta montaña de flaquezas pro Lily.

—Porfa —suplica—. Y prometo que no te pido nada más en toda la noche.

El problema es el siguiente: yo nunca he sido buena para negarle nada a una mujer que suplica. Una vez le "presté" cinco mil dólares a una timadora reincidente solo porque me lo rogó. Lo único que recuperé de aquel hecho fue el recuerdo.

—Por unos minutos nada más —cedo a medias y ya es mucho.

Lily cree que no veo cómo intenta disimular la sonrisa de triunfo. Yo la dejo, se lo ha ganado. Me manipula a su antojo, que también es mi antojo, pero no soy capaz de dejarme llevar.

Ella no pierde tiempo: saca las piernas del sofá para facilitarme el paso, espera a que me acomode detrás y después se amolda a mi cuerpo, como si sus huesos y músculos estuvieran hechos para encajar conmigo.

A mi pesar, siento que el cuerpo poco a poco se me relaja, que respiro el aroma dulce que desprende el pelo de Lily, que deseo estar aquí media vida y la otra mitad perdida entre sus piernas.

El pensamiento es suficiente para acelerarme el corazón y cerrarme la boca. Por suerte, ya había visto la peli, porque en realidad solo puedo pensar en una cosa: yo también estoy loquita por Lily. Mierda. Sí que me he complicado la vida.

¿Esto qué significa? ¿Podré irme sin dolores nuevos? ¿Realmente quiero renunciar por completo a Lily? Ella ya no está con Gareth, puede hacer lo que quiera. No lo que quiera. Lily nunca abandonará Cedar Glade, aunque termine odiándolo, de eso estoy segura. ¿Cómo puedo hacer para tener una oportunidad juntas? Me imagino como la pareja de Lily, la que sí lleva a su casa, y un anhelo que no sabía que habitaba en mí me inunda.

Entonces siento un ruido que es como un susurro con ritmo y noto el peso de Lily contra mi cuerpo: está dormida. *Arrgg*, se me escapa la sonrisa más tonta que se haya descrito en una novela romántica. Decido no despertarla, continuar así hasta que finalice la película que no estoy viendo, solo por alargar el tiempo de tener a Lily Robinson dormida entre mis brazos.

Cuando los créditos me obligan a terminar con el momento, acerco la boca a la cabeza de Lily, le doy un beso que apenas la roza.

—Lily —susurro con cuidado.

No se inmuta. Es de sueño profundo, la doctora.

—Lily —digo un poco más fuerte y esta vez sí abre los ojos de inmediato.

—¿Qué pasó?

—Ya se terminó la peli.

—Qué vergüenza, me quedé dormida.

—Sí, roncaste, babeaste, todo el pack.

—Mentira, yo no ronco.

—Roncas, ruges, tu caso es espeluznante.

—Serás mentirosa, anda, vamos para la cama.

Se pone de pie, pero es fácil ver que todavía está medio dormida. Detrás de ella, la tomo por los hombros y la voy guiando hasta llegar a la cama.

—¿Traigo la camiseta para que te cambies?

—Mejor sin camiseta —dice y se gira.

Lily intenta volver a meter las manos bajo mi camiseta, pero la detengo.

—Estás medio dormida y hoy llegaste agotada. Descansa —el estrés de lo vivido estos días tiene que estar pasándole factura, es normal.

—¿Pero vas a dormir conmigo, verdad?

—Que sí, pesada.

Le doy un beso porque sí, porque me apetece, y a esta hora, con Lily con los ojos más dormidos que despiertos, siento que puedo dejarme llevar por la insensatez de aparentar que hay algo entre nosotras que es significativo. Algo que tendrá continuidad.

Le alcanzo la camiseta y la ayudo a cambiarse. Intento que mis movimientos estén carentes de ninguna sensualidad, pero el cuerpo delante de mí lo pone difícil. Cuando nos acostamos, Lily me envuelve con sus piernas, se tira sobre mi pecho y apoya la cabeza en el hombro. Quiero que esta escena me guste menos, debería gustarme menos, pero la realidad es que hacía mucho no me sentía tan feliz. ¿Lily me hace feliz?

—Nuestra primera noche juntas —murmura encima de mí.

—Shhh, duerme —es mi romántica respuesta.

Para obligarme a relajarme y dormir, intento seguir la respiración de Lily. Parece que funcionó, porque cuando vuelvo a procesar la realidad hay una alarma sonando y siento a Lily moverse a mi lado.

—No te levantes, sigue durmiendo —murmura y me roza la mejilla y la frente con un beso delicado—. Tengo que ir a trabajar.

Quiero levantarme y acompañarla fuera, pero el sueño parece venirme en oleadas cortas que me ahogan y cuando creo que voy a salir de él, llega la próxima ola y me vuelve a hundir en el sueño por unos segundos.

—Voy marchando —escucho que dice a mi lado. Se acerca, me acuna la cara y me da otro beso—. Ya te estoy extrañando, ¿cuán loco es eso?

Sé que respondo algo, pero son palabras dominadas por la inconsciencia, fragmentos incoherentes que piden que no se vaya.

El silencio vuelve a instalarse en la habitación. Mi cuerpo se hunde más profundamente en el colchón, dejándose llevar por la necesidad de dormir un poco más.

No sé si han pasado minutos u horas cuando el timbre resuena de repente, agudo e insistente, rompiendo la quietud. La idea de que puede ser Lily, de que le sucedió algo, me despeja por completo.

Con un movimiento rápido, me pongo de pie y busco el pantalón que dejé tirado en el suelo la noche anterior. El timbre vuelve a sonar, una y otra vez, cada vez más urgente. El sonido actúa como un acicate a la ansiedad. Torpe, intento cerrar el pantalón, pero lo dejo a medio hacer y me acerco a la puerta con pasos urgentes.

Fue un error no haber mirado antes por la mirilla, pienso cuando ya tengo delante de mí el rostro demacrado de Gareth Evans. Por unos segundos nos miramos en silencio. Supongo que yo con cara de shock, Gareth es puro desprecio. En este escenario, él tiene todas las razones para su desprecio, yo todas las señales para la precaución.

—¿Qué haces aquí? —pregunto por dar el primer paso, aunque me temo que ambos sabemos qué motiva su presencia.

—Tú siempre has sido una desgracia, Vicky, una desgracia. Eres como una plaga, todo lo jodes a tu paso.

Cada palabra sale de su boca como un perdigón. Daña, pero no tanto. Gareth tiene derecho a esta escena, yo le debo escucharlo.

¿Cómo se enteró de lo nuestro? Lily no me dijo que se lo había contado. Quiero preguntarle, pero todavía siento reparos en hacer explícita la causa de su presencia.

—Te vas a ir de aquí, puta de mierda. Te vas a ir de Cedar Glade, vuelve a tu mierda de país, me da igual, pero desaparece.

Ok, creo que ya he pagado con creces mi deber de escucha. Gareth es un imbécil.

—¿Y por qué, por qué tengo que irme? Venga, dime.

Quiero escucharle decirlo, quiero que pague con humillación la humillación que él intentó infligir. Nunca he dicho que soy una gran persona.

Pero él no responde. En su lugar, hace algo que no entiendo: saca su móvil del bolsillo, comienza a buscar y cuando da con lo que desea, estira el brazo y pone la pantalla delante de mis ojos.

Y ahí, sin una gran definición pero a pleno color y totalmente identificables, estamos Lily y yo. Tal vez sea más difícil distinguirla a ella porque está de rodillas en el colchón, con la cabeza entre mis piernas. No veo más porque, de un manotazo, intento arrebatarle el móvil. Gareth es más rápido y se mueve hacia atrás. Quiero abalanzarme sobre él y arrancarle el móvil a puñetazos, pero sé que no le costaría mucho deshacerse de mí.

—¿Cómo conseguiste eso? —pregunto, sintiendo ya la derrota.

—Eso no te importa.

—¿Qué quieres?

—¿No me escuchaste? Que desaparezcas de aquí y nunca regreses. Llévate de paso a la sin papeles de tu madre.

La furia me llega rápida y potente. Cierro los puños, obligándome a mantener la calma.

—¿Y si no, qué?

Estira los labios en una mueca desagradable que supongo es la imitación de una sonrisa.

—¿Qué crees que va a pasar? ¿Eh? Dime, ¿qué crees?

Me mantengo en silencio. Es a él a quien toca plantear la amenaza.

—Escúchame bien, Vicky: si no dejas a Lily en paz, este vídeo lo va a ver Cedar Glade completo. ¿Te imaginas? Todo el mundo viendo cómo su doctora de cabecera le come el coño a la espalda mojada.

El pánico me retuerce el estómago, me impide pensar.

—¿Y qué te hace creer que a mí me importa lo que le suceda a Lily? —intento parecer indiferente, me escudo en la furia para esconder el miedo—. Adelante, hazlo. Por mí, mejor. Lily ya me jodió lo suficiente en el pasado. Ahora es mi turno.

Él ríe como un desquiciado, y me pregunto si la historia entre Lily y yo no tendrá consecuencias irremediables en Gareth. Fuimos egoístas —no hay forma de maquillar la verdad—, pero ¿qué amor no lo es? Porque yo estoy enamorada de Lily Robinson; quizás lleve muchos años así. Y amar es ser egoísta y generoso en modo superlativo: quien ama quiere y da todo.

—¿Tú te crees las imbecilidades que dices? Todo el mundo sabe que desde siempre has estado tonta por Lily. Y no has parado hasta hacerla tuya. A saber qué le has hecho para obligarla a estar contigo.

—Se notaba muy obligada, ¿eh?

Gareth se abalanza con tal rapidez que no logro esquivarlo. Me agarra del cuello y me empuja hasta acorralarme contra la pared. La presión de sus dedos me recuerda a las marcas que deja un collar demasiado apretado, solo que este collar está vivo y palpita con el rencor de quien lo maneja. Su cara, tan próxima a la mía, parece derretirse como cera caliente, deformada por una emoción donde la racionalidad se ha evaporado.

—Te vas a ir, ¿me escuchas? Te vas a ir o todo el mundo la va a ver como la puta en la que la has convertido.

Saca la mano de mi cuello, golpea la pared y, con una última mirada desquiciada, sale a grandes zancadas de la cabaña. El aire entra de golpe en mis pulmones y me doblo hacia adelante, tosiendo mientras mi garganta arde. Mis piernas, que hasta ahora habían resistido por instinto, ceden. Me deslizo hasta el suelo, con la espalda contra la pared, sintiendo cada latido del corazón como un instrumento musical parapetado en mi oído. La habitación parece

girar a mi alrededor mientras intento recuperar el control de la respiración.

No lo sigo, no hay mucho que decir. Él sabe que no pondré a Lily en riesgo. Una amenaza solo funciona si el otro te cree capaz de ejecutarla. Y el Gareth que yo vi hoy puede ser capaz de muchas cosas.

Lily pertenece a Cedar Glade, Lily es un poco Cedar Glade. Un vídeo como ese puede destruir su vida. Yo sé lo que significa que un momento te marque para siempre en un pueblo pequeño.

El amor es egoísta y generoso, recuerdo.

CAPÍTULO 19

Cuando llego a lo de Amelia, la persiana metálica de la cafetería está a medio bajar, pero sé que mi amiga espera por mí. La luz cálida se filtra a través de las lamas de la persiana y por debajo del espacio que dejó sin cubrir.

Me inclino y entro en el local, el olor a café y pastelería todavía lucha por sobrevivir a los líquidos de la limpieza que cada día, al cerrar, realiza Amelia en compañía del empleado de turno.

—Hola, Clara, ¿cómo estás? —Hoy le tocó a Clara realizar la limpieza y verla me hace recordar a Vicky, y recordar a Vicky aflora una sonrisa nueva a los labios.

Después de nuestra última noche juntas, me he permitido tener esperanzas. Lo que tenemos, lo que estamos construyendo, no puede ser pasajero. Cuando pienso en Vicky, lo quiero todo. No sé cómo lo haré, no sé qué sacrificios dispensaré, pero con Vicky Mendoza yo quiero despertar muchas otras veces, quiero que me recoja al salir del trabajo, que me invite a cenar, que visitemos a nuestras madres juntas. Por querer, hasta quiero que vayamos a la iglesia a la vista de todos, y que, a escondidas, Vicky me toque el trasero. Hay tantas formas con las que sueño que me provoque y provocarle un orgasmo.

—Estoy genial, Dra. Robinson, ¿busca a Amelia? Está en la parte de atrás.

—Clara, ¿cuántas veces tengo que decirte que me llames Lily?

—Lily, sí, lo siento —sonríe culpable, pero sé que volverá al "Dra. Robinson" en cuanto vuelva a verme.

A Vicky bien que la llama Vicky desde el minuto uno. Que ya sé que no es su médico, pero demasiado amable es con mi… wow, wow. Calma ahí, *cowgirl*. Siento calor en la cara, apuesto a que está enrojecida. ¿Qué he tomado hoy? Estoy como si hubiese bebido champán. Mi novia. Estuve a punto de pensar en Vicky como mi

novia. Y entonces comprendo: es lo que más deseo ahora mismo en mi vida.

—Uy, ¿y a ti qué te sucede? —escucho la voz de Amelia.

Dirijo la vista a un lado, al sitio por donde sé que mi amiga se acerca.

—¿Qué me va a suceder? Que vengo a ver a una de mis personas favoritas.

—Yo pensé que ahora yo quedaba como tu persona favorita. Después de que… tú sabes.

Sí, claro que sé. Después de que Gareth y yo no estamos juntos.

—Sigo teniendo madre —bromeo.

—Las madres no cuentan.

—Yo es que no jerarquizo mis personas favoritas, están ahí, en círculo.

—Mentira, todos tenemos la persona favorita —a Amelia el rostro se le llena de intriga—. ¿O es que hay alguien nuevo en esa lista y yo no me he enterado?

—¿De qué hablas? —Por Dios, me ha salido la risa de adolescente que no sabe guardarse un secreto.

Amelia me mira con ojos que brillan llenos de preguntas. Estoy en problemas.

—Clara, puedes irte ya, cariño. Yo termino aquí —Amelia elige no tener testigos.

Clara, estoy segura, se marcha lamentando tener que hacerlo justo en el momento en que las cosas se estaban poniendo interesantes.

—¿Un té? —me pregunta Amelia en cuanto Clara sale por la puerta.

—Sí, ¿y un pedazo de tarta, no?

Por unos segundos, mi amiga no dice nada. Se ocupa de preparar los tés para ambas mientras yo la observo, como siempre sintiendo algo parecido a la calma al ver a Amelia trabajar. Aun cuando lo hace con rapidez, hay armonía en sus movimientos.

—¿Cómo te estás sintiendo, Lily?

La pregunta de Amelia no es una formalidad, es una indagación honesta sobre mi estado de ánimo. Hasta donde sabe, acabo de

romper con mi novio, el que todos asumían sería para toda la vida. Amelia se merece mi verdad, aunque no esté completa.

—Bien, triste, culpable, pero bien. Sé que tomé la mejor decisión para ambos.

Es así, yo ya no estaba enamorada de Gareth, no quiero ni empezar a preguntarme si algún día lo amé de verdad. Lo que yo siento por Vicky es tan diferente.

Cuando pienso en Victoria, lo hago en posesivo. Quiero que sea mía, quiero ser de ella. Cuando pensaba en Gareth, lo hacía como una atrincherada: mantener mi espacio a salvo de su asalto.

¿Será insano sentir a Vicky como algo mío? Seguramente sí, nosotras nunca hemos hecho nada saludable para el alma.

—¿Y por qué tienes cara de enamorada? —Amelia me suelta así, sin avisos previos.

Abro la boca para darle una respuesta rápida y sin sustancia, pero me quedo con los labios entreabiertos, mirando a mi amiga frente a mí, cargada con una bandeja con tazas para el té y una porción de bizcocho.

Amelia vierte el té en las tazas, me alcanza un pequeño plato con el pedazo de bizcocho. Cuando termina de servir, sale de detrás de la barra y se sienta delante de mí. Nuestras rodillas se tocan y yo me doy cuenta de que, teniéndola tan cerca, soy incapaz de mentirle. Teniéndola tan cerca, quiero decirle la verdad completa.

—Porque lo estoy —le confieso.

—¿Juego a adivinar? —alza las cejas, traviesa.

Otra vez las mejillas me arden y no es de vergüenza. Lo que siento por Victoria tiene esta forma de comportarse, sin disciplina, un poco como ella. Lo que me hace sentir por momentos me desborda y entonces los signos son muy variados, aunque la rojez de mi cara siempre se hace presente.

—¿Tan grave está el asunto? Pues sí que Vicky va a tener encantos que desconozco.

Quedo a media respiración.

—¿Qué, creías que no había notado nada?

Elena me dijo algo semejante. ¿Tan evidente era?

—¿Se notaba tanto?

—Un poco, pero no te preocupes, creo que solo quien supiera dónde mirar iba a notarlo.

—¿Y cómo sabías dónde mirar?

—Mmm, muchos detalles. Para empezar, yo sí creí la versión de que el famoso beso entre Vicky y tú fue algo que quisieron ambas. Si el resto del pueblo quiso pensar que justificaste a Vicky por consideración a Elena, fue ceguera o simple homofobia.

—Entonces, ¿por qué siempre te cayó tan mal Victoria?

—Lily, cariño, que las calenturas no te nublen el juicio. Vicky siempre fue una prepotente dispuesta a saltarte a la yugular a la mínima. Que sus razones tenía, ya lo sé, pero eso no la hacía menos difícil.

—Era terrible —digo y no puedo evitar un asomo de nostalgia empapada de afecto.

Amelia se cubre el rostro con las dos manos, mueve la cabeza con gesto derrotado.

—¡Qué perdida estás! No creí que tu caso fuese tan grave. ¿Cómo pudo pasar en tan poco tiempo?

—¿A qué te refieres?

—¿Que a qué me refiero? Que estás perdida por Vicky.

Es mi turno de cubrirme el rostro, de ocultar la sonrisa de intoxicada.

—No es para tanto.

—¡¿Pero tú te has visto?!

—¿Qué tengo que ver?

—Pareces una adolescente enamorada.

—Mujer, la adolescencia ya hace mucho que quedó atrás.

—¿Pero sí estás enamorada? —Amelia pregunta con cuidado.

Miro a mi amiga, no me voy a ocultar para confesar esto.

—Sí, totalmente.

Amelia estira el brazo, toma mi mano en la suya, presiona cargada de afecto.

—Me alegro por ti, cariño.

—Gracias.

—¿Lo sabe Sarah?

—No, no lo sabe. No hay mucho que saber. Vicky y yo en realidad no tenemos nada.

Es algo tan objetivo y a la vez tan poco preciso. Vicky y yo no tenemos nada, aunque en realidad tenemos tanto. Nos falta lo principal: la explicitud del afecto, la admisión mutua de ese *tanto*.

—¿Y tú quieres que haya algo?

No tengo que pensarme la respuesta.

—Sí, con ella lo quiero todo.

Amelia me mira cargada de pena. Yo no sé si ofenderme o echarme a llorar.

—¿Y Vicky qué quiere?

Me encojo de hombros.

—Es Vicky. Quizás a ella ni se le ha ocurrido que hay algo en lo que pensar.

—¿Pero lo han hablado?

—No, no creo que estemos en el mismo punto. Yo sé lo que siento y lo que quiero. Vicky, me imagino, nos ve como una venganza contra todos. Algo que hacer y después pasar página.

Y hay otra cosa, otra duda que he ignorado, pero está ahí. Y más pronto que tarde tendré que abordar.

—Pero si no lo hablas, nunca lo sabrás, Lily.

—Ya lo sé, ya lo sé. ¿Crees que no lo sé? Pero… ¿qué voy a proponerle? Su vida está fuera de aquí. ¿Qué hago, me voy de Cedar Glade? ¿Le pido a ella que regrese? Se reiría en mi cara.

—Pero entonces ya tendrías una respuesta. ¿La incertidumbre no es peor?

La incertidumbre es terrible. El no saber qué día Vicky dirá adiós, cuándo lo que iniciamos —más bien continuamos— llegará a su final, me mata un poco cada día.

—Peor sería volver a saber de ella dentro de ocho años.

La pena regresa a los ojos de Amelia y esta vez sí desvío la mirada.

—Prométeme que pensarás en ello, ¿sí? —mi amiga insiste.

—Te lo prometo.

La realidad se impondrá y mi promesa a Amelia tendrá que ejecutarse, pero ahora mismo no me encuentro con fuerzas para

acelerar un desenlace de mi historia con Vicky.

Cuando dejo a Amelia para regresar a casa, extraño no ir hacia la cabaña. Una noche juntas es suficiente para que mi cuerpo anhele mucho más.

Subiendo las escaleras del porche, el móvil suena. Es Vicky. ¿Estaremos pensando en lo mismo? El cuerpo se me llena de tibieza al pensar que finalmente sí iré a la cabaña.

—¿Ya me extrañabas? —bromeo al responder la llamada.

Vicky no contesta al momento, sino que se produce una pausa mínima antes de escuchar su voz.

—Lily —el corazón me da un salto, hay algo en la forma en la que pronunció mi nombre que convoca la zozobra—. Llamo para decirte que ya no estoy en Cedar Glade. Regresé a Toronto. No podía seguir tan alejada del trabajo.

¿Qué quiere decir?

—¿Qué quieres decir? ¿Por unos días? ¿Cuándo regresas?

Otra vez esa maldita pausa.

—Ya regresé a mi casa. No sé cuándo regresaré a visitar Cedar Glade. Ahora mismo estoy muy ocupada.

El dolor es súbito e inclemente. ¿Duele más que se fue o la crueldad de la despedida? En verdad creí que éramos más, que merecíamos más.

—Entiendo. Que te vaya bien, Vicky —le respondo y cuelgo.

La entereza me dura hasta que cruzo la puerta de entrada. Después me deslizo contra la pared, me entrego a las lágrimas. Hija de puta, hija de puta.

¿Cómo puede doler tanto?

Me pongo de pie, sabiendo imposible eliminar la herida, queriendo hundir más el cuchillo. En mi habitación, rebusco en el armario. Encuentro al fondo la pequeña caja de cartón que había traído hace días, pero no me había atrevido a usar. La prueba de embarazo, no me engaño, es un antes y un después. ¿Cómo mi vida llegó a este punto?

Arrastro los pies hasta el baño. Leo las instrucciones tres veces, aunque sé perfectamente cómo funciona. Mis movimientos son

mecánicos mientras rompo el empaquetado y sigo los pasos, como si estuviera observando desde fuera de mi cuerpo.

Coloco la prueba sobre el borde del lavabo y me siento en el borde de la bañera. Dos minutos. El tiempo se arrastra como si estuviera atascado en lava. Intento centrarme en mi respiración, no pensar en nada más. Será o no será.

Cuando finalmente me atrevo a mirar, las dos líneas rosas aparecen con una claridad brutal. Positivo. Tan definitivo como la ausencia de Vicky.

Embarazada. De Gareth. Mientras Vicky regresa a su vida como si yo nunca hubiera existido.

El castigo es tan perfecto que me hace reír, una risa histérica que pronto se transforma en sollozos entrecortados. Respiro profundo, me obligo a calmarme.

Mis problemas ahora van más allá de Vicky. De cierta manera, esta es mi mayor venganza contra ella. Sé que se sentirá traicionada, igual que yo me siento traicionada por ella. Aunque en esta historia, lo que sobran son traiciones y el embarazo no es una de ellas.

El embarazo es un descuido de cuando tener sexo con mi novio se convirtió más en una revancha contra Vicky que el resultado de un deseo auténtico.

Ahora me toca aprender a no pensar en Vicky. Hacer que este dolor que siento se convierta en algo tolerable. ¿Cómo pudo renunciar a lo que estábamos construyendo? ¿Era solo yo quien sentía que era extraordinario lo que entre nosotras había?

No, no, no. No puedo pensar más en ella. Vicky es pasado y el futuro ya está desarrollándose dentro de mí.

CAPÍTULO 20

Cuando aparco en el garaje de nuestras oficinas en Church, hago un esfuerzo por recordar por qué me gustan tanto: un oasis de verde y ladrillo en medio de una de las calles más animadas de Toronto. Me encanta Church, aunque ahora sólo sirva para recordarme dónde no estoy. Desde que regresé a Toronto estoy así, con un nivel de tontería extremo. Todo el tiempo pensando en lo que ya no tengo, en lo que podría tener.

No sé si ya habré jodido todo definitivamente. ¿Por qué no sé hacer las cosas mejor? Me pregunto si Lily perdonará la forma en la que dejé todo atrás. Fue un golpe bajo, incluso para nosotras. Sé que era necesario alejarme, pero quizás pude hacerlo sin disparar a muerte, sin dejar víctimas mortales.

Tal vez si le hubiese hecho saber cuánto me estaba costando a mí, que yo también tuve ilusiones. No sé, no sé cómo terminará todo.

Entro a nuestro edificio, una antigua casa de ladrillo reconvertida en oficinas. La estructura victoriana conserva el encanto que le vi desde el primer momento. Es una casa de dos plantas de ladrillo marrón envejecido, con molduras blancas y ventanales altos que atrapan la luz de manera diferente según la hora del día.

Cada vez que cruzo el pequeño jardín delantero, con los arbustos que dejamos crecer a su antojo, siento que cierro la llave al bullicio de Church Street y abro la puerta a nuestro hogar, el que Daniel, Nina y yo formamos y defendemos con uñas y dientes.

Hoy tocará usar esas uñas, mostrar los dientes. No será la primera vez, aunque siempre deseamos que sea la última.

Empujo la pesada puerta de roble y el vestíbulo me recibe con su familiar aroma a madera pulida. Me dirijo hacia la recepción, donde, detrás del mostrador de nogal tallado, Maeve levanta la vista de su ordenador. Eleva una ceja, sonríe de medio lado. Maeve es eficiente, descarada y tiene una opinión sobre todo que necesariamente hay

que permitirle verbalizar. No sé cómo tuvimos la suerte de encontrarla, aunque alguna que otra vez nos han insinuado que lo asombroso es que soportemos su engreimiento. Gente aburrida, sin más.

—Buenos días —me saluda y hace que suene a regaño—. Benditos los ojos, ¿a qué debemos el honor de que nos hagas una visita?

—Yo también te extrañé, Maeve —no fuerzo la sonrisa porque ella siempre la hace fluir con naturalidad.

—Lo dudo mucho. ¿Qué tal Elena?

—Bien, está mucho mejor, totalmente recuperada. Te envió unos botes de jarabe de arce del pueblo, pero se me quedaron. Otro día te los traigo.

Mi madre, otra persona en la que estoy evitando pensar. La dejé sin entender nada, enfadada por la sospecha de que estaba, de alguna forma, dañando a Lily.

—Me alegro mucho, Vicky. ¿Entonces qué fue lo que te retuvo tanto en ese fin de mundo? ¿Bollerizando a las chicas?

Ahora la risotada sí demanda un poco de teatro. Si Maeve supiera. La chica ya estaba bollerizada y yo fui la atrapada. Qué panorama.

—Luego hablamos, voy a ver a Nina —me despido, intentando escapar del interrogatorio al que seguro Maeve me someterá si le doy la más mínima oportunidad.

—Te está esperando. ¡Y no te olvides de traerme lo que me envió tu madre!

—¿Qué envió Elena? —antes de verla, escucho la voz de Nina y el sonido de sus tacones resonando contra la escalera de madera.

Me preparo para el espectáculo. Siempre lo es ver a Nina. Ella lo sabe y por eso desciende como una reina, con pasos medidos y rítmicos, hechos para mostrarse y dejarse adorar.

Hoy va con falda gris ajustada, blusa blanca con un jabot que se mueve al ritmo de sus pisadas y unos tacones de aguja negros utilizados por quienes necesitan sentir que están al borde del peligro.

—A ti, un mensaje. Que espera que vuelvas pronto.

—¿Y por qué tendría que regresar Nina a Cedar Glade? —Maeve siempre sabe unir los puntos.

—¿Siendo productiva hoy, Maeve? —Nina mantiene una saludable oposición interna a las artes de nuestra secretaria.

—Siempre, señora Shirazi.

Maeve sabe que Nina detesta que la llamen "señora". Qué par.

—Chicas, vamos todas a trabajar, que el día apenas empieza —me acerco a Nina, le doy dos besos, ella pone su mano en mi nuca y me mantiene unos segundos cerca de sí. En ese instante me está perdonando mis imbecilidades pasadas.

—¿Subimos? —dice, porque Nina sabe más que preguntar si estoy bien. Con una sola mirada, Nina ya me ha radiografiado el ánimo.

Ascendemos por la escalera, cada pisada resonando en la paz absoluta del edificio. Es paradójico cómo, desde un sitio tan tranquilo, podemos desatar tanto caos.

—¿Qué sucede? —pregunta en cuanto cierra la puerta de su oficina.

Me giro para mirarla de frente. Lo que estoy a punto de pedir se pide mirando a los ojos, reconociendo la enormidad de lo demandado.

—Necesito los servicios de Bao.

Nina rebusca en mi rostro, la dejo hacer. Cuando se da por satisfecha, se dirige hacia su escritorio.

—¿Tan mal están las cosas? —pregunta de espaldas a mí, caminando hacia su silla.

—Un poco —mentira, una no acude a Bao porque las cosas están un "poco" complicadas.

—¿Lily Robinson?

—¿Cómo lo sabes?

—Ahí todo gritaba complicación, Vivi.

Resoplo. Después, se me escapa una lágrima. Mierda, mierda. Me seco la cara a manotazos torpes.

—Por lo que veo, lo más complicado no es tener que usar los servicios de Bao.

Suelto una risa cansada, miro mis manos.

—Pues no, parece que no.

—Al final sí que te gustaba Lily Robinson.

—Tú y tu mal hábito de siempre tener razón.

—Contigo sí. Conmigo no tanto.

—Llegó mi turno de adivinar: ¿Nora?

—Quizás, pero volvamos a Bao. ¿Qué tiene que hacer?

Entonces le explico todo, desde el comienzo al final necesario. Creo que es la oportunidad que buscaba para contar a alguien lo que me sucede con Lily: que estoy enamorada, que cuando pienso en Lily me siento llena de debilidades, capaz de cualquier fortaleza. Que por Lily terminé con Lily y acudo a Bao.

—Y Lily me cae mejor, tampoco quiero que la chantajeen —es mi forma de expresar todo lo anterior.

—¿Te cae mejor, mmm? —Nina sonríe, escéptica.

—¿Me vas a ayudar con Bao o no?

—Sabes que sí, le dejaré un mensaje. Y toca esperar a que él nos contacte.

—Bien.

—¿Te has pensado la idea del proyecto en Cedar Glade?

—Mejor esperar por Bao, ¿no crees?

—De acuerdo.

—¿Ahora ya podemos hablar de Nora?

—No, no se puede hablar de Nora. Está prohibido hablar de Nora entre nosotras.

—¡¿Prohibido?! ¿Cómo puedes prohibirme hablar de una de mis mejores amigas con la que tienes una relación?

—No tengo una relación con Nora. Y no podemos hablar de ella porque siempre haces que me sienta la mala de la historia.

—¿Hablas en serio? Nina, nunca serás la mala de una historia, siempre serás la heroína. Una heroína sensual y misteriosa.

Nina gira los ojos. Conoce demasiado mis artimañas.

—No me importa ser la mala de la historia. Me molesta que, con tu defensa de Nora, me hagas querer ser buena.

—Primero, no defiendo a Nora. Ella es muy capaz de hacerlo por sí misma. Cuando te he hablado de Nora, solo buscaba que fueses

consciente de cómo es. Segundo, ¿qué tiene de malo querer ser buena para alguien?

—Que terminas necesitando los servicios de Bao.

Okay, punto para Nina. Cuando estoy a punto de añadir que mi caso es una excepción y no la regla, suena el intercomunicador que conecta con Maeve.

—Espera —Nina me hace un gesto con la mano—. ¿Sí, Maeve?

—Lea Bouchard y su acompañante ya están aquí.

—Hazlas pasar. Gracias —Nina se levanta, da un repaso a su ropa —. La cliente que nos comentó Loretto.

—¿No es un proyecto muy pequeño?

En estos días, ya raramente aceptamos proyectos residenciales unifamiliares, por muy premium que sean. El margen de rentabilidad es limitado y nuestro equipo está dimensionado para desarrollos de mayor envergadura.

—Van a reconstruir toda la casa. Además, nunca viene mal para el portafolio mostrar que tenemos colaboración con la familia Bouchard.

En eso tiene razón. Los Bouchard son realeza torontoniana.

Cuando escuchamos un toque seguro en la puerta, Nina se acerca a abrir.

—Adelante —invita a pasar—. ¿Lea Bouchard, cierto?

Las dos mujeres que acaban de entrar a la oficina de Nina son exquisitas y, por esa misma razón, entiendo que estoy acabada: sólo pienso en Lily, en cómo ninguna de las mujeres espectaculares que tengo delante me parece más bella que Lily Robinson. Arggg.

—Sí, Lea —la mujer se gira hacia la chica más joven que la acompaña—. Ella es Asia, mi prometida. ¿Nina Shirazi, asumo?

—Yo soy Nina y ella es Vicky, mi socia. Encantada de conocerlas. Loretto las ha recomendado con mucha… pasión.

El borde de los labios de Lea Bouchard se mueve imperceptiblemente en lo que supongo que es una sonrisa, aunque el resto de su rostro se mantiene impasible. A su lado, la chica de cabellos rojos y ojos marrones inmensos parece empeñada en contrarrestar la adustez de su pareja con una sonrisa tan brillante que se contagia.

—Sí, Loretto es muy apasionada con todo lo que hace.

La famosa Loretto es una agente inmobiliaria capaz de vender un edificio entero ella sola. Apasionada es un adjetivo modesto. Loretto tiene tanta energía que agota. Todas las ocasiones en las que nos vemos, toma mis mejillas entre sus manos y me achucha como si tuviera diez años. «Cada vez más guapa esta chica», dice. En la mente de Loretto yo todavía me estoy desarrollando.

—Loretto es genial, tan alegre —es lo que opina Asia. Supongo que a ella no le tira de las mejillas.

Lea Bouchard lanza a su prometida una mirada que supongo busca ser exasperada, pero falla miserablemente, y en su lugar, todas somos testigos del enternecimiento que se le escapa por cada poro.

Madre mía, las lesbianas somos unas flojas romanticonas.

—Sí, sin dudas es alegre —responde Nina, y yo que la conozco, sé que la alegría de Loretto no es a sus ojos una virtud. Tampoco parece serlo para Lea Bouchard. Estas dos mujeres se llevarán muy bien.

—Tomen asiento, por favor —Nina señala al sofá que hay a un costado de la oficina.

Yo acerco la silla en la que estaba antes de que ellas llegaran y, en el momento en que la estoy colocando a un lado del sofá, levanto la vista y atrapo a Asia recorriendo mi cuerpo con la mirada. Ja, ¡pillada! La chica enrojece con furor y baja los ojos.

Su mirada evita ahora encontrarse con la mía, fijándose obstinadamente en sus propias manos. A su lado, Lea arquea una ceja. Más que molesta, parece divertida y curiosa. Supongo que no hay celos, solo la complicidad íntima de una pareja que se entiende y confía la una en la otra.

—¿Desean algo de beber? —pregunta Nina, siempre atenta a los detalles y probablemente percibiendo la ligera tensión en el aire.

—Yo estoy bien, gracias —responde Asia con dulzura.

—Yo tampoco necesito nada, ¿empezamos? —Lea para de una vez las cortesías y llama a hacer negocio. Su tono no deja de ser amable, pero está cargado de la autoridad de quien está adaptado a liderar y a que le sigan.

—Por supuesto —Nina está muy a favor de eliminar superficialidades e ir a lo importante—. Loretto comentó que querían hacer una reforma total de una nueva vivienda.

—Sí, es una reforma en profundidad. De lo que hay ahora mismo quedarán las paredes y el suelo de madera, que nos gusta mucho.

—¿Y qué buscan? ¿Tienen ideas concretas sobre lo que quieren hacer? —intervengo, porque lo que concierne a la obra es mi responsabilidad.

—Sabemos exactamente lo que queremos —Lea abre su bolso y saca un plano que, en efecto, detalla cada una de las demandas para la obra. Este par puede terminar siendo nuestro mejor o nuestro peor cliente.

—Y lo necesitamos en menos de seis meses —puntualiza Lea.

—Es nuestra boda —Asia se ilumina como flor en primavera.

—Felicidades. Ya Loretto nos lo había comentado. Está muy entusiasmada por asistir.

—Nos vendió nuestro actual piso, gestionó la compra de esta casa y estará a cargo de vender el piso otra vez. Sí, está muy entusiasmada, seguramente piense hacer negocio hasta con nuestros bisnietos —otra vez, en la aparente dureza de las palabras de Lea Bouchard se escapa algo de afecto.

Mientras habla, su mano se desliza sobre la de Asia en un gesto que encuentro sorprendentemente tierno viniendo de alguien con una apariencia tan adusta.

Como si lo hubiéramos planificado, Nina y yo nos miramos en ese momento y creo que estamos pensando lo mismo: qué extraordinario sería tener lo que tienen Lea y Asia. Yo también quiero a alguien con quien derribar paredes y agarrarnos de la mano.

¿Agarrarnos de la mano? ¿Pero en qué me ha convertido Lily Robinson? Maldita mujer, cuánto la extraño.

CAPÍTULO 21

Estoy ansiosa. Miro constantemente el reloj que Amelia tiene en una pared de la pastelería, respiro profundo e intento pasar lista a todo lo que tengo pendiente para el día. Es inútil, el nudo en mi estómago hace difícil centrarse en nada más.

Escucho abrir la puerta de la pastelería y enseguida miro hacia delante, pero es solo Everett Hawthorne, el carpintero. Nos saludamos con un movimiento de la mano, pero por suerte Everett no se acerca a hablar.

Vuelvo a escuchar la puerta abrirse y esta vez, cuando miro, sí es él. ¿Qué le ha sucedido?

—Gareth, por Dios, ¿qué pasó?

—Nada, nada —dice, cargado de hosquedad, encogiendo la cabeza entre los hombros.

Gareth, siempre muy cuidadoso de su imagen, hoy va con la barba de días sin afeitar, el pelo revuelto y falto de un corte, vestido con una sudadera con la capucha alzada. Lo peor, los moretones que le cubren todo el rostro y un corte en la parte alta de la ceja derecha.

—¿Cómo que nada? —hago un esfuerzo por hablar bajo y no atraer atención hacia nosotros—. Esos son golpes. ¿Una pelea?

—Ya no es asunto tuyo, Lily, ¿recuerdas?

—Que no continuemos siendo pareja no quiere decir que no me preocupe por ti, Gareth.

Nos conocemos desde siempre. ¿Por qué no fuiste a la clínica? Llevabas sutura en la herida de la ceja.

Ya no es mi novio, quizás nunca sea mi amigo, pero sigue siendo alguien a quien le tengo cariño. Sobre todo, será el padre de mi bebé. La idea es aterradora.

—No es nada, ya casi está curado —supongo que merezco que cada palabra de Gareth suene como un ladrido—. ¿Qué quieres, Lily?

¿Por qué quisiste encontrarte conmigo ahora, después de todo lo que te rogué hablar antes?

Ya llegó, este es el momento, no tengo alternativa. A partir de ahora, este hombre quedará vinculado a mí para siempre. Aunque terminemos odiándonos, da igual, nada nunca podrá borrar el hecho de que lo que llevo dentro también es un poco suyo.

—Tengo que decirte algo —dilo ya, por Dios—. No me lo esperaba, fue un accidente. Y quiero que sepas que puedes tomar la decisión que desees, no tienes que sentirte obligado a asumir ninguna responsabilidad.

Si le doy más vueltas, terminaré mareada.

—¿De qué hablas?

—Estoy embarazada.

Extrañeza, asombro, sospecha. El rostro de Gareth lo dice todo.

—¿Cómo que embarazada? ¿De quién? Porque de la bollera no es, eso seguro.

Me arde el rostro, no sé si de vergüenza o indignación. ¿Cómo se atreve a hablar de Vicky con ese desprecio?

—¿Qué, creías que no lo sabía?

—¿Te estoy diciendo que vas a ser padre y de lo que quieres hablar es de Vicky?

—¿Es mío?

—¡¿Pero de quién más?!

Entonces, al fin, Gareth registra lo que le estoy diciendo. Queda paralizado, la boca entreabierta, los ojos desorbitados. Después caen las lágrimas, sonríe, se toma el rostro entre las manos. No puedo evitar emocionarme yo también.

—Lily, Lily, qué gran noticia —alcanza mi mano a través de la mesa.

Lo dejo hacer, es su momento. Ojalá yo también pudiera experimentar solo júbilo ante la novedad. Pero para mí los significados son otros. Está el amor que nace, implacable, y está el amor que debo matar porque dejarlo morir no es posible. Lo que siento por Vicky no se extingue solo, hay que extirparlo.

—Verás que todo se va a solucionar. Volveremos a ser los de antes.

—¿Qué quieres decir? —no sé si estoy leyendo demasiado en las palabras de Gareth.

—Esto lo cambia todo, ¿no lo ves?

—Sí, teniendo en cuenta que la embarazada soy yo, sí me doy cuenta.

—Es lo que siempre quise, siempre. ¿No te acuerdas de cuando te hablaba de reconstruir la antigua casa de mis abuelos para poder tener una gran familia? Ahora podemos hacerlo.

—Gareth, creo que no me has entendido. Solo te estoy diciendo que estoy embarazada, no que volvamos a ser una pareja. Disculpa si algo de lo que dije te hizo pensar eso, pero no es así.

—¿Y qué vas a hacer, criarlo sola?

—Si tú no quieres estar involucrado como figura paterna, sí.

—¿Pero por qué? Lily, podemos arreglar esto. De verdad, podemos tener una familia increíble.

Tiene razón, Gareth y yo podríamos tener una familia increíble. La familia modelo que todos mirarían con envidia, jóvenes, guapos, profesionales de clase media alta. Solo un único problema en la foto: yo sería inmensamente infeliz. Al final, mi infelicidad lo permearía todo. ¿Cuántas de esas familias modelo me cruzo todos los días?

—Seremos una familia y puede ser increíble, solo que no será como en algún momento imaginamos. Lo siento, de verdad, todo sería mucho más fácil para mí, pero ya no te quiero de la forma que tú deseas.

¿Cuántas parejas al romper han escuchado la misma frase? Suena a cliché, a frase sacada de un folletín para salir con elegancia del trance. En realidad, es más.

«Ya no te quiero de la forma que tú deseas» se ha convertido en cliché porque resuena con la realidad de tantas parejas que dejan de serlo. Yo no he dejado de querer a Gareth. Mi afecto ha mutado y su nueva forma lleva al desencuentro.

—¿Es por ella, verdad? Por esa... por Vicky, ¿cierto?

—¿Cómo sabes de Vicky?

—No soy tonto, aunque parece que sí lo crees.

—Escúchame, Gareth —es mi turno de alcanzar su mano, de forzarlo a mirarme a los ojos—. Siento inmensamente haberte hecho

daño, no lo merecías. La vergüenza por lo que te hice es algo con lo que tendré que cargar toda la vida.

Hay cosas por las que nunca sentiré vergüenza, no digo. Al pensar en mis encuentros con Vicky solo hay euforia, éxtasis.

—Pero lo que sucedió con Vicky no fue el fin de nuestra relación. Hacía algún tiempo que no me sentía igual —ahora me toca decir otro cliché, una frase tantas veces usada que suena a burla—. Te mereces a alguien que te quiera como deseas. No vale la pena que malgastes tus virtudes en una relación adormecida. Se puede tener mucho más, se puede experimentar mucho más.

No sé si él imagina a qué alturas puede llegar. Yo no tengo que imaginar, yo lo viví. ¿Debo advertirle del dolor de la pérdida? No, claro que no, de eso él sí sabe.

—¿Podemos salir un momento? —me pregunta Gareth con los ojos humedecidos.

—¿Salir a dónde?

—Al parking. Solo un momento. Quiero decirte algo y no quiero hacerlo aquí.

Aunque es una hora poco concurrida en la pastelería de Amelia, hay varias mesas ocupadas. Escogí a propósito la mesa más aislada, pero entiendo que Gareth prefiera un poco más de intimidad. Cuando decidí el sitio en el que nos reuniríamos, descarté mi casa o la de él por cobardía. Quería evitar escenas excesivas que no aportan nada, solo nos hacen más miserables.

—De acuerdo, vamos.

Me levanto y sigo a Gareth. Por el rabillo del ojo veo a Amelia. Estoy segura de que le preocupa que me vaya lejos de su guardia, pero estaré bien. Conozco a Gareth y sé que es incapaz de hacerme daño.

—¿Vamos a mi coche? —propongo cuando salimos de la cafetería y nos dirigimos al parking.

Él asiente y, sin dudar, se encamina al sitio donde sabe que siempre aparco el coche. En la distancia, desbloqueo las puertas. Por eso no hay una pausa cuando llegamos a su altura, lo rodeamos cada uno por su lado y entramos.

Gareth mira hacia delante, sigue sin hablar. Yo no tengo nada que decir. Estamos aquí porque él así lo quiso.

—Lily, yo no soy quien tú crees —se rasca la cabeza con fuerza, después apoya los brazos en la rodilla, su cabeza casi roza el salpicadero—. Pero Vicky Mendoza tampoco.

A mi pesar, sus palabras despiertan inquietud.

—¿Qué quieres decir?

—Si vamos a tener un hijo, quiero que sepas a quién tienes a su lado. Vicky es peligrosa, Lily.

¿De qué habla? ¿Una artimaña para alejarme de Vicky? Si él supiera que no tiene que hacer el esfuerzo. Vicky se alejó por voluntad propia.

—¿Venimos aquí para hablar de Victoria? No tengo tiempo para esto, Gareth, casi tengo que entrar a trabajar ya.

—Escúchame, por favor. Es verdad. ¿Esto? —Gareth alza la cabeza y se señala el rostro magullado—. Es culpa de ella.

—¿Qué dices? ¿Tú te escuchas?

—Lo hizo para quitarme unos vídeos que tenía —Gareth vuelve a bajar la cabeza—. Los vídeos los hice en la cabaña de los Tremblay.

Una ola helada me recorre por dentro.

—¿Qué hay en esos vídeos?

La vergüenza en el rostro de Gareth me da la respuesta antes de escucharla de sus labios.

—Aparecían tú y Vicky.

En la cabaña de los Tremblay, Vicky y yo pasamos poco vestidas, menos tiempo aún hablando. No tengo dudas sobre lo que aparece en los vídeos. El miedo a que todo Cedar Glade esté mirándome tener sexo compite con la sensación de vulnerabilidad. Me siento expuesta, ultrajada. Los moretones en la cara de Gareth ahora parecen un castigo pírrico por lo que hizo. Él, supongo, pensará lo mismo de mí: poco es un vídeo para la traición que recibió.

—¿Qué vas a hacer con él? —si se filma algo así, es para usarlo.

—Nada, solo quería joder a Vicky, que te dejara en paz. No estoy orgulloso de lo que hice, pero estaba fuera de mí, como un desquiciado. Te juro que en un momento creí que podía matarla.

Gareth tiene razón, no es quien creía. De él esperé reproches, insistencia en volver, algunos gritos. El hombre que para mí era no albergaba deseos de matar a nadie, no filmaba la intimidad ajena para ejecutar una venganza.

Pero, de nuevo, ¿yo soy quien él creyó? Quien soy para Gareth, quien soy para todo Cedar Glade, no es la mujer capaz de estar con otra a sus espaldas.

—Pero escúchame, Lily. Ya yo no tengo ese vídeo. Un hombre vino y me hizo borrarlo. Estos golpes me los hizo él. Y me amenazó de muerte. Yo creo a ese hombre capaz de todo. La única persona que pudo decírselo es Vicky, es la única que lo sabía. Esa mujer es peligrosa, tienes que alejarte de ella porque te va a meter en un problema.

En efecto, Gareth no me conoce, no soy quien él cree. Si él me conociera toda, identificaría en mí las señales de la satisfacción, el orgullo de quien se sabe defendida con uñas y dientes.

Porque si algo tengo por cierto es que yo sí conozco a Vicky. Al menos, sé que de ella puedo esperar todo. Si jodes a Vicky, te lo va a devolver. En realidad, es un poco la historia de nuestras interacciones.

Gareth tampoco sabe —no tiene por qué saberlo, él no estaba obsesionado con Vicky como estaba yo— que Victoria siempre sale a defender a los suyos, aunque esté en desventaja. Las pocas veces que Nora se metió en un problema, Vicky estaba allí para ella, sin flaquezas.

Y yo no sé si Vicky me considera entre las suyas, pero sí, como mínimo, soy la mujer con la que tuvo sexo, y eso, sospecho, en su ideario es suficiente para mostrar lealtad. Si no me va a amar de la forma irremediable que deseo, encontraré algo de satisfacción en el hecho de que, al menos, no le soy indiferente.

Me doy cuenta de que Gareth me mira con sospecha. Creo que no he puesto la cara de espanto que él espera. Conformo una expresión más apropiada a los hechos que me cuenta.

—No sé si Vicky hizo lo que dices o no. De cualquier forma, ella no está en mi vida, Vicky regresó a Toronto hace días.

—Mejor —Gareth se apresura a decir.

—Pero Gareth, esto no va de Vicky. Hoy solo vine a decirte que estoy embarazada, que lo voy a tener y que puedes o no estar involucrado. En tu decisión.

—Claro que voy a estar involucrado, es mi hijo.

—O hija.

—Lo que sea.

—Bien —se me escapa un suspiro que él creerá es de alivio, en realidad, es resignación—. Ahora tengo que dejarte, tengo que ir para la clínica.

Asiente, se frota las manos en las rodillas, suelta una bocanada de aire.

—Gracias por decírmelo, estoy muy feliz.

Es mi turno de asentir, de añadir una sonrisa que traiga un poco de tregua entre nosotros. Con Gareth no tengo otro camino que el entendimiento. No sé cuán difícil me lo pondrá, no sé cómo reaccionará cuando llegue otra Vicky a mi vida.

¿Qué digo? Nunca habrá otra Vicky, llevo años comprobándolo. Posiblemente llegarán otras mujeres a mi vida, pero lo que siento por Victoria no es replicable. Se forjó en la época en la que las emociones se magnifican y perdura hasta hoy.

Vicky seguirá en mí, me temo, aunque ahora mismo mi vida empieza a ser menos mía y más de la persona que llevo dentro.

CAPÍTULO 22

Las cosas comenzaron a complicarse justo aquí, así que es simbólico que termine de hundirme en este enamoramiento malcriado (no hace caso, no se va), en el sitio en el que me acerqué al cuerpo de Lily por primera vez después de tantos años.

No hay nadie esperando porque es el final de la tarde. La clínica debería estar cerrada, pero la consulta de Lily permanece ocupada. Escucho un ruido, pero no viene de la puerta que estoy esperando que abra desde hace más de diez minutos. La Vicky de antes, menos intoxicada de afectos, no hubiese dudado en llamar e instar al paciente a que termine de contar desgracias.

—Vicky, ¿y eso tú por aquí? —Jane profundiza en su expresión de desconcierto—. ¿No habías regresado ya a Toronto?

El sonido era Jane, que salía de su consulta al lado de la de Lily.

—Y ahora regresé aquí. Una nueva tecnología increíble, le llaman coche.

Jane hace una mueca, pero no va cargada de veneno.

—En serio, ¿te sucede algo? ¿Te puedo ayudar?

—Naa, solo espero para hablar con Lily.

—Ok, le aviso.

Jane se gira y yo me levanto como un resorte.

—Nonono. No hace falta. Quiero darle la sorpresa, seguro que se alegrará de ver a su amiga del alma.

Jane se cree mi intento de ironía porque suelta un bufido y lo acompaña con un «sí» cargado de dudas.

—Yo me voy que me esperan en casa. Es bueno volver a verte tan pronto, *amiga del alma* —Jane se despide y aunque parezca una tontería, mis nervios crecen.

Su marcha tiene el efecto del "a sus marcas" en una competición de atletismo: me llena de expectativa, sume en alerta todo mi cuerpo. En cualquier momento tendré a Lily frente a mí. La he extrañado, joder, ¡cómo la he extrañado!

Vuelvo a sentarme, rodeada de sillas plásticas vacías. En el silencio absoluto de la clínica puedo escuchar las voces dentro de la consulta, aunque sin distinguir las palabras exactas. Mi impaciencia crece, pero me llamo al temple, tengo que dar una buena impresión, al fin y al cabo, voy en modo conquista full.

Ufff, qué buena impresión ni buena impresión, yo no aguanto más.

Me levanto y avanzo hacia la puerta, el último obstáculo. Alzo una mano para tocar, impulsada por la energía que me recorre por dentro, mientras que con la otra sujeto firmemente el tirador, lista para abrir al instante.

La puerta se abre de golpe antes de que mis nudillos lleguen siquiera a rozarla, y por un instante se me acelera el corazón ante la inmediatez de ver a Lily. Pero en vez de sus ojos verdes me encuentro frente a un hombre mayor, canoso y demasiado alto, que me observa curioso a través de unos lentes gruesos.

—¿La niña de Elena? —pregunta, con una sonrisa amable y voz pausada, su figura cubriendo toda la apertura que le dio a la puerta.

¿Charla de pueblo ahora? ¡Yo tengo prisa, por Dios!

—Sí, soy yo. ¿Lily está? —Mi voz no puede sonar más urgente. Si este señor no se mueve, es que le importa un rábano que alguien muera a las puertas del médico.

—¿Vicky? —Es ella, uff, es ella.

Salto, no se me ocurre más que saltar para poder ver por encima de la cabeza de este hombre, un obstáculo inesperado. Qué maratón.

—¡Lily! —grito en el aire y logro ver por unos segundos su cara estupefacta.

La entiendo, no es así como yo tenía planificado el encuentro. En mi mente, la entrada sería mucho más elegante.

El hombre obstáculo intenta moverse, pero parece que le cuesta lo suyo. Ahora me asalta el cargo de conciencia: intenté presionar a alguien con movilidad reducida.

—¿Le ayudo? —ofrezco.

—No, estoy bien, tú entra.

Si tan solo me dejara hacerlo. Me echo a un lado, resignada a que él no terminará de abrir la puerta por completo para darme espacio.

En ese instante, la puerta se abre más y Lily asoma a un costado. Dentro de mí, bullen maravillas.

—Vicky, ¿qué haces aquí?

Deseaba una sonrisa radiante. Incluso, embriagada de esto que me despierta Lily, la imaginaba lanzándose hacia mí, demandando un abrazo y que no la dejara nunca jamás.

La realidad: Lily me mira confundida, más con actitud defensiva que de bienvenida.

—Estoy de vuelta.

—Bueno, Lily, nos vemos la semana que viene —el señor, demasiado alto, demasiado lento, dice.

Ninguna de las dos le hace el más mínimo caso. Pobre hombre.

—Ya veo que estás de vuelta. ¿Le pasó algo a Elena?

—¿Le pasó algo a Elena? —alarmado, el señor pregunta en la distancia.

—Señor, por favor, ¡que esta es una conversación privada!

Es que se lo buscó.

—¿Podemos hablar dentro? —urjo a Lily.

Ella no me dice nada, pero sí regresa al interior de la consulta. ¿Es una buena o mala señal? Uff, esto no va como imaginé. La sigo. Lily tiene el detalle de tomar asiento en las sillas de los pacientes, así que quedamos frente a frente.

—¿Cuándo llegaste? —me pregunta.

—Hace una hora o así. Pasé a saludar a mi madre y vine para aquí.

Lily no comenta nada y su silencio es en sí mismo una respuesta: espero por ti, tú eres quien vino a verme.

Caigo en el cliché de aclararme la garganta. Tomo el impulso de hablar, pero sigo en silencio. Recuerdo algo, unas palabras de Lily: «Nosotras solo nos comunicamos bien con el cuerpo». La realidad es que Lily siempre ha sido más sabia que yo.

—Te he extrañado. ¿Puedo besarte? —digo.

Veo cómo sus ojos se van convirtiendo en dos pozas de agua; temo ver las lágrimas caer. Nunca más quiero hacer llorar a Lily Robinson.

—Tú te fuiste, Vicky.

—Tuve que hacerlo.

—Lo sé, pero por eso no dolió menos.

—¿Cómo sabes que me vi obligada a hacerlo?

—Hablé con Gareth.

—¿No puede tener la boca cerrada, no?

—No te preocupes, no dirá nada. Tampoco lo deja en buen lugar. Lo que hizo es delito —. Lily alza una ceja—. Lo tuyo también.

—No sé de qué hablas.

—En serio, Vicky, ¿qué haces aquí?

—Te lo diré después de darte un beso. Realmente tengo muchas ganas de besarte —tengo que recordarle cómo nos sentimos juntas.

Lily estira un brazo, me roza la mejilla y es lo único que necesito para inclinarme y tomar sus labios. Se siente como una victoria, como llegar a la meta después de tantos años. Dejo mis defensas caer, quiero que ella perciba lo que me hace sentir. Me levanto de la silla, me deslizo hacia el suelo. De rodillas, sigo besándola.

Ella se separa. Voy a protestar, pero Lily me acuna el rostro, me besa la frente, los ojos, las mejillas. Lily está diciendo que me ama.

—Vine a decirte que estaré en Cedar Glade por un largo tiempo, años. Vamos a empezar varios proyectos en el pueblo y yo los dirigiré. Yo... —maldito nudo en la garganta—. Yo quiero que sepas que dije que sí a estos proyectos por ti. Quiero tener una oportunidad contigo. Quiero que me des una oportunidad, la que no tuvimos.

Ya está, lo dije. Espero que ella sepa leer en mis palabras lo que quiero decir. Veo a Lily cubrirse el rostro con las manos y, aunque hay emoción en su gesto, no es la que espero. ¿Qué está sucediendo?

Ahora se inclina sobre mí, me besa el pelo. Intento mirarle a la cara, pero ella sostiene mi cabeza entre sus manos.

—Tengo algo que decirte, Vicky. Y no quiero que sea una mala noticia, no puede significar eso en mi vida, pero me temo que no es

algo que esperas. Yo tampoco.

—Me estás asustando. ¿Qué sucede?

Entonces Lily lo dice, de un tirón, como para quitar la curita y no alargar los dolores:

—Estoy embarazada.

Me separo de ella como sorprendida por un objeto punzante. No puede ser.

—¿De qué hablas?

—Estoy embarazada. No lo sabía, me enteré después de que te fuiste.

—¿Pero tú estás hablando en serio?

Lily no responde, sabe que mi pregunta no tiene sentido. Por supuesto que es real, ella no bromearía con algo así.

Solo que yo no sé qué decir. No es la primera vez que me quedo sin palabras delante de Lily, pero creo que sí es la primera vez que soy incapaz de hablar porque no tengo idea sobre qué decir a continuación.

Es tan inesperado, tan… ¿rocambolesco? Ninguna idea que pude tener sobre lo que pasaría hoy incluía un embarazo. Soy lesbiana, por Dios, ¡a nosotras no nos caen embarazos por azar! A excepción de cuando terminas loquita por una bisexual en una relación con un hombre. Tiene que haber un libro de reglas que desconozco y por eso las he violado todas.

¿Y Lily? Lily me dijo que no iba a estar más con ese Ken sin cojones y aquí estamos, con un bebé en camino. Aparentando estar colada por mí y follando como desquiciada con el otro. ¿Cómo pude dejarme engañar así? Siempre igual, siempre caigo en las artes de Lily Robinson.

—¿No era que ya no estabas con él? ¡Ja! Tengo que reconocerte algo, siempre me logras engañar.

El rostro de Lily pasa de la tristeza a la furia en un instante.

—NO, NO —grita—. Otra vez volvemos a la casilla de inicio, no lo voy a permitir. ¿Por qué siempre dudas de lo que digo?

A mí, que soy una imbécil sin remedio, solo me da por pensar que Lily se está alterando demasiado, que a ver si eso le va a afectar el embarazo. ¿Puede ser? Yo no tengo idea de embarazos.

—Cálmate, que a mí no me vas a poder culpar de que te afecté el embarazo. ¿Y qué estás negando? ¿Lo tuviste por gracia divina? ¿Lily inmaculada?

—Creo que sucedió la noche del bar, cuando él y yo…, cuando tú salías del servicio y yo… En fin, que estoy pagando la tontería. Pero lo importante, Vicky, es que yo no tendría que estar diciéndote esto, si tú confiaras en mí, si tú creyeras en mí, yo no tendría que estar dándote ninguna explicación —Lily frunce el ceño, me rehúye la mirada—. Y no es que espere tener nada contigo de todos modos. Sé que un embarazo es cosa mía y, en última instancia, de Gareth. No espero poner una responsabilidad tan inmensa en los hombros de nadie.

No sé qué duele más: que me haya descartado por completo de su vida o que Gareth esté de regreso con pie firme. El padre. Maldita Lily Robinson.

—Que te vaya bien, Lily.

Me voy, furiosa, llena de dolor, con la creencia de que lo mío con Lily siempre estuvo destinado a no suceder. ¿Por qué tengo que amarla a ella? El mundo está lleno de mujeres y, en toda mi vida, puedo decir con total seguridad, solo he estado enamorada de ella. Quiero a Nina, la amo, pero no he estado enamorada de ella.

¿Viviré para siempre así? Adormecida, yendo de cuerpo en cuerpo, consciente de que la mejor versión de una relación siempre será con otra que nunca podré tener.

Vaya mierda, de verdad, vaya mierda.

CAPÍTULO 23

Escucho el timbre y solo pensar en levantarme del sofá y arrastrarme hasta la puerta a abrir provoca cansancio. Vuelve a sonar y, pocos segundos después, escucho una notificación en mi móvil.

Es un mensaje de mi madre, dice que ella y Elena están en la puerta. Contengo un gruñido frustrado, me levanto y voy a abrir.

—Adelante —señalo al interior de la casa con una cara que muestra cualquier cosa menos bienvenida.

—Hija mía, qué cara tienes —mi madre suelta.

Errr, error, mejor no decir esas cosas a una embarazada con el corazón hecho polvo.

—Pues no haber venido si no querías verme.

—Vaya humor.

—Humor de embarazada.

—Yo nunca estuve así.

—Eso dices tú.

—Chicas, chicas, por favor, es un momento feliz, disfrutémoslo —Elena me rodea con sus brazos, me da un beso cálido. Tengo ganas de echarme a llorar sobre ella—. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien —miento.

Mi madre se acerca por detrás y también me da un abrazo. Me siento querida, al menos tengo eso.

—Traemos algo y no nos puedes regañar. Es que no pudimos resistirnos. ¡Es tan bonito! —mi madre comenta mientras nos dirigimos al salón.

No tengo que verlo para saber que se trata de alguna ropa para bebé. Desde que le di la noticia, le prohibí empezar a comprar cosas desenfrenadamente, pero da igual, es incapaz de mostrar resistencia ante botitas en miniatura.

—¿Zapatos, ropa, juguetes? ¿Qué es?

—Calcetines, pero verás qué monos. Yo quiero unos iguales para mí.

—Los hace monos el tamaño, mamá.

—Hija, ya puedes poner la mala cara que quieras, no me vas a quitar la ilusión de ser abuela. Lo voy a disfrutar a lo grande, lo voy a disfrutar como nunca he disfrutado nada en mi vida.

Mi madre tiene razón. Es momento de regocijarnos en el hecho de que viene una nueva vida a nuestra familia. El cuadro podría ser más completo, más perfecto, pero lo sucedido no debe empañar el momento.

—Lo siento, son solo estas náuseas que no me dejan en paz. Ven, déjame ver los calcetines.

A mi madre se le ilumina el rostro mientras saca del bolso una bolsita de papel decorada con caras de cachorros. Con cuidado, extrae unos calcetines de lana de un amarillo pálido que también tienen tejida, a un costado, la cara de un perro. Vale, son preciosos.

—Son muy bonitos, gracias.

—Todo para mi nieto.

—¿Dónde los has comprado? —las opciones en el pueblo son frugales, por calificarlas con optimismo.

—En Westmere —se limita a decir mi madre.

No sabía que había ido a Westmere, es muy raro. Lo habitual es que las lleve yo, a ella y a Elena. Es un pueblo mucho mayor que Cedar Glade y al que vamos de compras cuando las opciones del pueblo se nos quedan limitadas.

—¿Y cuándo fuiste a Westmere?

¿Estoy paranoica? Creo notar un aire de incomodidad entre ellas dos.

—El viernes.

—¿Y quién condujo? —no sé por qué se están mostrando tan raras con un tema tan intrascendente.

—Fuimos con Vicky, cariño. Ella tuvo que ir por cuestiones de trabajo y aprovechamos para hacer compras —Elena habla y sus palabras parecen más un acto de resignación que la comunicación espontánea de un hecho.

De pronto tengo una necesidad urgente de volver a tirarme en el sofá.

—¿Y por qué no lo dicen? Parece que están guardando un secreto.

De Elena lo entiendo, pero de mi madre no.

—Hija mía, ¿quieres que te prepare una infusión? Estás terriblemente sensible.

—No estoy sensible. No me gusta que me oculten las cosas.

—¿Pero quién está ocultando algo? No sabía que tenía que darte explicaciones sobre dónde compro cada cosa.

—Normalmente me dirías si vas a Westmere. No sé por qué tendría que ser diferente con Victoria —su nombre es como un caramelo gigante en mi boca: dulce y mortal—. Y, de todas formas, ¿por qué tuvo que ir ella allí? ¿Qué tiene que ver el trabajo de Victoria con Westmere?

No pude evitar seguir indagando. Oh, Dios, no me pude contener.

—Un proyecto que ella, Nina y Daniel van a iniciar en el pueblo. Necesitarán muchos trabajadores. Fue a ver si en Westmere le iba a ser más fácil conseguir gente.

¿Pero va a seguir adelante con esa idea? Voy del miedo a la ilusión, y de vuelta al miedo, a una velocidad que me deja mareada. Victoria durante meses, quizás años, a mi alrededor.

Tortura, simple tortura. Y yo no sé si tengo fuerzas para volver a forjar las defensas, para aparentar desprecios cuando siento añoranzas, para proyectar indiferencia cuando el deseo me arrastra.

Arggg, qué ganas de gritar, de destrozar algo contra la pared. El embarazo se me está yendo de las manos.

—Qué bien —le respondo a Elena porque se supone que debo decir algo, aunque estoy segura de que ella no me tomará en cuenta si decido callar para siempre cuando se trata de su hija.

—El pueblo no habla de otra cosa. ¡Es una revolución! —mi madre desborda entusiasmo.

Resultará que Vicky es la heroína de Cedar Glade.

—Es más turismo, madre. No es que de pronto nos vayamos a llenar de nuevos residentes.

—Vicky dice que ellos saben diseñarlo para que haya un flujo constante de turismo de calidad todo el año. Es dinero para los comercios, movimiento. Puede ser muy bueno.

—Vicky, el oráculo.

Elena intenta ocultar la sonrisa, mi madre gira los ojos, yo estoy enfurruñada.

—Lo siento, Elena, solo estoy de mal humor.

—No, hija, si yo misma le he comentado mis dudas a Vicky. En papel todo es muy bonito. La práctica ya es otra cosa.

—¡Qué pesimistas son, por favor! Como mínimo, solo con el proyecto de construcción ya se creará empleo.

—Tu opinión no vale, siempre defendiste a Victoria.

Esa actitud, que antes en secreto me hacía sentir orgullosa, ahora es muy molesta. La fan número uno de Victoria soy yo y prefiero olvidarla.

—¿Y qué no hay para defender? Siempre ha tenido los ovarios bien puestos.

Hasta aquí llegó este acto homenaje a las virtudes de Vicky Mendoza.

—Madre, te pido por favor que no me hables más de Vicky. No la vuelvas a mencionar en mi presencia.

Cuando siento las lágrimas correr por mi rostro, ya es tarde para detenerlas. Elena se acerca, se sienta en el sofá a mi lado y pasa uno de sus brazos por mi espalda. Con la mano libre, me seca las lágrimas.

—Ya, cariño, todo va a estar bien.

—Lo siento, Lily. Lo siento mucho —mi madre, agachada frente a mí, me toma las manos. La escena solo parece aguijonear más las lágrimas—. Volverás a estar bien, cariño. Te volverás a enamorar.

¿De quién está hablando mi madre, de Gareth?

—Tendrás que bajarte una de esas aplicaciones que hay ahora, porque claro, aquí en Cedar Glade no es que sobren los prospectos. Y tendrá que estar de acuerdo en vivir en el pueblo, porque a mi nieta o nieto no te la llevarás —mi madre intenta sacarme una sonrisa—. Vamos, que es complicado, una Vicky no aparece todos los días.

La frase hace aparecer el elefante en la habitación que ninguna puede ignorar. Tanto tiempo ocultando algo que creía el mayor secreto de mi vida y, al final, lo sabía todo el mundo. Supongo que hay una lección escondida por ahí.

—¿Cómo lo sabes?

—Uniendo cabos y acosando a Elena.

—Lo siento, pero ya ella sospechaba —Elena busca la disculpa con la mirada.

Presiono su mano, haciéndole saber que no se lo tomo en cuenta. No me puedo permitir perder otro afecto en su familia.

—Cuando sucedió lo que sucedió con Vicky y tú me confesaste que fue algo consentido por ambas, yo quise creer lo que me dijiste. Que fue una cosa pasajera, por experimentar. Porque en esa época, no te voy a mentir, yo prefería que mi hija fuese heterosexual. No creo que eso me haga peor ni mejor madre, era simplemente lo que estábamos condicionadas a esperar de nuestras hijas —mi madre se levanta y se hace un hueco en el sofá a mi lado—. Pero siempre lo tuve presente, una parte de mí siempre estuvo a la expectativa de las mujeres a tu alrededor, en especial de Vicky. Cuando estuvo de vuelta, esa idea que había estado dormida desde que comenzaste a salir con Gareth resurgió con fuerza. Después de la separación de Gareth, él me dijo unas cosas… cosas muy desagradables.

—¿Qué dijo?

—No son palabras que merezcan repetirse ni escucharse, pero sí lo hablé con Elena. Nos conocemos demasiado bien esta y yo —mi madre pasa una mano sobre mi regazo hasta llegar a Elena y sacudirle una pierna—. Lo intentó negar, pero yo sabía que estaba mintiendo. Me contó lo que ella creía que estaba pasando; en realidad, ninguna de las dos sabe nada a ciencia cierta, solo tenemos hipótesis.

—No hay mucho que saber, ya no hay nada entre Vicky y yo.

—Hija mía, cualquiera puede ver que todavía hay de todo entre ella y tú.

—No hay nada, créeme, no hay nada ni nunca más lo habrá. Vicky y yo al fin cerramos nuestra historia y no hay vuelta atrás.

—¿Por el embarazo? —pregunta con cuidado Elena.

—Sí y no. Es el embarazo y es lo que ella cree que significa —la voz me sale quebrada, como una galleta desmoronándose—. Yo sé que no puedo pasarle esta responsabilidad a nadie más. Ella cree que la traicioné, o ya ni sé. No sé qué piensa Vicky. No puedo pensar en ella. Ahora me toca pensar en la vida que viene.

—Tienes razón, tú no hagas caso de la testaruda de mi hija. Solo recuerda algo, mija —Elena me da una palmadita en la pierna—. Vicky es como yo, somos de pocos afectos, pero muy constantes. Mi hija no deja de querer con facilidad. Si Vicky te amaba la semana pasada, te seguirá amando esta. Si Vicky te amaba hace casi una década, es muy posible que lo siga haciendo para siempre.

No respondo a Elena porque tendría que decirle que sus palabras no traen consuelo, sus palabras congregan la tristeza. Que saber que Vicky me ama en la distancia es una forma de infelicidad muy jodida. Yo quiero a Vicky conmigo. La quiero por las mañanas, con la cara hinchada y el pelo revuelto, respondiéndome con monosílabos hasta que se tome el café. La quiero enviándome mensajes preguntando qué vamos a cenar. Quiero llegar y encontrarla preparando la cena. O que ella llegue y yo tener la mesa lista, da igual. Ir a hacer la compra juntas, tomar café en lo de Amelia. Pelear por quién le toca sacar la basura. Aburrirnos, quiero que nos aburramos juntas. Una existencia de suspiros en la distancia es una mierda, sin más.

La vida es muy corta y el amor es muy extraordinario para malgastarlo en historias dramáticas que solo suenan bien en las novelas románticas.

CAPÍTULO 24

Cuando entro en casa de mi madre después de un día de gestiones, sé que toca tener "la conversación". No es nada que haya dicho (no la he escuchado), ni una expresión en el rostro (no la he visto), pero algo en el silencio de la casa me dice que mi madre está esperando y no es para brindarme pasteles.

Llevo días a la expectativa de este momento. Terminar con él de una vez por todas es lo mejor que puede pasar. Quisiera que mi madre fuese menos entrometida, pero los deseos vanos solo llevan a perder el tiempo.

Lleno el pecho de aire, adopto actitud de gallita lista para la pelea, camino segura hasta la cocina.

—¿Vicky, eres tú? Estoy en el salón. Ven un momento, mija.

Se me desinfla el pecho, me vuelvo cachorro acobardado que va con la cola entre las piernas hacia el salón.

—¿Sí?

—¿Has comido hoy algo? Mira la hora que es y estoy segura de que no has parado.

—Al inicio de un proyecto es así, mamá. Después es todo más predecible.

—No sé por qué no me lo creo.

Porque es mentira. Sonrío a mi madre, le doy un beso en la frente. Es realmente un consuelo verla tan bien, verla todos los días.

—No me vas a hacer cambiar de conversación, Victoria. Tienes que descansar. La vida no puede ser trabajar y trabajar. Sé de lo que estoy hablando.

Ni le respondo. Sabe de lo que habla, pero no sé si eso la habilita para dar lecciones. Hace muy poco su preocupación iba en la dirección contraria.

—¿Y Nina y Daniel cuándo vienen?

Mamá, por favor, termina de llegar a lo que realmente quieres.

—Quizás el fin de semana, no sé.

—Ojalá vengan pronto, tengo deseos de reunirlos a todos para cenar en casa.

—Mamá, no des más vueltas, acaba de decir lo que quieres.

—¿Yo? ¿A qué te refieres?

Mi madre, actriz, nunca.

—Venga, dime todo lo que opinas de lo mío con Lily. Llevas días mordiéndote la lengua.

—¿Quieres que hablemos de Lily?

—No, yo no quiero, eres tú.

—Pero si quien sacó el tema fuiste tú, Victoria.

—¿Crees que no noto que apenas puedes aguantar las ganas de mencionar a Lily?

—¿No será que eres tú la que quiere hablar de Lily y te inventas toda esta historia?

—Uy, psicología barata conmigo, no.

—Ni psicología ni baratología, Victoria. Cometiste un error con Lily y lo sabes. Punto.

—¡Ja! ¿Ahora me vas a decir qué hacer con mi vida?

—Yo nunca he podido decirte qué hacer con tu vida y eso está muy bien. Pero opinar, opino.

—Vaya si opinas.

—Déjame terminar, Victoria.

Enfurruñada, me tiro en el sofá.

—Tú estás aquí por Lily. Heyy —abro la boca para protestar, pero mi madre me calla con un gesto de la cara—. No, no me digas que es por mí, porque las dos sabemos que no es así. Tú me adoras, yo lo sé, pero no es por mí que volviste a Cedar Glade.

—¿Ya puedo hablar?

—No. Sé que la noticia del embarazo no la esperabas, Lily tampoco. ¿Pero qué estás haciendo, castigando a Lily por estar embarazada de un hombre con el que tenía una relación que tú conocías? ¿Estás segura de que la estás castigando solo a ella?

—No sé cómo yo terminé siendo la mala de esta historia para ti. ¡Es un embarazo! No es un nuevo corte de pelo, no se mudó de casa, no descubrí que está de deudas hasta el cuello. ¡Es un bebé! ¿Soy yo la única que ve la inmensidad de eso?

—No sé de dónde sacas que yo te veo como la mala de nada. Yo sí sé la dimensión de esta situación, mejor que nadie, quizás. Yo te elegí cuando era una locura hacerlo, hija. Has sido la mejor elección de mi vida.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, cosas del pasado que no pertenecen al presente.

—Si es mi historia, mereceré saber algo, digo yo.

Mi madre mira al techo, o al cielo, qué sé yo. Suspira, se seca un inexistente sudor en la frente.

—Cuando yo te tuve, éramos más pobres que las ratas. Era pobre el país, era pobre el pueblo y nosotros éramos los más pobres entre los pobres. La diversión de tu padre era beber y golpearme cada día. Cuando supe que estaba embarazada, tu abuela, una buena mujer que siempre fue más lista que lo que le aconsejaban las circunstancias, me dijo que abortara, que la matrona del pueblo me ayudaba, que yo no podía tener un hijo del animal de tu padre. ¿Pero sabes qué, Vicky? Yo te elegí a ti. Yo sentía que tú eras lo único bueno que yo tenía en medio de tanta desolación. Huí de aquel sitio y nunca más volví atrás. Atravesé selvas hasta ponerme a salvo, hasta ponerte a salvo. Y cuando tiempo después tuve que volver a hacerlo, tuve que dejar todo atrás y venir a Canadá, lo volví a hacer por ti, porque es el tipo de cosas que haces por las personas que amas.

—¿Por qué no sabía nada de esto? —Siento dolor al pensar en lo que tuvo que pasar mi madre, siento indignación por el hecho de que me mantuvo oculta una parte tan importante de mi historia.

—Por tantas razones, hija. Porque siempre he querido que el pasado no sea roca que lastra, porque me duele recordar, porque siempre lo dejé para más adelante; muchas cosas. Y te lo digo hoy, Vicky, para que veas la importancia de las cosas que hacemos por amor. Nunca te arrepentirás de apostar por las personas que amas y que merecen tu amor. Y Lily es una de las buenas, mija.

—No es tan sencillo, mamá.

En ese momento, el timbre del teléfono de mi madre comienza a sonar. Agradezco la interrupción, necesito un respiro.

—Hola, Sarah. Dime… sí, sí está aquí —mi madre me mira con cara de sospecha—. No sé de eso, pero le voy a preguntar. Espera.

No ha terminado de alejar el móvil de la oreja y ya yo me siento en tensión. Estoy en problemas.

—¿Qué? —pregunto hosca.

—¿Qué has hecho con Carl?

—¿Qué Carl? —Lo que faltaba, a ver si este pueblo ya me quiere endilgar un secuestro o un asesinato.

—Carl, el fontanero.

—Mamá, por favor, ¿qué le voy a hacer? Darle trabajo.

—Pues es el único que hay, ya me dirás qué quieres que hagamos.

—¿Pero tú necesitas un fontanero?

—Lily necesita un fontanero y le dijeron que tú habías acaparado a todo el que la podía ayudar. ¿Qué vas a hacer para solucionar esto, Victoria?

¿Por qué suena a que me está regañando? ¡Yo no he hecho nada!

—Que llame a Carl y que le ofrezca más dinero, simple.

—Lily tiene el problema ahora y está desesperada. Es un periodo muy sensible para ella. Ve y soluciona esto ya.

—¡¿Yooo?!

—Sí, tú, Victoria. Tú has venido a ponerlo todo patas arriba. Empieza, al menos, por arreglar una tubería.

—No creas que no sé lo que estás haciendo.

Mi madre me manda a callar con un gesto de la mano.

—Sarah, dile a Lily que no se preocupe, que en 20 minutos llega la ayuda. Sí… no… sí. A ver, a ver, tiene una cabeza muy dura —cuando cuelga, me mira desbordando beligerancia—. ¿Decías?

—Que te conozco. Que quieres que vea a Lily, pero no va a funcionar. Voy a ir porque si no, no me dejarías en paz. Pero hazte a la idea, por favor, de que entre esa mujer y yo no va a haber nada.

Llamar a Lily "esa mujer" se siente más falso que sonrisa para redes sociales, pero tengo que hacer entender a mi madre la realidad. Sobre todo porque, si logro convencer a alguien, quizás yo

también termine creyéndolo. Entonces dejaré de vivir en este maldito suspenso entre la cabeza y el alma.

Porque por mucho que me diga que esa historia está cerrada, yo sigo pensando en Lily. Me arde el cuerpo al recordar su boca recorriéndome, y después sucede algo que me da vergüenza: después me pregunto si tener sexo con Lily no afectaría el embarazo. A partir de ese punto, los pensamientos se desmadran y termino jugando con la idea de cómo seríamos Lily y yo como familia, al cuidado de un bebé. Hasta se me inflama el pecho de anhelo.

Mi caso se mueve entre lo penoso y lo ridículo. Nunca rozo lo digno.

No alargo más lo inevitable. Si dije que iría a lo de Lily, lo haré. Vuelvo a salir de casa de mi madre apenas media hora después de haber entrado. En el garaje, aprovecho y tomo varias herramientas que me pueden hacer falta. Yo voy cortita de conocimientos de fontanería, pero si es algo sencillo, quizás lo pueda resolver.

Y si el encuentro sirve para ir normalizando mi relación con Lily Robinson, mejor. Estaré por un largo periodo en Cedar Glade, tenemos que buscar una interacción cordial, aunque entre Lily y yo eso siempre ha sido complicado.

Sin ofensas, golpes bajos y sexo cargado de resentimiento, no sé muy bien qué haríamos las dos.

Cuando aparco frente a la casa de Lily, intento recordar mis buenas intenciones, pero no las recuerdo bien. Es lo que tiene la ansiedad: deja poco margen en la memoria para algo más que lo que realmente temes.

Me acerco a la puerta, toco el timbre y muevo el cuello como si estuviese a punto de comenzar una pelea de boxeo, aunque solo voy a darle manotazos a una tubería. A los pocos segundos, la puerta se abre y Lily está frente a mí. Qué bien le sienta el embarazo. Qué guapa.

—¿Vicky?

—Fontanera a domicilio —alzo la caja de herramientas para demostrar mi punto.

—¿Tú eres la ayuda que prometió mi madre?

—Soy la ayuda que obligó la mía —me encojo de hombros para hacerle saber que yo también soy víctima de las maquinaciones de nuestras madres.

Lily sonríe y lanza una mano al aire.

—Ayuda es ayuda. Ahora bien, ¿sabes realmente algo de fontanería? —Me mira con dudas.

Me crezco ante el ataque a mi credibilidad, saco pecho.

—Por supuesto.

—Perfecto, adelante.

La sigo al interior. Como todavía estoy en proceso de restablecer la cordura, se me va la vista por su cuerpo. Un ramalazo de deseo me visita las entrañas. Lo acepto, esto va poco a poco.

—Es en el baño, la tubería del lavabo. Creo que es una cosa sencilla, pero no me atrevo a hacer nada, no vaya a ser que termine peor de lo que estaba —dice, caminando delante de mí por el pasillo.

Al llegar al final, se para delante de la puerta del servicio.

—Le eché desatascador, pero sigue sin tragar el agua. La más mínima cantidad se queda ahí.

—Mmmm.

—¿Vicky? ¿Se te perdió algo en mi estómago?

Ok, atrapa ojeando la panza y no precisamente con intenciones libidinosas.

—Mujer, no diría que fue a mí a quien se le perdió algo por ahí… Lo siento, lo siento, mal chiste. Pero es que no se te nota nada.

—Es muy pronto aún —Su rostro se suaviza, sus manos se convierten en un escudo sobre su abdomen—. Ya crecerá.

—¿Qué tal te estás sintiendo? —Sin proponérmelo, mi voz también se hace más suave.

—¿Qué estás preguntando?

—Me refiero al embarazo, los síntomas y eso —Soy rápida en aclarar. No quiero otra conversación cargada emocionalmente hasta que haya pasado media vida.

—Eso, claro. Eso va dentro de lo esperable. Náuseas, humor que mi madre califica de irritable y sensible, yo digo que ella es una

exagerada que de pronto le ha dado por tocarme las narices. También tengo sensible… —Lily se toca los senos—. Tú sabes.

Si pretendió que el gesto fuese cándido, no lo logró. Fue descarado y cutre, como debe ser. Creo que a ambas la vergüenza nos alcanzó al mismo tiempo y también a la par fue desplazada por el calor provocado por los recuerdos del pasado.

—Voy a ver qué puedo hacer con el lavabo —digo, por romper la tensión que se ha acomodado entre nosotras.

—Sí, sí, ¿te traigo algo para cambiarte? No parece uniforme de fontanera. Yo sequé el agua que había acumulada, pero dentro de la tubería tiene que haber.

—¿Tienes alguna camisa vieja por ahí? Me la pongo encima y ya. También necesitaré algún balde, algo para poner debajo de la tubería.

—Ahora mismo te lo traigo.

Cuando Lily se va, aprovecho para respirar con más amplitud. ¿Siempre sentiré esta especie de vaciado a su lado? Es como si todo en mí quisiera darse a ella, saltar y ser de Lily para siempre.

Me quito la chaqueta y la dejo en el colgador que hay en la puerta. Subo las mangas del jersey. Los pasos de Lily me avisan de que se acerca.

—Aquí está —dice y me entrega una camisa azul que huele como el resto de su ropa. Tengo que preguntarle qué producto usa para lavar.

También pone en mis manos un balde pequeño; supongo que será suficiente para lo que tengo que hacer.

Coloco la camisa por encima del jersey, agradeciendo mentalmente que sea lo suficientemente holgada. Al menos es mejor que arruinar mi ropa por completo.

—Vale, vamos a ver qué tenemos aquí —digo, acercándome al lavabo con una confianza que es toda farol.

Me arrodillo frente al mueble del baño y abro las puertas que esconden la tubería. Coloco el balde debajo de la curva del sifón.

—¿Tienes una llave inglesa? —pregunto, mirándola desde el suelo.

Lily me mira con una expresión que es mitad reto, mitad diversión.

—¿Te crees que no voy a saber qué es eso, verdad?

—Siempre pensando mal de mí. Si te lo pido es porque espero que lo tengas.

Lily desaparece un momento y regresa con una caja de herramientas más completa que la que yo traje. Me está bien empleado.

—Toma. Era de mi padre. Ahí debe haber de todo.

Saco la llave inglesa y ajusto el tamaño. Intento centrarme en la tarea, pero la presencia de Lily a pocos pasos de mí llama a la distracción.

Coloco el balde estratégicamente y empiezo a aflojar la tuerca inferior del sifón. Está más dura de lo que pensaba y mis dedos resbalan un par de veces antes de conseguir el agarre correcto.

—Venga, coopera un poco —murmuro a la tubería, como si pudiera escucharme.

Finalmente, la tuerca cede con un chirrido metálico y un hilillo de agua sucia comienza a gotear en el balde. Aflojo la tuerca superior y, con cuidado, retiro todo el sifón.

—¡Mierda! —exclamo cuando veo lo que hay dentro.

Una masa viscosa de pelo, pasta de dientes y quién sabe qué más está completamente compactada en el interior del sifón. Con los dedos sería imposible... Busco en la caja de herramientas y encuentro un destornillador plano que puede servir como espátula improvisada.

—¿Todo bien ahí abajo? —La voz de Lily me sobresalta.

—¿Bien? —respondo, mientras intento no respirar por la nariz—. Pues ya me dirás. He encontrado el problema y parece que lleva acumulándose desde que éramos adolescentes.

Me arremango aún más y comienzo a extraer el atasco. Es asqueroso, pero hay algo extrañamente satisfactorio en ver cómo va saliendo poco a poco.

Esta vez sí centrada en la tarea, no me doy cuenta de que Lily se acerca a mi lado. Justo cuando extraigo un pegote particularmente repugnante, oigo una arcada a mi espalda.

—Oh, Dios... —la escucho murmurar con voz ahogada.

Salgo del cajón justo a tiempo para verla palidecer. Tiene una mano sobre la boca y otra apretando su estómago.

—¡Lily! —Suelto las herramientas y me incorporo de un salto.

—El olor... —es todo lo que consigue decir antes de que otra arcada la doble por la mitad.

En un segundo, la situación pasa de desagradable a apremiante. Lily apenas tiene tiempo de girarse hacia el inodoro cuando comienza a vomitar. Voy hacia ella, sujetándole el pelo con una mano, mientras con la otra intento hacer unos movimientos de confort en la espalda que, me temo, solo resultan en líneas incómodas.

—Tranquila, tranquila —le digo con suavidad. Odio ver a Lily así, debilitada por su cuerpo—. Respira despacio.

Lily se aferra al borde del inodoro como si fuera un salvavidas, su cuerpo sacudido por las náuseas. Cuando por fin parece que el episodio termina, levanta la cabeza, pálida y con los ojos vidriosos.

—Lo siento —dice con voz débil—. Son los olores.

—No te disculpes —le aseguro—. Debí haberlo pensado. ¿Vamos para la cocina? Allí al menos podrás usar el agua sin problemas.

—No, si puedo usar el baño de mi habitación —dice Lily, dando unos pasos fuera del servicio.

—¿Eh? ¿Cómo que baño de tu habitación? ¿Cuál es la urgencia entonces en arreglar este?

Detenida en mitad del pasillo, Lily tiene al menos el detalle de parecer avergonzada.

—Que conste que ese es el que uso de forma regular. No me gusta el de mi habitación porque todavía tiene bañera.

—¿Y por qué no la has quitado?

—Claro, porque todo el mundo adora meterse en obras.

—Ya volveremos a eso, pero dime, ¿por qué la urgencia con este? ¿No podías usar aquel por unos días y ya?

—Quizás es verdad que esté un poco sensible —admite, cruzando los brazos y frunciendo el ceño.

—¿No me digas?

—Nadie sabe cómo se siente una cuando está embarazada.

—Yo diría que mi madre y la tuya algo sabrán.

—Esas ya no se acuerdan.

El tono de Lily me dice que es mejor no llevarle la contraria. Y como yo no tengo experiencia en la Lily embarazada, hago una retirada estratégica.

—Vamos, necesitas tumbarte un rato.

—Pero el baño... —protesta sin mucha convicción.

—El baño puede esperar. Tú y tu aliento no.

Me responde con una mirada que en su mente seguro es muy amenazante, pero Lily está pálida, el pelo lo tiene sudado y desordenado del esfuerzo de vomitar, su cuerpo se percibe debilitado. Yo solo tengo ganas de llevarla en brazos.

Me conformo con seguirla hasta lo que supongo que es su habitación, intentando ignorar la intimidad del momento.

—¿Necesitas algo? ¿Agua? —pregunto mientras la veo entrar en el baño.

Lily niega con la cabeza, pero luego recapacita.

—¿Puedes traerme unas galletas? Están en un tarro encima de la isla. Bueno, las verás por todas partes en la cocina.

Cuando regreso cargada de un plato con galletas saladas y un vaso de agua fresca, la encuentro ya tumbada, con un brazo sobre los ojos.

—Toma —le digo, ayudándola a incorporarse—. ¿Quién iba a decir que yo terminaría cuidándote a ti, doc? Las vueltas, las vueltas.

Sonríe, bebe unos sorbos de agua y come pequeños mordiscos de la galleta. Se ve exhausta.

—Gracias —murmura—. Y perdón por todo.

—Nah, ya me pagarás.

—En otra época, en otras circunstancias, esa frase daría pie a tanto. Ahora me siento sucia, cero atractiva y con ganas de chillar todo el tiempo. Sí, las vueltas, las vueltas.

—Lily Robinson, ¿tú estás pescando halagos?

—¿Halagos de Vicky Mendoza? Nah, no soy tan ilusa.

Yo creo que en algún sitio hay un libro oculto con reglas sobre cómo no seguir enamorada que prohíbe exactamente este tipo de escena. Pero está oculto, claro.

—Sí, existen, pero como son honestos, se dan muy de vez en vez, solo cuando son merecidos. Escúchame, Lily —le quito el pelo de la frente, sonrío como para hacer de esto una escena menos importante—. Eres preciosa. Ni el vómito, ni el mal humor, ni aunque terminaras con la panza más grande que haya visto la humanidad vas a dejar de ser la mujer más preciosa para mí. Y siento decirte, Lily, esto puede ser un poco perturbador, pero siempre me vas a poner. Ese derecho te lo ganaste cuando te atreviste a besarme en unas duchas del instituto hace ya tantos años.

Los ojos de Lily se humedecen, dos gruesas gotas le recorren el rostro. Esto no va como estaba planificado. ¿Por qué tuve que decir todo eso? Mierda, Lily así me hace papilla la autopista interna.

—Recuérdame, ¿por qué no estamos juntas? —pregunta Lily con voz cansada.

Y yo, que ya no sé la respuesta, que la que quiero dar es la más incauta que se me puede ocurrir, tiro de cobardía.

—Descansa un poco —le digo—. Tengo que terminar lo que estaba haciendo en el baño.

Por un segundo veo la tristeza cruzarle el rostro, pero después no veo más porque me pongo de pie, dándole la espalda, huyendo de lo que más deseo. Lo dicho, cobardía.

Regreso al baño, donde me espera el desastre: el sifón a medio desmontar, el balde con la suciedad, herramientas esparcidas por el suelo.

Pero hay algo en la situación que no me molesta tanto como debería. Vuelvo a la tarea de limpiar el sifón, esta vez con más determinación y cuidando de ventilar bien el baño.

Cuando termino de volver a montar el sifón y compruebo que el agua fluye perfectamente por el desagüe, me permito un momento de satisfacción. Recojo todo, limpio cualquier rastro de mi intervención y me lavo las manos a conciencia.

Antes de irme, me asomo silenciosamente a la habitación de Lily. Está dormida, su respiración es profunda y regular. Me quedo unos segundos más de lo necesario, permitiéndome disfrutar de una escena tan doméstica.

«Recuérdame, ¿por qué no estamos juntas?»

Qué sé yo, Lily, qué sé yo.

Salgo de la casa con una extraña sensación de calidez en el pecho. Quizá esto de ser útil a Lily Robinson no esté tan mal después de todo.

CAPÍTULO 25

Tengo que llamar a Vicky. Es lo educado. Se lo debo. Antes de mandar a pasar al próximo paciente, hago la llamada. *Ánimo, Lily.*

¿Qué hago pensando en esto en medio de la consulta? Las almorranas de la señora Taylor pueden esperar. No me permito un pensamiento más. Alcanzo el móvil y marco su contacto.

—¿Lily, todo bien?

Resulta que, cuando estás embarazada, para tu familia, amigos y ex amantes es como una potencial enfermedad. Cada llamada comienza con una pregunta muy preocupada que insinúa posibilidad de catástrofe.

—Sí, sí, todo bien. Solo llamaba para darte las gracias por lo del lavabo. Te fuiste y no me diste la oportunidad de agradecerte.

—No fue nada, de verdad. Me alegro de haberte ayudado.

Me acaba de asaltar la extrañeza: Vicky y yo estamos siendo educadas, amables, como dos conocidas sin más intenciones que seguir llevando una relación cordial. ¿Será este nuestro futuro? No es mala alternativa, es una pequeña muerte en lugar del desgarramiento total.

Solo hay un problema: cuando Vicky fue a mi casa y me recogió el pelo mientras vomitaba, me acompañó a la cama y me llamó preciosa, yo solo pensaba que quería más. Que siempre querría más. Podía engañarme, podía entender todas las excusas del mundo, pero yo, de Vicky, siempre voy a querer más.

Por mucho que me empeñe, continuaré abierta a la menor posibilidad de tener a Vicky Mendoza en mi vida. Como amante, como novia, como pareja para la vida que nos permitamos tener juntas.

Pero son sueños. Nuestra realidad es esta, dos mujeres con un historial de querer arrancarse la cabeza y la ropa, intentando ser amables.

—¿Qué tal si te agradezco con una copa? Hoy las chicas nos reunimos en el bar. Puedes venir con nosotras.

—Ehh… no sé si sea buena idea. La última vez no fue muy bien.

—Si lo dices por Joan, ya no está. ¿No te has enterado?

—¿Qué le pasó?

—Abandonó el pueblo. Un día le fue diciendo a todo el mundo que le había surgido una gran oportunidad de empleo. Nadie lo cree, pero lo que sí es cierto es que marchó.

—Qué personaje tan triste.

—Sí. Si existiera un lugar donde terminan los seres humanos lamentables, ahí iba a parar Joan. Da pena, en realidad —pensar en Joan me infunde pesar.

—No lo decía por Joan. No sé, realmente no me siento todavía muy cómoda en el pueblo.

La realidad es que Vicky y yo hemos avanzado a pasos de gigante. La Vicky de hace pocos meses nunca me confesaría tal cosa.

—No hay mejor escenario por el que comenzar. Es el bar de Nora, nos conoces a todas. Con Amelia te llevas mejor, con Jane… no sé, creo que también mejor, ¿no?

—Bueno, ahí, ahí.

—Ja, está bien. Jane ahí, ahí. Anne es un sol y yo soy preciosa y te voy a proveer de bebida gratis, ¿qué hay para pensar?

—No te vengas arriba, Lily Robinson. Las bebidas no son gratis, las gané bien ganadas.

—¿Nada más que negar? —pregunto porque quiero jugar, no puedo evitar el impulso de siempre buscar más con Vicky.

—No se me ocurre nada más por ahora.

—Bien, ¿entonces vienes?

—Está bien, pero solo un rato. Tengo que madrugar.

—Perfecto, nos vemos a las seis —hago una pequeña pausa, después digo lo que quiero, que Vicky lo interprete como desee—. Un beso.

Cuelgo, sin esperar a que haga alguna burla. ¡Tengo cita!

Después recuerdo que estoy embarazada, que lo más relevante de mi día son las náuseas y que quizás Vicky me dijo cosas bonitas

solo porque le doy pena. Tengo que parar de hacer el ridículo delante de ella.

Del coqueteo a la vergüenza. Vaya montaña rusa hormonal.

Cuando finalmente me decido a llamar a la señora Taylor, apenas presto atención al laxante que le receto. No sé si la pobre mujer terminará maldiciendo a todos mis antepasados muertos durante una semana.

Tras despedir a mi último paciente, paso por casa para refrescarme. El espejo del baño me devuelve la imagen de una mujer con ojeras pronunciadas y el pelo haciendo una mueca de tristeza. Genial, justo la preciosidad que Vicky comentaba. Después de una ducha rápida y algo de maquillaje, me siento más presentable.

Para cuando aparco frente al bar de Nora, las primeras sombras del atardecer ya se extienden sobre el pueblo. Me quedo un momento en el coche, respirando hondo, intentando calmar estos nervios exagerados que siento cada vez que voy a ver a Vicky.

Una vez entro al bar, reconozco el murmullo de las mismas voces, la mezcla de perfume, sudor y cerveza. Nora levanta la mano desde la barra y señala a la mesa de siempre. Jane ríe a algo que comenta Amelia y Anne me hace un gesto de bienvenida. Todavía no está Vicky. Decido comenzar por acercarme a saludar a Nora.

—Bienvenida, doc. ¿Qué te pongo?

—Hola, Nora. Solo agua, por favor. Y un pretzel.

Me ha dado por comer cosas saladas. Temo ver mi próximo impulso.

—¿Cómo van esas náuseas?

Supongo que mi madre y Gareth están comentando a todo el pueblo mis síntomas.

—Van, ese es el problema.

—Me dijo Vicky que te dejan agotada.

—¿Vicky te habló de mí?

—Hey, no, no. Vicky no habló de ti. Comentó que pasó por tu casa a hacer algún tipo de arreglo y que te vio agotada por las náuseas, nada más. Vicky no es de ir hablando de la gente.

—Cálmate, Nora. Yo sé cómo es Vicky. Y, además, yo quiero que hable de mí —si Nora no entiende lo que insinúo, es que se nos ha atontado.

—¿Sí? —pregunta con media sonrisa.

—Sí —elevo un hombro con aire de que no hay remedio. No lo hay.

—Yo creo que ella quiere hablar de ti. Mucho.

Como una ilusa, me lleno de alegría, saco a lucir la sonrisa. Nora mueve la cabeza.

—Qué perdidas están las dos.

—Me temo que solo hay una perdida.

—Yo ya he hablado demasiado. Tú eres la lista, verás lo que hay.

Nora desvía la mirada hacia un punto detrás de mí y, por su movimiento de cabeza, sobrio pero familiar, como el que se le da a primos o hermanos, sé que Vicky ya está aquí. Mi estómago da un pequeño vuelco, uno ajeno al embarazo.

—Toda arreglada. ¿Qué, tienes cita? —Nora bromea con quien se acerca, pero a mí no me hace gracia, a mí me asusta, como si alguien hubiese descubierto uno de mis secretos vergonzosos.

—Vengo de trabajar, pesada. A ver si te imaginas que me paso todo el día con botas y sudadera —la voz de Vicky es como una caricia fantasma en mi espalda. Me contengo para no retorcerme de placer.

—No, claro que no. Eres la gran jefa.

—Pues sí, soy la gran jefa —Vicky responde con voz aguda, llegando a mi lado en la barra.

No sé si notará cómo la recorro por completo, cómo disfruto de su presencia a mi lado. Un goce, cada vez que Vicky está a mi lado lo experimento como un goce.

Lleva un jersey de cuello de tortuga gris oscuro, un blazer de líneas limpias, negro, perfectamente encajado sobre sus hombros. Los pantalones, rectos, tienen el defecto de solo hacerme pensar en quitarlos. Por suerte, ya Nora me puso el agua. Bebo un buen sorbo.

—Hola, Lily. ¿Cómo sigues? —¿Es solo idea mía? Me da igual, voy a elegir pensar que su voz sonó más suave, más íntima.

—Mejor, gracias otra vez. Te debo una.

—Ahora ya no —mira hacia donde está Nora—. Una cerveza, paga la doctora.

—¿Cómo va el proyecto, sigues buscando personal? —aprovecho que Nora va hacia los surtidores para preguntar.

—Buscando cuadrillas, gestionando permisos, explicando una y otra vez que no quiero convertir Cedar Glade en un parque de atracciones. Es agotador, pero ya hemos pasado por esto antes, estamos acostumbrados.

—Te notas cansada —es injusto que el cansancio en Vicky se manifieste en unas ojeras que la hacen parecer más interesante. En mi caso, solo más ajada.

—Tú un poco también —murmura y nos quedamos mirándonos en silencio.

No sé qué está pensando ella, yo lo tengo muy claro. Quiero alargar la mano y acunarle el rostro, llevarla para casa y hacerle el amor. Después dormir entrelazadas hasta que el sol nos despierte.

—Cerveza —interrumpe Nora.

Es como ser descubierta en un momento íntimo. Me siento expuesta.

—¿Vamos para la mesa? Jane y las demás ya están ahí —me giro hacia Nora—. Si tienes tiempo, pasa a estar un rato con nosotras.

—¿Yo con grupitos de instituto? A mí no me domestican, allá otras —busca fastidiar a Vicky.

Y como a Vicky no hay que buscarle mucho las cosquillas para encontrárselas, ella salta, golpea a Nora en el hombro.

—Así te va, no humedeces ni el bizcocho.

—Porque a ti te va mejor —Nora suelta el aire en un sonido escéptico.

—Chicas. Chicas, no sean crías —intervengo en una escena que en realidad me resulta graciosa—. Vamos, Victoria.

Logro alejar a Vicky de la barra, aprovechando la excusa perfecta para tomarla del brazo.

—Victoria, nombre de domesticada, ja —murmura por lo bajo Nora a nuestra espalda.

—¡Nora! —la reprendo.

Se ríe abiertamente. Me giro hacia Vicky, que parece a punto de volver a la barra y cruzarla de un salto.

—No le hagas caso. Nora hoy está graciosa.

—Ya le diré yo a Nina que no hace falta que venga, que está todo bajo control —dice y se señala los ojos con dos dedos. Nora le devuelve el gesto.

—¿Pero qué edad tienen? —vuelvo a tirar del brazo de Vicky.

—¿Por qué le haces caso a Nora? No ves que está bromeando contigo —le pregunto cuando casi llegamos a la mesa.

—Ya lo sé, yo también estoy de broma. Solo nos divertimos. Tú eres la única que te lo tomas en serio. ¿Cómo va a pensar Nora que a mí me domestica nadie? Buah, quita, quita.

—Nadie, ¿no?

—Nop.

—Ok.

—Al fin, pensábamos que se quedaban con Nora en la barra —se queja Amelia en cuanto llegamos a su lado.

—No te pongas celosa, solo estábamos poniéndonos al día —me inclino a darle un beso en la mejilla.

—Hey —Vicky masculla y alza una mano en un saludo que supongo que debemos interpretar como general.

—Victoria, siéntate aquí si quieres —digo y le señalo una silla a mi lado. No quiero correr el riesgo de que se vaya lejos.

—¿Cómo sigues, Lily? —la dulce Anne me pregunta.

—Bien, pero por favor, hablemos de otra cosa. Estoy al perder la cordura, todo el mundo me pregunta por lo mismo. He dejado de ser yo, ahora soy solo un embarazo.

—Lamento decirte, querida, que ahora mismo eres el principal objeto de comentarios de Cedar Glade. No hay nada más interesante. Ni la partida de Joan pudo empañar la fuerza de tus novedades. Vicky casi lo logra con ese proyecto de construir Las Vegas aquí, pero no, tú ganas. Ruega porque surja algo pronto y salgas del foco de atención —Amelia me informa algo que yo y todas sabemos.

—No inventes, nada de Las Vegas —se defiende Vicky.

—El combo embarazo-divorcio es difícil de superar —Jane hace su aporte.

Yo dejo ir un quejido, mitad frustración, mitad indignación.

—¿Has estado en Las Vegas? —se interesa Anne.

—Sí —Vicky se limita a decir.

—¿Y qué tal, te gustó? —insiste Anne.

—Las mujeres están buenas, supongo.

¿Pero será imbécil? La miro con mal humor de embarazada, una categoría en sí misma.

—¿Ser lesbiana te da derecho a hablar así de las mujeres? —el tono de Amelia ya insinúa la única respuesta correcta.

—No, lo siento, fue una horterada —al menos Vicky tiene el detalle de parecer avergonzada—. Como Las Vegas, Anne, que es un sitio muy hortera. Divertido, pero hortera.

—¿Tienes novia, Vicky? Me imagino que no te sea difícil ligar —Jane, siempre rápida cuando se trata de buscar información.

—Sí, Vicky, dinos. ¿Tienes novia? —exagero la voz al preguntarle. Se tiene merecido este interrogatorio. Por pretenciosa.

—Bueno, bueno, ¿y este hablar tanto de mí? Hablemos de otra cosa —la Vicky que más conozco, la que también adoro, saca a pasear sus espinas.

—Solo preguntaba por tu bien. Si no tienes, mejor búscate una ahora en la ciudad, que estás a tiempo. Aquí no vas a encontrar a nadie. Todas las lesbianas del pueblo están en pareja. Es muy de las lesbianas estar en pareja, ¿no?

—¡Jane! —Anne intenta parar las indiscreciones de Jane.

—¿Todas en pareja, eh? ¿Celibato es lo único que me espera en Cedar Glade? —no sé si las demás se dan cuenta, pero Vicky se está burlando. Cabrona.

—Si te lo propones, algún matrimonio rompes, cariño —la anima Jane.

De pronto, escuchamos la carcajada sorda de Amelia, que sin poder evitarlo, deja escapar chorros de cerveza por las comisuras de la boca. La miro amenazante y lo único que consigo es que una nueva oleada de risa le sobrevenga.

A mi lado, también a Vicky se le escapa la risa. Intenta disimular tosiendo, después bebe un poco de cerveza.

—¿Dije algo inadecuado? —Jane se muestra perpleja.

—Nada, Jane. Solo has mandado a Vicky a romper matrimonios para que pueda tener sexo mientras está en Cedar Glade, pero no, nada inadecuado —Amelia al fin puede hablar.

—Es un decir, Amelia, por Dios. Solo decía lo evidente. Vicky puede tener a quien quiera. Supongo, vamos. Yo es que tengo la mala suerte de que me gusten peludos, torpones y con péndulo.

—Gracias, Jane. Muy amable, pero no sé, no tengo yo mucha fe en mis posibilidades aquí —Vicky se gira hacia mí, me mira con ojos saturados de picardía—. ¿Tú qué crees, Lily? ¿Tengo posibilidades de ligar en Cedar Glade?

—Cero. Con esa actitud, ninguna mujer normal te aguantaría.

—¡Ouch! —Vicky se toca el corazón en un falso gesto de dolor.

Amelia vuelve a intentar aguantar la risa.

—No le hagas caso a Lily. Está muy sensible —Anne interviene y sus palabras solo me ponen de mal humor.

—Es verdad, nuestra Lily está muy sensible —Vicky pone voz de niña malcriada y es la última gota en el vaso de mi escasa contención.

Acerco más mi silla a la de ella y, por debajo de la mesa, deslizo con cuidado mi mano hasta su muslo. Hago de mis dedos garras, hinco, aprieto. Se lo tiene merecido.

—Ay —suelta un gritito.

—¿Te sucede algo? —Jane se interesa.

—Estoy bien. Solo un calambre. ¿Qué tal hoy la clínica?

Creo que es la primera vez que escucho a Vicky hacer una pregunta tan trivial. Su intención, por supuesto, es ganar tiempo. Porque Vicky se ha pegado más a la mesa y, por debajo, su mano intenta aflojar el agarre de la mía. Puede seguir intentándolo, yo estoy empeñada en ganar esta batalla.

—Más o menos igual que siempre. Sin grandes urgencias, afortunadamente.

El problema es que Vicky me supera en fuerza, aunque empatamos en perseverancia. Ella logra colar sus dedos entre los

míos y tirar. Pongo todas mis fuerzas en aguantar.

—Lily, ¿estás bien, cariño? —Anne parece realmente preocupada.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Es que estabas haciendo un gesto raro con la cara —me explica mi amiga.

—Y tienes la cara muy roja. ¿Seguro que estás bien? —ahora hasta Amelia parece preocupada.

La presión que ejerce Vicky en mis dedos pierde potencia. Siento el instante en el que su palma se va a separar del dorso de mi mano, pero la detengo. Ahora son mis dedos los que le impiden irse. No la contengo con fuerza, la contengo con ternura. Con el dedo pulgar, recorro el filo de su mano. Vicky se queda inmóvil, como animal asustado.

—Sí, estoy bien. Solo un poco de calor —recuerdo responder a Amelia.

Después vuelvo a lo más importante, a mi piel en contacto con Vicky. Me atrevo a darle la vuelta a la mano, a poner la palma hacia arriba. Es un riesgo, quizás ella aproveche para liberarse.

Siento cómo levanta su mano y la deja en el aire unos segundos. Yo me quedo ahí, con la palma abierta, esperándola.

¿Serán los demás conscientes de la danza que se desarrolla bajo sus narices? Nunca más literal.

Amelia está respondiendo a algo que le dijo Jane, pero no sé qué será. Mis sentidos están todos enfocados en un punto muy definido debajo de la mesa.

Entonces vuelvo a sentirla. Esta vez sin titubeos. Vicky toma mi mano, entrelaza sus dedos con los míos y los deja ahí, como si fuera lo más normal del mundo que pasemos una velada en el bar del pueblo tomadas de la mano.

No es normal; en realidad, es extraordinario y exaltante. Por eso, cuando llega la hora en la que debemos marchar, tengo el impulso de decir que me voy a quedar a vivir dentro del bar para siempre, tomando a Vicky de rehén conmigo.

Pero la realidad, siempre más aburrida, se impone. Tenemos que separar nuestras manos, salir del bar, decirnos adiós.

—Te acompaño al coche —me dice Vicky cuando ya me he despedido de todas.

Doy volteretas. Al menos la tendré conmigo unos minutos más.

—¡A portarse muy mal, chicas! —grita Amelia en la distancia.

Qué vergüenza.

—Le sienta muy mal el alcohol. Creo que hoy conduce Anne.

—¿Qué fue eso? —pregunta Vicky cuando ya estamos a pocos pasos de mi coche.

—¿Lo de Amelia?

—No, lo de las manos y eso —ríe, nerviosa.

Es tan raro ver a Vicky así, insegura, que por contraste yo me siento invadida por una chulería excesiva.

—¿Qué fue? Tú también participaste.

—Ja, porque casi me obligas. ¿Qué tú querías? ¿Ser mi novia o algo así? —hace una mueca que está entre la risa y la interrogación.

—¿Novia? ¿Me estás proponiendo ser tu novia? —ahora yo también me estoy sintiendo insegura. Histérica, vamos.

—Hey, hey. Yo no he dicho eso. La que dice eso eres tú.

—Pero si la que mencionó lo de novia fuiste tú.

—Pero quien habló de propuesta de noviazgo fuiste tú.

—A ver, Vicky, que me vas a volver loca. Ya no sé ni cómo llegamos a esta conversación. ¿Quieres tener una relación, sí o no?

En serio, ¿cómo llegué a este punto? Siento que es uno de los momentos más importantes de mi vida, sin dejar de ser de los más absurdos. Vicky puede hacerme inmensamente feliz o Vicky puede dejarme vivir una vida anodina.

—Si tú quieres —levanta el hombro, indiferente.

—¿Me estás diciendo que te da igual ser la pareja o no de una mujer embarazada con la que tuviste un lío cuando eras una cría, que odiaste media vida, que volviste a reencontrar y tuviste otro lío que provocó una separación? ¿Te es indiferente?

—¿Sí? —se le escapa la sonrisa más descarada.

—Pues cuando no te sea indiferente, vienes y me lo pides. Ya veré si me convences —le digo y saco fuerzas de todas las debilidades que me provoca y doy media vuelta para abrir la puerta del coche.

—Espera, espera —me toma del brazo.

—¿Qué?

—Que no me es indiferente. Sabes que no me eres indiferente. ¡Por favor, regresé a Cedar Glade por ti!

—No has empezado mal —no cedo.

—¿En serio?

Me limito a lanzar "la mirada".

—Okay, okay. Sí, quiero tener una relación contigo. Ya está. Lo dije. Lo admito.

—¿Esta es la parte donde se supone que yo caigo a tus pies, incrédula de mi suerte? ¡Al fin tengo a Vicky Mendoza!

—¿Te estás burlando?

—¿Tú qué crees?

—¿Qué quieres que haga? Te recuerdo que hace nada, cuando regresé a Cedar Glade, dije mucho.

—¿Fue la misma conversación en la que me acusaste de engañarte?

—Lo siento, pero admitirás que la noticia no fue sencilla —dice y señala a mi abdomen.

—Sí, perdona. Sé que es una situación muy complicada —admito, esquivando su mirada.

—Según mi madre, si la persona te importa, que sea complicado es lo de menos. Harás lo que sea por ella.

—Elena es una de las personas más sabias que conozco.

—Sí, no le digas que yo lo admití, pero sí lo es. Yo sé que es muy complicado que estemos juntas, pero también creo que vale la pena. Que es lo único que vale la pena.

—Vicky —la llamo sin necesidad, muy bajito.

—¿Sí?

—¿Tú sabes que yo te amo, verdad?

Ella no me responde enseguida. Antes tiene que dar un manotazo para espantar una lágrima que le está delatando las emociones.

—Depende del día. Hay días que pienso que sí y otros en los que creo que me quieres matar —me mira un segundo, después mira

sobre mi hombro, a la nada—. Yo también te amo, por cierto. Llevo con esa complicación un montón de años.

Más adelante en mi vida, cuando piense en el significado de felicidad, pensaré en este momento.

—Entonces, ¿quieres ser mi novia, Vicky Mendoza?

—¿Tú qué crees?

—Que con un sí es suficiente.

—Sí.

—¿Y el beso?

—¿Aquí?

—Mejor ir adelantando las noticias al pueblo.

Vicky se acerca, en su boca flotando la sonrisa más traviesa. Me presiona contra el coche, junta sus labios con los míos. Siento que una historia se cierra, que la mejor historia acaba de empezar. No sé muy bien cómo, pero al final logré terminar con Vicky Mendoza.

Unas Palabras de mar

Gracias por llegar hasta aquí.
Si estás leyendo estas palabras es porque acompañaste a Lily y Vicky en toda su historia de amor, resentimiento y evolución. No son personajes fáciles, no son ejemplo de nada.
Es ficción y en las novelas de ficción podemos permitirnos disfrutar de historias así. Yo espero que tú la hayas disfrutado, aunque en ocasiones sintieras deseos de abofetear a Vicky. Por imbécil (es que Lily tenía su parte de razón).

Tu reseña me dice que siga escribiendo
Si esta novela te tocó de algún modo, déjame una reseña en Amazon. Dos o tres frases bastan para que "El caos que traes" llegue a más lectoras y me permita seguir escribiendo. ¡Mil gracias!

Hablemos

@: marrodriguezescritora@gmail.com

X: @marjuntaletras

Web: marrodriguez.info

¡Feliz lectura!

Mar

Libros de este autor

Quise odiarte, Medea

En el corazón del poder, el amor y la política colisionan.

Tan torpe que me enamoré

Su amiga Fernanda le advirtió que mantuviera las distancias con Gala. Y Noa lo intentó, ella jura que lo intentó.

Cobardes

Una presentadora de éxito, una escritora que marca toda una generación: dos mujeres que se amaron y se dañaron hasta el absurdo.

Somos Atrevimiento

Atrapada entre el deber y el deseo, Lea Bouchard enfrenta el desafío más grande de su vida. Tiene que estar centrada, huir de distracciones como las que representa Asia O'Flaherty, esa chica con demasiados colores y de tan solo 23 años que parece creada para distraerla.